



FREDERICK FORSYTH

ODESSA

Un periodista se enfrenta con
una organización secreta nazi



La historia comienza el 22 de noviembre de 1963, el día en el que John F. Kennedy fue asesinado. Un joven reportero alemán acierta a ver una ambulancia en una carretera. Persigue a la ambulancia y descubre que lleva a un anciano judío, sobreviviente del holocausto, que se acababa de suicidar. El reportero obtiene el diario del hombre, que contiene información sobre su vida en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, y los nombres de los miembros de las SS que controlaron los campos. Él se propone cazar a un Nazi que es mencionado en el diario, no solamente para tener tema para una portada sensacionalista, sino también por una razón personal más seria: su padre, un capitán sumamente condecorado de la Wehrmacht, fue matado a tiros por un oficial de las SS durante un altercado de guerra. Él cree que el Nazi que figura en el diario es el que mató a su padre, lo cual comprueba ser verdadero lo interroga a punta de pistola.

Simon Wiesenthal, investigador histórico en la vida real de criminales de guerra Nazis, tiene una breve aparición como un personaje de la novela.



Frederick Forsyth

Odessa

ePub r1.7

GONZALEZ 23.04.2017

Título original: *The Odessa File*
Frederick Forsyth, 1972
Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez
Retoque de portada: jandepora

Editor digital: GONZALEZ
Corrección de erratas: seldonito, JohnGalt, coltrane, Homer & barca331
ePub base r1.2



A todos los reporteros de Prensa

NOTA DEL AUTOR

Es costumbre que quien ha escrito un libro dé las gracias a los que le ayudaron a documentarse, en especial si el tema es difícil, y que, al dárselas, mencione sus nombres. A todos aquellos que, por poco que sea, me han ayudado a reunir la información que necesitaba para escribir *Odessa*, mi más sincero agradecimiento; pero no daré sus nombres, por tres razones:

Algunos, antiguos miembros de la SS, no sabían con quién hablaban, ni podían imaginar que lo que decían aparecería en un libro. Otros me pidieron que, al citar mis fuentes de información sobre la SS, no los mencionara, y por lo que a otros respecta, la decisión de no dar sus nombres la he tomado por iniciativa propia, y más en interés de ellos que en el mío.

F. F.

PRÓLOGO

La ODESSA a que se refiere el título no es la ciudad del sur de Rusia ni el municipio de los Estados Unidos. Es una palabra compuesta por seis siglas que, en alemán, significan: «Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen», y en español: «Organización de Antiguos Afiliados a la SS».

Como sabrá la mayoría de los lectores, la SS era el ejército dentro del Ejército, el estado dentro del Estado, ideado por Adolf Hitler y mandado por Heinrich Himmler, que, durante el régimen nazi que gobernó Alemania de 1933 a 1945, estaba encargado de misiones especiales. Teóricamente, estas misiones tenían por objeto defender la seguridad del Tercer Reich, y en la práctica servían a la realización de las ambiciones de Hitler, que consistían en librar a Alemania y a Europa de los elementos que él consideraba «indignos de vivir», en esclavizar a perpetuidad a las «razas inferiores de las tierras eslavas» y en exterminar a todos los judíos, hombres, mujeres y niños, que hubiera en el continente.

Para la ejecución de estas misiones, la SS organizó y consumó el asesinato de unos catorce millones de personas, es decir, seis millones de judíos, cinco millones de rusos, dos millones de polacos, medio millón de gitanos y otro medio millón de individuos de extracción diversa, entre los que se contaban — aunque casi nunca se habla de ellos— cerca de doscientos mil alemanes y austríacos no judíos. Estos eran desgraciados con taras mentales o físicas y los llamados «enemigos del Reich», a saber: comunistas, demócratas, liberales, escritores, periodistas y sacerdotes, hombres de conciencia que se expresaban con valentía y, más adelante, oficiales del Ejército sospechosos de deslealtad a Hitler.

La SS hizo de las dos siglas de su nombre y del signo de los dos rayos de su estandarte, el símbolo de la abyección más inhumana en la que jamás haya caído organización alguna.

Cuando aún no había terminado la guerra, sus jefes superiores, comprendiendo que ésta estaba perdida, y previendo el rigor con que los seres civilizados juzgarían sus actos cuando llegara la hora de rendir cuentas, se prepararon en secreto para desaparecer e iniciar una nueva vida, mientras el pueblo alemán tenía qué asumir la responsabilidad de los crímenes perpetrados por los que se evadieron. Con tal fin, sacaron del país, de contrabando, grandes contingentes de oro de la SS, que fueron depositados en cuentas bancarias numeradas, se expidieron falsos documentos de identidad y se abrieron vías de escape. Cuando, por fin, los aliados ocuparon Alemania, la mayoría de los asesinos había huido.

La organización que constituyeron para llevar a cabo la fuga era ODESSA. Una vez conseguido el primer objetivo de los asesinos, o sea, huir a latitudes más hospitalarias, la ambición de estos hombres se incrementó. Muchos de ellos ni siquiera salieron de Alemania, y permanecieron emboscados con nombre y documentación falsos, mientras gobernaban los aliados. Otros regresaron al cabo de algún tiempo, debidamente protegidos por una nueva identidad. Los más altos jefes permanecieron en el extranjero, dirigiendo la organización desde un exilio cómodo y seguro.

Los objetivos de ODESSA eran, y son, cinco: reinserción de los antiguos hombres de la SS en la nueva República Federal creada en 1949 por los aliados; infiltración, por lo menos, en los escalones inferiores de los partidos políticos; obtención de la mejor defensa jurídica para todo asesino de la SS que hubiera de comparecer ante un tribunal, entorpeciendo por todos los medios el curso de la justicia en Alemania Occidental cuando ésta procediera contra un antiguo *Kamerad*; introducción de antiguos afiliados a la SS en el comercio y la industria, para sacar partido del milagro económico que ha reconstruido el país desde 1945 y, por último, realización de una intensa propaganda cerca del pueblo alemán, encaminada a convencerlo de que los asesinos SS eran patrióticos soldados que servían a su patria y que en modo alguno merecían la persecución a que los sometió la justicia —sin gran eficacia por cierto— ni la repulsa de los hombres de conciencia.

Apoyándose en su potente base económica, ODESSA ha podido, con relativo éxito, realizar estos planes, especialmente el de reducir a una especie de parodia la reparación oficial exigida por los tribunales de Alemania Occidental. ODESSA, cambiando de nombre varias veces, ha tratado de desmentir su existencia, lo cual ha inducido a muchos alemanes a decir que ODESSA no

existe. Sin embargo, taxativamente puede responderse a ello: ODESSA existe, y los *Kameraden* de la insignia de la calavera continúan ligados a ella.

Pese a los éxitos conseguidos en casi todos sus objetivos, ODESSA ha sufrido también algún que otro revés. El peor de ellos le sobrevino a principios de la primavera de 1964, cuando el Ministerio de Justicia de Bonn recibió un paquete de documentos, en el que no figuraba nombre alguno de remitente. Los contados funcionarios que leyeron los nombres de las listas que aparecían en aquellas páginas denominaron al paquete de referencia «el fichero de ODESSA».

I

Todo el mundo parece recordar con absoluta claridad lo que estaba haciendo el 22 de noviembre de 1963, en el instante en que se enteró de la muerte del presidente Kennedy. Este cayó herido a las 12,22 de la tarde hora de Dallas, y el anuncio de su muerte fue dado a las 13,30 de la misma zona horaria. Eran las 2,30 en Nueva York, las 7,30 en Londres y las 8,30 de una fría noche de aguanieve en Hamburgo.

Peter Miller regresaba al centro de la ciudad en su coche, después de visitar a su madre, que vivía en las fueras, en un barrio llamado Osdorf. Iba a ver a su madre cada viernes por la noche; por un lado, porque quería asegurarse de que tenía todo lo necesario para pasar el fin de semana y, por otro, porque estimaba que debía ir a verla una vez a la semana. De haber tenido ella teléfono, la habría llamado; pero como no lo tenía, iba a su casa en el coche. Y ésta era la razón por la cual no quería la mujer el teléfono.

Miller, como de costumbre, tenía puesta la radio, y estaba escuchando un programa musical de la emisora del Noroeste. A las ocho y media estaba en la carretera de Osdorf, a diez minutos del piso de su madre, cuando la música se interrumpió y sonó, tensa de emoción, la voz del locutor:

—*Achtung, Achtung!* Noticia de última hora. El presidente Kennedy ha muerto. Repito: el presidente Kennedy ha muerto.

Miller apartó los ojos de la carretera y miró fijamente la tenue luz del cuadrante de frecuencias del borde superior de la radio, como si sus ojos pudiesen desmentir lo que sus oídos acababan de captar, revelándose que tenía equivocadamente sintonizada la emisora: la que sólo radia disparates.

—¡Jesús! —murmuró.

Pisó el pedal del freno y se arrimó al lado derecho de la carretera. En la ancha y recta autopista que atraviesa Altona hacia el centro de Hamburgo, otros conductores que habían oído la noticia se estacionaban al lado de la carretera

como si conducir y escuchar la radio se hubieran convertido de pronto en ocupaciones incompatibles, y así era en cierto modo.

Miller, desde donde se hallaba detenido, veía brillar las luces de frenado de los automóviles que iban delante de él, a medida que los conductores los iban deteniendo en el arcén, para escuchar las nuevas informaciones que brotaban de sus receptores. A la izquierda, los faros de los coches que salían de la ciudad oscilaban violentamente al virar, a su vez, para salirse de la calzada. Dos automóviles le adelantaron, el primero haciendo sonar furiosamente el claxon, y Miller pudo ver cómo el conductor se llevaba el índice a la frente, en ese grosero ademán con que el conductor alemán tilda de loco al que lo irrita.

«No tardará mucho en enterarse», pensó Miller.

En la radio, la música ligera había cedido el paso a la marcha fúnebre, que, al parecer, era lo único que el *disk-jockey* tenía a mano. A intervalos, el locutor daba nuevos detalles de la noticia, a medida que éstos iban llegándole de la sala de teletipos. Empezaban a conocerse los pormenores: la llegada a Dallas en coche descubierto, el tirador en la ventana del almacén de libros... No se hablaba de ningún arresto.

El conductor del coche de delante se apeó y se acercó a Miller. Se dirigió a la ventanilla de la izquierda, pero, al observar que, inexplicablemente, aquel coche tenía el volante a la derecha, dio la vuelta y se situó al otro lado. Llevaba una chaqueta con cuello de piel sintética. Miller bajó el cristal.

—¿Lo ha oído? —preguntó el hombre, inclinándose hacia la ventanilla.

—Sí.

—¡Qué espanto! —exclamó el otro.

En todo Hamburgo, en toda Europa, en todo el mundo, la gente se acercaba a los desconocidos para comentar el caso.

—¿Le parece que pueden haber sido los comunistas? —inquirió el hombre.

—No lo sé.

—Eso podría provocar la guerra.

—Quizás —admitió Miller.

Estaba deseando que el hombre se fuera. Él, en su condición de periodista, podía imaginar el caos que se produciría en todas las redacciones de los periódicos, desde las que se llamaría a todos los hombres de la plantilla, con objeto de lanzar una edición especial que llegara a los lectores antes del desayuno. Habría que preparar notas biográficas, ordenar y componer comentarios... Los teléfonos estarían bloqueados por hombres que vociferarían

pidiendo más y más detalles. Y todo, porque un hombre yacía, con el cuello destrozado, sobre una mesa de mármol en una ciudad de Texas.

En aquel momento casi deseaba figurar otra vez en la plantilla de un periódico, para poder intervenir en el jaleo, pues desde que —tres años antes— se independizara, habíase especializado en noticias de carácter nacional, sobre todo las relacionadas con el crimen, la Policía y los bajos fondos. A su madre no le gustaba este trabajo, y solía decir que «andaba con malas compañías», y por más que él aseguraba que estaba a punto de convertirse en uno de los reporteros-investigadores más solicitados del país, no lograba convencerla de que el oficio de periodista era digno de su único hijo.

Mientras por la radio iban llegando noticias, Miller pensaba con rapidez, tratando de decidir si el suceso ofrecía alguna faceta que pudiera encararse desde Alemania en un reportaje complementario. La reacción del Gobierno de Bonn sería comentada desde esta ciudad por los hombres de las plantillas periodísticas, y el recuerdo de la visita de Kennedy a Berlín en junio último sería glosado desde Berlín. No parecía, pues, que el caso diera para un buen reportaje, con fotografías, susceptible de vender a cualquiera de la veintena de semanarios alemanes que constituían los mejores clientes de su especialidad periodística.

El hombre que estaba apoyado en la ventanilla del coche advirtió que Miller no le prestaba atención, y supuso que era por el dolor que le había causado la muerte del presidente. De modo que interrumpió su charla sobre guerra mundial y adoptó una compungida expresión.

—*Ja, ja, ja* —suspiró, con aire de entendido, como si él ya lo hubiese previsto—. Gente violenta esos americanos... Tienen un fondo de violencia que nosotros, los de aquí, nunca comprenderemos.

—Sin duda —admitió Miller, aún distraído.

Finalmente, el desconocido se desanimó.

—Bueno, tengo que irme a casa —dijo, enderezándose—. *Grus Gott*.

Echó a andar hacia su automóvil. Miller advirtió entonces que el otro se alejaba.

—*Ja, gute Nacht* —le gritó a través de la ventanilla, y subió el cristal, a fin de resguardarse del aguanieve que las ráfagas del viento del Elba lanzaban contra el coche. La radio transmitía ahora una marcha lenta. El locutor acababa de anunciar que aquella noche no habría más música ligera; sólo boletines de noticias, que se alternarían con melodías adecuadas.

Miller se arrellanó en el cómodo asiento de piel de su «Jaguar» y encendió

un «Roth-Handl», cigarrillo de tabaco negro, sin filtro, que olía de un modo espantoso, otra de las cosas que reprochaba su madre a aquel hijo que tantos desengaños le deparaba.

Es difícil no caer en la tentación de preguntar qué habría ocurrido si uno hubiese hecho o dejado de hacer... Ello suele ser una especulación inútil, pues lo que hubiera podido ser y no ha sido constituye el mayor de los misterios. Pero tal vez se pueda decir que si aquella noche no hubiera escuchado Miller la radio, no habría parado el coche ni pasado media hora a un lado de la carretera. Tampoco habría visto la ambulancia ni oído hablar de Salomon Tauber ni de Eduard Roschmann. Y, probablemente, cuarenta meses después hubiera dejado de existir la República de Israel.

Miller terminó el cigarrillo mientras seguía escuchando la radio; bajó el cristal y tiró la colilla. Apenas accionó el contacto, el motor de 3,8 litros situado bajo el largo y aerodinámico capó del «Jaguar XK 150 S» dio un rugido y en seguida ajustó la voz a su leve gruñido habitual, cual el de la fiera que trata de escapar de la jaula.

Miller encendió las luces de cruce, miró atrás y se incorporó al creciente aluvión de coches que circulaban por la carretera de Osdorf.

Se hallaba detenido en el semáforo de la calle Stresemann, cuando oyó acercarse la ambulancia. Esta pasó por su izquierda haciendo sonar acompasadamente la sirena en dos tonos, agudo y grave; aminoró la marcha antes de rebasar la luz roja y entrar en el cruce; torció hacia la derecha, por delante de Miller, y tomó por la calle Daimler abajo. Miller actuó movido sólo por reflejos. Soltó el embrague, y el «Jaguar» salió disparado detrás de la ambulancia, a unos veinte metros.

Casi inmediatamente, Miller se arrepintió de su impulso y pensó que hubiera sido mejor seguir hacia su casa. Seguramente allí no habría nada; aunque nunca se sabe. Las ambulancias sugieren una perturbación, y en según qué perturbaciones podía haber un reportaje, sobre todo si uno acudía el primero y la cosa se arreglaba antes de la llegada de los reporteros de plantilla. Podía tratarse de un grave accidente de tráfico, de un incendio en los muelles o de una casa de vecinos envuelta en llamas, con niños dentro. Podía ser cualquier cosa. Él llevaba siempre en la guantera del coche una pequeña «Yashica» con equipo de flash, ya que nunca sabía uno lo que podía ocurrir ante sus ojos.

Miller conocía a un hombre que el 6 de febrero de 1958 se encontraba en el aeropuerto de Munich, esperando subir a un avión, cuando a unos cientos de

metros de donde él estaba se estrelló el aparato en que viajaba el equipo de fútbol del Manchester United. El hombre ni siquiera era fotógrafo profesional, pero inmediatamente se echó a la cara la cámara que llevaba para sus vacaciones en la nieve, y tomó las primeras fotos exclusivas del avión incendiado. Las revistas ilustradas le pagaron por ellas más de cinco mil libras.

La ambulancia se metió por el laberinto de calles estrechas y sórdidas de Altona, dejando a la izquierda la estación del ferrocarril y manteniéndose siempre en dirección al río. El conductor del vehículo —una furgoneta «Mercedes» alta y achatada— conocía bien su ciudad, y maniobraba con pericia. A pesar de que el «Jaguar» tenía mayor potencia de aceleración y una suspensión muy dura, Miller sentía patinar las ruedas traseras sobre los adoquines mojados.

Observó que pasaban por delante del almacén «Menck», de repuestos de automóviles, y dos calles más allá supo ya cuál era su destino. La ambulancia se detuvo en una mísera y oscura calle, de casas de vecinos y pensiones, que, bajo la oblicua cortina de aguanieve, presentaba un aspecto sombrío y tétrico. La ambulancia se había parado delante de una pensión, cerca de un coche de la Policía, en cuyo techo giraba una luz azul que ponía un tinte macabro en el rostro de los curiosos que estaban congregados frente al portal.

Un fornido sargento de Policía gritó a la gente que abriera paso a la ambulancia. Se hizo un hueco, y en él entró suavemente el vehículo. El conductor y su ayudante saltaron a tierra, abrieron la puerta trasera y sacaron una camilla. Después de hablar brevemente con el sargento, ambos hombres entraron con paso rápido en el portal.

Miller estacionó el «Jaguar» en el lado opuesto de la calle, unos quince metros más abajo, y arqueó las cejas. Ni choque, ni fuego, ni niños en peligro. Probablemente, un simple ataque al corazón. Se acercó al grupo que el sargento mantenía a distancia formando un semicírculo, para dejar paso libre desde el portal hasta la parte trasera de la ambulancia.

—¿Se puede subir?

—No se puede. No es asunto suyo.

—Prensa —dijo entonces Miller, sacando su carnet.

—Y yo policía —dijo el sargento—. No se sube. La escalera es estrecha y, además, insegura. Los de la ambulancia bajarán en seguida.

Era un tipo corpulento, como cumple a un buen sargento de Policía de uno de los distritos más difíciles de Hamburgo. Con su metro noventa de estatura, su capa impermeable y los brazos extendidos para contener a la gente, parecía tan

sólido e inamovible como una muralla.

—¿Qué ha ocurrido?

—No puedo decírselo. Pregunte en la Comisaria.

Del portal salió un hombre vestido de paisano. La luz giratoria del techo del «Volkswagen» de la Policía le iluminó la cara, y Miller lo reconoció. Habían estudiado juntos en el Instituto Central de Hamburgo. Ahora era detective inspector de la Policía de esta ciudad y se hallaba destinado en la central de Altona.

—¡Eh, Karl!

Al oír su nombre, el joven inspector se volvió y miró al grupo que estaba detrás del sargento. Al siguiente destello azul descubrió a Miller, que tenía la mano levantada. Le sonrió, entre afable y resignado. Hizo al sargento una seña con la cabeza.

—Déjele pasar, sargento. Es casi inofensivo.

El policía bajó el brazo, y Miller se adelantó rápidamente. Él y Karl Brandt se estrecharon la mano.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vine siguiendo la ambulancia.

—Eres un buitre sanguinario. ¿A qué te dedicas ahora?

—A lo de siempre. Trabajo por mi cuenta.

—Y, por lo visto, te estás forrando. Siempre veo tu firma en las revistas.

—Me defendiendo. ¿Te has enterado de lo de Kennedy?

—Sí. Horroroso. Esta noche estarán revolviendo todo Dallas. Me alegro de que no esté en mi sector.

Miller señaló, con un movimiento de cabeza, el portal de la casa de huéspedes, en el que una bombilla de pocos vatios proyectaba su luz amarilla sobre el deteriorado papel de la pared.

—Un suicidio —dijo Karl—. Con gas. Los vecinos notaron el olor que salía por debajo de la puerta, y nos avisaron. Menos mal que a nadie se le ocurrió encender un fósforo. Toda la casa apestaba.

—¿No se tratará, por casualidad, de alguna estrella de cine? —preguntó Miller.

—¡Seguro! Como siempre viven en sitios así... No; ha sido un viejo. De todos modos, parece que, en realidad, llevaba ya años muerto. Todas las noches se mata alguien.

—Bueno, adondequiera que haya ido, no será peor que esto.

El inspector esbozó una sonrisa y volvió la cabeza hacia la casa. Los dos enfermeros, con su carga, acababan de bajar la escalera y cruzaban el portal.

—Abran paso —dijo Brandt.

El sargento se apresuró a repetir la orden e hizo retroceder a la gente un poco más. Los de la ambulancia salieron a la acera y se acercaron a la parte trasera del «Mercedes». Brandt los siguió, y Miller se fue tras él. No es que quisiera ver al muerto; ni siquiera se le había ocurrido. Se limitaba a seguir a Brandt. Cuando el primero de los enfermeros enganchó las varas de la camilla en las guías y el otro se preparaba ya para empujarla, dijo Brandt:

—Esperen un momento. —Levantó una punta de la manta y miró la cara del muerto—. Es puro formulismo —comentó, por encima del hombro—. Tengo que escribir en mi informe que acompañé el cadáver a la ambulancia y al depósito.

Las luces interiores de la furgoneta eran potentes, y durante dos segundos pudo Miller ver el rostro del suicida. Su primera y única impresión fue que nunca había visto a un hombre tan feo y arrugado. Aun dejando aparte los efectos de la intoxicación por gas —manchas en la piel y labios amoratados—, aquel hombre tampoco debió de ser muy guapo en vida. Unos mechones de pelo pegados al cráneo; los ojos cerrados, y las mejillas, sin la dentadura postiza, tan hundidas que parecían tocarse, le daban aspecto de vampiro de película. Casi no tenía labios, y la piel, alrededor de su boca, formaba unos frunces profundos que recordaron a Miller una cabeza que vio tiempo atrás, procedente de la cuenca del Amazonas, a la cual los indígenas le habían cosido los labios. Para acabar de rematar el efecto, el hombre presentaba a cada lado de la cara dos cicatrices pálidas y rugosas que le surcaban la mejilla desde la sien hasta las comisuras de la boca.

Tras un rápido vistazo, Brandt volvió a taparlo con la manta, hizo una seña al enfermero que estaba detrás de él y se apartó a un lado en tanto éste encajaba la camilla en su anclaje, cerraba las puertas y subía a la cabina, donde estaba ya su compañero. La ambulancia se alejó rápidamente, y la multitud empezó a dispersarse, mientras el sargento gruñía a media voz:

—Vamos, circulen, ya pasó todo. No hay más que ver. ¿Es que no tienen casa?

Miller miró a Brandt, arqueando las cejas.

—Muy bonito.

—Sí. Pobre hombre. Pero en este caso no hay nada para ti.

Miller hizo un gesto de contrariedad.

—En absoluto. Como tú dices, hay uno cada noche. En este momento, en todo el mundo está muriendo gente, y nadie demuestra el menor interés por esas muertes. Como Kennedy ha sido asesinado...

El inspector Brandt rió burlonamente.

—Estos periodistas sanguinarios...

—Hay que reconocerlo: la gente quiere leer lo de Kennedy. Para eso compra el periódico.

—Cierto. Bueno, tengo que volver a la Comisaría. Adiós, Peter.

Se estrecharon nuevamente la mano y se separaron. Miller tomó la dirección de la estación de Altona, entró en la avenida principal, camino del centro, y veinte minutos después estaba guardando su «Jaguar» en el garaje subterráneo de la plaza Hansa, situado a unos ciento cincuenta metros de la casa en cuyo ático vivía.

Dejar el coche todo el invierno en un garaje subterráneo resultaba caro; pero éste era uno de los lujos que él se permitía. También el piso era caro; mas a Peter le gustaba porque era alto y tenía vistas al bullicioso bulevar de Steindamm. A su atuendo y comida no dedicaba mucha atención, y a la edad de veintinueve años, con su casi metro noventa de estatura, su cabello castaño y sus ojos pardos, no necesitaba gastar mucho en vestir para tener éxito con las mujeres. Un amigo le dijo una vez, con envidia:

—Tú harías estragos hasta en un convento.

Él se echó a reír, halagado, pues pensaba que su amigo tenía razón.

Sus grandes pasiones eran los coches deportivos, el periodismo y Sigrid, aunque, a veces, no sin cierto sonrojo, pensaba que si tuviese que escoger entre Sigi y el «Jaguar», Sigi habría de buscarse otra pareja.

Una vez hubo colocado el «Jaguar» en su sitio, se quedó contemplándolo a las luces del garaje. No se cansaba de mirarlo. Incluso cuando se acercaba a él en la calle, tenía que pararse a admirarlo. A veces, algún transeúnte, sin saber que el coche fuera suyo, se detenía y comentaba:

—¡Eso es un motor!

Los jóvenes reporteros independientes no acostumbran tener un «Jaguar XK 150 S». Por cierto que en Hamburgo casi no se encontraban repuestos, ya que la serie «XK», de la cual el modelo «S» había sido el último, dejó de fabricarse en 1960. Peter lo cuidaba personalmente, y el domingo pasaba horas enteras, en mono, metido bajo el chasis o revolviendo en el motor. La gasolina que se necesitaba para alimentar sus tres carburadores «SU», al precio a que había que

pagarla en Alemania, era un gran agobio para su economía; mas Peter se sacrificaba gustoso. Se sentía recompensado al oír el brioso rugido de los tubos de escape, cuando pisaba el acelerador por la autopista, y el brío con que tomaba los virajes en las carreteras de montaña. Incluso había tensado la suspensión independiente de las ruedas delanteras, y como el coche poseía suspensión rígida en las de atrás, tomaba las curvas firme como una roca, mientras los otros conductores que trataban de desafiarlo empezaban a brincar furiosamente sobre sus muelles y ballestas. Poco después de comprarlo, lo hizo repintar de negro, con una franja amarillo avispa a cada lado. Como el coche había sido fabricado en Coventry (Inglaterra) y no estaba destinado a la exportación, tenía el volante a la derecha, lo cual era un inconveniente en los adelantamientos, pero, en cambio, le permitía cambiar la marcha con la mano izquierda y sostener el tembloroso volante con la derecha, y ello era una gran ventaja.

Nada más pensar en las circunstancias que le habían permitido comprarlo, se maravillaba de su suerte. El verano anterior, mientras esperaba su turno en la peluquería, se puso a hojear una revista pop. Generalmente, no leía los chismes sobre las celebridades del mundo pop; pero allí no había nada más que leer. El reportaje de la página central trataba de la meteórica ascensión a la fama y al estrellato internacional de cuatro jovencitos ingleses con flequillo. El que aparecía a la derecha de la foto, con una nariz bastante grande, no le decía nada; pero las otras tres caras despertaron un eco en su memoria, que era una especie de archivo.

Los títulos de las dos canciones que lanzaron al cuarteto a la fama, *Please Please Me* y *Love Me Do*, tampoco le decían nada; pero aquellas tres caras le hicieron cavilar durante un par de días. Entonces se acordó. Dos años antes, en 1961, cantaban en un pequeño cabaret del Reeperbahn. Tardó otro día en recordar el nombre del local, pues sólo había entrado una vez a tomar una copa y charlar con un personaje del bajo mundo, del que necesitaba información acerca de la pandilla de Sankt Pauli. El «Star Club».

Fue al local, buscó en las notas de 1961, y dio con ellos. Entonces eran cinco: los tres que él había reconocido, y otros dos, Pete Best y Stuart Sutcliffe.

De allí fue a casa del fotógrafo que hizo las fotos publicitarias para Bert Kaempfert, el empresario, y adquirió los derechos de todas ellas. Su reportaje *Hamburgo descubrió a los Beatles* fue publicado en todas las revistas de música pop de Alemania, y en muchas del extranjero. Con el producto se compró el «Jaguar», que había visto en un garaje-exposición, al cual lo había vendido un

oficial inglés cuya esposa estaba embarazada y ya no cabía en él. Incluso, en prueba de agradecimiento, compró varios discos de los Beatles; pero sólo los ponía Sigi.

Miller se alejó del coche, salió por la rampa a la calle y se fue a su casa. Eran casi las doce, y aunque a las seis de la tarde su madre le había dado una de aquellas enormes cenas que preparaba cada vez que a iba a verla, ahora volvía a tener hambre. Se hizo una fuente de huevos revueltos, y puso la radio, a fin de escuchar las noticias de la noche. Sólo hablaban de Kennedy, mas se referían a la repercusión que el hecho había tenido en Alemania, ya que de Dallas apenas llegaban más noticias. La Policía seguía buscando al asesino. El locutor se extendía acerca de la simpatía demostrada por Kennedy hacia Alemania, su visita del verano anterior a Berlín y su declaración, hecha en alemán: *Ich bin ein Berliner*.

Después se dio lectura al panegírico que, con voz temblorosa de emoción había pronunciado Willy Brandt, alcalde-gobernador de Berlín Occidental y a los del canciller Ludwig Erhard y el ex canciller Konrad Adenauer, que se había retirado el 15 de octubre anterior.

Peter Miller desconectó la radio y se fue a la cama. Habría deseado que Sigi estuviera en casa, porque cuando se sentía deprimido arrimábase a ella en busca de consuelo y en seguida se animaba, hacían el amor, y él se quedaba dormido como un leño, con gran disgusto de Sigrid, que en tales casos deseaba siempre hablar de matrimonio y de hijos. Pero el cabaret en que ella bailaba no cerraba hasta casi las cuatro de la madrugada, y los viernes, más tarde aún, ya que los turistas y los provincianos invadían la Reeperbahn, dispuestos a comprar champaña a un precio diez veces superior al que costaba en el restaurante, con tal de estar con una chica de seno alto y escote bajo. Y Sigi tenía lo uno y lo otro en grado superlativo.

De manera que Peter se fumó otro cigarrillo, y a la una y cuarto se quedó dormido y empezó a soñar con la fea cara del viejo que se había suicidado con gas en los barrios bajos de Altona.

A medianoche, mientras Peter Miller comía huevos revueltos en su piso de Hamburgo, en un confortable salón de una casa contigua a una escuela de equitación situada en las afueras de El Cairo, cerca de las pirámides, cinco hombres charlaban y bebían. Allí era la una de la madrugada. Los cinco hombres

habían cenado bien, y estaban de muy buen humor a causa de la noticia de Dallas, que habían oído unas horas antes.

La escuela de equitación era uno de los puntos de reunión predilectos de la buena sociedad de El Cairo y de la colonia alemana, compuesta por varios miles de personas. De los cinco hombres, tres eran alemanes, y los otros dos, egipcios. La esposa del anfitrión se había ido a la cama, y su marido y los invitados prolongaban la tertulia hasta la madrugada.

En una butaca tapizada de piel situada junto a la ventana, cuyos postigos estaban cerrados, se hallaba sentado Bodden, en otro tiempo experto en asuntos judíos del Ministerio nazi de Propaganda del doctor Joseph Goebbels. Desde poco después de la guerra vivía en Egipto —adonde fue trasladado por obra y gracia de ODESSA—, había adoptado el nombre egipcio de El Gumra y trabajaba en el Ministerio egipcio de Orientación en calidad de experto en asuntos judíos. En la mano tenía un vaso de whisky. A su izquierda estaba otro antiguo experto del personal de Goebbels, Max Bachmann, que también estaba empleado en el Ministerio de Orientación. Este, que abrazó la religión musulmana, había ido en peregrinación a La Meca y se hacía llamar El Hadj. En honor a su nueva religión, bebía zumo de naranja. Ambos eran nazis acérrimos.

Los dos egipcios eran el coronel Chams Edine Badrane, ayudante de campo del mariscal Abdel Hakim Amer, que con el tiempo sería nombrado ministro de Defensa de Egipto, y después, a raíz de la Guerra de los Seis Días, en 1967, condenado a muerte por traición. El coronel Badrane caería en desgracia con él. El otro era el coronel Ali Samir, jefe del Mukhabarat, el servicio secreto de Egipto.

En la cena hubo un sexto comensal, el invitado de honor, que regresó apresuradamente a la capital cuando, a las nueve y media de la noche, hora de El Cairo, se dio la noticia de que el presidente Kennedy había muerto. Era Anuar el Sadat, presidente de la Asamblea Nacional de Egipto e íntimo colaborador del presidente Nasser, al que habría de suceder.

Peter Bodden levantó su vaso.

—De modo que Kennedy, el amigo de los judíos, ha muerto. Caballeros, un brindis.

—¡Pero los vasos están vacíos! —protestó el coronel Samir. El anfitrión se apresuró a llenarlos, de una botella de escocés que cogió del aparador.

Ninguno de los reunidos se sorprendió al oír llamar a Kennedy amigo de los judíos. El 14 de marzo de 1960, siendo Dwight Eisenhower presidente de los

Estados Unidos, David ben Gurion, primer ministro de Israel y Konrad Adenauer, canciller de Alemania, sostuvieron una entrevista secreta en el hotel «Waldorf-Astoria» de Nueva York, reunión que hubiera parecido imposible diez años antes. Pero el tema que se trató en ella parecía imposible, incluso en 1960; por eso tardaron varios años en trascender los pormenores, y aun a fines de 1963 el presidente Nasser se resistía a tomar en serio la información que ODESSA y el Mukhabarat del coronel Samir le pusieron encima de la mesa.

En aquella reunión, los dos hombres de Estado firmaron un acuerdo por el cual Alemania Occidental accedía a conceder un crédito a favor de Israel a razón de cincuenta millones de dólares al año, sin contrapartida. Pero Ben Gurion había de averiguar muy pronto que una cosa es tener dinero, y otra muy distinta, contar con abastecimientos seguros de armas. Seis meses después, el acuerdo del «Waldorf» era completado con otro, suscrito por los ministros de Defensa de Alemania y de Israel, Franz Josef Strauss y Shimon Peres, respectivamente, en el que se estipulaba que Israel podría utilizar el dinero alemán para comprar armas en Alemania.

Adenauer, comprendiendo que la índole del segundo acuerdo era más heterodoxa que la del primero, demoró la firma durante varios meses, hasta noviembre de 1961, en que se reunió, en Nueva York, con el nuevo presidente, John Fitzgerald Kennedy. Y Kennedy le forzó la mano. Él no quería que los Estados Unidos suministraran armas a Israel directamente; pero le interesaba que las armas llegasen allí, fuera como fuera. Israel necesitaba aviones de caza y de transporte, piezas de artillería «Howitzer» de 105 mm, carros y camiones blindados para el transporte de tropas, y tanques, sobre todo, tanques.

Alemania tenía de todo principalmente de fabricación americana, ya fuera comprado en Estados Unidos para paliar el coste de mantenimiento de las tropas estadounidenses estacionadas en Alemania en virtud del acuerdo de la OTAN, ya fabricado en Alemania con licencia.

Gracias a la presión ejercida por Kennedy, el acuerdo StraussPeres entró en vigor.

Los primeros tanques alemanes llegaron a Haifa a últimos de junio de 1963. Fue difícil mantener el secreto; intervenía ya mucha gente en la operación. ODESSA se enteró a fines de 1962 y se apresuró a informar a los egipcios, con los que sus agentes de El Cairo mantenían constantes relaciones.

A finales de 1963, las cosas empezaron a cambiar. El 15 de octubre se retiraba de la política Konrad Adenauer, *el Zorro de Bonn*, *el Canciller de*

Granito, y su puesto era ocupado por Ludwig Erhard, hombre muy popular por ser el artífice del milagro económico alemán, pero débil e indeciso en política exterior.

Incluso estando todavía Adenauer en el poder, había en el Gobierno federal un grupo que pedía enérgicamente la anulación del acuerdo con Israel y la supresión de los envíos de armas. Pero el anciano canciller había sabido hacerlos callar con frases claras y terminantes. Y era tal su poder, que nadie había vuelto a protestar.

Erhard era un hombre muy distinto, que ya se había ganado el apodo de *el León de Goma*, y en cuanto ocupó el sillón de canciller, volvió a la carga el grupo contrario al suministro de armas, que estaba apoyado por el ministro de Asuntos Exteriores, muy interesado en mejorar sus ya buenas relaciones con el mundo árabe. Erhard vacilaba. Pero detrás de unos y de otros estaba la voluntad de John Kennedy: Israel obtendría sus armas a través de Alemania.

Y ahora Kennedy había sido asesinado. La pregunta crucial que se planteaba aquella madrugada del 23 de noviembre era, sencillamente: ¿Retiraría el presidente Lyndon Johnson la presión de los Estados Unidos y dejaría al indeciso canciller de Bonn las manos libres para deshacer el trato? En realidad, no la retiró; mas en El Cairo existían grandes esperanzas de que lo hiciera.

El anfitrión de aquella cena celebrada en la casa de las afueras de El Cairo, una vez hubo llenado los vasos de sus invitados, se volvió otra vez hacia el aparador para colmar el suyo. Se llamaba Wolfgang Lutz y había nacido en Mannheim, en 1921.

Fue comandante del Ejército alemán, antisemita fanático, y en 1961 hubo de emigrar a El Cairo, donde estableció una escuela de equitación. Era rubio, con los ojos azules y perfil aguileño, y gozaba de gran simpatía en las altas esferas de la política de El Cairo y entre los expatriados alemanes, nazis en su mayoría, afincados en las riberas del Nilo.

Lutz se volvió hacia sus invitados y les dirigió una amplia sonrisa. Si la sonrisa era falsa, nadie lo notó. Y falsa era. En realidad, él era judío y, aunque había nacido en Mannheim, a los doce años, es decir, en 1933 emigró a Palestina. Su verdadero nombre era Ze'ev, y ostentaba el grado de *Rav-Seren* (comandante) del Ejército de Israel. En aquellos momentos era también el principal agente del Servicio de Inteligencia israelí en Egipto. El 28 de febrero de 1965, después de un registro efectuado en su casa, en el cual se descubrió un transmisor de radio escondido en la báscula del cuarto de baño, fue arrestado.

Juzgado el 26 de junio de 1965, se le condenó a trabajos forzados a perpetuidad. Al terminar la guerra de 1967, fue incluido en una operación de canje, a cambio de varios miles de prisioneros de guerra egipcios, y el 4 de febrero de 1968 él y su esposa volvían a pisar el suelo de su patria en el aeropuerto de Lod.

Pero la noche en que murió Kennedy, todo esto, su detención, las torturas y las múltiples violaciones de su esposa, estaban todavía en el futuro. Con el vaso en alto, miró aquellos cuatro rostros sonrientes.

Estaba deseando que se fueran, pues durante la cena uno de sus invitados había dicho algo que era de vital importancia para Israel, y ahora estaba impaciente por librarse de ellos, subir a su cuarto de baño, sacar de la báscula el transmisor y enviar un mensaje a Tel Aviv. Pero tenía que seguir sonriendo.

—¡Mueran los amigos de los judíos! —brindó—. *Sieg Heil!*

A la mañana siguiente, Peter Miller se despertó poco antes de las nueve y se revolvió blandamente bajo el enorme edredón que cubría la cama de matrimonio. Aun sin estar del todo despierto, sentía el calorcito del cuerpo de Sigi. Instintivamente, se acercó a ella hasta que la espalda de la mujer apretó la base de su estómago.

Sigi, que se había acostado hacía apenas cuatro horas, gruñó por lo bajo y se alejó hacia el borde de la cama.

—Vete —murmuró en sueños.

Miller suspiró, se volvió de espaldas y miró el reloj. Entornando los ojos en la semioscuridad del dormitorio. Luego se levantó sigilosamente, se puso el albornoz y salió a la sala. Descorrió las cortinas, y la luz acerada de noviembre entró en la habitación, haciéndole guiñar los ojos. Enfocó la mirada hacia el Steindamm. Era sábado, y sobre el oscuro asfalto mojado no se veía mucho tránsito. Bostezó y entró en la cocina para preparar el primero de sus innumerables cafés del día. Tanto su madre como Sigi le reprochaban que viviera casi exclusivamente de café y cigarrillos.

En la cocina, mientras bebía el café y fumaba el primer cigarrillo, pensó si tenía que hacer algo de particular, y decidió que no. Durante días, o incluso semanas los periódicos y revistas no hablarían más que de Kennedy. Eso por un lado. Y, por otro, no tenía ningún reportaje entre manos. Además, el sábado y el domingo son días poco propicios para localizar a la gente en el despacho, y a nadie le gusta que le molesten en casa. Poco antes había terminado una serie, que

fue bastante bien recibida —y que por cierto no había cobrado aún—, acerca de la constante infiltración de gánsters austríacos, parisienses e italianos en la mina de oro que era el Reeperbahn, con su casi un kilómetro de clubes nocturnos, burdeles y antros de vicio. Pensó en llamar a la revista que se la había comprado, pero desistió. Ya le pagarían, y de momento no estaba escaso de dinero.

Precisamente hacía tres días que el Banco le había mandado el estado de cuentas, y en él aparecía un saldo a su favor de más de cinco mil marcos, unas noventa mil pesetas, que lo mantendrían a flote durante algún tiempo.

—Lo malo de ti, amigo —dijo, dirigiéndose a su imagen, que se reflejaba en las relucientes cacerolas de Sigi—, es que eres un vago.

Diez años antes, cuando acabó su servicio militar, un funcionario del servicio de Orientación Profesional le había preguntado qué quería ser. «Un rico sin profesión», y a los veintinueve años, aunque no lo había conseguido todavía ni, probablemente, lo conseguiría en su vida, seguía considerándolo una ambición razonable.

Se llevó la radio de transistores al cuarto de baño, cerró la puerta para que Sigi no la oyera, y escuchó las noticias mientras se duchaba y se afeitaba. Lo más importante era que, en relación con el asesinato del presidente Kennedy, se había arrestado a un hombre. Tal como él suponía, no figuraban en el boletín más noticias que las que se referían al asesinato de Kennedy.

Cuando se hubo secado, volvió a la cocina y preparó más café, esta vez, dos tazas. Las llevó al dormitorio, las dejó encima de la mesita de noche, se quitó la bata y se acostó otra vez al lado de Sigi, cuya ondulada cabellera rubia se destacaba sobre la almohada.

Ella tenía veintidós años y había sido campeona de gimnasia en el colegio. Solía decir que hubiera podido alcanzar nivel olímpico de no habersele desarrollado el busto hasta el extremo de llegar a estorbarle los movimientos y no encontrar un *maillot* que pudiera contenerlo de modo seguro. Al terminar sus estudios, se hizo instructora de educación física en un Instituto femenino. El paso a bailarina de *striptease* en un cabaret de Hamburgo se produjo un año después, y se debió a los más poderosos y obvios motivos: los económicos. Ganaba allí cinco veces más que haciendo de profesora.

A pesar de la desenvoltura con que se desnudaba en la pista, le producían vivo sonrojo los comentarios obscenos que acerca de su figura pudiera hacer alguien al que ella estuviera viendo en aquel momento.

—Lo bueno es que cuando estoy en la pista no puedo ver a nadie que esté detrás de los focos, y eso hace que no me sienta cohibida —explicó una vez con gran seriedad a Peter Miller, que la escuchaba divertido—. Creo que si pudiese ver al público, saldría corriendo.

Ello no le impedía que después, ya vestida, se sentara a una mesa y esperase que algún cliente la invitara a una copa. La única bebida permitida era champaña, en medias botellas o, mejor, en botellas enteras. Sobre éstas ella percibía una comisión del quince por ciento. Aunque la mayoría de los que la invitaban a champaña esperaban conseguir bastante más que la oportunidad de admirar su despampanante escote durante una hora, nunca pasaban de ahí. Ella era amable y comprensiva, y su actitud ante las empalagosas atenciones de los sobones era de sincero pesar y estaba exenta del desdén y repugnancia que las otras muchachas escondían tras sus sonrisas de neón.

—Pobrecillos —dijo a Peter Miller—. Deberían tener en casa una mujer carnosa.

—¡Qué es eso de «pobrecillos»! —protestó Miller con enfado—. Son unos viejos verdes repugnantes, con la cartera bien repleta.

—No lo serían si tuviesen a alguien que los cuidara —repuso Sigi con inamovible lógica femenina.

Miller la había descubierto por casualidad, en una visita que hizo al bar de Madame Kokett, al lado del «Café Keese», en el Reeperbahn, adonde había ido a charlar y tomar una copa con el dueño, antiguo amigo y fuente de información. Sigi era muy alta, medía casi un metro ochenta, y estaba bien proporcionada. Sus medidas de contorno hubieran sido excesivas para una muchacha más baja. Se desnudaba al son de la música con los ademanes de rigor y frunciendo los labios con esa convencional expresión de sensualidad que suelen adoptar las bailarinas de *striptease*. Miller lo había visto hacer otras veces, e iba bebiendo sin inmutarse.

Pero cuando cayó el sujetador, incluso él se quedó pasmado, con el vaso en el aire. Su anfitrión le miró sardónicamente.

—Soberbia, ¿eh?

Miller tuvo que reconocer que, a su lado, las modelos del *Playboy* de aquel mes parecían casos graves de desnutrición. Además, era tan musculosa que, aun sin vestigio de sostén, su busto se mantenía alto y turgente.

Al terminar su actuación, cuando empezaron los aplausos, la muchacha abandonó su actitud de hastío de bailarina profesional, hizo una leve reverencia,

un tanto encogida, y sonrió ampliamente, con la expresión del perro perdiguero poco entrenado que, contra todo pronóstico, acaba de volver con la perdiz. Y la sonrisa aquella, no el baile ni la figura, cautivó a Miller. Preguntó si podía invitarla a una copa, y fueron a buscarla.

Puesto que Miller estaba con el jefe, ella pidió un *gin-fizz* en lugar de champaña. Muy sorprendido, Miller descubrió que la muchacha era muy agradable, y le preguntó si, después del espectáculo podría acompañarla a casa. Ella accedió, aunque con evidentes reservas. Miller decidió proceder con cautela, y aquella noche no le hizo insinuaciones. Era a principios de primavera, y cuando cerraron el cabaret salió ella envuelta en un abrigo de paño grueso y peludo que no tenía nada de arreatador. El periodista supuso que el efecto era intencionado.

Aquella noche sólo tomaron café, y charlaron. Poco a poco, ella fue abandonando sus recelos y le contó que le gustaba la música pop, la pintura, los paseos por la orilla del Alster, la casa y los niños. Y empezaron a salir una vez a la semana, la noche que ella tenía libre. Iban a cenar o a un espectáculo, pero todo acababa ahí.

A los tres meses, Miller se la llevó a la cama, y poco después le propuso que fuera a vivir con él. Sigi, que encaraba las cosas importantes de la vida con gran simplicidad, había decidido casarse con Peter Miller, y la única duda estribaba en si había de conseguirlo negándose a dormir con él, o accediendo. Al observar la facilidad con que Peter se hacía acompañar de otras muchachas, Sigi decidió mudarse al ático y hacerle la vida tan agradable, que a él le entraran deseos de casarse. A fines de noviembre, hacía seis meses que vivían juntos.

Incluso Miller, que no era hombre casero, tenía que reconocer que Sigi llevaba la casa primorosamente. Y, además, hacía el amor con una sana y exuberante alegría. Directamente, ella no le hablaba de matrimonio; pero procuraba insinuárselo. Miller no se daba por enterado. A veces, mientras tomaban el sol a la orilla del lago Alster, ella se acercaba a algún niño pequeño y, bajo la mirada complacida de los padres, le hacía una carantoña.

—¿Qué mono! ¿Verdad, Peter?

—Monísimo —gruñía Miller.

Entonces ella le trataba fríamente durante más de una hora, por no haber captado la indirecta. Pero eran felices, sobre todo Peter Miller, a quien el plan convenía admirablemente, pues además de reunir todas las comodidades del matrimonio y las delicias de una vida amorosa ordenada y regular, estaba exento

de compromisos.

Miller tomó la mitad de su café, se metió en la cama y, abrazando a Sigi por la espalda, le acarició suavemente, seguro de que así se despertaría. A los pocos minutos, ella murmuró de placer y se volvió de cara a él. Todavía adormilada, Sigi siguió ronroneando y deslizó las manos suavemente por la espalda de él. Diez minutos después hacían el amor.

—Vaya manera de despertarme —refunfuñó ella después.

—Las hay peores —dijo Miller.

—¿Qué hora es?

—Casi las doce —mintió él. Sabía que si ella se enteraba de que eran las diez y media y sólo había dormido cinco horas, le tiraría algo a la cabeza—. Pero si tienes sueño, puedes seguir durmiendo.

—Hum... Gracias, mi vida. Eres muy bueno conmigo —dijo ella, y volvió a quedarse dormida.

Miller, después de terminar su café y el de Sigi, iba camino del cuarto de baño, cuando sonó el teléfono. Se desvió hacia la sala y contestó.

—¿Peter?

—El mismo. ¿Quién es?

—Karl.

Aún tenía la cabeza espesa y no reconoció la voz.

—¿Karl?

—Karl Brandt. —La voz se impacientó—. ¿Qué te ocurre? ¿Todavía duermes?

—¡Ah, sí! Claro, Karl. Lo siento, acababa de levantarme. ¿Qué ha sucedido?

—Se trata de ese judío que se mató. Quiero hablar contigo.

Miller tenía la mente en blanco.

—¿Qué judío?

—El que anoche se suicidó con gas en Altona. ¿Puedes recordarlo todavía?

—Claro que lo recuerdo —dijo Miller—. No sabía que fuera judío. ¿Qué ocurre?

—Me gustaría hablar contigo —dijo el inspector—. Pero no por teléfono, ¿podríamos vernos?

La mente reporteril de Miller entró inmediatamente en acción. Si alguien tiene algo que decir y no quiere decirlo por teléfono, es que debe de considerarlo importante. Y tratándose de Brandt mucho más. Miller no podía imaginar a un policía haciendo tantos remilgos por una tontería.

—Claro que sí. ¿Almorzamos juntos?

—Podría arreglármelas.

—Está bien. Si crees que la cosa merece la pena, te invito.

Nombró un pequeño restaurante del Mercado de Aves y quedaron citados para la una. Miller, perplejo, colgó el auricular. No le parecía que en el suicidio de aquel viejo, en los barrios bajos de Altona, pudiera haber algo interesante. Ni aunque se tratara de un judío.

Durante el almuerzo, el joven detective eludió el tema que le había inducido a solicitar la entrevista; pero al llegar el café, dijo, simplemente:

—Ese hombre de anoche...

—Sí, cuenta...

—Tú, como todo el mundo, habrás oído hablar de lo que los nazis hicieron a los judíos durante la guerra, e incluso antes, ¿verdad?

—¿Cómo no? En la escuela nos lo hicieron tragar.

Miller se sentía desconcertado y violento. Como a casi todos los niños alemanes, cuando tenía nueve o diez años le dijeron que él y sus compatriotas eran culpables de infinidad de crímenes de guerra. Y él lo creyó, aun sin saber de qué le hablaban.

Más adelante fue difícil averiguar a qué se referían los maestros cuando, inmediatamente después de la guerra, les decían aquellas cosas. No había a quién preguntar. Nadie quería hablar de ello, ni los maestros ni los padres. Cuando se hizo hombre, pudo empezar a leer algunas cosas y, aunque aquellos relatos le horrorizaban, no podía imaginar que tuvieran algo que ver con él. Eran otros tiempos y otros lugares. Todo quedaba muy lejos. Él no estaba allí cuando ocurrió, ni estaba su padre, ni su madre. Según él, aquello nada tenía que ver con Peter Miller, de manera que no inquirió nombres, fechas ni detalles.

Y ahora se preguntaba por qué Brandt sacaría a relucir el tema.

El policía removía su café. También él estaba violento y no sabía cómo continuar.

—El viejo de anoche era un judío alemán —dijo al fin—. Había estado en un campo de concentración.

Miller recordó la cara de calavera que contempló la noche antes en la camilla. ¿Así acababan, entonces? Era ridículo. El hombre debió ser liberado por los aliados dieciocho años atrás y había llegado a viejo. Pero aquella cara le volvía a la mente una y otra vez. Nunca tuvo ocasión de ver a alguien que hubiera estado en un campo de concentración; por lo menos, que él supiera. Y

tampoco había visto a ningún asesino de la SS; de esto estaba seguro. Uno forzosamente tenía que notarlo. Debían de ser distintos.

Recordó la publicidad que dos años antes había rodeado el juicio de Eichmann en Jerusalén. Durante semanas, los periódicos hablaban de ello continuamente. Pensó en el rostro del hombre de la cabina de cristal, y recordó que precisamente le había llamado la atención por lo corriente que era; de tan anodino, daba miedo. Y leyendo las noticias de Prensa acerca del judío, empezó a entrever cómo los de la SS habían podido hacer lo que hicieron y quedar impunes. Pero todo aquello se refería a cosas que ocurrieron en Polonia, Rusia, Hungría, Checoslovaquia, lejos y mucho tiempo atrás. No podía afectarle.

Fijó su pensamiento en el presente y en la sensación de inquietud que le producían las palabras de Brandt.

—¿Y bien? —preguntó al detective.

A modo de respuesta, Brandt sacó de la cartera de mano un paquete envuelto en papel marrón y se lo tendió a Miller.

—El viejo dejó un Diario. En realidad, no era tan viejo: tenía cincuenta y seis años. Por lo visto, en su día fue tomando notas, que guardaba entre los trapos con que se envolvía los pies, y que transcribió después de la guerra. Esas notas constituyen el Diario.

Miller miró el paquete sin gran interés. ¿Dónde lo encontraste?

—Estaba al lado del cadáver. Lo cogí y me lo llevé a casa. Lo leí anoche.

Miller miró interrogativamente a su antiguo discípulo.

—¿Era malo aquello?

—Horrible. Yo no imaginaba que pudiera ser tan malo. ¡Las cosas que les hacían...!

—¿Por qué me lo traes a mí?

Brandt estaba incómodo. Se encogió de hombros.

—Pensé que podrías sacar un reportaje.

—¿A quién pertenece ahora?

—Técnicamente, a los herederos de Tauber. Pero nunca daríamos con ellos. Por consiguiente, supongo que ahora pertenece al Departamento de Policía. Y ellos se limitarán a archivarlo; de modo que, si lo quieres, puedes quedarte con él. Aunque te ruego que no digas que yo te di. No quiero tener disgustos con los jefes.

Miller pagó la cuenta, y los dos hombres salieron a la calle.

—Bueno, lo leeré. Pero no te prometo entusiasarme. Tal vez dé para un

artículo de semanario.

Brandt lo miró y sonrió, torciendo la boca.

—Eres un cínico —dijo.

—No —repuso Miller—. La verdad es que a mí, como a la mayoría de la gente, me importa el aquí y ahora. Y a ti, ¿qué te ha pasado? Después de diez años en la Policía, creí que ya estarías curtido. Y esto te ha afectado, ¿no?

Brandt se había puesto serio otra vez. Miró el paquete que Miller tenía bajo el brazo y, con lentitud, movió la cabeza afirmativamente.

—Sí; sí me ha afectado; y es que nunca pensé que fuera tan horrible. Además, no es tan antigua la historia. Esa historia terminó aquí, en Hamburgo, anoche. Adiós, Peter.

El detective dio media vuelta y se alejó, sin sospechar que estaba muy equivocado.

II

Peter Miller se llevó a su casa el paquete envuelto en papel marrón. Llegó poco después de las tres. Dejó el paquete encima de la mesa de la sala y, antes de sentarse a leer se fue a la cocina a hacer una buena jarra de café.

Sentado en su sillón favorito, con una taza de café a su lado y un cigarrillo encendido, abrió el paquete. El Diario estaba escrito en hojas encuadernadas en unas tapas rígidas de cartón forrado de vinilo y sujetas por una hilera de anillas situadas en el lomo, que se abrían por resorte y permitían quitar y añadir hojas.

Tenía una extensión de ciento cincuenta folios, escritos en una máquina que debía de ser muy vieja, pues algunas letras estaban mal alineadas, y otras, borrosas o deformadas. La mayor parte del Diario databa seguramente de varios años atrás, o había sido escrita durante un período de años, pues el papel, aunque limpio, tenía ese tinte inconfundible que el papel blanco adquiere con el tiempo. Pero al principio y al final, a modo de prólogo y epílogo, había varias hojas nuevas, escritas seguramente hacía pocos días. En efecto: llevaban fecha del 21 de noviembre, o sea, dos días antes.

Miller supuso que el hombre los había añadido una vez tomada la decisión de poner fin a su vida.

Tras echar una ojeada a los primeros párrafos, Miller advirtió, sorprendido, que el Diario estaba escrito en un estilo claro y conciso, es decir, en el lenguaje de una persona culta. En la cara anterior de las tapas había un cuadrado de papel blanco, cubierto de celofán, para que no se ensuciara, en el que, escrito con tinta negra y en letras mayúsculas, se leía: DIARIO DE SALOMON TAUBER.

Miller se arrellanó en la butaca, abrió el cuaderno por la primera página y empezó a leer:

DIARIO DE SALOMON TAUBER

Prólogo

Me llamo Salomon Tauber, soy judío y voy a morir. He decidido poner fin a mi vida, porque ésta no tiene ya valor para mí, y no me queda nada que hacer en este mundo. Todo lo que he intentado se ha malogrado, y mis esfuerzos siempre han sido estériles. Porque el mal que yo he visto sobrevive y triunfa, y el bien se ha perdido entre el polvo y el escarnio. Mis amigos, los que sufrieron, las víctimas, todos han muerto, y los verdugos, por el contrario, andan alrededor de mí. De día veo sus rostros en la calle y por la noche contemplo el rostro de Esther, mi esposa, muerta hace mucho tiempo. He seguido viviendo, porque quería hacer una cosa, ver una cosa; pero ahora sé que no podré.

No abrigo odio ni rencor hacia los alemanes, que son un buen pueblo. Los pueblos no son malos, sólo son malos los individuos.

Burke, el filósofo inglés, tenía razón al decir: «No conozco el modo de formular una acusación contra todo un pueblo». La culpa colectiva no existe, pues la Biblia cuenta que cuando el Señor quiso destruir a Sodoma y Gomorra por la maldad de sus habitantes, como quiera que entre ellos vivía un justo, antes hizo que se salvara el justo. Por tanto, la culpa es individual, como la salvación.

Cuando salí de los campos de concentración de Riga y Stutthof, cuando sobreviví a la «Marcha de la Muerte» hasta Magdeburgo, donde, en abril de 1945, fue liberado mi cuerpo mientras mi alma seguía cautiva, yo odiaba al mundo. Odiaba a la gente, odiaba a los árboles y a las piedras, porque habían conspirado contra mí y me habían hecho sufrir. Y, más que a nada, odiaba a los alemanes. Y seguía preguntándome, como me había preguntado durante los cuatro años precedentes, por qué el Señor no los aniquilaba a todos, hombres, mujeres y niños, y destruía sus ciudades y sus casas para siempre. Y como Él no me escuchaba, también lo odiaba a Él y clamaba que me había abandonado a mí y a mi pueblo, al que hizo creer que era su pueblo elegido. Incluso llegué a decir que Él no existía.

Pero, con los años, he aprendido otra vez a amar; amar a las piedras y a los árboles, al cielo y al río que pasa por la ciudad, amar a los perros y a los gatos extraviados, amar a la hierba que crece entre los adoquines y amar a los niños, que, al verme tan feo, echan a correr, asustados. Ellos no tienen la culpa. Hay un adagio francés que dice: «Comprenderlo todo es perdonarlo todo». Cuando uno puede comprender a la gente, su credulidad y su miedo, su codicia y su afán de poder, su ignorancia y su docilidad hacia el que más grita, uno puede perdonar.

Sí, uno puede perdonar incluso lo que hicieron. Pero olvidar no puede.

Hay hombres cuyos crímenes están más allá de toda comprensión y, por tanto, de todo perdón. Y aquí está lo malo. Porque esos hombres siguen viviendo entre nosotros, andan por las ciudades, trabajan en las oficinas, comen en las cantinas, sonríen, estrechan manos y llaman *Kamerad* a hombres decentes. Y que ellos, en lugar de vivir apartados de la sociedad, estén considerados como ciudadanos respetables y envilezcan a toda una nación con su maldad individual, eso es lo malo. Y en esto hemos fracasado vosotros y yo, hemos fracasado todos, y fracasado de forma miserable.

Últimamente, con el tiempo, he vuelto a amar al Señor, y le he pedido perdón por las veces que he obrado en contra de su Ley, que son muchas.

SHEMA YISROEL, ADONAI ELOHENU, ADONAI EHAD...

En las veinte primeras páginas del Diario, Tauber se refería a su nacimiento; a su infancia, que había transcurrido en Hamburgo; a su padre, un obrero héroe de la Primera Guerra Mundial, y a la muerte de sus padres, ocurrida en 1933, poco después de que Hitler asumiera el poder. A fines de la década de los treinta, estaba casado con una muchacha llamada Esther, trabajaba como arquitecto, y hasta 1941 se había librado de ser internado, gracias a la intervención de su jefe. Pero, finalmente, fue aprehendido en Berlín, durante un viaje que efectuó para visitar a un cliente. Después de pasar algún tiempo en un campo de tránsito fue metido, con otros judíos, en un vagón de ganado de un tren que se dirigía al Este.

No recuerdo la fecha en que el tren se detuvo por fin en aquella estación. Me parece que desde que nos encerraron en el vagón en Berlín, habían transcurrido seis días y siete noches. De repente, noté que el tren se había parado. La luz que se filtraba por las rendijas indicaba que era de día. De la debilidad y el hedor, me daba vueltas la cabeza.

Fuera sonaban gritos y ruido de cerrojos. Bruscamente, se abrieron las puertas. Supongo que fue mejor para mí que no pudiera verme —en tiempos, llevaba camisa blanca y el pantalón bien planchado (la corbata y la chaqueta habían caído al suelo hacía ya mucho tiempo)—; pero bastante pena daba ver a los demás.

Cuando la luz del día invadió el vagón, muchos levantaron los brazos hacia los ojos, gritando de dolor. Yo, al ver abrirse las puertas, había apretado los

párpados. Por la presión de los cuerpos, casi la mitad de los que estaban en el vagón salieron despedidos al andén en un amasijo de cuerpos malolientes. Yo estaba en el fondo, a un lado de las puertas centrales, por lo que pude zafarme del alud humano, y, entreabriendo un poco un ojo, pese al riesgo de deslumbramiento, pude salir al andén sin ser derribado.

Los guardianes de la SS que habían abierto las puertas —unos brutos con cara de malvados que rugían y gruñían en una lengua incomprensible— retrocedieron con expresión de asco. En el suelo del vagón quedaron treinta y un hombres pisoteados, que ya no volverían a levantarse. Los restantes, hambrientos, cegados, andrajosos y apestando se irguieron trabajosamente en el andén. A causa de la sed, teníamos la lengua hinchada, ennegrecida y pegada al paladar, y los labios agrietados.

Otros cuarenta vagones procedentes de Berlín, y dieciocho de Viena, vomitaban su carga en el andén. Aproximadamente la mitad de sus ocupantes eran mujeres y niños. Muchas mujeres y casi todos los pequeños estaban desnudos, sucios de excrementos, y en tan mal estado como nosotros. Algunas mujeres, al saltar al andén, llevaban en brazos el cuerpo sin vida de su hijo.

Los guardianes se movían arriba y abajo, blandiendo porras y haciendo formar a los deportados en una especie de columna, antes de conducirnos a la ciudad. Pero, ¿a qué ciudad? ¿Y en qué lengua hablaban aquellos hombres? Después averiguaría que la ciudad era Riga, y los guardianes de la SS, letones reclutados sobre el terreno, antisemitas tan feroces como los SS de Alemania, pero de una inteligencia muy inferior; prácticamente, animales con forma humana.

Detrás de los guardianes había un rebaño de hombres de expresión bovina, vestidos con camisa y pantalón muy sucios que, cosidos al pecho y a la espalda, llevaban grandes parches cuadrados con una J de gran tamaño en negro. Era una cuadrilla especial del ghetto, que tenía la misión de sacar de los vagones a los muertos y enterrarlos fuera de la ciudad. Estos, a su vez, estaban custodiados por media docena de hombres que, además de la J en el pecho y la espalda, llevaban un brazal y, en la mano, un palo. Eran los *Kapos*, judíos que, por hacer este trabajo, recibían mejor comida que los demás internados.

Bajo la marquesina de la estación había varios oficiales alemanes de la SS, a los cuales no pude distinguir hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz. Uno de ellos estaba un poco apartado del resto, subido a una caja de embalaje y, con una leve sonrisa de satisfacción, contemplaba a los miles de esqueletos vivientes

que salían del tren. Con un látigo negro de piel trenzada, se golpeaba el borde de la bota. Llevaba el uniforme verde con vueltas negras y plateadas de la SS, como si hubiese sido diseñado especialmente para él. En la solapa derecha lucía los dos rayos del emblema, y en la izquierda, la insignia de capitán.

Era alto y huesudo, con el pelo muy rubio, y los ojos, de un azul desteñido. Más adelante me enteraría de que era un gran sádico al que ya se conocía por el apodo que después le darían también los aliados: *el Carnicero de Riga*. Aquélla era la primera vez que veía al capitán Eduard Roschmann de la SS.

A las 5 de la madrugada del 22 de junio de 1941, las 130 divisiones de Hitler, divididas en tres cuerpos de ejército, habían cruzado la frontera y empezado la invasión de Rusia. Detrás de cada cuerpo de ejército iban los enjambres de escuadras de exterminio de la SS, encargadas por Hitler, Himmler y Heydrich de eliminar a los comisarios comunistas y a las comunidades judías de las zonas rurales de los grandes territorios que conquistaba el Ejército, y de encerrar a las comunidades judías de las ciudades en los ghettos de las capitales importantes, para ulterior «tratamiento especial».

El Ejército ocupó Riga, la capital de Letonia, el 1.º de julio de 1941, y a mediados del mismo mes llegaron los primeros comandos de la SS. La primera unidad in situ de las secciones SD y SP de la SS se estableció en Riga el 1.º de agosto de 1941, e inmediatamente comenzó el programa de exterminio que había de dejar libre de judíos todo el Ostland, como se rebautizó a los tres Estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania.

Berlín decidió entonces utilizar Riga como campo de tránsito hacia la muerte para los judíos de Alemania y Austria. En 1938, había 320 000 judíos alemanes y 180 000 judíos austríacos, en total, medio millón aproximadamente. En julio de 1941 ya se había liquidado a docenas de miles, principalmente en los campos de concentración de Alemania y Austria situados en Sachsenhausen, Mauthausen, Ravensbruck, Dachau, Buchenwald, Belsen y Theresienstadt en Bohemia. Pero ya empezaban a estar muy llenos, y las oscuras tierras del Este parecían un lugar excelente para acabar con los restantes. Se emprendieron las obras de ampliación o iniciación de los seis campos de exterminio de Auschwitz, Treblinka, Belzec, Sobibor, Chelmno y Maidanek. Pero, mientras se terminaban, había que encontrar un lugar para exterminar a todos los que fuera posible y «almacenar» a los demás. Y se eligió a Riga.

Entre el 1.º de agosto de 1941 y el 14 de octubre de 1944, fueron deportados

a Riga casi 200 000 judíos, alemanes y austríacos exclusivamente. Ochenta mil murieron allí, 120 000 fueron enviados a los seis campos de exterminio del sur de Polonia ya mencionados, y 400 salieron con vida, la mitad de los cuales morirían en Stutthof o en la «Marcha de la Muerte» hacia Magdeburgo, de regreso a Alemania. El transporte en el que iba Tauber fue el primero que entró en Riga, procedente del Reich, y llegó a las 3,45 de la tarde del 18 de agosto de 1941.

El ghetto de Riga se hallaba dentro de la ciudad, y anteriormente había sido Lugar de residencia de los judíos de Riga, de los cuales, a mi llegada no quedaban más que unos centenares. En menos de tres semanas, Roschmann y su adjunto, Krause, habían supervisado el exterminio de la mayoría, de acuerdo con las órdenes de la superioridad.

El ghetto estaba en el límite norte de la ciudad, y por el norte daba a campo abierto. En el lado sur había un muro, y los otros tres lados estaban cerrados con alambre de espino. En el lado norte había una puerta, por la cual se efectuaban todas las entradas y salidas. Estaba guardada por dos torres-vigía ocupadas por SS letones. Desde esta puerta, atravesando todo el ghetto hasta la pared sur, discurría la Mase Kalnu Iela, o calle de la Colina. A la derecha, mirando desde el sur hacia la puerta principal del norte, estaba la Blech Platz, es decir, plaza de la Lata, donde se escogía a los que iban a ser ejecutados, se pasaba lista, se formaban las brigadas de trabajo, se flagelaba y se ahorcaba. En el centro había un cadalso, con ocho ganchos de hierro, de los que permanentemente colgaban, balanceándose al viento, las correspondientes sogas con su lazo corredizo. Todas las noches lo ocupaban por lo menos seis desgraciados y, con frecuencia los ocho ganchos tenían que prestar servicio varias veces, antes de que Roschmann se sintiera satisfecho de su labor del día.

Todo el ghetto no debía ocupar más de dos kilómetros cuadrados y medio, y en él habían vivido entre 12 000 y 15 000 personas. Antes de nuestra llegada, los judíos de Riga, es decir, los 2 000 que quedaban, habían levantado la pared, y el sector utilizable por nuestro convoy, compuesto por unas 5 000 personas, resultaba espacioso. Pero los transportes seguían llegando a diario, hasta que la población de nuestro sector del ghetto ascendió a 30 000 o 40 000 personas. Entonces, cada vez que llegaba un nuevo transporte, había que ejecutar a tantos de los antiguos habitantes como supervivientes quedaban en el convoy, para dejar sitio a los nuevos. De lo contrario, la superpoblación hubiera sido un

peligro para la salud de los que trabajábamos, y Roschmann no podía tolerarlo.

Aquella primera noche nos instalamos en las casas mejor construidas, en habitaciones individuales, y dormimos en camas de verdad, usando cortinas y abrigos a modo de mantas. Después de beber de un grifo hasta saciarse, mi vecino de cuarto comentó que tal vez aquello no fuera tan malo. Todavía no conocíamos a Roschmann.

A medida que el verano cedía paso al otoño, y éste, al invierno, las condiciones de vida en el ghetto iban empeorando. Cada mañana, la población, compuesta principalmente por hombres, pues las mujeres y los niños habían sido exterminados en mayor proporción que los hombres útiles para el trabajo, tenía que congregarse en la plaza, siendo empujada y zarandeada a punta de fusil por los letones, y se pasaba lista. No se nos llamaba por el nombre, sino que éramos contados y divididos en brigadas de trabajo. Casi toda la población, hombres, mujeres y niños, salía todos los días del ghetto, formada en columnas para trabajar durante doce horas en los talleres de las cercanías, que eran cada vez más numerosos.

Al llegar, dije que era carpintero, lo cual no era verdad; pero en mis tiempos de arquitecto había visto trabajar a los carpinteros y sabía lo suficiente para salir adelante. Suponía, y estaba en lo cierto, que siempre harían falta carpinteros. Fui enviado a trabajar a un aserradero cercano, en el que los abundantes pinos del lugar eran convertidos en barracones prefabricados para las tropas.

El trabajo era agotador y arruinaba la salud del más robusto, pues tanto en invierno como en verano trabajábamos casi constantemente a la intemperie, expuestos al frío y a la humedad de las tierras bajas de Letonia, próximas a la costa...

Nuestra comida consistía en medio litro de una mal llamada sopa, en la que casi todo era agua teñida, con algún que otro pedazo de patata, que nos distribuían por la mañana, antes de que saliéramos para el trabajo, y otro medio litro, con una rebanada de pan moreno y una patata rancia, cuando volvíamos al ghetto por la noche.

El hecho de introducir comida en el ghetto era inmediatamente castigado con la horca. Las ejecuciones se llevaban a cabo en la plaza, por la noche, después de pasar lista y en presencia de toda la población. A pesar de todo, para no morir de hambre, había que correr el riesgo.

Cuando las columnas volvían, Roschmann y varios de sus secuaces solían situarse junto a la puerta, y practicaban registros al azar. Elegían a un hombre, una mujer o un niño, lo hacían salir de la columna y desnudarse a un lado de la puerta. Si se le encontraba encima una patata o un pedazo de pan, lo obligaban a esperar a que todos hubieran desfilado, camino de la plaza, donde se pasaba lista.

Una vez todos reunidos, Roschmann se dirigía también a la plaza, seguido de los guardianes SS y de los condenados, que casi siempre sumaban una docena. Los hombres subían al cadalso y, con la soga al cuello, esperaban que se acabara de pasar lista. Luego, Roschmann se acercaba a ellos, sonriéndoles, y una a una iba derribando las banquetas a puntapiés. Le gustaba hacerlo por delante, de manera que el que iba a morir pudiera verle. A veces hacía sólo un amago de puntapié y se echaba a reír ruidosamente al ver que el hombre se estremecía, creyéndose ya colgado de la cuerda, antes de advertir que aún tenía la banqueta debajo.

Algunos condenados rezaban; otros pedían clemencia. A Roschmann le gustaba oírlos, fingía ser un poco sordo, se llevaba la mano a la oreja y les decía:

—¿Cómo? ¿No podrías hablar más alto?

Después de derribar la banqueta —en realidad era una especie de cajón—, se volvía hacia sus compañeros y comentaba:

—¡Pobre de mí! Necesito una prótesis auditiva.

En pocos meses, Eduard Roschmann se convirtió para nosotros, los prisioneros, en la encarnación del Diablo. No había tortura que él no pusiera en práctica.

Cuando se descubría a alguna mujer introduciendo comida en el campo, se la obligaba a mirar cómo eran ejecutados los hombres, especialmente si uno de ellos era su marido o su hermano. Después, Roschmann la hacía arrodillarse delante de los demás, que debíamos permanecer alineados en tres lados de la plaza, mientras el barbero le rasuraba el cráneo.

Después de pasar lista, la mujer era conducida al cementerio, situado fuera de la alambrada. Allí tenía que cavar una fosa poco profunda y arrodillarse al borde. Entonces, Roschmann o uno de los otros le disparaba un tiro en la nuca con la «Lüger». No se permitía a nadie presenciar estas ejecuciones; pero, a través de los guardianes letones, se filtraron revelaciones según las cuales algunas veces Roschmann disparaba su pistola al aire junto al oído de la mujer, haciéndola caer, de la impresión, en la fosa. Luego, la víctima tenía que subir y arrodillarse otra vez. O si no, apretaba el gatillo estando vacía la recámara, de

modo que cuando la mujer creía que iba a morir sólo oía un chasquido. Los letones eran brutos; pero Roschmann lograba asombrarlos...

Había en Riga una muchacha que, para ayudar a los prisioneros arriesgaba la vida. Se llamaba Olli Adler, y creo que era de Munich. Su hermana Gerda había muerto en el cementerio, de un tiro en la nuca, por llevar comida al ghetto. Olli era muy hermosa, y Roschmann, que se encaprichó de ella, la hizo su concubina, aunque el título oficial era el de «sirvienta», ya que las relaciones entre los miembros de la SS y las judías estaban absolutamente prohibidas. Cada vez que podía ir al ghetto, Olli llevaba medicamentos, que robaba del almacén de la SS. Esto, naturalmente, se castigaba con la muerte. La vi por última vez cuando embarcábamos en el puerto de Riga...

A fines del primer invierno, yo estaba seguro de que no podría resistir mucho tiempo. El hambre, el frío, la humedad, el agotamiento y las constantes brutalidades, habían convertido mi robusto cuerpo en un saco de huesos. Cada vez que me miraba al espejo, contemplaba la imagen de un viejo consumido y decrepito con barba de rastrojo, los párpados enrojecidos y las mejillas hundidas. Acababa de cumplir treinta y cinco años, y aparentaba el doble. Pero lo mismo les ocurría a los demás.

Había visto partir, camino del bosque de las fosas, a docenas de millares de personas, sucumbir de frío y de fatiga a centenares, y morir ahorcados, fusilados o apaleados, a docenas. A los cinco meses de estar allí, ya había resistido más de lo normal. Las ansias de vivir que empecé a sentir en el tren se habían disipado, sin dejar más que una mecánica rutina de vida, que acabaría por romperse. Pero en marzo ocurrió algo que me infundió voluntad de resistencia para otro año.

Aún recuerdo la fecha. Era el 3 de marzo de 1942, el día del segundo convoy para Dunamunde. Hacía un mes que habíamos visto llegar, por primera vez, un extraño vehículo. Tenía el tamaño de un autobús de un piso, estaba pintado de gris acero, y carecía de ventanillas. Lo habían dejado a la puerta del ghetto. Aquella mañana, al pasar lista, Roschmann dijo que tenía que hacer un anuncio importante. Dijo que, en Dunamunde, a orillas del río Duna, a unos 100 kilómetros de Riga, acababa de instalarse una fábrica de conservas de pescado. Allí el trabajo era leve, la comida, abundante, y las condiciones de vida, buenas. Como el trabajo no era pesado, sólo se admitiría a los viejos, los débiles, los enfermos y los niños.

Naturalmente, eran muchos los que aspiraban a estas ventajas. Roschmann pasaba entre las filas y seleccionaba a los que debían ir. Esta vez los viejos y los enfermos no se escondían en las últimas filas, de donde, en otras ocasiones, los guardianes tenían que sacarlos a la fuerza, entre gritos y protestas, para llevarlos a la colina de las ejecuciones. Se eligió a un centenar, que subieron al furgón. Las puertas de éste se cerraron, y los que observaban la operación pudieron advertir que encajaban perfectamente. Luego, el vehículo se puso en marcha y se alejó sin emitir gases de escape. Después corrió la voz de que en Dunamunde no había fábrica de conservas y que el furgón era una cámara de gas. A partir de entonces, en el lenguaje del ghetto, la expresión «convoy para Dunamunde» era sinónimo de muerte por gas.

El 3 de marzo se decía en el ghetto que aquel día habría otro «convoy para Dunamunde». Efectivamente, aquella mañana, al pasar lista, Roschmann lo anunció así. Pero esta vez nadie se adelantaba, ansioso de ser de la partida, y Roschmann, sonriendo de oreja a oreja, se puso a pasear entre las filas señalando con el látigo a los elegidos. Astutamente, empezó por la cuarta y última fila, donde esperaba encontrar a los débiles, a los viejos y a los inútiles para el trabajo.

Una mujer vieja, que lo había previsto, se situó en primera fila. Tenía por lo menos sesenta y cinco años, pero, en su afán por salvar la vida, se había puesto zapatos de tacón alto, medias negras de seda, una falda que le quedaba por encima de las rodillas y un frívolo sombrerito. Llevaba polvos, colorete, y los labios pintados. En realidad, hubiera llamado la atención en cualquier lugar del ghetto; pero seguramente ella imaginaba poder pasar por una muchachita.

Al llegar donde ella estaba, Roschmann se detuvo, abrió mucho los ojos y la miró detenidamente. Luego, por su rostro se extendió una sonrisa de alegría.

—¡Mira lo que tenemos aquí! —exclamó, señalándola con el látigo, para llamar la atención de sus camaradas, que en el centro de la plaza custodiaban a los cien prisioneros ya escogidos—. ¿No le gustaría que la llevaran a dar un paseíto hasta Dunamunde, señorita?

La mujer, temblando de miedo, respondió:

—No, señor.

—Di, ¿cuántos años tienes? —preguntó él, jovialmente, mientras sus camaradas de la SS ahogaban la risa—. ¿Diecisiete? ¿Veinte?

Las huesudas rodillas de la mujer entrechocaban.

—Sí, señor.

—¡Qué bien! Con lo que me gustan a mí las chicas bonitas... Ven acá, para que todos puedan admirar tu juventud y tu hermosura.

Tomándola del brazo, la llevó hasta el centro de la plaza y se retiró unos pasos.

—Bueno, señorita —dijo entonces—, ya que es usted tan joven y tan bonita, ¿por qué no nos baila algo?

La mujer tiritaba a causa del viento helado y del miedo. Susurró algo que no pudimos oír.

—¿Cómo? ¿Que no sabes bailar? Estoy seguro de que una chica tan linda tiene que saber, ¿no?

Sus secuaces de la SS alemana se retorcían de risa. Los letones, aun sin entender ni una palabra, empezaban a sonreír. La mujer movió negativamente la cabeza. La sonrisa de Roschmann desapareció.

—¡Baila! —bramó.

Ella hizo unos cuantos movimientos, arrastrando los pies, y se quedó quieta. Roschmann sacó su «Lüger», levantó el percutor y disparó a la arena, a dos centímetros de los pies de ella. Del susto, la mujer dio un salto de más de un palmo.

—¡Baila, báilanos algo, asquerosa perra judía! —gritaba, disparando a la arena, junto a los pies de la mujer, cada vez que decía «baila».

La obligó a bailar durante media hora, y agotó los tres cargadores que llevaba en la cartuchera. La mujer daba unos saltos cada vez mayores, y la falda se le subía hasta las caderas. Pero al fin cayó al suelo, y ni la amenaza de la muerte la hizo levantarse. Roschmann disparó sus tres últimos proyectiles cerca de su cara, salpicándola de arena. Entre disparo y disparo, en toda la plaza se oía el jadeo de la mujer.

Cuando se le acabaron las municiones, el hombre volvió a gritar: «¡Baila!», y le dio un puntapié en el estómago. Durante toda la escena, nosotros habíamos permanecido en silencio; pero en aquel momento el hombre que estaba a mi lado se puso a rezar. Era un *hassid*, barbudo y de escasa estatura, que, aunque hecho trizas, todavía llevaba su largo abrigo negro y, a pesar del frío, que a la mayoría nos obligaba a usar gorra con orejeras, él conservaba el sombrero de ala ancha de su secta. Una y otra vez recitaba la *Shema* con voz temblorosa, que poco a poco iba subiendo de tono. Yo, al ver que Roschmann tenía uno de sus peores días, empecé a rezar en silencio para que el *hassid* se callara. Pero él seguía cantando.

—Escucha, oh Israel...

—¡Cállate! —le murmuré, torciendo la boca.

—*Adonai elohenu*... El Señor es nuestro Dios.

—¿Quieres callarte? Harás que nos maten a todos.

—El Señor es Uno... *Adonai Eha-a-ad*.

Arrastró la última sílaba, al estilo tradicional, como hizo el rabino Akiva cuando murió en el circo de Cesarea por orden de Tinio Rufo. En aquel momento, Roschmann dejó de gritar a la mujer. Levantó la cabeza, como la fiera que olfatea el aire, y se volvió hacia nosotros. Como yo era mucho más alto que el *hassid*, se fijó en mí.

—¿Quién estaba hablando por ahí? —gritó, acercándose a grandes pasos—. Tú, sal de la fila.

Me señalaba a mí, sin duda. «Esto es el fin —pensé—. Está bien, no importa. Tenía que ocurrir». Me adelanté y él se acercó. No dijo nada. Tenía las facciones crispadas, como un loco. Luego, pareció serenarse y esbozó su suave sonrisa de lobo, que aterrorizaba a todo el ghetto, incluidos los guardianes letones de la SS.

Su mano se movió tan rápidamente, que nadie la vio. Yo sólo sentí un choque en la mejilla izquierda, y una detonación, como si junto a mi tímpano acabara de hacer explosión una bomba. Luego, con perfecta claridad pero de un modo impersonal, advertí que, de la sien a la boca, mi piel se rasgaba como ropa vieja. Antes de que yo empezara a sangrar, ya había vuelto a moverse la mano de Roschmann, pero ahora del otro lado, y el látigo me abrió la mejilla derecha. Otra vez el estallido y el desgarrarse la piel. Era un látigo de medio metro, armado hasta la mitad —por el extremo del mango— con ánima de acero flexible, y la otra mitad era de tiras de cuero trenzadas, de modo que cuando era descargado sobre la piel humana, la rasgaba como si fuese papel de seda. Yo lo había visto hacer antes.

En pocos segundos, la sangre empezó a resbalarme por la barbilla, empapándome la chaqueta. Roschmann dio media vuelta para marcharse, mas en seguida se volvió otra vez hacia mi y, señalando a la mujer, que sollozaba en el centro de la plaza, me dijo como si ladrara:

—Levanta de ahí a esa vieja bruja y llévala al furgón.

Y, así, unos minutos antes de que se pusieran en marcha las otras cien víctimas, levanté en brazos a la mujer, llenándola de sangre, y la llevé, por la calle de la Colina, hacia el furgón, que esperaba a la puerta del ghetto. La deposité en la parte trasera del vehículo, y ya iba a marcharme cuando ella me

cogió por la muñeca y, con una fuerza insospechada, tiró de mí, sacó un pañuelo de batista, reliquia de días mejores, y poniéndose en cuclillas en el suelo del furgón, me enjugó la sangre que aún me corría por las mejillas.

En su cara embadurnada de rimmel, colorete, lágrimas y arena, sus ojos brillaban como las estrellas.

—Hijo mío —susurró—. Tienes que vivir. Júrame que vivirás. Júrame que saldrás vivo de este lugar. Has de sobrevivir para contar a los otros, a los de fuera, lo que aquí le han hecho a nuestro pueblo. Prométemelo. Júralo por Sefer Torah.

Y yo le juré que viviría, a todo trance, costara lo que costara. Entonces me soltó. Yo volví al ghetto, tambaleándome, y a la mitad del camino me desmayé.

Poco después de volver al trabajo tomé dos decisiones. La primera, llevar un Diario secreto, tatuándome por las noches en pies y piernas, con un alfiler y tinta negra, nombres y fechas, para poder transcribir un día todo lo ocurrido en Riga y dar testimonio concreto con los responsables.

La otra decisión era hacerme *Kapo*, miembro de la policía judía del campo.

Esta decisión era grave y difícil, ya que éstos eran los que conducían a los demás judíos a los talleres, los traían de vuelta al ghetto y, muchas veces, los escoltaban hasta los lugares de ejecución. Llevaban un palo y, en ocasiones, cuando los miraba algún oficial alemán de la SS, se servían de él con liberalidad para azuzar a los demás judíos. A pesar de todo, el 1.º de abril de 1942, me presenté al jefe de *Kapos* y me ofrecí voluntario; con ello me convertía en un proscrito y renunciaba a la compañía de los demás judíos. Siempre había plaza para otro *Kapo*, pues a pesar de que sus raciones y condiciones de vida eran mejores y estaban exentos de los trabajos forzados, los candidatos escaseaban...

Ahora creo que debería describir el método empleado para las ejecuciones de los inútiles para el trabajo, puesto que de este modo fueron exterminados en Riga, bajo las órdenes de Eduard Roschmann, entre 70 000 y 80 000 judíos. Cuando el tren ganadero llegaba a la estación con un nuevo cargamento de prisioneros, generalmente unos cinco mil, casi un millar, llegaban muertos. Pocas eran las veces que, entre los cincuenta vagones, se recogían sólo unos centenares de cadáveres.

Cuando los recién llegados formaban en la plaza, se hacía la selección, pero no sólo entre los nuevos, sino entre todos. Este era el objeto de los recuentos de

la mañana y de la noche. De los recién llegados se separaba a los débiles, a los viejos, a los enfermos, a la mayoría de las mujeres y a casi todos los niños, pues eran considerados no aptos para el trabajo, y los ponían a un lado. Luego se contaba al resto. Si sumaban 2 000, se separaba a otros 2 000 de los antiguos, de manera que si habían llegado 5 000 personas, se ejecutaba a 5 000 personas. Así se evitaba la aglomeración. Un hombre podía resistir seis meses de trabajos forzados; casi nunca más. Cuando perdía las fuerzas, un día el látigo de Roschmann le daba un golpecito en el pecho, y el hombre iba a reunirse con los muertos...

Al principio, las víctimas eran llevadas en columna a un bosque de las afueras. Los letones lo llamaban el Bosque de Bickernicker, y los alemanes, Hochwald, o Bosque Alto. En los claros de este bosque, los judíos de Riga habían cavado enormes fosas, y allí, bajo las órdenes y supervisión de Roschmann, los letones de la SS los ametrallaban de manera que fueran cayendo en las fosas. Los restantes judíos echaban tierra hasta que los cuerpos quedaban cubiertos, y así sucesivamente se iban añadiendo capas de cadáveres y de tierra hasta que la fosa estaba llena. Luego se pasaba a otra.

Desde el ghetto se oía el tableteo de las ametralladoras y, cuando la operación terminaba, se veía a Roschmann bajar por la colina y entrar en el ghetto en su coche descubierto...

Cuando me hice *Kapo* cesó toda relación entre los demás internados y yo. De nada hubiera servido explicar por qué lo hacía, decirles que un *Kapo* más o menos no importaba, ni aumentaría en un solo dígito la cifra de muertos, que lo verdaderamente importante era que quedara un testigo, no para salvar a los judíos de Alemania, sino para vengarlos. Esta era, por lo menos, la explicación que yo me daba. ¿Era el verdadero motivo? ¿No sería, sencillamente, que tenía miedo de morir?

Fuera lo que fuere, el miedo dejó pronto de ser factor, pues en agosto de aquel año ocurrió algo que hizo que mi alma se me muriera, dejando sólo esta carcasa peleando por sobrevivir...

En julio de 1942 llegó de Viena otro gran transporte de judíos austríacos. Por lo visto, todos, sin excepción, estaban señalados para «tratamiento especial», pues ni siquiera pasaron por el ghetto. Ni los vimos; fueron conducidos directamente

desde la estación al Bosque Alto, y ametrallados. Aquella noche bajaron de la colina cuatro camiones llenos de ropas, que fueron descargadas en la plaza. Formaban un montón tan alto como una casa. Luego, fueron clasificadas, separándose los zapatos, calcetines, calzoncillos, pantalones, vestidos, chaquetas, brochas de afeitar, lentes, dentaduras, sortijas, gorras, etcétera.

Esta era desde luego, una operación rutinaria que seguía a cada ejecución en masa. A todos los que eran ejecutados en el Bosque Alto se los desnudaba, y sus efectos se llevaban al ghetto, se clasificaban y se enviaban al Reich. Roschmann se hacía cargo personalmente del oro, la plata y las joyas...

En agosto de 1942 llegó otro convoy de Theresienstadt, un campo de Bohemia en el que se congregaba a docenas de millares de judíos alemanes y austríacos antes de enviarlos al Este para su exterminio. Yo estaba en la plaza, observando cómo Roschmann hacía la selección. Los recién llegados llevaban ya el cráneo afeitado y no era fácil distinguir entre hombres y mujeres, a no ser por los vestidos improvisados que ellas llevaban. Me llamó la atención una mujer que estaba al otro lado de la plaza. Sus facciones me eran familiares, a pesar de que estaba demacrada, delgada como una espátula y tosía continuamente.

Al pasar por delante de ella, Roschmann la señaló con el golpecito de látigo y siguió andando. Inmediatamente, los letones que iban detrás de él la cogieron por los brazos y la llevaron al grupo que aguardaba en el centro de la plaza. En aquel convoy había muchos inútiles para el trabajo, y la selección fue laboriosa. Ello significaba que se seleccionaría a menos de los antiguos, aunque, en cualquier caso, yo no tenía de qué preocuparme. Era *Kapo*, llevaba un brazal y un palo, y las raciones extra habían aumentado un tanto mis fuerzas. Aunque Roschmann había visto las cicatrices de mi cara, no parecía acordarse de mí. Había golpeado a tantos, que uno más o menos no le llamaba la atención.

La mayoría de los que fueron seleccionados aquella tarde de verano fueron conducidos en columna, por los *Kapos*, hasta las puertas del ghetto. Allí se hicieron cargo de ellos los letones que los escoltarían durante los seis kilómetros que había que recorrer hasta llegar al Bosque Alto, donde serían ejecutados.

Pero como quiera que, además, en la puerta había un furgón de gas, se separó del grueso de la columna a un centenar de los más débiles. Yo iba a acompañar a los otros condenados hasta la puerta, cuando el teniente Krause, de la SS, señalando a cuatro o cinco *Kapos*, dijo:

—Vosotros, llevad a éstos al convoy de Dunamunde.

Cuando los demás hubieron salido, nosotros cinco acompañamos a los cien últimos, que cojeaban, se arrastraban o tosían, hasta el furgón. Entre ellos estaba la tuberculosa delgada. Ella sabía adónde iba; lo sabían todos; pero, como los demás, se acercó al furgón tambaleándose, obediente y resignada. La plataforma quedaba bastante alta, y ella no tenía fuerzas para subir. Se volvió hacia mí, buscando apoyo. Entonces nos miramos, asombrados y aturdidos.

Oí unos pasos a mi espalda, y los dos *Kapos* que estaban subidos a la plataforma se cuadraron y se quitaron la gorra. Suponiendo que el que se acercaba debía de ser un oficial de la SS, yo hice otro tanto. Era el capitán Roschmann. Hizo seña a los otros dos *Kapos* de que continuaran con su trabajo, y me miró con aquellos sus ojos azul pálido. Pensé que su mirada sólo podía significar que por la noche se me azotaría por haber tardado en quitarme la gorra.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó suavemente.

—Tauber, mi capitán —respondí, en posición de firmes.

—Bueno, Tauber, me parece que eres un poco lento. ¿No crees que esta noche tendríamos que sacudirte un tanto la pereza?

De nada hubiera servido contestar. La sentencia estaba dictada. Roschmann miró entonces a la mujer y entornó los ojos, como sospechando algo; luego, por su rostro se extendió lentamente su sonrisa de lobo.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó.

—Sí, mi capitán —respondí.

—¿Quién es?

No pude decírselo. Tenía los labios pegados, como si me los hubiesen untado de pegamento.

—¿Es tu mujer? —preguntó entonces. Yo asentí en silencio. Su sonrisa se ensanchó aún más—. Vamos, vamos, mi querido Tauber. ¿Qué modales son éstos? Ayuda a la señora a subir al coche.

Yo seguía paralizado. Él acercó entonces su cara a la mía y siseó:

—Tienes diez segundos para subirla. Si no lo haces, tú irás con ella.

Lentamente extendí el brazo, y Esther se apoyó en él y subió al furgón. Los otros dos *Kapos* esperaban para cerrar las puertas. Ella me miró desde arriba, y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. No me dijo nada. No habíamos hablado. Luego, las puertas se cerraron y el furgón se puso en marcha. Lo último que vi fueron sus ojos, que me miraban.

He pasado veinte años tratando de descifrar aquella mirada. ¿Era de amor o

de odio, de desprecio o de compasión, de desconcierto o de comprensión? Nunca lo sabré.

Cuando el furgón se alejó, Roschmann se volvió hacia mí sin dejar de sonreír.

—Tú, Tauber, vivirás hasta que a nosotros nos convenga acabar contigo. Pero desde hoy estás muerto.

Tenía razón. Aquel día murió mi alma. Era el 29 de agosto de 1942.

A partir de aquel día, me convertí en un robot. Ya nada importaba: no sentía el frío, ni el dolor, ni nada. Miraba sin pestañear las brutalidades que cometían Roschmann y sus secuaces. Era inmune a todo lo que afecta al espíritu y a casi todo lo que afecta al cuerpo. Me limitaba a tomar nota de todo, hasta del menor detalle, tatuándome la fecha en la piel de las piernas. Los prisioneros llegaban, eran conducidos a la colina de las ejecuciones o a los furgones, morían y eran enterrados. A veces, mientras caminaba a su lado hacia las puertas del ghetto, con mi brazal y mi bastón, los miraba a los ojos y me venía a la memoria un poema inglés, que habla de un viejo marinero condenado a vivir, el cual miraba a los ojos a sus compañeros, que iban muriendo de sed, y en ellos leía la maldición. Mas para mí no había maldición: yo estaba inmunizado contra el sentimiento de culpabilidad. Éste llegaría años después. Sólo experimentaba el vacío de la muerte. Era un muerto que andaba.

Peter Miller siguió leyendo hasta muy tarde. El efecto que le producía la narración de aquellas atrocidades era monótono y mesmeriano a la vez. De vez en cuando se echaba hacia atrás en la butaca y respiraba profundamente durante unos minutos, para recobrar la calma. Después seguía leyendo.

A eso de las doce de la noche interrumpió la lectura y se fue a hacer más café. Antes de correr las cortinas, se quedó unos instantes tras los cristales, mirando a la calle. Un poco más abajo, al otro lado del Steindamm, brillaban las luces neón del «Café Chérie».

Una de las muchachas eventuales que lo frecuentaban para obtener un sobresueldo, salió del brazo de un individuo con aspecto de hombre de negocios. La pareja entró en una pensión situada unas puertas más abajo.

Miller corrió las cortinas, apuró su taza y volvió al Diario de Salomon Tauber.

En el otoño de 1943 llegó de Berlín la orden de exhumar las decenas de miles de

cadáveres del Bosque Alto y destruirlos con fuego o con cal viva. Pero esto se dice pronto. Además, el invierno estaba al llegar, y el suelo se helaría. Roschmann estuvo furioso durante varios días, pero el trabajo de tipo administrativo que requería la ejecución de la orden le mantuvo ocupado y alejado de nosotros.

Día tras día, las nuevas brigadas de trabajo subían a la colina, armados de picos y palas, y día tras día se elevaban del bosque negras columnas de humo. Como combustible, se utilizaban los pinos del bosque; pero los cadáveres en avanzado estado de descomposición no arden fácilmente, por lo que el trabajo era lento. Al fin, se recurrió a la cal. Con ella se cubrían sucesivas capas de cadáveres, y en la primavera de 1944, cuando la tierra se ablandó, se rellenaron las fosas^[1].

Las brigadas que hacían este trabajo no pertenecían al ghetto, y las mantenían totalmente aisladas de los demás. Eran judíos internados en uno de los peores campos de los alrededores, Salas Pils, donde después serían exterminados por el procedimiento de no darles de comer, de manera que todos murieron de hambre, a pesar de que muchos recurrieron a la antropofagia...

Cuando, en la primavera de 1944, se dio por terminado el trabajo, el ghetto fue definitivamente liquidado. La mayoría de sus 30 000 habitantes fueron llevados al bosque. Eran las últimas víctimas que recibían aquellos pinares. Unos 5 000 fuimos trasladados al campo de Kaiserwald; al salir nosotros, el ghetto fue incendiado, y sus cenizas, apisonadas. De lo que allí hubo no quedaba más que una extensión de varias hectáreas de ceniza^[2].

Durante las veinte páginas siguientes, Tauber describía la lucha por la supervivencia —en el campo le concentración de Kaiserwald— contra el hambre, las enfermedades, la fatiga y la brutalidad de los guardianes. Durante aquellos meses, nada se supo del capitán Eduard Roschmann, de la SS. Más, al parecer, aún estaba en Riga. Tauber describía cómo a primeros de octubre de 1944, los SS, presa ya de pánico ante la idea de que los rusos pudieran cogerlos vivos y desahogar en ellos su afán de venganza, se preparaban para evacuar Riga por mar, a la desesperada, llevando consigo, a guisa de salvoconducto de regreso al Reich, a un puñado de los últimos prisioneros que quedaban con vida.

La tarde del 11 de octubre, nuestro grupo, compuesto por unas 4 000 personas,

llegó a la ciudad de Riga. La columna fue conducida directamente al puerto. A lo lejos se oía un extraño fragor, como si tronara. Al principio, aquello nos intrigó, pues nunca habíamos oído el sonido de las bombas ni de la metralla. Luego, la verdad se abrió paso en nuestras mentes, enturbiadas por el hambre y el frío: en los suburbios de Riga estaban cayendo morteros rusos.

La zona del puerto era un hervidero de hombres de la SS de todos los rangos. Nunca había visto tantos juntos. Sin duda eran más que nosotros. Nos hicieron formar delante de unos tinglados, y muchos de los nuestros pensamos que allí moriríamos, frente a las ametralladoras. Pero no fue así.

Al parecer, los SS querían utilizarnos a nosotros, el resto de los cientos de miles de judíos que habían pasado por sus manos, como pretexto para escapar de los rusos. Nosotros seríamos un salvoconducto para volver al Reich. El medio de transporte estaba amarrado en el muelle número 6: era un carguero, el último que quedaba en el reducto. Mientras lo contemplábamos, unos enfermeros empezaron a subir a él a unos centenares de soldados heridos, que aguardaban en camillas en dos de los tinglados del muelle.

Era casi de noche cuando llegó el capitán Roschmann. Al ver que se estaba cargando el barco, se detuvo bruscamente. Cuando se percató de que se embarcaba a soldados heridos, se volvió y gritó a los enfermeros:

—¡Alto! Dejad eso.

Cruzó el muelle rápidamente y dio una bofetada a un enfermero. Luego, volviéndose hacia nosotros, los prisioneros, gritó:

—Vosotros, chusma. Sacad a éstos del barco y bajadlos aquí. Ese buque es nuestro.

Amenazados por las pistolas de los SS que habían llegado con nosotros, empezamos a avanzar hacia la pasarela. Cientos de SS, soldados y oficiales sin destino, que hasta entonces se habían mantenido a la expectativa, empezaron a avanzar, y nos siguieron hacia el barco. Cuando llegamos a cubierta, empezamos a coger las camillas para bajarlas al muelle. Mejor dicho, íbamos a cogerlas cuando otra voz nos obligó a detenernos.

Yo estaba al pie de la pasarela, cuando oí la voz y me volví para ver qué ocurría.

Por el muelle venía corriendo un capitán, que se detuvo muy cerca de la pasarela. Dirigiéndose a los que iban a bajar las camillas, gritó:

—¿Quién ha dado la orden de desembarcar a esos hombres?

Roschmann se le acercó por la espalda y le dijo:

—La he dado yo. Ese barco es nuestro.

El capitán giró sobre sus talones, metió una mano en el bolsillo y sacó un papel.

—Este barco ha sido enviado para recoger a los heridos del Ejército —dijo—. Y va a transportar heridos del Ejército.

Y dirigiéndose a los enfermeros, les ordenó que reanudaran la operación de carga.

Miré a Roschmann. Estaba temblando, supuse que de frío. Luego vi que estaba asustado. Tenía miedo de enfrentarse con los rusos. Ellos, a diferencia de nosotros, estaban armados.

Entonces empezó a gritar a los enfermeros:

—¡Dejad eso! ¡Yo he requisado el barco en nombre del Reich!

Pero ellos no le hicieron el menor caso: obedecían al capitán de la Wehrmacht. Este se hallaba a unos dos metros de mí. Me fijé en su rostro. A causa del cansancio, lo tenía color ceniza, se le marcaban oscuras ojeras y, a cada lado de la boca profundos pliegues. Llevaba una barba de semanas. Al ver que se reanudaba la operación, se fue hacia sus enfermeros. De las camillas alineadas sobre el nevado muelle se alzó una voz que, en el dialecto de Hamburgo, gritó:

—¡Bravo, mi capitán! Deles una lección a esos cerdos.

Cuando el capitán pasó por el lado de Roschmann, éste lo agarró del brazo, le hizo dar media vuelta y lo abofeteó con su enguantada mano. Yo le había visto dar miles de bofetadas, pero ninguna había tenido la respuesta que tuvo aquélla. El capitán encajó el golpe, sacudió la cabeza, y con la mano derecha descargó un puñetazo fenomenal en la mandíbula de Roschmann, que salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas en la nieve, sangrando por la boca. El capitán siguió andando.

Entonces vi a Roschmann sacar su «Lüger» de oficial de la SS, apuntar cuidadosamente y disparar contra el capitán por la espalda. Al sonar el disparo, todo el mundo se quedó quieto. El capitán vaciló y se volvió. Roschmann disparó de nuevo, y el segundo proyectil alcanzó en la garganta al capitán, que giró sobre sí mismo. Antes de llegar al suelo, ya había muerto. Algo que llevaba colgado del cuello saltó al hacer impacto la bala. Yo, que tuve que arrojar el cuerpo al agua, pasé por el lado del objeto y vi que era una condecoración con una cinta: la Cruz de Caballero con Hojas de Roble...

Mientras leía esta página del Diario, Miller fue pasando, sucesivamente, del asombro a la incredulidad, a la duda, al convencimiento y, por último, a una viva indignación. Releyó la página una docena de veces, hasta convencerse de que no había duda posible, y luego siguió adelante.

Después se nos ordenó desembarcar a los heridos de la Wehrmacht y dejarlos en el muelle, donde ya empezaba a acumularse la nieve. Yo, sin saber cómo, me encontré ayudando a un soldado a bajar por la pasarela. Estaba ciego, y llevaba los ojos vendados con un sucio pedazo de tela arrancado del faldón de una camisa. Deliraba y llamaba a su madre. Tendría unos dieciocho años.

Por fin, todos quedaron en el muelle, y a nosotros se nos ordenó subir al barco. Nos metieron a todos en las bodegas, unos a proa y otros a popa, comprimiéndonos de tal modo que apenas podíamos movernos. Luego se fijaron los listones de los encerados de escotilla, y los SS empezaron a subir a bordo. Zarpamos poco antes de medianoche, ya que, seguramente, el capitán quería encontrarse mar adentro, en el golfo de Riga, antes de que amaneciera, para evitar ser descubierto y bombardeado por los «Stormoviks» rusos...

Tardamos tres días en llegar a Danzig, detrás de las líneas alemanas. Tres días de zarandeo en un infierno de bodega, sin agua y sin comida, durante los cuales murió la cuarta parte de los 4 000 prisioneros. No teníamos nada que vomitar, pero a causa del mareo, todos sufríamos espasmos secos. Muchos murieron agotados por los espasmos; otros, de hambre, de frío o de asfixia, y otros, al perder la voluntad de vivir, se tumbaban y se dejaban morir. Finalmente, el barco quedó amarrado otra vez, se retiraron los cuarteles de las escotillas, y ráfagas de viento helado entraron en las apestosas bodegas.

Cuando nos desembarcaron en el puerto de Danzig, los muertos fueron alineados al lado de los vivos, para que el número de prisioneros desembarcados cuadrara con el de los que subieron al barco en Riga. Los SS eran muy minuciosos en cuestión de números.

Después nos enteramos de que Riga había sido ocupada por los rusos el 14 de octubre, mientras nosotros navegábamos aún...

La dolorosa odisea de Tauber tocaba a su fin. De Danzig, los supervivientes fueron llevados en barcas al campo de concentración de Stutthof, en las afueras de la ciudad, y hasta las primeras semanas de 1945 Tauber estuvo

trabajando en los diques de submarinos de Burggraben durante el día, y viviendo en el campo de concentración por la noche. En Stutthof murieron de desnutrición varios miles más. Él los veía morir y, sin saber como, seguía viviendo.

En enero de 1945, cuando los rusos se acercaban a Danzig, los supervivientes de Stutthof fueron llevados hacia el Oeste, en la terrible «Marcha de la Muerte» hacia Berlín, entre la nieve. Por todo el este de Alemania avanzaban columnas de espectros que sus guardianes SS utilizaban como salvoconducto para alcanzar la seguridad en territorio de los occidentales. Y por el camino, entre la nieve y el hielo, los prisioneros iban muriendo como moscas.

Tauber sobrevivió también a esto y, finalmente, los que quedaban de la columna llegaron a Magdeburgo, al oeste de Berlín, donde los SS los abandonaron, para buscar el medio de salvarse a sí mismos. El grupo de Tauber fue alojado en la prisión de Magdeburgo, a cargo de los ancianos y aturdidos miembros de la Milicia Local. Ante la imposibilidad de dar de comer a los prisioneros y el temor de lo que dirían los aliados cuando los encontraran, sus nuevos guardianes permitían a los más fuertes salir a recorrer los alrededores en busca de comida.

La última vez que vi al capitán Roschmann fue en el muelle de Danzig, mientras nos contaban. Bien protegido contra el frío, subía a su coche. Entonces pensé que ya no le vería más; pero aún tuve ocasión de verlo otra vez: el 3 de abril de 1945.

Aquel día, tres compañeros y yo habíamos ido a Gardelegen, un pueblo situado al este de la ciudad, donde habíamos recogido unas cuantas patatas. Cuando volvíamos, cargados con el botín, pasó junto a nosotros un automóvil que iba también en dirección al Oeste. Frenó unos instantes, para sortear un carro, y yo sin gran curiosidad, me volví a mirarlo. En su interior viajaban cuatro oficiales de la SS que evidentemente se evadían hacia el Oeste. Detrás del conductor, poniéndose una guerrera de cabo del Ejército, iba Eduard Roschmann.

Él no me vio, pues yo llevaba un saco en la cabeza, a modo de capuchón, para protegerme del viento frío de la primavera. Pero yo sí lo vi a él. No existía la menor duda acerca de su identidad.

Los cuatro hombres estaban cambiándose el uniforme dentro del coche.

Antes de que éste desapareciera de mi vista, por una ventanilla salió despedida una prenda de vestir, que fue a caer en el polvo. Cuando, al cabo de unos minutos llegamos al sitio en que había caído y nos agachamos para examinarla, pudimos ver que era una chaqueta de oficial de la SS con los dos rayos de plata y la insignia de capitán. Roschmann, de la SS, había desaparecido.

Veinticuatro días después fuimos liberados. Ya no salíamos a buscar comida, pues preferíamos quedarnos en la prisión, pasando hambre, que salir a la calle, donde reinaba la anarquía. Pero el 27 de abril amaneció la ciudad en calma. Hacia media mañana, yo estaba en el patio de la prisión, charlando con uno de los viejos guardianes de la Milicia, que parecía estar aterrorizado y había pasado casi una hora explicándome que ni él ni sus compañeros tenían que ver con Adolf Hitler ni con la persecución de los judíos.

Oí parar un coche, y unos golpes en la plancha de hierro de la puerta. El viejo guardián fue a abrir. El hombre que, cautelosamente, revólver en mano, entró en el patio, era un soldado con uniforme de campaña, uniforme que yo nunca había visto.

Evidentemente se trataba de un oficial, pues iba acompañado de un soldado cubierto con un casco redondo y achatado y llevaba un rifle. Se quedaron parados, sin hablar, mirando en su derredor. En un rincón del patio había unos cincuenta cadáveres amontonados. Eran los que habían muerto durante las dos últimas semanas y que, por falta de fuerzas, no habíamos podido enterrar. Otros, medio muertos, llagados y apestosos, yacían junto a la pared, tratando de calentarse un poco al sol de abril.

Los dos hombres se miraron y se volvieron hacia el septuagenario guardián, que los miró a su vez, violento. Entonces pareció recordar algo aprendido en la Primera Guerra Mundial, y dijo:

—Hello, Tommy.

El oficial lo miró fijamente, luego volvió a mirar al patio y silabeó claramente en inglés:

—*YoufuckingKrautpig!* (¡Asqueroso cerdo alemán!)

Me eché a llorar.

No sé cómo, pero regresé a Hamburgo. Creo que deseaba averiguar si quedaba algo de mi antigua vida. No quedaba absolutamente nada. El barrio donde nací y me crié había desaparecido bajo la gran tormenta de fuego de los bombardeos

aliados. De mi antigua oficina no quedaba ni rastro, y tampoco de mi piso, ni de nada.

Los ingleses me llevaron a un hospital de Magdeburgo, pero yo me marché y volví a casa haciendo autostop. Allí, al ver que no quedaba nada, sufrí una crisis nerviosa y quedé totalmente agotado. Estuve un año en otro hospital, como paciente, junto con otros que habían salido de un lugar llamado Bergen-Belsen, y otro año como enfermero, cuidando a los que estaban peor de lo que yo nunca lo estuve.

Cuando salí, busqué una habitación en Hamburgo, mi ciudad natal, donde quería pasar el resto de mis días.

El Diario terminaba con otras dos hojas nuevas y blancas, escritas recientemente, a modo de epílogo.

En este cuartito de Altona he vivido desde 1947. Poco después de salir del hospital, empecé a escribir el relato de lo que nos había sucedido, a mí y a los otros, en Riga.

Pero, ya antes de terminarlo, vi que habían sobrevivido otros, más capacitados y mejor informados que yo para dar testimonio de los hechos. Se han publicado cientos de libros que describen el holocausto, por lo que nadie se interesará por el mío. No se lo he dado a leer a nadie.

Ahora veo que mis esfuerzos por sobrevivir y poder dar testimonio han sido inútiles, pues otros lo han hecho mejor que yo. Ojalá hubiera muerto en Riga, con Esther.

Ni siquiera ha de cumplirse mi último deseo: ver a Eduard Roschmann ante el tribunal, y poder explicar a los jueces lo que hizo. Ahora estoy seguro de ello.

A veces salgo a pasear y me pongo a pensar en la vida de antes, pero ya nada volverá a ser como antes. Los niños se burlan de mí y, si intento hacerme amigo suyo, salen corriendo. Una vez estuve hablando con una niña que no se asustó: mas en seguida acudió la madre, gritando, y se la llevó. De manera que no hablo con mucha gente.

Un día vino a verme una mujer. Dijo que era de la Oficina de Indemnizaciones, y que yo tenía derecho a cobrar una cantidad de dinero. Le dije que no quería dinero. Ella se disgustó mucho, e insistió en que tenía derecho a ser recompensado por lo que había sufrido. Seguí negándome. Después mandaron a un hombre, y también le dije que no. Él quiso hacerme comprender

que rechazar la indemnización era algo muy irregular. Me pareció que lo que más le molestaba era que así quizá no le salieran las cuentas. Pero sólo acepto lo que me corresponde.

Cuando estaba en el hospital inglés, uno de los médicos me preguntó por qué no emigraba a Israel, que pronto obtendría la independencia. ¿Qué podía decirle? No iba a explicarle que nunca me será posible ir a la Tierra Santa, después de lo que hice a Esther, mi esposa. Pienso en eso con frecuencia, e incluso sueño con hacerlo; pero no soy digno de ir.

No obstante, si estas líneas llegaran a ser leídas en la tierra de Israel, la cual nunca veré, ¿querría alguien hacerme la gracia de rezar el *khaddish* por mí?

Salomon Tauber

Altona, Hamburgo, 21 de noviembre de 1963

Peter Miller cerró el Diario y permaneció sentado en su butaca durante mucho rato, fumando y mirando al techo. Poco antes de las cinco de la madrugada, oyó abrirse la puerta del piso. Era Sigi, que volvía del trabajo. Se sorprendió al verle todavía despierto.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —preguntó.

—He estado leyendo —respondió Miller.

Al cabo de un rato, cuando, al primer resplandor del amanecer, empezaba a dibujarse en el cielo la torre de St. Michaelis, estaban en la cama; Sigi, soñolienta y satisfecha, como una mujer que acaba de ser amada, y Miller, mirando al techo, silencioso y preocupado.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sigi.

—Simplemente pensaba.

—Eso ya se ve. Pero ¿en qué pensabas?

—En mi próximo reportaje.

Ella se volvió a mirarle.

—¿Qué vas a hacer?

Miller se incorporó y apagó el cigarrillo.

—Voy a seguir la pista a un hombre.

III

Mientras Peter Miller y Sigi dormían abrazados en Hamburgo, un gigantesco «Coronado» de «Aerolíneas Argentinas» viraba en la oscuridad sobre los montes de Castilla y se disponía a aterrizar en Barajas, el aeropuerto de Madrid.

En un asiento de ventanilla de la tercera fila, primera clase, viajaba un hombre de poco más de sesenta años, cabello gris y fino bigote.

De aquel hombre existía una fotografía en la que aparecía como de unos cuarenta años, con el pelo cortado a cepillo, sin bigote que cubriera su boca de ratonera, y una raya marcada a navaja en el lado izquierdo de la cabeza. De las contadas personas que habían visto aquella foto, ninguna hubiera reconocido al hombre del avión. Ahora peinaba su espeso cabello hacia atrás, sin raya. La fotografía del pasaporte reflejaba su nuevo aspecto.

El nombre que figuraba en aquel pasaporte era Ricardo Suertes, súbdito argentino, el nombre con el que desafiaba al mundo. Porque «suerte» en alemán es *Glueck*, y el pasajero se llamaba en realidad Richard Gluecks, en tiempos general de la SS, jefe de la Central de Administración Económica del Reich e Inspector General de campos de concentración. Figuraba en tercer lugar en las listas de «Reclamados» de Alemania Occidental y de Israel, detrás de Martin Bormann y de Heinrich Muller, antiguo jefe de la Gestapo. Estaba, incluso, por delante del doctor Josef Mengele, el diabólico médico de Auschwitz. En ODESSA era el Número Dos, delegado de Martin Bormann; en quien en 1945 había recaído la jefatura de la Organización.

El papel desempeñado por Richard Gluecks en los crímenes de la SS era único, y única fue también la maestría con que supo preparar su propia desaparición en mayo de 1945. Gluecks fue uno de los cerebros del holocausto, con mayor responsabilidad que el propio Adolf Eichmann. Y, sin embargo, nunca empuñó un arma.

Si a un pasajero que no estuviese al corriente le hubieran dicho quién era su

vecino de butaca, se habría sorprendido de que el jefe de una central administrativa fuese tan buscado.

Pero, de haber hecho indagaciones, se hubiera enterado de que de los crímenes contra la Humanidad cometidos en Alemania entre 1933 y 1945, el noventa y cinco por ciento pueden ser atribuidos a la SS, y de éstos cabe achacar, entre el ochenta y el noventa por ciento, a dos secciones de la SS, a saber: la Central de Seguridad del Reich y la Central de Administración Económica.

Resulta extraño que un departamento económico esté involucrado en un genocidio; pero hay que comprender la manera en que se enfocaba la ejecución del plan. No sólo se trataba de exterminar a todos los judíos de Europa y, con ellos, a la mayor parte de las razas eslavas, sino que se pretendía que las víctimas pagaran por el favor. Antes de que se abrieran las cámaras de gas, la SS había perpetrado ya el mayor robo de la Historia.

Los judíos pagaban tres veces. En primer lugar, eran despojados de sus negocios, casas, fábricas, cuentas bancarias, muebles, coches y ropas. Luego los llevaban al Este, muchos de ellos en la creencia de que, tal como se les decía, sólo se trataba de trasladarlos de domicilio, con todo lo que pudieran llevar consigo, que generalmente era lo que cabía en dos maletas. En la plaza del campo se las quitaban, junto con lo que llevaban puesto.

Del equipaje de seis millones de personas se sacó un botín de varios miles de millones de dólares, pues los judíos europeos de la época, en especial los de Polonia y países del Este, solían llevar consigo, cuando viajaban, todos sus objetos de valor. De los campos de concentración partían trenes cargados de objetos de oro, diamantes, zafiros, rubíes, lingotes de plata, monedas de oro y billetes de todas clases y denominaciones, que eran enviados al cuartel general de la SS en Alemania. En toda su historia, la SS obtuvo siempre beneficios de todas sus operaciones. Una parte de estos beneficios, en forma de barras de oro estampadas con el sello del águila del Reich y los dos rayos de la SS, fue depositada, poco antes de que terminara la guerra, en Bancos de Suiza, Liechtenstein, Tánger y Beirut, para constituir el capital del que después se serviría ODESSA. Una buena parte de aquel oro sigue guardado bajo las calles de Zurich, custodiado por los serviciales y probos banqueros de la ciudad.

La segunda fase del expolio se llevaba a cabo en el propio cuerpo de las víctimas. En él había calorías y energía que aprovechar. En esta fase, los judíos eran colocados al mismo nivel que los rusos y polacos que habían sido capturados sin un céntimo. Los no útiles para el trabajo eran exterminados. Los

que podían trabajar eran alquilados, ya fuera a las propias fábricas de la SS, ya a las industrias alemanas como Krupp, Thyssen, Von Opel, etc., a razón de tres marcos al día los peones, y cuatro, los obreros especializados. La frase «al día» significa el máximo trabajo que pudiera extraerse de un cuerpo humano durante veinticuatro horas por el mínimo alimento. Cientos de miles murieron en sus puestos de trabajo.

La SS era un estado dentro del Estado. Poseía sus fábricas, sus talleres, su departamento técnico, su sección de construcción, sus centros de reparaciones y mantenimiento, y su sastrería. Producía todo cuanto pudiera necesitar, utilizando para ello a los trabajadores eslavos que, según un decreto de Hitler, eran propiedad de la SS.

La tercera fase de la explotación se efectuaba sobre los cadáveres. Las víctimas morían desnudas, dejando tras sí vagones de zapatos, calcetines, brochas de afeitarse, lentes, chaquetas y pantalones. Dejaban también su cabello, que era enviado al Reich para la fabricación de botas de fieltro destinadas a la campaña de invierno, y las fundas de oro de las dentaduras eran arrancadas de los cadáveres con unas tenazas, y fundidas en barras que eran depositadas en los Bancos de Zurich. Se hicieron pruebas para utilizar los huesos en la fabricación de fertilizantes y aprovechar las grasas para la elaboración de jabón; mas el plan resultó antieconómico.

Al frente de la parte económica o de extracción de beneficios del exterminio de catorce millones de personas, estaba la Central de Administración Económica del Reich, de la SS, dirigida por el hombre que aquella noche ocupaba el asiento B-3 del avión.

Gluecks, una vez consiguió escapar, prefería no arriesgar la libertad — volviendo a Alemania— para todo lo que le quedaba de vida. Bien respaldado por los fondos secretos, podía pasar tan ricamente el resto de sus días en América del Sur. Y allí sigue todavía. Su devoción por el ideal nazi permaneció inmovible tras los acontecimientos de 1945, lo cual, unido a su antigua preeminencia, le aseguraba un puesto relevante entre los fugitivos nazis avecindados en la Argentina, desde donde se administraba ODESSA.

El avión aterrizó sin novedad, y los pasajeros pasaron la Aduana sin incidentes. A nadie causó extrañeza que el pasajero de la fila 3, de primera clase, se expresara en español con gran soltura, pues hacía ya mucho tiempo que se hacía pasar por sudamericano.

Gluecks tomó un taxi en la puerta de la terminal y, según una costumbre

inveterada, dio al taxista unas señas que quedaban a una manzana de distancia del «Hotel Zurbarán». Al llegar al lugar indicado, situado en el centro de Madrid, pagó, se apeó y recorrió a pie los 150 metros que le quedaban para llegar al hotel.

Había hecho la reserva por télex, y después de firmar en el registro, subió a su habitación para tomar una ducha y afeitarse. A las nueve en punto, sonaron en la puerta de su habitación tres golpes suaves, seguidos de una pausa y dos golpes más. Abrió y, al reconocer a su visitante, retrocedió hacia el centro de la habitación.

El recién llegado cerró la puerta, se cuadró y levantó el brazo derecho con la palma hacia abajo, en el antiguo saludo.

—*Sieg Heil* —dijo.

El general Gluecks asintió con gesto de aprobación y, a su vez, levantó la mano derecha.

—*Sieg Heil* —respondió en tono un poco más bajo.

Con un ademán, invitó a su visitante a sentarse. El hombre que tenía frente a sí era otro alemán, antiguo oficial de la SS y, en la actualidad, jefe de la red de ODESSA en Alemania Occidental. Se sentía honradísimo de haber sido llamado a Madrid para entrevistarse con un tan alto jefe, y barruntaba que la conferencia tendría que ver con la muerte del presidente Kennedy, acaecida treinta y seis horas antes. Estaba en lo cierto.

El general Gluecks se inclinó sobre la bandeja del desayuno, se sirvió una taza de café y encendió cuidadosamente un gran «Corona».

—Puede usted suponer cuál es el motivo de esta súbita y un tanto arriesgada visita mía a Europa —dijo—. Como quiera que me desagrada permanecer en este continente más de lo estrictamente necesario, me propongo ir al grano y ser breve.

El subordinado venido de Alemania se inclinó expectante.

—Kennedy ha muerto —prosiguió el general—. Ello es una suerte para nosotros, y hemos de procurar sacar del hecho las mayores ventajas, ¿me sigue usted?

—En principio, sí, mi general —respondió obsequiosamente su interlocutor—; pero ¿en qué forma, concretamente?

—Me refiero al acuerdo secreto sobre armamento concertado entre la chusma de traidores de Bonn y los cerdos de Tel Aviv. Está usted enterado, ¿no? Los tanques, cañones y demás que Alemania está enviando a Israel.

—Sí, por supuesto.

—Y sabrá también que nuestra Organización está haciendo cuanto puede por la causa egipcia, a fin de que, en la lucha que se avecina, Egipto pueda alcanzar la victoria.

—Desde luego. Con tal finalidad hemos organizado ya la captación de científicos alemanes.

El general Gluecks asintió.

—Después hablaremos de eso. Yo me refería, concretamente, a nuestra política de mantener a nuestros amigos árabes plenamente informados acerca de este vergonzoso pacto, a fin de que ellos puedan, por la vía diplomática, presionar en Bonn. Las protestas árabes han provocado en Alemania la formación de un grupo que, por razones políticas, se opone al acuerdo sobre armamentos, puesto que éste contraría a los árabes. Este grupo, sin proponérselo, nos está haciendo el juego al presionar al bobo de Erhard, incluso a nivel ministerial, instándole a que revoque el trato.

—Si, le sigo, mi general.

—Bien. Hasta ahora, Erhard no ha llegado a suspender los envíos de armas, pero ha vacilado varias veces. El argumento principal que han esgrimido hasta el momento los que quieren que se cumpla el acuerdo germano-israelí sobre suministro de armas es que éste tenía el apoyo de Kennedy. Y todo lo que pidiera Kennedy, Erhard tenía que dárselo.

—Sí, eso es cierto.

—Pero ahora Kennedy está muerto.

El más joven de los dos, el recién llegado de Alemania, se recostó en el sillón, con los ojos brillantes de entusiasmo al percatarse de las nuevas perspectivas. El general de la SS sacudió dos centímetros de ceniza del cigarro en la taza de café y, apuntando a su subordinado con la brasa, prosiguió:

—Por tanto, en lo que resta de año, la labor que se debe desarrollar en el interior de Alemania por nuestros amigos y partidarios consistirá en alzar a la opinión pública, en la mayor escala posible, contra este acuerdo de armamentos, predisponiéndola a favor de los árabes, los verdaderos y tradicionales amigos de Alemania.

—Sí, sí. Eso puede hacerse.

El más joven sonreía ampliamente.

—Ciertos contactos que tenemos con el Gobierno de El Cairo asegurarán una afluencia ininterrumpida de protestas diplomáticas a través de su propia

Embajada y de otras —continuó el general—. Otros amigos árabes cuidarán de que se produzcan manifestaciones de estudiantes árabes, y alemanes amigos de éstos. Su trabajo consistirá en coordinar la publicidad en la Prensa, a través de los diversos folletos y revistas que subvencionamos bajo mano, de anuncios en los principales periódicos y revistas, y en predisponer oficiosamente a los funcionarios más allegados al Gobierno y a los políticos en favor del creciente movimiento de opinión contrario al convenio de armamentos.

El más joven frunció el ceño.

—Hoy es difícil suscitar en Alemania sentimientos de antipatía hacia Israel.

—Ni es necesario —replicó el otro con viveza—. El enfoque es sencillo: por cuestiones prácticas, Alemania no puede enemistarse con ochenta millones de árabes por culpa de estos estúpidos envíos de armas, supuestamente secretos. Hay muchos alemanes que prestarán oídos a este razonamiento, en especial los diplomáticos. También podemos atraer a la causa a ciertos amigos nuestros del Foreign Office. Este enfoque, puramente práctico, del asunto, resulta perfectamente lícito. Por supuesto, se dispondrá de fondos. Lo importante es que, muerto Kennedy, y dado que es poco probable que Johnson adopte la misma tesitura internacionalista y prosemita, se someta a Erhard a presión constante a todos los niveles, incluso al ministerial, para que dé carpetazo al acuerdo. Si demostramos a los egipcios que podemos conseguir que la política exterior de Bonn cambie de signo, nuestro papel en El Cairo subirá vertiginosamente.

El hombre de Alemania asentía, como si el plan estuviese tomando forma ante sus ojos.

—Así se hará —dijo.

El general rubricó:

—Excelente.

Su interlocutor le miró.

—Mi general, antes habló usted de los científicos alemanes que trabajan en Egipto...

—Ah, sí y le dije que volveríamos sobre ellos. Son nuestra segunda baza en la empresa de destruir definitivamente a los judíos. Usted, sin duda, está informado acerca de los cohetes de Helwan, ¿no?

—Sí, señor. Por lo menos, a grandes rasgos.

—Pero no sabe para qué van a ser utilizados.

—Bueno, supongo que...

—¿... que servirán para arrojar unas cuantas toneladas de explosivos sobre Israel? —el general Gluecks sonrió ampliamente—. Pues se equivoca. Y creo que ha llegado el momento de decirle por qué son tan importantes esos cohetes y los hombres que los fabrican.

El general Gluecks se recostó en el sillón, miró al techo y refirió a su subordinado la verdadera historia de los cohetes de Helwan.

Después de la guerra, cuando aún gobernaba en Egipto el rey Faruk, miles de nazis y de antiguos miembros de la SS que huían de Europa, encontraban refugio seguro a orillas del Nilo. Entre ellos figuraban numerosos científicos. Antes ya del golpe de Estado que derribó a Faruk, dos científicos alemanes habían recibido del monarca el encargo de hacer un primer proyecto para la construcción de una fábrica de cohetes. Esto ocurría en 1952, y los profesores eran Paul Goerke y Rolf Engel.

Cuando Gamal Abdel Nasser asumió el poder, el proyecto quedó en suspenso durante varios años; pero, tras la derrota sufrida por las tropas egipcias en la campaña del Sinaí de 1956, el nuevo dictador de Egipto hizo un juramento: Israel sería un día destruido por completo.

En 1961, cuando Nasser recibió de Moscú el «no» definitivo a su petición de cohetes de gran alcance, cobró nuevos bríos el proyecto Goerke-Engel para la construcción de una fábrica de cohetes en Egipto, y aquel mismo año, trabajando contra reloj y sin reparar en gastos, los profesores alemanes y los egipcios construyeron e inauguraron en Helwan, al norte de El Cairo, la «Fábrica 333».

Abrir una fábrica es una cosa, y proyectar y construir cohetes, otra. Hacía ya tiempo que los más influyentes colaboradores de Nasser, la mayoría simpatizantes de los nazis desde la Segunda Guerra Mundial, estaban en contacto con los representantes de ODESSA en Egipto. Estos resolvieron el mayor problema que tenían planteado los egipcios: el de hacerse con los científicos necesarios para fabricar los cohetes.

Ni la URSS, ni los Estados Unidos, ni Gran Bretaña, ni Francia les cederían un solo hombre. Pero ODESSA señaló que la clase de cohetes que necesitaba Nasser era muy similar, en tamaño y radio de acción, a los «V2» que Werner von Braun y su equipo habían construido en Peenemunde para pulverizar a Londres. Y muchos de los hombres de aquel equipo aún estaban disponibles.

A fines de 1961 empezó la captación de cerebros alemanes. Muchos

trabajaban en el Instituto de Investigación Aeroespacial de Stuttgart, pero se sentían frustrados porque el Tratado de París de 1954 prohibía a Alemania dedicarse a la investigación y a la fabricación en determinados campos, entre otros, el de la física nuclear y cohetes. Además, padecían una endémica escasez de fondos para investigación. Para muchos de aquellos hombres, la oferta de un lugar al sol, dinero abundante para la investigación y la oportunidad de construir cohetes de verdad, resultó excesivamente tentadora.

ODESSA nombró a un agente de reclutamiento para Alemania, el cual, a su vez, designó para el puesto de ayudante a un ex sargento de la SS, Heinz Krug. Ambos recorrieron Alemania en busca de hombres que estuvieran dispuestos a ir a Egipto para construir los cohetes de Nasser.

Con los sueldos que ofrecían, no les faltaban candidatos. Entre éstos figuraba el profesor Wolfgang Pilz, rescatado de entre las ruinas de Alemania por los franceses y que fue el padre del cohete francés «Véronique», fundamento del programa aeroespacial del presidente De Gaulle. El profesor Pilz salió para Egipto a principios de 1962. Otro de los contratados fue el doctor Heinz Kleinwachter; marcharon también el doctor Eugen Saenger y su esposa Irene, ambos antiguos componentes del equipo de Von Braun para las «V2». Y para Egipto salieron también los doctores Eisig y Kirmayer, todos expertos en combustibles y técnicas de propulsión.

El mundo pudo ver los primeros frutos de su trabajo en un desfile celebrado por las calles de El Cairo, el 23 de julio de 1962, para conmemorar el octavo aniversario de la caída de Faruk. Ante la multitud, vociferante de entusiasmo, fueron remolcados dos cohetes, el «Kahira» y el «Zafira», de 500 y 300 kilómetros de alcance respectivamente. Aunque aquellos cohetes no tenían más que la carcasa, pues carecían de la cabeza nuclear y del combustible, estaban destinados a ser los primeros del lote de 400 que un día serían lanzados contra Israel.

El general Gluecks hizo una pausa, dio una chupada al cigarro y volvió al presente.

—El problema estriba en que, si bien hemos resuelto todo lo que se refiere a la fabricación de los revestimientos, las cabezas nucleares y el combustible, aún queda pendiente el sistema de la teledirección, que es, precisamente, la clave del cohete teledirigido. —Señaló con el cigarro a su interlocutor—. Y esto es lo que no hemos podido dar a los egipcios. Aunque en Stuttgart y en otros lugares había científicos y especialistas en sistemas de teledirección, no pudimos convencer a

ninguno que valiera algo de que emigrara a Egipto. Todos los que enviamos eran especialistas en aerodinámica, en sistemas de propulsión o en el diseño de cabezas nucleares.

»Pero prometimos a Egipto que tendría sus cohetes, y los tendrá. El presidente Nasser está decidido a que un día haya guerra entre Egipto e Israel, y la habrá. El cree que podrá ganarla sólo con sus tanques y sus soldados. Nuestros informes no son tan optimistas. A pesar de su superioridad numérica, tal vez no ganen. Ahora imagine usted cuál sería nuestro prestigio si, una vez hubiera fracasado todo el armamento soviético, adquirido a base de millones y millones de dólares, resultara que los cohetes fabricados por los científicos contratados a través de nuestra red ganaran la guerra. Quedaríamos en una situación inatacable. Habríamos alcanzado dos objetivos: granjearnos el eterno agradecimiento de los países del Próximo Oriente, refugio seguro y definitivo para los nuestros, y acabar para siempre con el cochino Estado judío, realizando así el último deseo del Führer. Es un reto que hemos de aceptar, y en el que no podemos fracasar ni fracasaremos.

El subordinado miraba con respeto y con cierta perplejidad a su general, que paseaba por la habitación.

—Perdone, mi general, pero ¿podrán cuatrocientas cabezas nucleares de mediano calibre acabar definitivamente con los judíos? Pueden causar grandes daños, sí, pero la destrucción completa...

Gluecks giró rápidamente sobre sus talones y miró a su interlocutor con una sonrisa de triunfo.

—Pero, ¡qué cabezas nucleares! —exclamó—. No imaginaré que vamos a malgastar potentes explosivos en esos cerdos. Hemos propuesto al presidente Nasser, propuesta que él ha aceptado sin titubear, que las cabezas nucleares que lleven los «Kahiras» y los «Zafiras» sean de tipo diferente. Unas llevarán cultivos concentrados de peste bubónica, y las otras explotarán a gran altura, rociando todo el territorio de Israel con una lluvia de «estroncio 90» irradiado. En cuestión de horas, todos estarán muriéndose de la peste o de la enfermedad de los rayos gamma. Eso es lo que les reservamos.

El otro lo miraba con la boca abierta.

—¡Fantástico! —susurró—. Ahora recuerdo algo que leí el verano pasado acerca de un proceso en Suiza. Simples resúmenes, pues la mayor parte de las sesiones se celebraron a puerta cerrada. Entonces era verdad... Pero, mi general, eso es brillante...

—Brillante, sí, e inevitable si nosotros, los de ODESSA, podemos dotar a esos cohetes de los sistemas de teledirección necesarios no sólo para dispararlos en la dirección correcta, sino también para hacerlos llegar al lugar exacto en que hayan de explotar. El hombre que tiene a su cargo los trabajos de investigación encaminados a desarrollar un sistema de teledirección para esos cohetes está en Alemania Occidental. Su nombre clave es *Vulkan*. Recordará que, en la mitología griega, Vulcano era el forjador que fraguaba los rayos de los dioses.

—¿Se trata de un científico? —preguntó el hombre de Alemania, con extrañeza.

—No, no es un científico. Cuando, en 1955, se vio obligado a desaparecer, normalmente hubiera debido volver a la Argentina; pero nosotros pedimos al predecesor de usted que le proporcionara inmediatamente un pasaporte falso para que pudiera permanecer en Alemania. Luego se lo proveyó con un millón de dólares, de los fondos de Zurich, para la construcción de una fábrica en Alemania. En principio se pensaba utilizar la fábrica como pantalla, y realizar, a su amparo, otro tipo de investigación en el que entonces estábamos interesados y que ahora hemos dejado en suspenso para dedicarnos a los sistemas de teledirección destinados a los cohetes de Helwan.

»La fábrica que ahora dirige *Vulkan* produce radios de transistores. Pero esto es sólo fachada. En el departamento de investigación de la fábrica, un grupo de técnicos se dedica actualmente a estudiar el desarrollo de los sistemas de teledirección que un día se montarán en los cohetes de Helwan.

—¿Y por qué no lo estudian en Egipto? —preguntó el otro.

Gluecks sonrió de nuevo y siguió paseando.

—Esta es la argucia más genial de la operación. Como le decía, en Alemania existen hombres capaces de desarrollar estos sistemas de teledirección para cohetes; pero ninguno de ellos ha querido emigrar. El grupo que está trabajando en el departamento de investigación de la fábrica de *Vulkan* cree de buena fe que lo hace para el Ministerio de la Defensa de Bonn, aunque, desde luego, en el más riguroso secreto.

Al oír esto, el subordinado se levantó de un brinco, derramando su café en la alfombra.

—¡Caray! ¿Y cómo lo han conseguido?

—En realidad, fue sencillo. El Tratado de París prohíbe a Alemania toda investigación en materia de cohetes. Los hombres que trabajan para *Vulkan* juraron (en presencia de un auténtico funcionario del Ministerio de Defensa de

Bonn, que es también uno de los nuestros), guardar el secreto. Estaba acompañado por un general que ellos recordaban de la última guerra. Todos son hombres dispuestos a trabajar por Alemania, aun contra los términos del Tratado de París; pero no lo estarían a hacerlo por Egipto. Y están convencidos de que trabajan por Alemania.

»Desde luego, el coste es fabuloso. Normalmente, este tipo de investigación sólo pueden realizarlo las grandes potencias. Todo este programa ha mermado considerablemente nuestros fondos secretos. ¿Comprende ahora cuál es la importancia de *Vulkan*?

—Naturalmente —respondió el jefe de ODESSA en Alemania—. ¿Y si le ocurriera algo? ¿Podría seguir adelante el programa?

—No. Él solo dirige la empresa. Es presidente consejero delegado, único accionista y pagador. Es el único que puede seguir pagando los salarios de los técnicos y los enormes gastos que origina la investigación. Ninguno de los técnicos tiene la menor relación con otras personas de la empresa, y en ésta nadie más conoce la verdadera índole de esa sección de investigación tan grande. Todos creen que en ella se estudia el desarrollo de circuitos microondas, dentro de un plan concebido para revolucionar el mercado de transistores. El secreto se justifica como medida de precaución contra el espionaje industrial. Vulkan es el único eslabón entre las dos secciones. Sin él, todo el proyecto se vendría abajo.

—¿Podría decirme el nombre de la fábrica?

El general Gluecks meditó un momento, y luego dio un nombre. El otro lo miró con asombro.

—Pero... si conozco esas radios.

—Naturalmente; es una empresa de verdad que fabrica radios de verdad.

—Y el director es...

—Sí. Es Vulkan. ¿Comprende ahora cuál es la importancia de ese hombre y de lo que está haciendo? Por ello debo darle más instrucciones. Vea esto...

El general Gluecks sacó una fotografía del bolsillo interior del pecho y la tendió al hombre de Alemania. Después de mirarla detenidamente con gesto de perplejidad, le dio la vuelta y leyó el nombre escrito en el reverso.

—¡Vaya, creí que estaba en América del Sur!

Gluecks movió negativamente la cabeza.

—Pues no está. Este es *Vulkan*. En estos momentos, el trabajo se halla en un punto crítico. Por tanto, si por cualquier cauce llega usted a enterarse de que alguien hace preguntas impertinentes acerca de él, esa persona deberá ser,

digamos, disuadida: una advertencia, y si no la atiende, la solución definitiva. ¿Me sigue usted, *Kamerad*? Nadie, absolutamente nadie, debe llegar a desenmascarar a Vulkan.

El general de la SS se levantó. Su visitante le imitó.

—Eso es todo —concluyó Gluecks—. Ya tiene usted sus instrucciones.

IV

—Ni siquiera sabes si está vivo.

Peter Miller y Karl Brandt hablaban dentro del coche del primero, delante de la casa del detective inspector, donde Miller había localizado a su amigo en su día libre, el domingo, a la hora del almuerzo.

—No; no lo sé. Y eso es lo primero que tengo que averiguar. Naturalmente, si Roschmann ha muerto, todo acabó. ¿Puedes ayudarme?

Brandt reflexionó y movió negativamente la cabeza.

—No. Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no?

—Oye, yo te di ese Diario para hacerte un favor. Era un asunto entre tú y yo. Me indigné, y creí que podrías sacar de él una historia. Pero no se me ocurrió que fueras a seguir la pista a Roschmann. ¿Por qué no te limitas a hacer un reportaje con el material que hay en el Diario?

—Porque no da para un reportaje —dijo Miller—. ¿Qué podría decir? ¡Sorpresa, sorpresa...! He encontrado un cuaderno en el que un viejo que acaba de suicidarse con gas relata lo que sufrió durante la guerra. ¿Crees tú que un editor me compraría eso? Yo considero que es un documento aterrador, pero ésta es sólo mi opinión. Desde la guerra se han escrito Memorias a centenares. La gente ya empieza a cansarse. Ese Diario, solo, no lo compraría ningún editor de Alemania.

Brandt preguntó:

—Y entonces, ¿qué pretendes?

—Sencillamente, que, a la vista de este Diario, la Policía emprenda una operación, en gran escala, de busca y captura de Roschmann. Y ya tengo el reportaje.

Lentamente, Brandt sacudió la ceniza del cigarrillo en el cenicero del coche.

—La Policía no va a emprender una operación de busca y captura —dijo—.

Mira, Peter, tú conoces el periodismo, pero yo conozco a la Policía de Hamburgo. Nuestra misión es mantener a Hamburgo limpio de crímenes ahora, en 1963. Nadie va a destinar a unos detectives sobrecargados de trabajo a buscar a un hombre por lo que hizo en Riga hace veinte años. No puede hacerse.

—Por lo menos, podrías proponerlo —dijo Miller.

Brandt movió negativamente la cabeza.

—No; no puedo.

—¿Y por qué no? ¿Qué ocurre?

—Porque no quiero verme envuelto en ello. Tú no tienes de qué preocuparte. Eres soltero y libre. Si se te antoja, puedes dedicarte a perseguir fuegos fatuos. Pero yo tengo mujer y dos hijos, y una buena carrera. Y no pienso poner en peligro esa carrera.

—¿Por qué había esto de hacer peligrar tu carrera en el Cuerpo? Roschmann es un criminal, ¿no? Y la misión de la Policía es perseguir a los criminales. ¿Dónde está, pues, el problema?

Brandt aplastó la colilla.

—Es difícil concretarlo. Pero existe cierta actitud en la Policía, algo impalpable, sólo una impresión. La impresión de que el hurgar con demasiada insistencia en los crímenes de guerra de la SS no ha de hacer ningún bien a la carrera de un joven policía. Y tampoco se consigue nada. La solicitud sería simplemente denegada. Pero esa solicitud quedaría registrada y archivada. Y entonces, adiós al ascenso. Nadie habla de ello, pero todo el mundo lo sabe. De modo que si pretendes dar la campanada, allá tú. A mí me dejas al margen.

Miller miraba fijamente a través del parabrisas.

—Está bien —dijo al fin—. Si eso es lo que hay... Pero tengo que empezar por algún sitio. ¿Dejó Tauber algo más?

—Sí, una carta. Tuve que incluirla en mi informe del suicidio. Ya estará archivada. Pero el archivo está cerrado.

—¿Y qué decía la carta? —preguntó Miller.

—No mucho —dijo Brandt—. Sólo que había decidido suicidarse. ¡Ah!, sí y otra cosa: que dejaba todos sus efectos a un amigo, un tal Herr Marx.

—Bueno, algo es algo. ¿Y dónde está ese Marx?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Entonces, ¿en la carta no ponía más que eso, Herr Marx, sin dirección?

—Nada más. Sólo Marx. Ni el menor indicio de dónde vive.

—Tiene que estar en algún sitio. ¿Lo habéis buscado?

Brandt suspiró.

—¿Quieres meterte esto en la cabeza? La Policía tiene muchísimo trabajo. ¿Puedes hacerte una idea de cuántos Marx hay en Hamburgo? En la guía de teléfonos figuran cientos de ellos. No podemos pasarnos semanas enteras buscando a ese Marx. De todos modos, lo que dejó el viejo no vale ni diez pfennigs.

—Conque, ¿eso es todo? —preguntó Miller—. ¿Nada más?

—Nada más. Si quieres buscar a Marx, puedes probar.

—Gracias, probaré —dijo Miller.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Brandt volvió a su almuerzo con la familia.

Miller comenzó sus averiguaciones a la mañana siguiente con una visita a la casa en que había vivido Tauber. Salió a abrirle la puerta un hombre de mediana edad, que llevaba los pantalones, manchados, sujetos con un cordel, la camisa sin cuello y desabrochada y una barba de tres días.

—Buenos días. ¿Es usted el propietario?

El hombre miró a Miller de arriba abajo y asintió. Olía a coles.

—Aquí se suicidó un hombre la otra noche —dijo Miller.

—¿Es policía?

—No. Periodista.

Miller le enseñó su carnet.

—No tengo nada que decir.

Miller, sin gran dificultad, metió un billete de diez marcos en la mano del hombre.

—Sólo quiero echar un vistazo a su cuarto.

—Ya lo he alquilado.

—¿Y qué ha hecho con sus cosas?

—Están en el patio. No hay absolutamente nada que se pueda aprovechar.

Los cachivaches estaban en un montón, bajo la fina lluvia. Todavía olía a gas. Había una máquina de escribir vieja y deteriorada, dos pares de zapatos muy gastados, ropa, libros y un chal de seda blanca con fleco que, según Miller, debía de tener algo que ver con la religión judía. Rebuscó en el montón, pero no pudo encontrar libreta de direcciones ni nada dirigido a Marx.

—¿Esto es todo?

—Todo —respondió el hombre, mirándole torvamente desde el umbral de la puerta trasera, al abrigo de la lluvia.

—¿Hay en la casa algún huésped que se llame Marx?

—No.

—¿Conoce usted algún Marx?

—No.

—¿Tenía Tauber algún amigo?

—Ninguno, que yo sepa. Siempre andaba solo. Paseando continuamente arriba y abajo. Me parece que estaba un poco chalado. Pero pagaba puntualmente el alquiler y no molestaba.

—¿Le vio con alguien alguna vez? Quiero decir, en la calle.

—No. Me parece que no tenía amigos. No me extraña. Hablaba solo. Chalado.

Miller se despidió, y estuvo preguntando en la calle. La mayoría recordaban al viejo. Lo conocían de verlo pasar arrastrando los pies, con un abrigo que le llegaba hasta los tobillos, un gorro de lana en la cabeza y los guantes agujereados.

Pasó tres días indagando en el sector en que había vivido Tauber. Preguntó en la lechería, en la verdulería, en la carnicería, en la ferretería, en la cervecería, en el estanco, e interceptó al cartero y al lechero. El miércoles por la tarde vio a unos chiquillos que jugaban al fútbol al lado del almacén.

—¿El viejo judío? ¿*Solly el Loco*? —dijo el jefe de la pandilla en respuesta a su pregunta.

Los demás se acercaron.

—El mismo —afirmó Miller—. *Solly el Loco*.

—Estaba chalado —dijo uno del grupo—. Siempre andaba así.

El chico hundió el cuello entre los hombros, se ciñó la chaqueta al cuerpo y dio unos pasos arrastrando los pies, murmurando entre dientes y mirando a uno y otro lado. Los demás se echaron a reír a carcajadas, y uno de ellos dio al imitador un fuerte empujón que lo tiró al suelo.

—¿Alguno lo vio con alguien? —preguntó Miller—. Quiero decir, hablando con otra persona, otro hombre.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó el jefe, con suspicacia.

—Nosotros no le hicimos nada —terció otro.

Miller sacó una moneda de cinco marcos, la lanzó al aire y volvió a atraparla. Ocho pares de ojos siguieron el salto de la reluciente moneda de plata. Ocho

cabezas se movieron en señal de negación. Miller dio media vuelta y se alejó.

—¡Oiga, señor!

Miller se detuvo y volvió la cabeza. El más pequeño del grupo le había alcanzado.

—Una vez lo vi con otro hombre. Estaban los dos sentados. Hablando.

—¿Dónde los viste?

—Abajo, en el río. En la orilla verde. Hay bancos, y estaban sentados en uno de ellos, hablando.

—¿Era viejo el otro?

—Muy viejo. Con mucho pelo blanco.

Miller le lanzó la moneda, pensando que era un gesto inútil. Pero se acercó al río y miró a uno y otro lado en la orilla cubierta de hierba. Había una docena de bancos, todos vacíos. En verano habría mucha gente sentada en la Elbe Chaussee, viendo entrar y salir los grandes barcos, pero no a fines de noviembre.

A su izquierda estaba el puerto de pescadores, en cuyos muelles había amarrados media docena de barcos de arrastre descargando arenques y caballas o preparándose para salir de nuevo.

Cuando era niño y volvió —de la granja en el campo adonde había sido evacuado durante el bombardeo— a la destruida ciudad, solía jugar entre los escombros y las ruinas. Su lugar favorito era aquel puerto de pescadores de Altona, situado en el río.

Le gustaban los pescadores, toscos y joviales, que olían a sal, a brea y a tabaco fuerte. Pensó en Eduard Roschmann, en Riga, y se preguntó cómo una misma tierra había podido dar hombres tan distintos.

Su pensamiento volvió a Tauber, y repasó nuevamente el problema. ¿Dónde podía él haber conocido a su amigo Marx? Sabía que algo se le escapaba, pero no podía dar con ello. Y no lo consiguió hasta que, de nuevo en su coche, se hubo detenido a repostar cerca de la estación de ferrocarril de Altona. El dependiente del surtidor le dijo que había aumentado el precio de la gasolina super y, para dar conversación a su cliente, agregó que el dinero valía cada vez menos. Se alejó en busca de cambio, dejando a Miller con la mirada fija en su billetero abierto.

Dinero. ¿De dónde sacaba Tauber el dinero? No trabajaba, ni había querido aceptar compensación alguna del Estado alemán. Sin embargo, pagaba puntualmente el alquiler, y además debía quedarle algo para comer. Tenía cincuenta y seis años, de manera que no podía cobrar pensión de vejez; pero una

pensión de invalidez, tal vez sí.

Eso tenía que ser.

Miller se guardó el cambio, puso en marcha el «Jaguar» y se fue a la oficina de Correos de Altona. Se dirigió a la ventanilla de «Pensiones».

—¿Podría decirme cuándo cobran los pensionistas? —preguntó a la gruesa señora sentada detrás de la ventanilla.

—El último día del mes, naturalmente.

—¿Entonces, el sábado?

—Menos cuando coincide con el final de semana. Este mes cobrarán el viernes, pasado mañana.

—¿También los que cobran pensión de invalidez? —preguntó.

—Absolutamente todos los pensionistas cobran el último día del mes.

—¿Aquí, en esta ventanilla?

—Si residen en Altona, sí —respondió la mujer.

—¿A qué hora?

—Desde que abrimos.

—Gracias.

El viernes por la mañana volvió Miller a Correos y se puso a observar a los hombres y mujeres que hacían cola a la puerta cuando se abrieron las oficinas. Se situó en la pared de enfrente, para ver qué dirección tomaban al salir. Había muchos con el pelo blanco, pero la mayoría llevaban sombrero a causa del frío. El tiempo se había puesto otra vez seco, soleado pero frío. Poco antes de las once, un hombre con una mata de pelo blanco que parecía caramelo hilado salió de la oficina de Correos, contó su dinero para asegurarse de que no le faltaba nada, lo guardó en el bolsillo interior y miró a derecha e izquierda, como buscando a alguien. Al cabo de unos minutos, dio media vuelta y echó a andar lentamente. En la esquina, miró otra vez arriba y abajo y torció por la calle del Museo, en dirección al río. Miller se despegó de la pared y lo siguió.

El viejo tardó veinte minutos en recorrer los ochocientos metros que faltaban para llegar a la Elbe Chaussee, giró hacia la margen del río, cruzó sobre la hierba y se sentó en un banco. Miller se le acercó lentamente por la espalda.

—¿Herr Marx?

El viejo se volvió en el momento en que Miller rodeaba al extremo del banco. No parecía sorprendido, como si estuviese acostumbrado a ser abordado

por desconocidos.

—Sí —dijo gravemente—, ¡yo soy Marx!

—Me llamo Miller.

Marx inclinó la cabeza, dándose por enterado.

—¿Espera usted a... Herr Tauber?

—Sí —respondió el hombre, sin demostrar sorpresa.

—¿Puedo sentarme?

—Encantado.

Miller se sentó a su lado. Los dos estaban de cara al Elba. Río abajo, aprovechando la marea, navegaba un gran mercante, el *Kota Maru*, de Yokohama.

—Siento decirle que Herr Tauber ha muerto.

El viejo miró fijamente el barco. No exteriorizó dolor ni sorpresa, como si recibiese a menudo noticias como aquélla. Tal vez así era.

—Ya —dijo.

Miller le refirió brevemente los sucesos de la noche del viernes anterior.

—No parece usted sorprendido. Quiero decir, de que se matara.

—No —dijo Marx—. Era muy desgraciado.

—Ha dejado un Diario, ¿sabe?

—Sí, me habló de él.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó Miller.

—No; no lo dejaba leer a nadie. Pero me habló de él.

—Explica lo que tuvo que pasar en Riga durante la guerra.

—Sí, él me dijo que había estado en Riga.

—¿Usted también estuvo allí?

El hombre se volvió y le miró con ojos tristes y cansados.

—No. Yo estuve en Dachau.

—Necesito que usted me ayude, Herr Marx. Su amigo habla en su Diario de un hombre, un oficial de la SS llamado Roschmann, el capitán Eduard Roschmann. ¿Se lo mencionó a usted alguna vez?

—¡Oh, sí! Me habló de Roschmann. En realidad, lo que le hacía seguir viviendo era la esperanza de poder testificar contra Roschmann algún día.

—Eso dice en su Diario. Lo he leído después de su muerte. Soy periodista. Quiero tratar de encontrar a Roschmann y llevarlo a juicio, ¿me entiende?

—Sí.

—Pero de nada serviría intentarlo si Roschmann hubiera muerto. ¿Recuerda

usted si Herr Tauber llegó a averiguar si Roschmann vive y está libre?

Marx estuvo contemplando unos minutos la popa del *Kota Maru*, que se alejaba.

—El capitán Roschmann vive —respondió con sencillez—. Y está libre.

Miller se inclinó con ansiedad.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Tauber lo vio.

—Sí; eso ya lo leí. Fue a principios de abril de mil novecientos cuarenta y cinco.

Marx sacudió lentamente la cabeza.

—No; fue el mes pasado.

Durante varios minutos más, permanecieron en silencio, Miller mirando al viejo, y Marx, al agua.

—¿El mes pasado? —repitió Miller al fin—. ¿Y dijo cómo lo había visto?

Marx suspiró y se volvió hacia Miller.

—Sí. Una noche estaba paseando por la ciudad, como acostumbraba hacer cuando no podía dormir. Al pasar por delante del Teatro de la Opera, de regreso a su casa, vio que empezaba a salir el público. Se detuvo en el momento en que un grupo cruzaba la acera. Dijo que eran gente rica; los hombres, de smoking, y ellas, con pieles y joyas. Junto al bordillo había tres taxis esperándolos. El portero cortó el paso a los transeúntes para que sus clientes, pudieran subir a los coches. Y entonces Tauber vio a Roschmann.

—¿Entre los que salían de la Opera?

—Sí. Subió a un taxi con otras dos personas.

—Bueno, Herr Marx, atienda, por favor, que esto es importante. ¿Estaba seguro de que era Roschmann?

—Sí, dijo que estaba seguro.

—Sin embargo, hacía diecinueve años que no lo veía. Debe de haber cambiado mucho. ¿Cómo podía estar tan seguro?

—Dijo que le vio sonreír.

—¿Que le vio qué?

—Sonreír. Que vio sonreír a Roschmann.

—¿Y eso tiene algo de particular?

Marx asintió varias veces.

—Decía que el que hubiera visto sonreír a Roschmann de aquel modo, nunca podría olvidarlo. No supo describirme esa sonrisa, pero estaba seguro de

reconocerla entre un millón, y en cualquier lugar del mundo.

—Ya. ¿Y usted lo creyó?

—Sí. Estoy seguro de que vio a Roschmann.

—Está bien. Supongamos que yo lo creo también. ¿Tomó el número del taxi?

—No. Me dijo que se quedó tan aturdido, que no supo hacer más que mirar cómo se alejaba.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Miller—. Seguramente los conduciría a algún hotel. Si tuviésemos el número, podría preguntar al taxista adónde los llevó. ¿Cuándo le contó esto Herr Tauber?

—El mes pasado, cuando cobramos la pensión. Aquí mismo, en este banco.

Miller se levantó y suspiró.

—¿Se da usted cuenta de que nadie creería esa historia?

Marx apartó la mirada del río y se volvió hacia el periodista.

—¡Oh, sí! —exclamó en voz baja—. Y él lo sabía también. Ya lo ve usted: por eso se suicidó.

Aquella noche, Peter Miller hizo a su madre su acostumbrada visita del fin de semana y, como de costumbre, ella lo acribilló a preguntas: que si comía lo suficiente; que cuántos cigarrillos fumaba al día; que cómo le lavaban la ropa...

Era una mujercita metida en carnes, de unos cincuenta años, que no acababa de resignarse a la idea de que su único hijo se conformara con ser un simple reportero.

Durante la cena le preguntó qué estaba haciendo en aquellos momentos. Él se lo explicó brevemente, y aludió a su propósito de intentar descubrir el paradero del desaparecido Eduard Roschmann. La mujer se quedó horrorizada.

Peter siguió comiendo estoicamente, ante el alud de reproches y recriminaciones.

—Como si no fuese bastante que siempre tengas que ocuparte en las gentes del hampa, ahora quieres meterte con los nazis. No sé qué hubiera pensado tu pobre padre. Yo, verdaderamente, no...

Peter tuvo una idea.

—Mamá...

—Dime, hijo.

—Todas esas cosas que la SS le hacía a la gente durante la guerra... ¿Sospechaste alguna vez...? ¿Tú imaginabas lo que ocurría?

Ella se puso afanosamente a quitar la mesa. Al cabo de unos segundos, respondió:

—Cosas horribles. Espantosas. Los ingleses nos hicieron ver las películas después de la guerra. No quiero oír hablar más de eso.

Salió precipitadamente. Peter se levantó y la siguió a la cocina.

—¿Recuerdas que en mil novecientos cincuenta, cuando tenía dieciséis años, fui a París con un grupo de la escuela?

Ella se interrumpió, mientras llenaba el fregadero.

—Sí, lo recuerdo.

—Nos llevaron a visitar una iglesia llamada el Sacré Coeur. Estaban acabando un oficio, un funeral en memoria de un hombre que se llamaba Jean Moulin. De la iglesia salía un grupo. Al oírme hablar en alemán con un compañero, uno de los que salían se volvió y me escupió. Recuerdo cómo me corría la saliva por la chaqueta. Cuando regresé a casa y te lo conté, ¿te acuerdas de lo que me dijiste?

La señora Miller restregaba furiosamente los platos de la cena.

—Dijiste que los franceses eran así. Que tenían hábitos sucios.

—Y los tienen. A mí nunca me han sido simpáticos.

—Mamá, ¿tú sabes lo que le hicimos a Jean Moulin antes de que muriera? No tú, ni papá, ni yo, sino nosotros, los alemanes, mejor dicho, la Gestapo, que para millones de extranjeros viene a ser lo mismo.

—No, no quiero saberlo. Y dejemos eso.

—No puedo decírtelo, porque no lo sé. Sin duda consta en algún sitio. Pero lo cierto es que a mí me escupieron no por ser de la Gestapo, sino por ser alemán.

—Y deberías sentirte orgulloso de serlo.

—Y me siento orgulloso, créeme. Pero eso no quiere decir que deba sentirme orgulloso de los nazis, de la SS, ni de la Gestapo.

—Ni tú ni nadie; pero hablar de ello no remedia nada.

Estaba acalorada, como siempre que discutía con su hijo. Se secó las manos con el paño de la vajilla y salió a la sala. Peter se fue tras ella.

—Oye, mamá, trata de comprenderlo. Hasta que leí ese Diario, ni siquiera se me ocurría preguntarme qué era exactamente lo que se presumía que habíamos hecho. Ahora, por lo menos, empiezo a comprender. Por ello quiero encontrar a ese hombre, ese monstruo, si aún vive. Hay que llevarlo ante los tribunales.

Ella se sentó en el canapé, a punto de echarse a llorar.

—Te lo ruego, Peterkin, no te mezcles en eso. No sigas hurgando en el pasado. No servirá de nada. Todo acabó ya. Es mejor olvidarlo.

Peter Miller estaba de cara a la chimenea. En la repisa, al lado del reloj, estaba el retrato de su padre. Llevaba su uniforme de capitán del Ejército, y tenía aquella sonrisa cariñosa y un tanto triste que Miller recordaba. Se había hecho la foto durante su último permiso, poco antes de volver al frente.

Diecinueve años después, al mirar aquella fotografía, mientras su madre le pedía que abandonara la búsqueda de Roschmann, Peter recordaba a su padre con una claridad asombrosa. Se acordaba de antes de la guerra, cuando él tenía cinco años y su padre lo llevaba al zoo de Hagenbeck, le enseñaba todos los animales, uno a uno, y con gran paciencia leía la placa de cada jaula, para responder a la interminable retahíla de preguntas del niño.

Se acordaba del día en que se alistó, en 1940, de cómo lloraba su madre, y de que él pensó que las mujeres eran bobas al llorar por algo tan estupendo como tener un padre vestido de uniforme. Y se acordaba del día de 1944 —él tenía once años— en que un oficial del Ejército se presentó en la casa y le dijo a su madre que su heroico esposo había caído en el frente del Este.

—Además, nadie quiere ya más denuncias. Ni más juicios horribles de esos que hay cada dos por tres en los que salen a relucir semejantes atrocidades. Nadie va a darte las gracias, aunque lo encuentres. Sólo conseguirás llamar la atención. Nadie quiere más juicios ya. Es demasiado tarde. Por favor, Peter, déjalo. Hazlo por mí.

Él recordaba la lista de nombres que aparecía con una orla negra en el periódico. Todos los días tenía la misma longitud, pero aquel día de fines de octubre era diferente, porque hacia la mitad se leía:

«Caído por el Führer y por la Patria. Miller, Erwin, capitán, el 11 de octubre. En Ostland».

Y nada más. Ni el menor indicio de dónde, ni cuándo, ni por qué. Uno más entre las decenas de miles de nombres que eran comunicados desde el Este y publicados en aquellas largas listas orladas de negro; hasta que el Gobierno decidió suspender la publicación, porque minaba la moral.

—Por lo menos —decía la madre a su espalda—, podrías pensar en la memoria de tu padre. ¿Crees que él querría que su único hijo se dedicara a remover el pasado para provocar otro juicio por crímenes de guerra? ¿Crees que le gustaría?

Miller giró rápidamente sobre sus talones, se acercó a su madre y, poniéndole

las manos en los hombros, miró sus asustadas pupilas azul porcelana. Se inclinó y la besó suavemente en la frente.

—Sí, Mutti —dijo—. Creo que esto es precisamente lo que él querría que hiciera.

Salió de la casa, subió a su coche y, lleno de ira, emprendió el regreso a Hamburgo.

Todos los que le conocían, y muchos que no le conocían, estaban de acuerdo en que Hans Hoffmann parecía hecho a la medida para el cargo. Frisaba los cincuenta años, tenía apostura juvenil, el cabello gris cortado a la última moda y las uñas bien cuidadas. Su traje era de «Savile Row», y su corbata, de gruesa seda, de «Cardin». Tenía una elegancia depurada y muy cara.

Pero si su prestancia personal hubiera sido su única cualidad, Hoffmann no habría llegado a ser uno de los más prósperos editores de revistas de Alemania Occidental. Al terminar la guerra imprimía carteles para las autoridades británicas de ocupación, en una prensa manual, y en 1949 fundó uno de los primeros semanarios ilustrados del país. Su fórmula era simple: decirlo con palabras, crudamente, y respaldarlo con unas fotografías que dejasen a la competencia como unos novatos con su primera «Brownie». Y era una fórmula eficaz. Su cadena de ocho revistas, que abarcaba desde novelas de amor para jovencitas hasta las relumbrantes crónicas de las andanzas de los ricos y los guapos, lo había hecho multimillonario; pero su favorita era *Komet*, una revista de actualidades.

El dinero le había proporcionado una lujosa casa estilo rancho en Othmarschen, un chalet en las montañas, una torre en la costa, un «Rolls-Royce» y un «Ferrari». Además, se había hecho con una esposa hermosísima, que se vestía en París, y dos hijos encantadores, a los cuales no veía casi nunca. Hans Hoffmann era el único millonario de Alemania cuyas amiguitas, que mantenía con discreción y sustituía con frecuencia, nunca aparecían retratadas en su revista de chismorreos. Y era hombre sagaz.

Aquel miércoles por la tarde, cerró el Diario de Salomon Tauber, después de leer el prólogo, se recostó en su sillón y miró al joven reportero, sentado frente a él.

—Bueno, el resto puedo imaginarlo. ¿Qué quiere usted?

—Me parece que es un gran documento —dijo Miller—. En todo el Diario se habla de un hombre llamado Eduard Roschmann, capitán de la SS, que fue comandante del ghetto de Riga mientras éste existió. Asesinó a ochenta mil

hombres, mujeres y niños. Creo que está vivo y que reside aquí, en Alemania Occidental. Quiero encontrarlo.

—¿Cómo sabe que está vivo?

Miller se lo explicó sucintamente. Hoffmann frunció los labios.

—Es una prueba muy endeble.

—Cierto. Pero creo que valdría la pena investigar. Con mucho menos, he conseguido buenas historias.

Hoffmann sonrió al recordar la maestría con que Miller sacaba a relucir los trapos sucios del sistema. Él estaba encantado de publicar aquellos reportajes, una vez debidamente comprobados. Hacían subir vertiginosamente la circulación.

—Pero ése, ¿cómo ha dicho que se llama? ¿Roschmann?, ya estará en la lista de reclamados. Y si la Policía no ha podido encontrarlo, ¿qué le hace suponer que usted va a dar con él?

—¿Lo busca realmente la Policía? —preguntó Miller.

Hoffmann se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Para eso les pagamos.

—No estaría de más ayudarles un poco, ¿no cree? Sólo averiguar si realmente vive todavía, si llegaron a cogerlo, y, en este caso, qué ha sido de él.

—¿Y qué quiere usted de mí? —preguntó Hoffmann.

—El encargo de intentarlo. Si no consigo nada, lo dejo.

Hoffmann hizo girar su sillón, situándose de cara al ventanal que miraba hacia los muelles, kilómetros y kilómetros de grúas y atracaderos situados veinte pisos más abajo y a un kilómetro de distancia.

—Eso se aparta un poco de su especialidad, Miller. ¿Por qué ese repentino interés?

Miller pensó con rapidez. Tratar de vender la idea era siempre lo más difícil. El reportero independiente tiene que vender su historia, o el proyecto de la historia, al editor. Este es el primer paso. El público entra en juego mucho después.

—Es una historia con mucho interés humano. Si *Komet* encontrara a ese hombre, después de que la Policía del país ha fracasado, sería un triunfo. Estas cosas interesan.

Hoffmann miró el horizonte que se recortaba sobre el cielo de diciembre, y lentamente movió la cabeza en signo de negación.

—Se equivoca. Por eso no le daré el encargo. Estas cosas no interesan.

—Pero, Herr Hoffmann, éste es un caso aparte. Las personas que mató Roschmann no eran polacos ni rusos. Eran alemanes, judíos alemanes, sí, pero alemanes. ¿Por qué no había de interesar?

Hoffmann se volvió nuevamente hacia él, apoyó los codos en la mesa, y el mentón, en los nudillos.

—Miller, usted es un buen periodista. Me gusta su manera de llevar las cosas; tiene estilo. Y es buen sabueso. Yo podría contratar a veinte, a cincuenta o a cien hombres sólo con coger el teléfono, y todos harán lo que les mande y escribirán los reportajes que yo les encargue. Pero ninguno es capaz de descubrir por sí mismo una historia. Y usted sí. Por eso le doy tanto trabajo, y seguiré dándoselo. Pero no este trabajo.

—¿Y por qué no? Es una buena historia.

—Escuche, es usted muy joven. Deje que le explique algo sobre el periodismo. El periodismo es, en un cincuenta por ciento, escribir buenas historias y, en otro cincuenta por ciento, venderlas. Usted puede hacer lo primero; pero yo hago lo segundo. Por eso yo estoy aquí, y usted, ahí. A usted le parece que todo el mundo va a querer leer esa historia, porque las víctimas de Riga eran judíos alemanes. Pues bien: yo le aseguro que precisamente por eso nadie va a querer leerla. Y mientras no haya una ley que obligue a la gente a comprar revistas y a leer lo que es bueno para ella, la gente seguirá leyendo lo que quiere leer. Y eso es lo que yo le doy. Lo que quiere leer.

—¿Y por qué no ha de querer leer lo de Roschmann?

—¿Todavía no lo comprende? Yo se lo explicaré. Antes de la guerra, en Alemania todo el mundo conocía a algún judío. Lo cierto es que, antes de que Hitler la tomara con ellos, en Alemania no se odiaba a los judíos. Este era el país de Europa que mejor los había tratado siempre. Mejor que Francia, mejor que España, e infinitamente mejor que Polonia y Rusia, donde los pogroms eran horriblos.

»Luego vino Hitler, y empezó a decir a la gente que los judíos tenían la culpa de la primera guerra, del paro, de la pobreza y de todo lo malo. La gente no sabía qué pensar. Casi todo el mundo conocía a un judío que era una excelente persona o, simplemente, un sujeto inofensivo. La gente tenía amigos judíos, buenos amigos; jefes judíos, buenos jefes; empleados judíos, buenos trabajadores. Obedecían la ley y no hacían daño a nadie. Y ahora Hitler venía con que ellos tenían la culpa de todo.

»Por eso, cuando llegaban los camiones y se los llevaban, la gente no hacía

nada por impedirlo. Se mantenía al margen, sin abrir la boca. Incluso algunos empezaron a creer al que más gritaba. Porque la gente es así, y especialmente los alemanes. Somos un pueblo obediente. Esa es nuestra mayor fuerza y nuestra mayor debilidad. Ello nos permite realizar un milagro económico mientras los ingleses van a la huelga, y nos permite también seguir a un hombre como Hitler hasta la fosa común.

»Durante muchos años, nadie ha preguntado qué les pasó a los judíos alemanes. Sencillamente, desaparecieron. Bastante triste es tener que leer en las crónicas de los procesos por crímenes de guerra lo que les ocurrió a los desconocidos y anónimos judíos de Varsovia, Lublin o Bialystok, a los judíos polacos y rusos. Y ahora pretende usted explicar, con pelos y señales, lo que les ocurrió a sus vecinos de al lado. ¿Lo ha entendido ya? Estos judíos —golpeó el Diario— eran conocidos, eran gente a la que saludaban por la calle, gente en cuyas tiendas compraban ellos, gente a la que se llevaban ante sus propias barbas, para que su Herr Roschmann se ocupara de ella. ¿Y cree que eso ha de gustar a sus lectores? No podía escoger una historia menos de su gusto.

Cuando terminó de hablar, Hans Hoffmann, se recostó en el sillón, escogió del humector un fino «panatella» y lo encendió con un «Dupont» de oro. Miller iba digiriendo lo que no había podido descubrir solo.

—Eso debe de ser lo que quiso decir mi madre —dije al fin.

—Probablemente —murmuró Hoffmann.

—Pero yo sigo deseando dar con ese asesino.

—Déjele, Miller. Renuncie. Nadie se lo agradecerá.

—¿Verdad que la reacción del público no es el único motivo? Hay más, ¿no? Hoffmann lo miró fijamente a través del humo del cigarro.

—Sí —dijo escuetamente.

—¿Todavía les tiene miedo? —preguntó Miller.

—No. Simplemente, no quiero problemas. Eso es todo.

—¿Qué clase de problemas?

—¿Ha oído usted hablar de un tal Hans Habe?

—¿El novelista? Sí, ¿qué le pasa?

—Antes dirigía una revista en Munich. Allá por el año mil novecientos cincuenta y dos o cincuenta y tres. Una buena revista, y él era un reportero estupendo, como usted. *Eco de la Semana* se llamaba. Odiaba a los nazis y publicó una serie de reportajes sobre antiguos miembros de la SS que vivían tranquilamente en Munich.

—¿Y qué le ocurrió?

—A él, nada. Un día recibió más correo que de costumbre. La mitad de las cartas eran de sus anunciantes, comunicándole que le retiraban sus encargos. Otra era del Banco, rogándole que fuera a verles. Cuando se presentó allí le dijeron que se le retiraba el crédito. Antes de una semana, tuvo que cerrar la revista. Ahora escribe novelas, muy buenas por cierto; pero ya no dirige una revista.

—¿Y qué hemos de hacer los demás? ¿Seguir corriendo espantados?

Hoffmann se quitó, con brusquedad, el cigarro de la boca.

—No tengo por qué aguantarle eso, Miller —dijo con mirada dura—. Yo odiaba a esos asesinos antes, y sigo odiándolos ahora. Pero conozco a mis lectores. Y ellos no quieren saber nada de Eduard Roschmann.

—Está bien. Perdóneme. De todos modos, pienso buscarlo.

—Si no le conociera, Miller, creería que hay algo personal en todo eso. No permita nunca que el periodismo le afecte personalmente. Es malo para el reportaje y para el reportero. ¿Y cómo piensa financiarlo?

—Tengo unos ahorros.

Miller se levantó para marcharse.

—Buena suerte —dijo Hoffmann, poniéndose en pie y saliendo de detrás del escritorio—. ¿Sabe qué voy a hacer? El día en que Roschmann sea arrestado por la Policía de Alemania Occidental, yo le encargaré a usted el reportaje. Eso sería algo de actualidad, algo de dominio público. Y aunque luego decida no imprimirlo, se lo pagaré de mi bolsillo. Eso es todo lo que puedo hacer. Pero mientras ande usted buscando por ahí, no quiero que se sirva del nombre de mi revista.

Miller asintió.

—Volveré —dijo.

V

Aquel miércoles por la mañana, se reunían también, sin protocolo, los jefes de las cinco ramas del Servicio de Inteligencia israelí, para su coloquio semanal.

En la mayor parte de países, es legendaria la rivalidad existente entre los distintos departamentos de inteligencia. En Rusia, la KGB detesta a la GRU; en los Estados Unidos, el FBI no colabora con la CIA. El Servicio de Seguridad británico considera a la Sección Especial de Scotland Yard como una colección de polizontes patosos, y en el SDECE francés hay tanto granuja, que los expertos se preguntan si el Servicio de Inteligencia francés es una organización del Gobierno o del hampa.

Pero Israel tiene suerte. Una vez a la semana, los jefes de las cinco ramas se reúnen en amistoso cónclave, sin roces de ninguna clase. Esta es una de las ventajas de ser una nación rodeada de enemigos. En estas reuniones se toma café y bebidas suaves, los asistentes se tutean, el ambiente es sereno, y se despacha más trabajo del que podría hacerse con un torrente de memorándums.

Y a esta reunión se dirigía, en la mañana del 4 de diciembre, el director del Mossad, jefe de los cinco servicios conjuntos de la Inteligencia israelí, general Meir Amit. A través de las ventanillas de su largo y negro automóvil, conducido por un chófer, se veía a la blanca Tel Aviv extendida bajo la luz de una mañana radiante. Pero el humor del general no estaba a tono con ella. El hombre se sentía preocupadísimo.

La causa de su preocupación era un informe que había recibido aquella madrugada. Un nuevo dato que incluir en el gran expediente que guardaba en sus archivos, un expediente vital; el de los cohetes de Helwan, en el que se archivaría el aludido despacho, recibido de uno de sus agentes en El Cairo.

El automóvil dio la vuelta a la plaza Zina y tomó la dirección de la zona suburbana del norte de la capital. Al mirar el rostro impassible de este general de cuarenta y dos años, nadie hubiera podido sospechar su inquietud. Bien

arrellanado en su asiento, repasaba mentalmente la larga historia de aquellos cohetes que se fabricaban al norte de El Cairo, los cuales habían costado la vida a varios hombres, y a su predecesor, el general Isser Harel, el cargo...

En 1961, mucho antes de que los dos cohetes de Nasser fueran paseados por las calles de El Cairo, el Mossad de Israel se había enterado ya de su existencia. Desde el momento en que se recibió el primer despacho de Egipto, los israelíes mantenían a la «Fábrica 333» bajo constante vigilancia.

En Israel se estaba al corriente del reclutamiento de cerebros alemanes — realizado por los egipcios, gracias a los buenos oficios de ODESSA— para emprender la fabricación de los cohetes de Helwan. Por aquel entonces, el asunto era ya muy grave; pero en la primavera de 1962, se agravó mucho más.

En mayo de aquel año, Heinz Krug, el agente alemán encargado de los reclutamientos, se trasladó a Viena para ponerse al habla con el físico austríaco, doctor Otto Yoklek. En lugar de dejarse convencer, el profesor austríaco informó a los israelíes. Su información electrizó a Tel Aviv. El doctor Yoklek dijo al agente del Mossad, durante su visita, que los egipcios pensaban armar sus cohetes con cabezas nucleares cargadas de desperdicios nucleares radiactivos y cultivos de peste bubónica.

La noticia era tan importante, que el director del Mossad, el general Isser Harel —el hombre que escoltó, tras su captura, a Adolf Eichmann de Buenos Aires a Tel Aviv—, voló a Viena para hablar personalmente con el profesor Yoklek. Se convenció de que el profesor estaba en lo cierto, convencimiento corroborado por la noticia de que el Gobierno de El Cairo había comprado, a través de una Compañía de Zurich, una cantidad de cobalto radiactivo equivalente a veinticinco veces más de sus posibles necesidades médicas.

A su regreso de Viena, Isser Harel celebró una entrevista con el primer ministro, David Ben Gurion, al que pidió que le permitiera iniciar una campaña de represalias contra los científicos alemanes que trabajaban para Egipto o que estaban a punto de hacerlo. El anciano «premier» estaba en un dilema. Por su lado, se daba cuenta del terrible peligro que para su pueblo representaban los nuevos cohetes con sus devastadoras cabezas nucleares; por otro, tenía muy presente el valor de los tanques y cañones alemanes que debía recibir de un momento a otro. Cualquier acto de represalia desarrollado por los israelíes en las calles de Alemania podía ser suficiente para convencer al canciller Adenauer de

que escuchara al bando de su ministro de Asuntos Exteriores y revocara el convenio sobre armamentos.

En el seno del Gabinete de Tel Aviv estaba produciéndose una escisión similar a la que, respecto a la venta de armas, existía en Bonn. Isser Harel y el ministro de Asuntos Exteriores, Golda Meir, pedían mano dura para los científicos alemanes; Shimon Peres y el Ejército temblaban ante la idea de perder sus preciosos tanques alemanes. Ben Gurion estaba dividido entre unos y otros, El Primer Ministro se decidió al fin por una fórmula de compromiso: autorizó a Harel a desarrollar una campaña solapada y discreta, para disuadir a los científicos alemanes del propósito de trasladarse a El Cairo y ayudar a Nasser a fabricar sus cohetes. Pero Harel, llevado de su odio hacia Alemania y todo lo alemán, se pasó de la raya.

El 11 de septiembre de 1962, desapareció Heinz Krug. La noche anterior había cenado con el doctor Kleinwachter, especialista en propulsión de cohetes, al que estaba tratando de ganarse, y un egipcio no identificado. En la mañana del 11, el coche de Krug fue hallado abandonado cerca de su casa, en un suburbio de Munich. Su esposa declaró inmediatamente que Heinz había sido secuestrado por agentes israelíes, pero la Policía no encontró rastro de Krug ni de sus posibles secuestradores. En realidad, Krug fue raptado por un grupo capitaneado por un misterioso personaje llamado León, y su cadáver, arrojado al lago Starnberg, atado con una gruesa cadena para que permaneciera en el fondo.

La campaña se dirigió entonces contra los alemanes que ya estaban en Egipto. El 27 de noviembre llegó a El Cairo un paquete certificado, enviado desde Hamburgo y dirigido al profesor Wolfgang Pilz, el especialista en cohetes que había trabajado para los franceses. Abrió el paquete su secretaria, la señorita Hannelore Wenda. A consecuencia de la explosión, la joven quedó desfigurada y ciega.

El 28 de noviembre llegaba a la «Fábrica 333» otro paquete, también procedente de Hamburgo. Pero entonces los egipcios habían dispuesto ya una pantalla de seguridad para examinar todos los paquetes. Un funcionario egipcio del Departamento de Correspondencia cortó el cordel. Cinco muertos y diez heridos. El 29, un tercer paquete pudo ser desmontado, sin que llegara a explotar.

El 20 de febrero de 1963, los agentes de Harel dirigieron de nuevo su atención hacia Alemania. El doctor Kleinwachter, que aún estaba indeciso entre si ir o no a El Cairo, volvía una noche a su casa al salir de su laboratorio de Loerrach, cerca de la frontera suiza, cuando un «Mercedes» negro le cerró el

paso. Inmediatamente, Kleinwachter se arrojó al suelo, mientras un hombre descargaba su automática a través del parabrisas. La Policía encontró después abandonado el «Mercedes» negro. Había sido robado aquel mismo día. En la guantera se halló una tarjeta de identidad a nombre del coronel Ali Samir. Posteriormente se averiguó que éste era el nombre del jefe del Servicio Secreto egipcio. Los agentes de Isser Harel hicieron llegar un mensaje con una pincelada de humor negro.

En Alemania, la campaña de represalias asomaba ya a los titulares de los periódicos. Y entonces estalló el escándalo Ben Gal. El 2 de marzo, la joven Heidi Goerke, hija del profesor Paul Goerke, el pionero de los cohetes de Nasser, recibió una llamada telefónica en su casa de Friburgo, Alemania. Una voz la citó en el «Hotel de Los Tres Reyes», de Basilea (Suiza), cerca de la frontera.

Heidi avisó a la Policía alemana, la cual, a su vez, puso en antecedentes a la suiza. Se instalaron micrófonos en la habitación que había sido reservada para la entrevista. En el curso de ésta, dos hombres, que se cubrían los ojos con gafas oscuras, advirtieron a Heidi y a su hermano que, si estimaban en algo la vida de su padre, procuraran persuadirle de que se marchara de Egipto. Ambos hombres fueron perseguidos hasta Zurich, y arrestados aquella misma noche. El 10 de junio de 1963 comparecían ante un tribunal en Basilea. Fue un escándalo internacional. El principal de los dos agentes era Yossef Ben Gal, súbdito israelí.

El juicio fue bien. El profesor Yoklek prestó declaración acerca de las cabezas nucleares cargadas de bacilos de peste y de sustancias radiactivas, y los jueces quedaron escandalizados. El Gobierno israelí, tratando de sacar el mayor provecho de aquel tropiezo, se sirvió del proceso para denunciar las tentativas egipcias de genocidio. Los jueces, indignados, absolvieron a los dos acusados.

Pero en Israel hubo un ajuste de cuentas. A pesar de que el canciller Adenauer había prometido personalmente a Ben Gurion que trataría de impedir que los científicos alemanes intervinieran en la fabricación de cohetes de Helwan, Ben Gurion, que se sentía humillado por el escándalo, reprendió ásperamente al general Isser Harel por haberse excedido en su campaña de intimidación.

Harel se defendió vigorosamente y presentó la dimisión. Y Ben Gurion le sorprendió aceptándosela, demostrando, de paso, con ello, que en Israel nadie es indispensable, ni siquiera el jefe del Servicio de Inteligencia.

Aquella noche, 20 de junio de 1963, Isser Harel mantuvo una larga conversación con su buen amigo, el general Meir Amit, jefe de la Inteligencia

Militar. El general Amit recordaba bien aquella conversación y el rostro crispado de indignación de aquel luchador nacido en Rusia al que algunos llamaban Isser *el Terrible*.

—Querido Meir, debo informarte de que, en lo sucesivo, Israel ya no tomará más represalias. Los políticos han tomado el mando. He presentado la dimisión, y me la han aceptado. He pedido que te nombren para sucederme en el cargo, y creo que accederán.

El comité ministerial que rige en Israel las actividades de las redes de Inteligencia, accedió. A fines de junio, el general Meir Amit fue nombrado director del Servicio de Inteligencia.

Pero también Ben Gurion tuvo que dimitir. Los «halcones» de su Gobierno, encabezados por Levi Eshkol y por su propia ministro de Asuntos Exteriores, Golda Meir, le obligaron a retirarse, y el 26 de junio de 1963 Levi Eshkol fue nombrado primer ministro. Ben Gurion se retiró a su *kibbutz* del Negev, moviendo su nivea cabeza con gesto de indignación y amargura. Sin embargo, siguió perteneciendo al Knesset.

El nuevo Gobierno, aunque había apartado a David Ben Gurion, no restituyó en el cargo a Isser Harel. Acaso los nuevos ministros pensaban que Meir Amit era un general más predispuesto a obedecer las órdenes que el colérico Harel, que se había convertido en una especie de leyenda para el pueblo israelí, y gozaba con ello.

Tampoco se revocaron las últimas órdenes de Ben Gurion. El general Amit tenía instrucciones de evitar nuevos escándalos en Alemania con ocasión de los científicos de los cohetes. De manera que no le quedaba más alternativa que dirigir la campaña de terror contra los que ya estaban en Egipto.

Estos alemanes vivían en Meadi, localidad situada a unos diez kilómetros al sur de El Cairo, en la orilla norte del Nilo. Era un lugar muy bonito, pero estaba rodeado por tropas egipcias de seguridad, y sus habitantes alemanes eran poco menos que prisioneros en jaula de oro. Para llegar hasta ellos, Meir Amit se servía de su agente principal en El Cairo, el propietario de la escuela de equitación, el cual, a partir de septiembre de 1963, se veía obligado a correr riesgos suicidas que, dieciséis meses después, le costarían la libertad.

Aquel otoño del tan repetido año 1963, fue una pesadilla para los científicos alemanes, ya muy asustados por la serie de paquetes explosivos enviados desde Alemania. Y ahora, en pleno Meadi, rodeado de guardias egipcios de seguridad, empezaban a recibirse cartas amenazadoras remitidas desde el interior de El

Cairo.

El doctor Josef Eisig recibió una de ellas, en la cual se describía con gran precisión a su esposa, sus dos hijos y el tipo de trabajo que estaba realizando, y se le conminaba a volver a Alemania. Los restantes científicos recibieron cartas parecidas. El 27 de septiembre, una carta hizo explosión en la cara del doctor Kirmayer. Para algunos de los científicos, aquello fue la gota que hace desbordar el vaso. A fines del propio mes, el doctor Pilz salía de El Cairo, camino de Alemania, llevando consigo a la infortunada Fraulein Wenda.

Otros le imitaron, y los indignados egipcios no pudieron impedir su marcha, ya que no eran capaces de protegerlos de las cartas amenazadoras.

El hombre que aquella hermosa mañana de invierno de 1964 viajaba en el largo coche negro, sabía que su propio agente, el supuesto alemán Lutz, que se fingía simpatizante de los nazis, era el autor de las cartas y el remitente de los explosivos.

Pero sabía también que el programa de los cohetes seguía adelante. Lo demostraba el informe que acababa de recibir. Una vez más, el general leyó el mensaje descifrado, que confirmaba, simplemente, que en el laboratorio de enfermedades infecciosas del Instituto Médico de El Cairo se había aislado una cepa virulenta de bacilos bubónicos, y que el presupuesto del departamento correspondiente había sido aumentado diez veces. La información no dejaba lugar a duda, a pesar de la adversa publicidad que había valido a Egipto el proceso Ben Gal, celebrado en Basilea el verano anterior, el programa del genocidio seguía su curso.

Si Hoffmann hubiese podido verlo, se habría descubierto ante la desfachatez de Miller. Al salir del despacho del director, tomó el ascensor, bajó al quinto piso y entró a ver a Max Dorn, el encargado de asuntos jurídicos de la revista.

—Ahora bajo de hablar con Herr Hoffmann —dijo, dejándose caer en una silla, frente al escritorio de Dorn—. Necesito ciertos datos. ¿Podría hacerle unas cuantas preguntas?

—Adelante —dijo Dorn, suponiendo que Miller habría recibido el encargo de hacer un reportaje para *Komet*.

—¿Quién investiga en Alemania los crímenes de guerra?

La pregunta dejó atónito a Dorn.

—¿Los crímenes de guerra?

—Sí, los crímenes de guerra. ¿Cuál es la autoridad responsable de investigar lo que ocurrió en los países que ocupamos durante la guerra y de buscar y procesar a los culpables de genocidio?

—¡Ah, ahora sé a qué se refiere! Bueno..., usualmente se encargan de ello los fiscales generales de las provincias de Alemania Occidental.

—¿Quiere decir que se hace en cada provincia?

Dorn se recostó en su sillón, seguro de su terreno.

—En Alemania Occidental hay dieciséis provincias. Cada una tiene una capital y un fiscal general del Estado. En cada oficina del FGE hay un departamento encargado de investigar los llamados «crímenes de violencia cometidos durante la era nazi». Cada capital de Estado tiene jurisdicción sobre una zona del antiguo Reich o de los territorios ocupados.

—Por ejemplo... —inquirió Miller.

—Por ejemplo: todos los crímenes cometidos por los nazis y la SS en Italia, Grecia y la Galitzia polaca son investigados por Stuttgart. Auschwitz, el campo de exterminio más grande que hubo, corresponde a Frankfurt. Seguramente ya sabrá que en mayo próximo se celebrará en Frankfurt un gran proceso contra veintidós antiguos guardianes de Auschwitz. Los campos de exterminio de Treblinka, Chelmno, Sobibor y Maidanek pertenecen a Dusseldorf/Colonia. Munich se encarga de Belzec, Dachau, Buchenwald y Flossenburg. La mayor parte de los crímenes cometidos en Ucrania y en el sector de Lodz, de la antigua Polonia, se investigan en Hannover. Y así sucesivamente.

Miller tomó nota de la información.

—¿A quién corresponde investigar lo que ocurrió en los tres Estados del Báltico? —preguntó.

—A Hamburgo —respondió rápidamente Dorn—. Y también lo concerniente a Danzig y al sector de Varsovia.

—¿A Hamburgo? ¿Quiere usted decir aquí?

—Sí. ¿Por qué?

—Verá, a mí me interesa Riga.

Dorn hizo una mueca.

—Ya. Los judíos alemanes. Eso es cosa de la oficina del fiscal de aquí.

—Si hubiese habido algún juicio, o incluso un arresto, de alguien complicado en crímenes cometidos en Riga, ¿se habría celebrado aquí en

Hamburgo?

—El juicio, sí —dijo Dorn—. El arresto pudiera haberse efectuado en cualquier lugar.

—¿Qué procedimiento se sigue para los arrestos?

—Existe un «Libro de personas reclamadas». En él figuran el nombre, apellidos y fecha de nacimiento de todos los criminales de guerra reclamados. Usualmente, la oficina del fiscal general del Estado que tiene jurisdicción en el lugar en que el hombre cometió los crímenes, tarda años en preparar la acusación antes del arresto. Cuando la tiene, pide a la Policía del Estado donde reside el criminal que proceda a su detención. Dos detectives se desplazan para arrestarlo y traerlo. Si se descubre a un criminal importante, puede ser detenido en cualquier lugar, y a continuación se avisa a la oficina del fiscal general del Estado que proceda. Entonces lo trasladan. Lo malo es que la mayoría de los peces gordos de la SS no usan su verdadero nombre.

—Entendido —dijo Miller—. ¿Se ha juzgado en Hamburgo a alguien por crímenes cometidos en Riga?

—Que yo recuerde, a nadie —dijo Dorn.

—¿Figuraría en el archivo de recortes?

—Sí, si ocurrió después de mil novecientos cincuenta, que es cuando lo iniciamos.

—¿Podríamos verlo? —preguntó Miller.

—No hay inconveniente.

El archivo estaba en el sótano, atendido por cinco archiveros con bata gris. Ocupaba más de dos mil metros cuadrados, y contenía hileras y más hileras de estantes de acero gris en que se guardaban índices y guías de todas clases.

Alrededor de la nave, adosados a la pared, se alineaban unos archivadores de metal que llegaban hasta el techo. En la parte frontal de cada cajón estaba indicada la referencia de las carpetas que contenía.

Dorn preguntó, al ver que se acercaba el jefe de Archivos.

—¿Qué busca usted?

—Roschmann, Eduard —dijo Miller.

—Índice de personas, por aquí —dijo el archivero, y los condujo por un pasillo lateral. Abrió un cajón señalado con las letras ROAROSZ y pasó unas cuantas carpetas.

—Nada sobre Roschmann Eduard —dijo.

Miller se quedó pensativo.

—¿Tienen alguna cosa acerca de crímenes de guerra? —preguntó.

—Sí —dijo el empleado—. Sección crímenes de guerra y Juicios por crímenes de guerra. Por aquí.

Recorrieron otros cien metros de archivadores.

—Mire en Riga —dijo Miller.

El empleado se subió a una escalera de mano y buscó. Bajó con una carpeta roja en la mano. En la carpeta había una etiqueta con el título: «Riga - Juicio por crímenes de guerra». Miller la abrió. De su interior cayeron dos recortes de periódico del tamaño de sellos de Correos un poco grandes. Miller los recogió. Los dos eran del verano de 1950. Uno decía que tres soldados de la SS iban a comparecer en juicio por brutalidades cometidas en Riga entre 1941 y 1944. El otro informaba de que a los tres se les habían impuesto graves penas de prisión. No tan graves quedarían en libertad a fines de 1963.

—¿Esto es todo? —preguntó Miller.

—Todo —respondió el archivero.

Miller miró a Dorn.

—¿Y toda una sección de la Oficina del fiscal general del Estado ha necesitado quince años de trabajo y el dinero de mis impuestos para conseguir algo que cabe en dos sellos de Correos?

Dorn era adicto al sistema.

—Estoy seguro de que hacen cuanto pueden —dijo fríamente.

—Eso quisiera yo saber —repuso Miller.

Se despidieron en el vestíbulo principal, dos pisos más arriba, y Miller salió a la calle, batida por la lluvia.

El edificio de las afueras de Tel Aviv que alberga al cuartel general del Mossad no llama la atención, ni siquiera de sus vecinos más próximos. Es un bloque de oficinas, y la entrada al aparcamiento subterráneo tiene tiendas a cada lado. En la planta baja hay un Banco y, en el vestíbulo, antes de llegar a las vidrieras del Banco, están el ascensor, el pupitre del conserje y los rótulos con los nombres de las empresas que ocupan los pisos superiores.

En los rótulos se leen los nombres de varias firmas comerciales, dos Compañías de Seguros, un arquitecto, una oficina de ingeniería y una agencia de Importación y Exportación, que ocupa el último piso. Se atiende cortésmente toda consulta relacionada con cualquiera de los inquilinos, menos con el del

último piso. Sobre éste, con la misma cortesía, se rehusa toda información. Y es que la empresa del último piso es la pantalla del Mossad.

La sala en que se reúnen los jefes de la Inteligencia israelí es fresca y blanca y, por todo mobiliario, hay en ella una larga mesa y sillas alrededor de las paredes. A la mesa se sientan los cinco hombres que dirigen las distintas secciones del Servicio. Detrás de ellos, los ayudantes y taquígrafos. A algunas sesiones, muy pocas, pues son estrictamente secretas y en ellas se ventilan toda clase de confidencias, puede asistir alguna que otra persona ajena al Servicio, con objeto de facilitar información.

A la cabecera de la mesa se sienta el director del Mossad. La organización, cuyo nombre completo es «Mossad Aliyah Beth», esto es, «Organización para la Segunda Inmigración», fue fundada en 1937 y fue el primer órgano de la Inteligencia israelí. Su objetivo era ayudar a los judíos a salir de Europa y llevarlos a lugar seguro en la tierra de Palestina.

En 1948, después de la fundación del Estado de Israel, el Mossad pasó a ser el principal organismo de los Servicios de Inteligencia, y su director se convirtió, automáticamente, en jefe de las cinco ramas de que éstos se componen.

A la derecha del director se sienta el jefe del Aman, la sección de Inteligencia Militar, cuya misión es mantener a Israel al corriente de los preparativos de guerra que efectúen sus enemigos. El hombre que entonces ocupaba el cargo era el general Aharon Yaariv.

A la izquierda se sienta el jefe del Shabak, órgano al que a veces se denomina erróneamente Shin Beth. La palabra Shabak es una contracción de Sherut Bitchen, que en hebreo quiere decir Servicio de Seguridad. El nombre completo de la sección que vela por la seguridad interna, exclusivamente interna, de Israel, es Sherut Bitchen Klali, y con estas tres palabras se ha formado la abreviatura de Shabak.

A continuación tienen su asiento los otros dos hombres que completan el quinteto: uno es el director general de la división de Investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores, encargada de evaluar la situación política en las capitales árabes, cuestión de importancia vital para la seguridad de Israel. El otro es director de un servicio que se ocupa exclusivamente del destino de los judíos en «las tierras donde hay persecución». Entre ellas se cuentan todos los países árabes y comunistas. Estas reuniones semanales permiten a cada uno de los jefes saber lo que hacen los otros departamentos, y así evitan duplicidad de medidas e intrusiones.

A las reuniones asisten, en calidad de observadores, otros dos hombres: el inspector general de Policía y el jefe de la Sección Especial, brazo ejecutor del Shabak en la lucha contra el terrorismo en el interior del país.

La reunión de aquel día fue absolutamente normal. Meir Amit ocupó su lugar en la presidencia, y empezaron las conversaciones. Guardó su bomba para el final. Al soltarla, reinó un gran silencio, mientras todos los presentes, hasta el último de los ayudantes sentados en el fondo de la sala, imaginaban a su país muriendo bajo los efectos de las cabezas nucleares cargadas de radiactividad y de peste.

—Lo imperativo es lograr que esos cohetes no despeguen —dijo al fin el jefe del Shabak—. Si no podemos impedir que los fabriquen, hemos de procurar por todos los medios que no los disparen.

—De acuerdo —dijo el taciturno Amit—. Pero, ¿cómo?

—Hay que destruirlos —gruñó Yaariv—. Destruirlos con todo lo que tengamos a mano. Los reactores de Ezer Weizmann pueden arrasar la «Fábrica 333» en un solo ataque.

—¿Y empezar una guerra sin disponer de medios? —replicó Amit—. Necesitamos más aviones, más tanques y más cañones para derrotar a Egipto. Creo que todos sabemos ya que la guerra es inevitable. Nasser quiere la guerra, pero no luchará hasta que esté preparado. Y, en estos momentos, él, con sus armas rusas, está más preparado que nosotros.

Reinó de nuevo el silencio. Luego habló el jefe de la sección de Asuntos Arabes del Ministerio del Exterior.

—Según la información que hemos recibido de El Cairo, parece que estarán preparados a primeros de mil novecientos sesenta y siete, con cohetes y demás.

—Para entonces tendremos nosotros nuestros tanques y cañones, y los nuevos reactores franceses —apuntó Yaariv.

—Sí, pero ellos dispondrán de los cohetes de Helwan. Cuatrocientos cohetes. Señores, sólo hay una solución. Cuando nosotros estemos preparados para hacer frente a Nasser, esos cohetes estarán diseminados en silos por todo el territorio de Egipto, y no podremos llegar hasta ellos. Porque, una vez en los silos y dispuestos para el lanzamiento, no será suficiente que destruyamos el noventa por ciento; tendremos que destruirlos todos. Y ni siquiera los pilotos de combate de Ezer Weizmann pueden destruirlos todos sin excepción.

—En tal caso, no hay más remedio que destruirlos antes de que salgan de la fábrica de Helwan —dijo Yaariv tajantemente.

—Sí, pero sin ataque militar —puntualizó Amit—. Tenemos que obligar a los científicos alemanes a que se retiren antes de terminar su trabajo. No hay que olvidar que la etapa de investigación toca ya a su fin. Tenemos seis meses. Después, los alemanes ya no cuentan para nada. Una vez diseñada hasta la última tuerca, los egipcios mismos pueden encargarse de la fabricación. Por consiguiente, me propongo intensificar la campaña contra los científicos alemanes en Egipto. Os tendré informados.

Hubo unos segundos de silencio, mientras todos los presentes pensaban lo que hasta entonces nadie había dicho. Al fin, uno de los hombres del Ministerio de Asuntos Exteriores formuló la pregunta:

—¿Y no podríamos volver a las intimidaciones en Alemania?

El general Amit movió negativamente la cabeza.

—No. En las actuales circunstancias políticas, eso es impracticable. Las órdenes de la superioridad siguen siendo las mismas: nada de violencia dentro de Alemania. Para nosotros, la clave de los cohetes de Helwan está en Egipto.

El general Meir Amit, director del Mossad, se equivocaba pocas veces. Pero ahora estaba en un error. Porque la clave de los cohetes de Helwan estaba en una fábrica de Alemania Occidental.

VI

Miller tardó una semana en conseguir que lo recibiera el jefe de la sección de la Oficina del fiscal general de Hamburgo encargada de la investigación de los crímenes de guerra, y pensó que Dorn, al enterarse de que no actuaba por orden de Hoffmann, habría obrado en consecuencia.

El hombre que lo recibió parecía nervioso e incómodo.

—Sepa usted que sólo por su pertinaz insistencia he accedido a sostener esta entrevista —le dijo, a modo de introducción.

—De todos modos, se lo agradezco —respondió Miller conciliadoramente—. Deseo información acerca de un hombre, cuyas actividades habrán sin duda investigado ustedes a fondo. Se llama Eduard Roschmann.

—¿Roschmann? —repitió el abogado.

—Sí, Roschmann. Capitán de la SS y comandante del ghetto de Riga de mil novecientos cuarenta y uno a mil novecientos cuarenta y cuatro. Me interesa saber si está vivo; y si ha muerto, dónde está enterrado, si lo han encontrado y si ha sido arrestado y juzgado o, de lo contrario, dónde se halla en la actualidad.

El abogado le miraba consternado.

—Yo no puedo facilitarle esa información —dijo.

—¿Por qué no? Es asunto de interés público, de gran interés público.

El hombre había recobrado ya el aplomo.

—No estoy de acuerdo —dijo con suavidad—. De ser así, continuamente estaríamos recibiendo consultas de esa índole y, que yo recuerde, la suya es la primera que nos llega de... un miembro del público.

—En realidad, yo soy también miembro de la Prensa.

—Lamento tener que decirle que en su calidad de miembro de la Prensa no tiene acceso a más información de la que podría obtener un particular.

—Y esa información es...

—Que no estoy autorizado a hablar del estado de nuestras investigaciones.

—Pues no es un comienzo muy prometedor —dijo Miller.

—Vamos, Herr Miller, no esperaría usted que la Policía le hablara del estado de sus pesquisas en un caso criminal, ¿verdad?

—Pues sí, señor, lo esperaría. En realidad, en eso se apoya mi trabajo. Y, por lo general, la Policía me ayuda con sus declaraciones respecto a si esperan efectuar en breve algún arresto. De todos modos, la Policía siempre contestaría a un periodista que preguntara si el principal sospechoso está vivo o muerto. Eso favorece sus relaciones con el público.

El abogado sonrió levemente.

—No me cabe duda de que, en ese aspecto, realizan ustedes una valiosa labor. Pero nosotros no podemos facilitar información acerca del estado de nuestras investigaciones. —Entonces pareció dar con una buena razón—. Hágase cargo: si los criminales reclamados supieran que vamos a extender una orden de arresto, desaparecerían.

—Puede ser —respondió Miller—. Pero, por lo que he podido averiguar, sólo consta que ese Departamento ha llevado a juicio a tres hombres que eran guardianes del ghetto de Riga. Y eso ocurrió en 1950, por lo que probablemente los tres estaban ya detenidos cuando los ingleses les traspasaron los expedientes. De modo que no creo que haya peligro de que los criminales reclamados se asusten y desaparezcan.

—En verdad que esa afirmación es puramente gratuita.

—Está bien. Digamos que su investigación avanza. En nada le perjudicaría decirme, lisa y llanamente, si se investigan las actividades de Eduard Roschmann y si saben dónde está.

—Lo único que puedo decirle es que todo cuanto corresponde a la jurisdicción de mi Departamento está sometido a constante investigación. Lo repito: constante investigación. Y ahora, Herr Miller, me parece que ya nada más puedo hacer por ayudarle.

Se puso en pie, y Miller le imitó.

—Tengan cuidado, no vayan a herniarse con tantos esfuerzos —dijo al salir.

Transcurrió otra semana antes de que Miller estuviera preparado para seguir adelante. Pasó la mayor parte del tiempo en casa, leyendo seis libros, que tomó prestados de la Biblioteca Pública. Trataban de la guerra en el frente del Este y de lo sucedido en los campos de concentración de los territorios ocupados. Y,

precisamente, el bibliotecario le habló de las actividades de la Comisión Z.

—Está en Ludwigsburg —le dijo—. Lo leí en una revista. Su nombre completo es «Central federal para el esclarecimiento de los crímenes cometidos durante la era nazi»; pero la gente, para abreviar, la llama Zentralstelle o, simplemente, Comisión Z. Es la única organización del país que se dedica a perseguir a los nazis a escala nacional, e incluso internacional.

—Gracias —le dijo Miller—. Veré si ellos pueden ayudarme.

A la mañana siguiente, Miller fue a su Banco, extendió un cheque para su casero, por el importe del alquiler de enero a marzo, y retiró el resto en efectivo, dejando un remanente de diez marcos, para mantener la cuenta abierta.

Dio un beso a Sigi cuando ella se iba a trabajar al club, y le dijo que estaría ausente una semana, o tal vez más. Luego sacó el «Jaguar» de su garaje subterráneo y emprendió el viaje en dirección al Sur, camino de Renania.

Ya habían llegado las primeras nieves, arrastradas por los vientos del mar del Norte, que se precipitaban en grandes ráfagas sobre la autopista que, por el sur de Bremen, discurría en línea recta hacia los llanos de la Baja Sajonia.

Al cabo de dos horas de viaje, Miller se detuvo para tomar café, y reanudó la marcha a través de Renania/Westfalia. A pesar del viento, le gustaba viajar con mal tiempo por la autopista. Dentro de su «XK 150», tenía la impresión de estar en la carlinga de un avión, iluminada por las luces tenues del tablero de mandos, mientras los oblicuos torbellinos de nieve bailaban fugazmente ante los faros, azotaban el parabrisas y se diluían en el frío anochecer.

Miller se mantenía en el carril rápido, como siempre, llevando el «Jag» a casi 160 kilómetros por hora. A su derecha iban quedando atrás las moles de los camiones pesados que dejaban oír un siseo cuando él los adelantaba.

A las seis de la tarde había rebasado la bifurcación de Hamm, y empezaba a divisar, a la derecha, las luces del Ruhr. Aquella región le había producido siempre un vivo asombro: kilómetros y kilómetros de fábricas y chimeneas, pueblos y ciudades que se sucedían sin solución de continuidad, formando un conglomerado gigantesco, de ciento cincuenta kilómetros de largo por más de setenta de ancho. Desde un viaducto vio cientos de hectáreas de luces de fábricas, y el resplandor de mil hornos en los que se batía el milagro económico. Catorce años atrás, cuando pasó por allí en el tren, en su viaje escolar a París, todo aquello eran escombros. El corazón industrial de Alemania apenas latía. Era imposible no sentirse orgulloso de lo que su pueblo había hecho desde entonces.

«Siempre que no tenga que vivir aquí...», pensó, mientras las grandes

señales del cinturón de Colonia empezaban a brillar al ser iluminadas por los faros. En Colonia torció hacia el Sudeste, por Wiesbaden, Frankfurt, Mannheim y Heilbronn y, ya muy tarde, paró en un hotel de Stuttgart, la ciudad más próxima a Ludwigsburg.

Ludwigsburg es una apacible e inofensiva población situada en los suaves montes de Wurttemberg, a dieciséis kilómetros al norte de Stuttgart, la capital del Estado. En una tranquila travesía de la calle Mayor, para disgusto de los buenos vecinos de la ciudad, se encuentran las oficinas de la Comisión Z, ocupadas por un puñado de hombres mal pagados y agobiados de trabajo, cuyo mayor afán es perseguir a los nazis y a los SS que durante la guerra fueron culpables de genocidio. Antes de que el Estatuto de Limitaciones eliminara todos los crímenes de la SS, con excepción de los de asesinato y genocidio, los reclamados podían ser culpables simplemente de extorsión, robo, daño corporal, incluida la tortura y demás desaguisados.

Aun siendo el asesinato el único cargo que podía presentarse, en los ficheros de la Comisión Z figuraban 170 000 nombres. Naturalmente, los mayores esfuerzos se dirigían a localizar a los peores asesinos de masas, que sumaban unos cuantos miles.

Los hombres de Ludwigsburg —los cuales no estaban autorizados a practicar arrestos, por lo que, cuando efectuaban una identificación positiva, habían de recurrir a la Policía de los distintos Estados—, que no recibían del Gobierno Federal de Bonn más que una asignación insignificante, trabajaban exclusivamente por vocación.

Figuraban en plantilla ochenta detectives y cincuenta abogados investigadores. Los primeros eran todos jóvenes, de menos de treinta y cinco años, lo cual aseguraba que ninguno había intervenido personalmente en los hechos que se investigaban. Los abogados eran de más edad, pero podía ponerse el veto a cualquiera de ellos que se sospechara tuviese interés personal en los acontecimientos anteriores a 1945.

Los letrados procedían, en su mayor parte, de bufetes particulares, a los que un día regresarían. Los detectives sabían que su carrera terminaba allí. Ningún departamento de Policía de Alemania admitía a detectives que hubieran trabajado en Ludwigsburg. Para los detectives que se dedicaban a perseguir a los SS en la Alemania Occidental quedaba descartada toda posibilidad de ascenso en

cualquier otro departamento de Policía del país.

Los hombres de la Comisión Z estaban acostumbrados a que en más de la mitad de los Estados alemanes se hiciera caso omiso de sus peticiones de ayuda, a que los expedientes desaparecieran misteriosamente, y a que la presa, oportunamente prevenida, se les escapara en el último momento; pero seguían trabajando como buenamente podían en una empresa que —¡bien lo sabían ellos!— no era del agrado de la mayoría de sus compatriotas.

Los vecinos de la risueña Ludwigsburg, molestos por la notoriedad que la presencia de la Comisión Z daba a su ciudad, hacían el vacío a todos los empleados de ésta.

Peter Miller se presentó en la sede de la Comisión, situada en la Schorndorfer Strasse número 58, una antigua casa particular rodeada por una tapia de dos metros de altura. Cerraba el paso una gruesa puerta de hierro. Miller descubrió a un lado de la puerta una campanilla con una cadena, y llamó. Se abrió una mirilla y un hombre asomó el rostro. El portero.

—¿Qué desea?

—¿Podría hablar con uno de los abogados investigadores? —preguntó Miller.

—¿Con cuál de ellos?

—No sé sus nombres. Con cualquiera. Aquí tiene mi tarjeta.

Miller metió su carnet de Prensa por la mirilla, obligando al portero a cogerlo. Por lo menos aquello entraría en el edificio. El hombre cerró y se fue. Al poco rato volvió y abrió la puerta. Miller subió los cinco peldaños de piedra que conducían a la puerta principal, cerrada al aire claro y frío del invierno. En el interior, la atmósfera estaba templada por la calefacción. De una garita de cristal, situada a la derecha, salió otro portero, que lo condujo a una pequeña sala de espera.

—En seguida lo recibirán —dijo, y se fue, cerrando la puerta tras él.

El hombre que entró en la salita tres minutos después aparentaba unos cincuenta y cinco años y tenía modales suaves y afables. Devolvió a Miller su carnet de Prensa y le preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Miller empezó por el principio, le contó brevemente lo de Tauber, el Diario y sus indagaciones respecto a lo ocurrido con Eduard Roschmann. El abogado lo escuchaba atentamente.

—Es fascinante —dijo al fin.

—El caso es éste: ¿pueden ustedes ayudarme?

—¡Ojalá pudiéramos! —dijo el hombre. Por primera vez desde que, semanas atrás, había empezado a hacer preguntas acerca del paradero de Roschmann, Miller creyó haber encontrado a un funcionario que realmente deseaba ayudarlo—. Pero aunque yo esté convencido de que sus motivos son desinteresados, tengo las manos atadas por las normas que rigen nuestra organización, las cuales debemos respetar para subsistir. Y, según estas normas, no podemos dar información sobre un criminal de la SS a nadie que no esté autorizado por determinados centros oficiales.

—En otras palabras: que no puede decirme nada, ¿no es cierto?

—Por favor, comprenda usted —dijo el abogado—. Esta oficina está bajo constante ataque. No es que se nos combata abiertamente; a eso nadie se atrevería; pero es una hostilidad encubierta, de pasillos. Se nos recorta el presupuesto, se nos regatean los poderes y no se nos otorga la menor libertad en la aplicación de las normas. Personalmente, a mi me encantaría atraerme el apoyo de la Prensa; pero lo tenemos prohibido.

—Entiendo —dijo Miller—. ¿Disponen ustedes de algún archivo de recortes de periódico?

—No.

—¿Hay en Alemania algún archivo público?

—No. Los únicos archivos de recortes de Prensa que existen en el país son los de las revistas y periódicos. El más completo es el de *Der Spiegel*, seguido del de *Komet*.

—Si un ciudadano quiere enterarse de la marcha que sigue la investigación de los crímenes de guerra, o busca datos de criminales de la SS reclamados por la justicia, ¿adónde puede dirigirse?

El abogado se sentía incómodo.

—Siento decirle que el ciudadano no puede hacer eso.

—Muy bien. ¿Dónde están los ficheros de la SS?

—Nosotros tenemos uno aquí, en el sótano —dijo el abogado—. Está compuesto por fotocopias. El fichero original de la SS fue capturado en mil novecientos cuarenta y cinco por una unidad norteamericana. A última hora, un pequeño grupo de hombres de la SS permaneció en el castillo de Baviera, donde se guardaban los archivos, y trató de quemarlos. Cuando los americanos los detuvieron, habían destruido ya un diez por ciento. El resto estaba todo revuelto. Los americanos, ayudados por algunos alemanes, tardaron dos años en

ordenarlo.

»Durante aquellos dos años, algunos de los peores SS, tras haber permanecido una temporada bajo custodia de los aliados, consiguieron escapar. El fichero de la SS, una vez ordenado, se quedó en Berlín, a disposición de los americanos. Y a ellos tenemos que acudir cuando necesitamos algún dato. Hay que reconocer, eso sí, que se portan admirablemente. De su voluntad para colaborar no podemos quejarnos.

—¿Y eso es todo? ¿Sólo dos archivos en todo el país?

—Eso es todo —dijo el abogado—. Repito: me gustaría poder ayudarle. A propósito, si consigue usted algo acerca de Roschmann, estaríamos encantados de que nos informara.

Miller reflexionó.

—Lo que yo pueda encontrar sólo podrían utilizarlo ustedes, o la oficina del fiscal general de Hamburgo, ¿no es así?

—Así es.

—Y seguramente ustedes actuarían con más diligencia que los de Hamburgo —observó Miller llanamente.

El abogado miró al techo.

—Aquí no se arrincona nada de lo que se recibe que tenga algún valor.

—Tomo nota —dijo Miller, poniéndose en pie—. Una cosa más, entre nosotros: ¿todavía buscan a Roschmann?

—Entre nosotros: todavía y con ganas.

—Si lo cogen, ¿habrá dificultad en condenarlo?

—Ninguna. La acusación es sólida. Trabajos forzados a perpetuidad, sin posible escapatoria.

—Déme su número de teléfono —dijo Miller.

El abogado se lo anotó en un papel.

—Aquí tiene mi nombre y dos números de teléfono: el de mi domicilio y el de la oficina. Puede usted llamarme a cualquier hora del día o de la noche. Si consigue algo nuevo, llámeme desde cualquier cabina, por línea directa. Sé a quién hay que acudir en la Policía de cada Estado para que el asunto se mueva, y a quién hay que eludir. De modo que, antes de nada, comuníquese conmigo; ¿de acuerdo?

Miller guardó el papel.

—No lo olvidaré.

—Buena suerte —le dijo el abogado.

De Stuttgart a Berlín hay un buen trecho, y en recorrerlo invirtió Miller casi todo el día siguiente. Afortunadamente, el tiempo era claro y seco, y el «Jaguar», perfectamente ajustado, se tragaba los kilómetros en rápida carrera hacia el Norte. Atrás quedó Frankfurt, extendida sobre la llanura como una gran alfombra, y Kassel, y Gotinga. Al llegar a Hanover, torció hacia la derecha por el enlace de la autopista E4 con la E8.

En el puesto fronterizo de Marienborn estuvo parado una hora, mientras cumplimentaba las inevitables declaraciones de divisas y la solicitud de visados para recorrer los 180 kilómetros de territorio de la Alemania Oriental que le separaban de Berlín Oeste. Entretanto, los aduaneros del uniforme azul y la Policía popular, con su guerrera verde, registraban el «Jaguar» de arriba abajo. El aduanero parecía dividido entre la helada cortesía que el funcionario de la República Democrática Alemana reserva al súbdito de la revanchista Alemania Occidental y el juvenil afán de curiosear un coche deportivo.

Treinta kilómetros más allá de la línea divisoria, el gran puente de la autopista cruza el Elba por el punto en el que, en 1945, los ingleses, para cumplir escrupulosamente los acuerdos de Yalta, detuvieron su avance sobre Berlín. Magdeburgo se desparrama a la derecha, y Miller se preguntó si aún existiría la vieja prisión. Sufrió otra demora al entrar en Berlín Oeste. Allí volvieron a registrarle el coche, le vaciaron el maletín de mano en la mesa de la Aduana y le hicieron abrir el billeteo, para ver si por el camino había regalado todos sus marcos occidentales a los habitantes del paraíso del trabajador. Por fin le dejaron pasar, y el «Jaguar» salió zumbando hacia la cinta resplandeciente de la Kurfurstendamm, cuajada de adornos navideños. Era la noche del 17 de diciembre.

Miller decidió no presentarse en el Centro Norteamericano de Documentación sin contar con una recomendación, a fin de que no le ocurriera lo mismo que en su visita a la Oficina del fiscal general de Hamburgo y a la Comisión Z de Ludwigsburg. Se había demostrado que, en Alemania, sin un apoyo oficial, no podía uno acercarse a los archivos nazis.

A la mañana siguiente llamó por teléfono a Karl Brandt desde la central de Correos. Brandt le escuchó estupefacto.

—Imposible —le respondió—. En Berlín no conozco a nadie.

—Piénsalo bien. A alguien habrás conocido durante los cursillos y que ahora

esté en la Policía de Berlín Occidental y pueda recomendarme al Centro Norteamericano de Documentación.

—Ya te dije que no quería mezclarme en eso.

—Lo siento, pero ya estás mezclado. —Miller esperó unos segundos y descargó su golpe de efecto—: Si no puedo llegar a esos archivos oficialmente, me cuelo por las buenas y les digo que me envías tú.

—Tú no harías eso —dijo Brandt.

—Lo haría, puedes estar seguro. Estoy harto de evasivas. De modo que busca a alguien que me recomiende. No temas: al cabo de una hora de echar un vistazo a ese archivo, nadie se acordará de mí.

—Tengo que pensarlo —dijo Brandt, para ganar tiempo.

—Te doy una hora. Luego volveré a llamarte.

Colgó el teléfono. Una hora después, Brandt estaba tan furioso como antes, y asustado. Deseaba fervientemente haberse guardado el Diario.

—En la academia de detectives conocí a un hombre que ahora está en la Brigada Uno de la Policía de Berlín Occidental. Se ocupa en esos asuntos.

—¿Cómo se llama?

—Schiller, Volkmar Schiller. Es detective inspector.

—Me pondré al habla con él —dijo Miller.

—No; deja que le hable yo. Hoy mismo le llamaré. Luego puedes ir a verle. Si no quiere recomendarte, no será culpa mía. En Berlín no conozco a nadie más.

Dos horas después, Miller volvía a llamar a Brandt. Este parecía aliviado.

—Está con permiso —le dijo—. Le toca estar de servicio en Navidad y tiene permiso hasta el lunes.

—¡Pero si hoy es miércoles...! —exclamó Miller—. Me quedan cuatro días muertos.

—No hay nada que hacer. Estará de vuelta el lunes por la mañana. Entonces lo llamaré.

Miller pasó cuatro días de aburrimiento, dando vueltas por Berlín Oeste, mientras esperaba que Schiller terminara su permiso. En aquellas vísperas de la Navidad de 1963, todo Berlín estaba pendiente de los pasos que las autoridades del sector oriental iban a expedir por primera vez desde que, en el verano de 1961, levantarán el Muro, a fin de que los habitantes de la zona occidental pudieran visitar a sus parientes del otro lado. Las negociaciones entre las autoridades de uno y otro sector habían acaparado los titulares de los periódicos durante días y días. Miller dedicó una jornada de aquel fin de semana a visitar la

parte este de la ciudad, en la que penetró por el control de la Heine Strasse —en su calidad de ciudadano de la Alemania Federal no necesitaba más requisito que el pasaporte—. Fue a ver a un conocido, el corresponsal de la «Agencia Reuter» en Berlín Oriental, al que encontró atareadísimo con motivo del asunto de los pases, por lo que, después de tomar una taza de café en su compañía, Miller se despidió y regresó al sector occidental.

El lunes por la mañana fue a ver al detective inspector Volkmar Schiller. Comprobó, satisfecho, que el hombre, más o menos de su misma edad, parecía enemigo del papeleo, característica excepcional en un funcionario alemán. «Seguramente no irá muy lejos», pensó Miller; más esto no era asunto de su incumbencia. Brevemente, le expuso el objeto de su visita.

—No hay inconveniente —dijo Schiller—. Los americanos son muy serviciales con nosotros, los de la Brigada Uno. Desde que Willy Brandt nos encomendó la investigación de los crímenes de guerra nazis, vamos por allí casi a diario.

Subieron al «Jaguar» de Miller y se dirigieron a las afueras de la ciudad, hacia los bosques y los lagos. Se detuvieron en la orilla de uno de los lagos, en el barrio de Zehlendorf, Berlín 37, frente al número uno de Wasser Kaffig Stieg.

Era un edificio muy largo, de una sola planta, rodeado de árboles.

—¿Es aquí? —preguntó Miller con extrañeza.

—Aquí —respondió Schiller—. No parece gran cosa, ¿verdad? Lo cierto es que bajo tierra hay ocho plantas. Ahí se guardan los archivos en cámaras incombustibles.

Entraron por la puerta principal y se encontraron en una pequeña sala de espera, con la consabida garita del conserje a la derecha. El detective se acercó y mostró su placa. El empleado le entregó un formulario, y los dos hombres se sentaron ante una mesa y lo cumplieron. El detective, después de escribir su nombre y rango, preguntó:

—¿Cómo me ha dicho que se llama el sujeto?

—Roschmann —respondió Miller—. Eduard Roschmann.

El detective anotó el nombre y devolvió el formulario al funcionario de la entrada.

—Tardan unos diez minutos —dijo a Miller. Entraron en una sala mayor, amueblada con hileras de mesas y sillas. Al cabo de un cuarto de hora, entró otro empleado que les dejó, encima de la mesa, una carpeta de unos dos o tres centímetros de espesor, en cuya tapa se leía: «Roschmann, Eduard».

Volkmar Schiller se levantó.

—Si no me necesita, me marcho —dijo—. Volveré por mis propios medios. Después de una semana de permiso, no conviene ausentarse durante mucho tiempo. Si le interesa alguna fotocopia, puede pedírsela al empleado.

Señaló a un hombre situado sobre una tarima, en el otro extremo de la sala, seguramente para vigilar que los visitantes no extrajeran páginas de las carpetas. Miller se puso en pie y estrechó la mano del policía.

—Muchas gracias por todo.

—De nada.

Sin reparar en los otros tres o cuatro visitantes diseminados por la sala, Miller se puso la cabeza entre las manos y empezó a hojear el expediente de la SS sobre Eduard Roschmann.

Allí constaba todo: número de afiliado al Partido Nazi, número de la SS, solicitud de ingreso extendida y firmada de puño y letra del aspirante, ficha médica, informe después del período de adiestramiento, *curriculum vitae* autógrafo, copias carbón, nombramiento de oficial y certificados de ascenso hasta abril de 1945. Había, además, dos fotografías tomadas para el fichero de la SS, una de frente y otra de perfil. En ellas aparecía un hombre de un metro ochenta y cinco de estatura, cabello cortado a cepillo y raya a la izquierda que miraba a la cámara con expresión huraña, nariz afilada y boca sin labios. Miller empezó a leer.

Eduard Roschmann había nacido el 25 de agosto de 1908, en la ciudad austríaca de Graz. Era, pues, súbdito austríaco, hijo de un honrado cervecero. Fue al parvulario, a la escuela primaria y al instituto en Graz. Asistió a un colegio universitario, con intención de estudiar leyes, pero fracasó. En 1931, a los veintitrés años, entró en la cervecería donde trabajaba su padre, y en 1937 pasó de la fábrica a las oficinas. Aquel mismo año se unió al partido nazi austríaco y a la SS, organizaciones que en aquella época estaban prohibidas en la neutral Austria. Un año después, Hitler se anexionaba Austria y recompensaba a todos los nazis austríacos con rápidos ascensos.

En 1939, cuando estalló la guerra, Roschmann se ofreció voluntario a la Waffen-SS, fue enviado a Alemania, recibió entrenamiento durante el invierno de 1939 y la primavera de 1940 y sirvió en una unidad de la Waffen-SS durante la ocupación de Francia. En diciembre de 1940 fue trasladado a Berlín. Aquí, alguien había escrito la palabra «cobardía» en el margen, y en enero de 1941 fue agregado a la SD, oficina Tres de la RSHA.

En julio de 1941 escaló el primer puesto de la SD en Riga, y al mes siguiente fue nombrado comandante del ghetto de Riga. En octubre de 1944 regresó a Alemania por mar y, después de entregar el resto de los judíos de Riga a la SD de Danzig, regresó a Berlín y volvió a ocupar su escritorio en el Cuartel General de la SS, en espera de que se le asignara nuevo destino.

Evidentemente, el último documento de la carpeta no estaba completo, sin duda porque el minucioso escribiente del Cuartel General de la SS en Berlín se había dado buena prisa en asignarse a sí mismo un nuevo destino en mayo de 1945.

Al final del expediente había una hoja, agregada seguramente por una mano americana después de la guerra, en la que se leía, escrito a máquina:

«Recibida consulta de las autoridades inglesas de ocupación en diciembre de 1947.»

Al pie figuraba la firma de un GI, del que ya nadie debía acordarse, y la fecha: 21 de diciembre de 1947.

Miller sacó de la carpeta la autobiografía, las dos fotos y la última hoja y se acercó al empleado del fondo de la sala.

—¿Podría sacar fotocopia de esto?

—Sí, señor.

El hombre dejó la carpeta encima de su escritorio, en espera de que le fueran devueltos los tres documentos. Otro hombre se acercó y entregó también una carpeta y dos hojas para copiar. El empleado las dejó todas en una bandeja, situada a su espalda, de donde las recogió la mano de un empleado que esperaba oculto a la vista.

—Tengan la bondad de esperar. Tardarán unos diez minutos —dijo el empleado a Miller y al otro hombre.

Los dos volvieron a sus mesas respectivas y se sentaron a esperar. Miller tenía ganas de encender un cigarrillo, pero allí estaba prohibido fumar. El otro hombre, que tenía un aspecto muy pulcro y cuidado, con el pelo canoso y un abrigo gris antracita, había cruzado las manos sobre el regazo.

A los diez minutos se oyó un roce de papeles y, por la rendija situada detrás del empleado, cayeron dos sobres. Él los levantó en alto, y Miller y el otro hombre se acercaron. El empleado miró el interior de uno de los sobres.

—¿El expediente de Eduard Roschmann? —preguntó.

—Aquí —dijo Miller, extendiendo la mano.

—Entonces, esto es para usted —dijo al otro hombre, que miraba a Miller de

soslayo. El del abrigo gris cogió su sobre y se dirigió hacia la puerta, caminando al lado de Miller. Una vez fuera, Miller bajó corriendo la escalera, subió al «Jaguar» y se alejó camino de la ciudad. Una hora después, llamaba por teléfono a Sigi.

—Regreso a casa para Navidad —le dijo.

A las dos horas, salía de Berlín Occidental. Mientras su automóvil se acercaba al primer puesto fronterizo en Drei Linden, en un coquetón apartamento de la Savigny Platz, el hombre del abrigo gris estaba marcando un número de teléfono de la Alemania Occidental. Cuando le contestaron, se dio a conocer con una sola palabra.

—Hoy estuve en el Centro de Documentación —dijo después—. Investigación rutinaria, ya sabe, lo mío. Había allí un hombre que estaba leyendo el expediente de Eduard Roschmann. Mandó sacar fotocopia de tres hojas. Después del mensaje que ha circulado últimamente, me ha parecido que sería mejor que usted lo supiera.

Desde el otro extremo del hilo le hicieron varias preguntas en rápida sucesión.

—No, no he podido averiguar su nombre. Se marchó en un coche deportivo negro. Sí, sí, lo tomé. Matrícula de Hamburgo. —La leyó lentamente, mientras su interlocutor la anotaba—. Sí, me pareció que sería conveniente. Quiero decir que con esos fisgones nunca se sabe. Sí, gracias... Muy amable... Bien. Lo dejo en sus manos... Feliz Navidad, *Kamerad*.

VII

Navidad era el miércoles de aquella semana. El hombre que había recibido la llamada del informador residente en Berlín no transmitió la noticia hasta después de las fiestas. Para ello, se puso al habla con el jefe supremo de la organización en Alemania Occidental.

El que contestó al teléfono le dio las gracias, colgó el aparato y se recostó en su confortable sillón giratorio tapizado de piel, mientras contemplaba por la ventana de su despacho los tejados de la Ciudad Vieja, blancos de nieve.

—*¡Verdammt* y mil veces *verdammt!* —murmuró—. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Por qué?

Para sus conciudadanos, era éste un brillante abogado que contaba con una gran clientela. Para la veintena de subalternos que tenía diseminados por la República Federal y Berlín Occidental, era el jefe supremo de ODESSA en Alemania. Su teléfono no figuraba en la guía, y su nombre clave era *Werwolf*, es decir, licántropo u hombre-lobo.

A diferencia de su homónimo de la mitología de Hollywood y del cine británico, el *Werwolf* alemán no es un tipo raro al que le crecen pelos en las manos en las noches de luna llena. En la antigua mitología germánica, el *Werwolf* es una figura patriótica que, cuando los héroes teutónicos tienen que exiliarse, obligados por el invasor, él permanece en el país y, desde las sombras de los grandes bosques, dirige la resistencia. Actúa de noche, sin ser visto, y por todo rastro deja una huella de lobo impresa en la nieve.

Cuando acabó la guerra, varios oficiales de la SS, convencidos de que los invasores aliados serían destruidos en poco tiempo, adiestraron y adoctrinaron a unos grupos de mozalbetes fanáticos para que permanecieran en la brecha, saboteando a los ocupantes aliados. Los formaban en Baviera, que estaba ya siendo ocupada por los americanos. Aquéllos fueron los primeros *werwolves*. Afortunadamente para ellos, no llegaron a poner en práctica sus enseñanzas, ya

que, después de descubrir Dachau, los GIs sólo estaban esperando que alguien hiciese algo.

Cuando, tres o cuatro años después de la guerra, ODESSA empezó a infiltrarse en la Alemania Federal, su jefe supremo era uno de los que adiestraron a los *werwolves* de 1945. Él adoptó el nombre para sí. Era lo bastante simbólico y melodramático para satisfacer la afición de los alemanes por el teatro. Ahora bien: la forma en que ODESSA despachaba a los que contrariaban sus planes, nada tenía de teatral.

El *Werwolf* de fines de 1963 era el tercero que ostentaba el título. Se trataba de un hombre fanático y astuto, y se mantenía en constante contacto con sus superiores de la Argentina, para velar por los intereses de todos los antiguos miembros de la SS que permanecían en Alemania Occidental y, muy particularmente, los de alta graduación o que figuraban en lugar preferente en las listas de reclamados.

Con la mirada fija en la ventana, el *Werwolf* pensaba ahora en el general Gluecks de la SS, que treinta y cinco días atrás, en un hotel de Madrid, le había hablado de la importancia de defender a toda costa el anonimato del propietario de la fábrica de radios, el llamado *Vulkan*, que preparaba los sistemas de dirección de los cohetes egipcios. Él era la única persona en Alemania que sabía que, en una época anterior de su vida, *Vulkan* era conocido por el nombre de Eduard Roschmann.

El *Werwolf* miró el bloc de notas en que había escrito el número de la matrícula del coche de Miller, y oprimió el pulsador. En seguida se oyó la voz de su secretaria, que le contestaba desde la oficina contigua.

—Hilda, ¿cómo se llama ese detective privado que empleamos el mes pasado en el caso de divorcio?

—Un momento. —Un roce de papeles, mientras ella buscaba en la carpeta —. Memmers, Heinz Memmers.

—¿Me da su número de teléfono? No, no le llame, sólo déme el número.

Lo anotó debajo de la matrícula del coche y retiró el dedo de la tecla del intercomunicador.

Luego se levantó y se acercó a una caja fuerte empotrada en la pared de hormigón de la oficina. De la caja sacó un grueso y pesado libro y lo llevó a su escritorio. Después de hojearlo brevemente, encontró lo que buscaba. Sólo había dos Memmers, Heinrich y Walter. Siguió con el dedo la línea correspondiente a Heinrich, Heinz en diminutivo. Anotó la fecha de nacimiento, calculó la edad

que tenía en 1963 y recordó el rostro del detective privado. La edad concordaba. Anotó otros dos números que aparecían junto al nombre de Heinz Memmers, cogió el teléfono y pidió a Hilda una línea con el exterior.

Al oír la señal, marcó el número que le había dado su secretaria. Al cabo de una docena de timbrazos, contestó una voz femenina.

—Oficina Memmers de Investigación Privada.

—Póngame con Herr Memmers —dijo el abogado.

—¿Quién le llama? —preguntó la secretaria.

—No importa eso, pásemelo y dése prisa.

Hubo una pausa. El tono de su voz surtió efecto.

—Sí, señor —dijo ella.

Al cabo de un minuto, una voz ronca contestó:

—Aquí Memmers.

—¿Es usted Herr Heinz Memmers?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—No se preocupe por eso. Mi nombre no importa. Dígame, el número doscientos cuarenta y cinco mil setecientos dieciocho ¿significa algo para usted?

Silencio en el teléfono, y después un profundo suspiro de Memmers al comprobar que acababan de darle su antiguo número de afiliado a la SS. El libro que ahora estaba abierto encima de la mesa del *Werwolf* era una lista de todos los miembros de la SS. Volvió a oírse la voz de Memmers, áspera y suspicaz.

—¿Qué puede significar?

—¿Le interesaría saber que mi propio número no tiene más que cinco cifras, *Kamerad*?

El cambio fue instantáneo. Cinco cifras sólo las tenían los oficiales de alta graduación.

—Sí, señor.

—Bien —continuó el *Werwolf*—. Tengo un trabajo para usted. Un intruso ha estado indagando sobre uno de nuestros *Kameraden*. Quiero saber quién es.

—*Zu Befehl!* (A la orden).

—Muy bien. Pero, entre nosotros, es suficiente *Kamerad*. Al fin y al cabo somos compañeros de armas.

—Sí, *Kamerad*.

La voz de Memmers sonaba satisfecha por el halago.

—Lo único que sé de él es el número de matrícula de su coche. Es de Hamburgo. —El *Werwolf* la leyó lentamente—. ¿La tiene?

—Sí, *Kamerad*.

—Quisiera que fuera usted a Hamburgo personalmente. Del individuo me interesa nombre, dirección, profesión, familia, personas que dependen de él, posición social..., en fin, un informe en regla. ¿Cuánto tardaría?

—Unas cuarenta y ocho horas —dijo Memmers.

—Bien. Volveré a llamarle dentro de cuarenta y ocho horas. Y otra cosa: no debe entablar contacto personal con él. Si es posible, la información deberá hacerse de manera que él no sospeche que alguien ha indagado. ¿Está claro?

—Muy claro. No hay inconveniente.

—Cuando haya terminado, haga la cuenta y dígame por teléfono cuánto le debo. Le mandaré el dinero por correo.

—No habrá cargo, *Kamerad* —protestó Memmers—. Entre compañeros...

—Está bien. Le llamaré dentro de dos días.

El *Werwolf* colgó el teléfono.

Miller salió de Hamburgo aquella misma tarde y, por la misma autopista que había tomado dos semanas antes, vía Bremen, Osnabrück y Münster, se dirigió a Colonia, en Renania. Esta vez su punto de destino era Bonn, la pequeña y aburrida ciudad situada en la margen del río que Konrad Adenauer había elegido para capital de la República Federal porque él era oriundo de allí.

Al salir de Bremen, su «Jaguar» se cruzó con el «Opel» de Memmers, que iba hacia el Norte, con destino a Hamburgo. Los dos hombres viajaban en sentidos opuestos, cada uno a lo suyo, y no repararon el uno en el otro.

Había anochecido cuando Miller entró en la única calle larga de Bonn. Descubrió a lo lejos la gorra blanca de un agente de tráfico, se acercó y detuvo el coche a su lado.

—¿Podría indicarme por dónde se va a la Embajada británica?

—Cierran dentro de una hora —le advirtió el policía, un auténtico renano.

—Entonces tengo que apresurarme. ¿Dónde está?

El agente señaló en dirección al sur.

—Continúe por aquí, siguiendo la línea del tranvía. Más abajo, esta calle se convierte en la Friedrich Ebert Allee. Usted siga el tranvía. Cuando vaya a salir de Bonn para entrar en Bad Godesberg, la verá a su izquierda. Está iluminada y tiene la bandera inglesa en la fachada.

Miller le dio las gracias y siguió adelante. La Embajada británica estaba

donde le había dicho el policía, entre un solar y un campo de fútbol, los dos hechos un mar de lodo y envueltos en la niebla de diciembre que subía del río, por detrás de la Embajada.

El edificio era de hormigón, construido de espaldas a la calle. Los corresponsales de Prensa británicos lo habían bautizado «La Fábrica Hoover». Miller dejó el automóvil en la zona de aparcamiento habilitada para los visitantes.

Penetró en la Embajada por una puerta vidriera con marco de madera y se encontró en un pequeño vestíbulo. A su izquierda había un escritorio ocupado por una recepcionista de mediana edad. Detrás de ella, en un despachito, había dos hombres vestidos de sarga azul que tenían la inconfundible estampa del sargento retirado.

—¿Podría hablar con el agregado de Prensa, por favor? —preguntó Miller con su oxidado inglés de colegio. La recepcionista le miró con gesto de preocupación.

—No sé si estará todavía. Como es viernes...

—Por favor, pregunte —dijo Miller, mostrándole su carnet de periodista.

La mujer miró el documento y marcó un número en su teléfono interior. Afortunadamente, el agregado de Prensa aún no había salido, aunque iba a hacerlo en aquel momento. Le rogó que esperase un instante, seguramente para quitarse el sombrero y el abrigo. Miller fue conducido a una salita adornada con grabados de los Cotswolds en Otoño, de Rowland Hilder. Encima de una mesa había varios números atrasados de *Tatler*, y folletos que describían el auge de la industria británica. A los pocos segundos, uno de los ex-sargentos fue a buscarle. Miller lo siguió por la escalera hasta llegar a un pequeño despacho del primer piso.

El agregado de Prensa, según advirtió Miller muy complacido, era un hombre de unos treinta y cinco años, de aspecto simpático.

—¿Qué desea? —preguntó.

Miller entró en materia sin preámbulos.

—Estoy escribiendo un reportaje para una revista —mintió—. Es sobre un capitán de la SS, uno de los peores, un hombre al que todavía buscan nuestras autoridades. Creo que también estaba en la lista de reclamados de las autoridades británicas cuando éstas administraban esta zona de Alemania. ¿Podría decirme cómo averiguar si llegaron a capturarlo y, en tal caso, qué fue de él?

El joven diplomático lo miraba, perplejo.

—*Good Lord!* Eso sí que no lo sé. Verá: en 1949 traspasamos todos los expedientes a su Gobierno. Ellos continuaron el trabajo donde lo habían dejado nuestros muchachos. Supongo que esos datos los tendrán ustedes.

Miller trató de evitar toda alusión a la falta de colaboración de que habían dado prueba las autoridades alemanas.

—Cierto —dijo—, muy cierto. Sin embargo, de todas las pesquisas hechas hasta la fecha se deduce que, desde mil novecientos cuarenta y nueve, en la República Federal no se le ha juzgado. Ello indica que no ha sido detenido con posterioridad a dicho año. Sin embargo, en el Centro de Documentación Norteamericano de Berlín Occidental comprobé que en mil novecientos cuarenta y siete los británicos les pidieron copia del expediente. Sin duda tendrían motivo para ello.

—Es de suponer que sí —admitió el agregado.

Evidentemente tomó buena nota de que Miller había recurrido a las autoridades norteamericanas de Berlín Occidental, y frunció el ceño con aire pensativo.

—Así, pues, en el sector británico, ¿cuál pudo ser la autoridad encargada de la investigación durante el período de ocupación, quiero decir de administración?

—Pues, seguramente era asunto de la Policía militar. Además de los juicios de Nuremberg, los de los mayores crímenes de guerra, los aliados hacían también investigaciones por separado, colaborando entre sí cuando era necesario, desde luego. Excepto los rusos por supuesto. Estas investigaciones dieron ocasión a varios juicios por crímenes de guerra en las distintas zonas. ¿Me sigue usted?

—Sí.

—De las investigaciones se encargaba la Policía militar, y de los juicios, el departamento jurídico. Pero todos los archivos fueron entregados en mil novecientos cuarenta y nueve, ¿comprende?

—Seguramente los británicos conservarían copias, ¿no?

—Supongo que sí —dijo el diplomático—; pero ahora esas copias estarán ya en los archivos del Ejército.

—¿Y no pueden verse?

El hombre miró a Miller asustado.

—Me parece que no. Si un investigador académico necesita documentarse, presenta una solicitud... Pero se tarda mucho. Y no creo que a un periodista le

permitiera verlos. Sin ánimo de ofender, desde luego.

—Desde luego.

—El caso es que usted no es *oficial*, ¿comprende? Y no queremos indisponernos con las autoridades alemanas.

—No lo permita el cielo.

El agregado se levantó.

—Me parece que la Embajada no va a serle de gran ayuda.

—A mí también me lo parece. Una última pregunta: ¿sabe usted si todavía hay aquí alguien que ya estuviera entonces?

—¿Entre el personal de la Embajada? ¡Oh, no! Ha cambiado muchas veces.

—Acompañó a Miller hasta la puerta—. Aguarde un momento... Está Cadbury; él ya debió de estar aquí. Por lo menos, llegó hace muchísimo tiempo.

—¿Cadbury? —preguntó Miller.

—Anthony Cadbury, el corresponsal de Prensa. Es una especie de decano de la Prensa británica. Está casado con una alemana. Me parece que llegó poco después de la guerra. Podría preguntarle a él.

—¡Magnífico! —exclamó Miller—. Probaré. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Hoy es viernes... Seguramente, dentro de un rato estará en el bar del «Cercle Français». ¿Lo conoce?

—No; nunca estuve aquí.

—Es un restaurante regentado por los franceses. Dan una comida excelente. Es muy popular. Está en Bad Godesberg, cerca de aquí.

Miller no tuvo dificultad en encontrar el restaurante, que estaba a unos cien metros del río, en una calle llamada Am Schwimmbad. El barman conocía a Cadbury, pero aquella noche no le había visto. Dijo a Miller que si el decano de los corresponsales de Prensa británicos acreditados en Bonn no iba por allí aquella noche, seguramente iría al día siguiente a mediodía, a la hora del aperitivo.

Miller se inscribió en el «Dreesen Hotel», situado en aquella misma calle. Era un gran edificio fin de siglo que había sido el hotel favorito de Adolf Hitler y el lugar elegido por éste para entrevistarse con Neville Chamberlain, de la Gran Bretaña, en su primera reunión de 1938. Cenó en el «Cercle Français» y alargó la sobremesa, mientras tomaba café, esperando que Cadbury apareciera. Pero, a las once, el inglés no se había presentado aún, y Miller se fue a su hotel y se

acostó.

Al día siguiente, pocos minutos antes de las doce, Cadbury entró en el bar del «Cercle Français», saludó a varios conocidos y se instaló en su taburete predilecto, en un extremo de la barra. Ya había tomado su primer sorbo de «Ricard» cuando Miller se levantó de su mesa de la ventana y se acercó a él.

—¿Míster Cadbury?

El inglés se volvió y le miró. Tenía el cabello blanco y suave, peinado hacia atrás, y un rostro que debía haber sido bastante atractivo. El cutis todavía joven, y en las mejillas se transparentaba una fina trama de venitas. Bajo las cejas hirsutas y grises, sus ojos azules miraban a Miller con recelo.

—Sí.

—Me llamo Miller, Peter Miller. Soy reportero de Hamburgo. ¿Podría hablar con usted un momento, por favor?

Anthony Cadbury señaló el taburete de su lado.

—Será mejor que hablemos en alemán, ¿no cree? —dijo en este idioma.

Miller se sintió aliviado de poder servirse de su lengua materna, y el alivio se reflejó en su rostro. Cadbury sonrió.

—¿Qué desea?

Miller miró los perspicaces ojos azules de su interlocutor y levantó un hombro. Contó a Cadbury toda la historia, empezando por la muerte de Tauber. El inglés era buen oyente. Cuando Miller acabó de hablar, el otro hizo una seña al barman para que le sirviera otro «Ricard», y a Miller, otra cerveza.

—Spatenbrau, ¿verdad?

Miller asintió y vertió la nueva cerveza en su vaso, formando una corona de espuma.

—*Cheers* —dijo Cadbury—. Tiene usted un buen problema. Debo decirle que admiro su valor.

—¿Mi valor?

—No es un tema de investigación muy popular entre sus compatriotas, dado su actual estado de ánimo —dijo Cadbury—. Ya se dará usted cuenta.

—Ya me la he dado.

—¡Hum...! Lo que me figuraba —dijo el inglés. De pronto, le sonrió—. ¿Almorzamos? Mi mujer estará fuera todo el día.

Durante el almuerzo, Miller le preguntó si estaba en Alemania cuando terminó la guerra.

—Sí; era corresponsal de guerra. Yo era entonces mucho más joven, claro.

Más o menos de su edad. Llegué con las fuerzas de Montgomery, no a Bonn, naturalmente. Por aquel entonces nadie había oído hablar de esta ciudad. El Cuartel General estaba en Luneburg. Y aquí me quedé. Asistí al final de la guerra, a la firma de la capitulación y demás, y luego el periódico me pidió que me quedara permanentemente.

—¿Informó usted sobre juicios por crímenes de guerra en el sector británico?
—preguntó Miller.

Cadbury asintió mientras masticaba el filete.

—Sí, todos ellos. Para los juicios de Nuremberg vino un especialista; pero eso fue en la zona americana. Los criminales más importantes de nuestro sector fueron Josef Kramer e Irma Gresse. ¿Ha oído hablar de ellos?

—No, nunca.

—*Las fieras de Belsen* los llamaban. En realidad, yo les puse el nombre. Y cuajó bien. ¿Ha oído hablar de Belsen?

—Vagamente —dijo Miller—. A los de mi generación no nos han contado muchas cosas de ésas. Nadie ha querido decírnoslo.

Cadbury le miró astutamente por debajo de sus pobladas cejas.

—¿Y ustedes quieren saber?

—Tenemos que enterarnos tarde o temprano. ¿Me permite que le haga una pregunta? ¿Odia usted a los alemanes?

Cadbury masticó en silencio durante un par de minutos, mientras meditaba la respuesta:

—Cuando se descubrió el campo de Belsen, un puñado de periodistas agregados al Ejército británico fuimos a echar un vistazo. En mi vida me había sentido tan horrorizado, pese a que en la guerra se ven cosas terribles. Pero como lo de Belsen, nada. Me parece que en aquel momento sí, entonces los odiaba a todos.

—¿Y ahora?

—No. Ahora ya no. En mil novecientos cuarenta y ocho me casé con una alemana, y todavía vivo aquí. Si hubiese seguido sintiendo lo mismo que en mil novecientos cuarenta y cinco, no hubiera hecho ninguna de las dos cosas y habría regresado a Inglaterra hace tiempo.

—¿Qué le hizo cambiar?

—El tiempo. Y con el tiempo comprendí que no todos los alemanes eran como Josef Kramer. Ni como ese, ¿cómo se llama? ¿Roschmann? Ni como Roschmann. Aunque, no crea usted, los alemanes de mi generación aún me

inspiran cierta desconfianza.

—¿Y los de la mía?

Miller hizo girar la copa y observó la refracción de la luz a través del vino tinto.

—Son mejores —dijo Cadbury—; tienen que ser mejores.

—¿Me ayudará en mis indagaciones acerca de Roschmann? Nadie quiere hacerlo.

—Si yo puedo ayudarle, cuente con ello —dijo Cadbury—. ¿Qué quiere usted saber?

—¿Recuerda si fue juzgado en el sector británico?

Cadbury movió negativamente la cabeza.

—No. Dice usted que era austríaco. Por aquel entonces Austria también estaba ocupada por las cuatro potencias. Estoy seguro de que en el sector británico de Alemania no hubo ningún juicio contra Roschmann. Me acordaría del nombre.

—Entonces, ¿por qué pedirían las autoridades británicas a los norteamericanos en Berlín fotocopia de su expediente?

Cadbury reflexionó un momento.

—Roschmann debió de llamar la atención de los británicos por algo. Entonces nadie sabía lo de Riga. En los últimos años cuarenta, los rusos estaban más atravesados que nunca. No nos daban la menor información sobre el Este. Y, sin embargo, allí fue donde se cometieron las peores atrocidades. Se daba el caso de que el ochenta por ciento de los crímenes contra la Humanidad se habían perpetrado al este de lo que ahora es el Telón de Acero, y el noventa por ciento de los criminales estaban en las tres zonas occidentales. Los culpables se nos escurrían a centenares por entre los dedos, porque no sabíamos lo que habían hecho a mil kilómetros hacia el Este. De todos modos, si en mil novecientos cuarenta y siete se hizo una investigación acerca de Roschmann, ello indica que, por algún motivo, nos fijamos en él.

—Eso creo yo también —dijo Miller—. ¿Por dónde se podría empezar a buscar?

—Podríamos empezar por mi propio archivo. Vamos a mi casa; está cerca.

Afortunadamente, Cadbury era un hombre metódico y guardaba copia de todos sus despachos. Dos de las paredes de su estudio estaban cubiertas de estanterías, y en un rincón había dos archivadores grises.

—Yo trabajo en casa —dijo a Miller al entrar en el estudio—. Mi sistema de

archivo es muy personal, y soy el único que lo entiende. Se lo explicaré. — Señaló los archivadores—. Uno contiene carpetas de personas por orden alfabético, y el otro se refiere a asuntos clasificados también alfabéticamente. Empezaremos por el primero. Mire en Roschmann.

La búsqueda fue breve. No había ninguna carpeta a nombre de Roschmann.

—Busquemos entonces por temas. Hay cuatro en los que podría encajar. Uno lleva el título de «Nazis», otro, el de «SS». Hay también una sección muy extensa con el epígrafe «Justicia», dividida en varios apartados, uno de los cuales contiene crónicas de juicios celebrados en Alemania Occidental desde 1949. Y el último tema que podría aclararnos algo es el de «Crímenes de guerra». Vamos a repasarlos.

A pesar de que Cadbury leía con gran rapidez, era ya de noche cuando acabaron de revisar todos los recortes y notas archivados en las cuatro carpetas. El inglés se puso en pie, suspiró, cerró la carpeta de «Crímenes de guerra» y la guardó en el archivador.

—Lo lamento —dijo—. Esta noche ceno fuera de casa. Lo único que nos queda por mirar es todo eso.

Señaló los clasificadores colocados en las estanterías a lo largo de dos de las paredes del estudio.

Miller cerró su carpeta.

—¿Y qué hay ahí?

—Diecinueve años de crónicas y despachos míos. Esos están en la última hilera. Debajo hay diecinueve años de recortes de periódicos con noticias y artículos sobre Alemania y Austria. Como es natural, aquí se reproducen muchas cosas de la hilera de arriba, es decir, todo aquello que me han publicado. Pero en esta segunda hilera también hay cosas que no han sido escritas por mí. El periódico tiene otros colaboradores. Por otra parte, algunas de las crónicas que envié no fueron publicadas.

»Cada año ocupa unos seis clasificadores. Hay un montón de cosas que mirar. Afortunadamente, mañana es domingo, y si usted quiere, podemos dedicar todo el día a buscar.

—Es usted muy amable al tomarse tanta molestia —dijo Miller.

Cadbury se encogió de hombros.

—Este fin de semana no tenía nada más que hacer. Y es que los domingos de fines de diciembre no son muy animados en Bonn. Mi mujer no regresa hasta mañana por la noche. ¿Qué le parece si nos encontramos en el «Cercle Français»

a las once y media para tomar una copa?

A media tarde del domingo lo encontraron. Anthony Cadbury llegaba al final del clasificador correspondiente a noviembre-diciembre de 1947 de la serie que contenía sus despachos.

De pronto, gritó «¡Eureka!», abrió la pinza y extrajo una hoja, ya muy descolorida, escrita a máquina y fechada «23 de diciembre de 1947».

—No me sorprende que el periódico no lo publicara —dijo—. En vísperas de Navidad. Nadie iba a querer enterarse de que se había capturado a un antiguo miembro de la SS. De todos modos, con la escasez de noticias que hay para esas fechas, la edición de Nochebuena debió de ser muy corta.

Dejó la hoja sobre el escritorio y la enfocó con la lámpara de ángulo graduable. Miller se inclinó sobre el papel y leyó:

«Gobierno Militar Británico, Hannover, 23 de diciembre. Las autoridades militares británicas de Graz, Austria, han detenido a un ex-capitán de la infausta SS, al que se mantendrá bajo arresto mientras se investiga su caso, según ha manifestado hoy un portavoz del Cuartel General de la Policía Militar.

»El detenido, Eduard Roschmann, fue reconocido en una calle de la indicada ciudad austríaca por un antiguo recluso de un campo de concentración, el cual ha declarado que Roschmann fue el comandante del campo de Letonia.

»Después de la identificación, efectuada en la casa a la que le había seguido el antiguo recluso, Roschmann fue arrestado por miembros del Servicio de Seguridad Militar Británico de Graz.

»Se ha cursado al Cuartel General de la zona soviética en Potsdam una solicitud de información sobre el campo de concentración de Riga (Letonia), y se está practicando una búsqueda de nuevos testigos, según informó el portavoz.

»Entretanto, el detenido ha sido identificado como Eduard Roschmann, a la vista de su expediente personal del fichero de la SS que obra en poder de las autoridades norteamericanas en Berlín.

»Firmado: Cadbury».

Miller leyó el breve despacho cuatro o cinco veces.

—¡Bueno! —exclamó, respirando profundamente—. Lo cogieron.

—Opino que esto requiere un trago —dijo Cadbury.

Cuando, el viernes por la mañana, el *Werwolf* habló con Memmers por teléfono, no tuvo en cuenta que cuarenta y ocho horas después sería domingo. De todos

modos, desde su casa llamó al despacho de Memmers a la misma hora en que, en Bad Godesberg, los dos periodistas hacían su hallazgo.

Nadie le contestó.

Pero al día siguiente, a las nueve en punto, ya estaba Memmers en su oficina. El *Werwolf* lo llamó a las nueve y media.

—Encantado de oírle, *Kamerad* —dijo Memmers—. Anoche a última hora regresé de Hamburgo.

—¿Tiene la información?

—Desde luego. Si quiere tomar nota...

—Adelante —apremió la voz por el teléfono.

Memmers carraspeó y empezó a leer sus notas:

—El dueño del coche es un reportero independiente llamado Peter Miller. Señas personales: veintinueve años, un metro ochenta, pelo castaño y ojos pardos. Su madre es viuda y vive en Osdorf, en las afueras de Hamburgo. Él tiene un piso en el Steindamm, en el centro de la ciudad. —Memmers leyó la dirección y el número de teléfono de Miller—. Vive con una muchacha, una bailarina de *striptease*, la señorita Sigrid Rahn. Trabaja principalmente para revistas ilustradas. Parece que le va bien. Se ha especializado en el periodismo de investigación. Como usted dijo, *Kamerad*, un fisgón.

—¿Tiene usted idea de quién le ha encargado su último trabajo? —preguntó el *Werwolf*.

—No, eso es lo más curioso. Nadie parece saber lo que está haciendo. Ni para quién trabaja. Le pregunté a la chica, haciéndome pasar por empleado de la redacción de una gran revista. Aunque por teléfono, como comprenderá. Ella me dijo que no sabía dónde estaba, pero que esperaba la llamase esta tarde antes de que ella se fuera a trabajar.

—¿Algo más?

—Sólo el coche; es muy llamativo: un «Jaguar» negro, de fabricación británica, con una franja amarilla en el costado. Es un coche deportivo, dos plazas, tipo berlina «XK ciento cincuenta». Me informé en su garaje.

El *Werwolf* almacenó la información.

—Quisiera saber dónde está ahora —dijo al fin.

—En Hamburgo no está —dijo Memmers rápidamente—. Se marchó el viernes, a la hora del almuerzo, cuando yo llegaba. Pasó allí la Navidad. Antes había estado en algún otro sitio.

—Eso ya lo sé —dijo el *Werwolf*.

—Me parece que podría averiguar qué clase de reportaje está preparando —dijo Memmers, servicial—. No he querido preguntar con demasiada insistencia, porque usted dijo que no quería que él supiera que lo estábamos vigilando.

—Lo que está preparando ya lo sé. Quiere denunciar a uno de nuestros camaradas.

El *Werwolf* reflexionó.

—¿Podría averiguar dónde está ahora? —preguntó.

—Me parece que sí —dijo Memmers—. Podría llamar a la chica esta tarde y decirle que soy de una gran revista y que necesito hablar urgentemente con Miller. Por teléfono, me dio la impresión de ser una muchacha sencilla.

—Sí, hágalo —dijo el *Werwolf*—. Volveré a llamarle esta tarde a las cuatro.

Aquel lunes por la mañana, Cadbury estaba en Bonn, donde debía celebrarse una conferencia de Prensa ministerial. Llamó a Miller al «Hotel Dreesen» a las diez y media.

—Me alegro de que aún no se haya marchado —le dijo—. Se me ha ocurrido una idea. Vaya a verme al «Cercle Français», a las cuatro.

Antes del almuerzo, Miller llamó por teléfono a Sigi, para decirle que se hospedaba en el «Dreesen».

Aquella tarde, cuando los dos hombres se reunieron en el «Cercle Français», Cadbury pidió té.

—Esta mañana, mientras no escuchaba esa dichosa conferencia, tuve una idea. Si Roschmann fue capturado e identificado como un criminal reclamado, su caso debió de pasar a manos de las autoridades británicas de la Zona. Por aquel entonces, tanto en Alemania como en Austria, se sacaban copias de todos los expedientes y se enviaban a ingleses, franceses y norteamericanos. ¿Ha oído hablar de un hombre llamado Lord Russell, de Liverpool?

—No.

—Era el asesor jurídico del gobernador militar británico en los juicios por crímenes de guerra que nosotros celebrábamos durante la ocupación. Después escribió un libro titulado *El azote de la esvástica*. Ya puede usted imaginar de lo que trataba. Aquel libro no le congració con los alemanes, pero era exacto. En él describía todas las atrocidades que se cometieron.

—¿Es abogado? —preguntó Miller.

—Sí, y muy bueno; por eso fue designado para el cargo. Ahora está retirado,

y vive en Wimbledon. No sé si se acordará de mí; de todos modos, le daré una carta de presentación.

—¿Cree que Lord Russell recordará algo sucedido hace tanto tiempo?

—Tal vez sí. Ya no es joven, pero tenía una memoria prodigiosa. Si tuvo que preparar la acusación contra Roschmann, recordará hasta el último detalle; estoy seguro.

Miller asintió y bebió un sorbo de té.

—Podría ir a Londres para hablar con él.

Cadbury sacó un sobre del bolsillo.

—Ya le había escrito la carta. —Entregó a Miller la carta de presentación y se puso en pie—. Buena suerte.

Cuando, poco después de las cuatro, llamó el *Werwolf* a Memmers, éste ya tenía la información.

—Su amiga habló con él —dijo—. Ahora está en Bad Godesberg y se aloja en el «Hotel Dreesen».

El *Werwolf* colgó el teléfono y hojeó una libreta de direcciones. Escogió un nombre, levantó otra vez el auricular y marcó un número del sector de Bonn/Bad Godesberg.

Miller volvió al hotel para llamar al aeropuerto de Colonia y reservar un pasaje para Londres, para el día siguiente, martes, 31 de diciembre. Cuando llegó a recepción, la muchacha del mostrador le sonrió afablemente y, señalando hacia la parte del salón situada cerca de la tribuna que daba al Rhin, le dijo:

—Un caballero le espera, Herr Miller.

Él miró los grupos de sillas tapizadas colocadas alrededor de unas mesas en la tribuna. En una de ellas se sentaba un hombre de mediana edad, con abrigo negro, que sostenía en la mano un sombrero «Homberg», también negro, y un paraguas.

Miller se acercó a él, sorprendido de que alguien hubiera podido localizarlo.

—¿Quería usted verme?

El hombre se puso en pie.

—¿Es usted Herr Miller?

—Sí.

—¿Herr Peter Miller?

—Sí.

El hombre hizo una leve inclinación de cabeza al viejo estilo alemán.

—Me llamo Schmidt. Doctor Schmidt.

—¿En qué puedo servirle?

El doctor Schmidt le dirigió una sonrisa suplicante y miró por la ventana hacia la oscura masa del Rhin, que se deslizaba bajo las brillantes luces de la desierta terraza.

—Me han dicho que es usted periodista, ¿no? Un periodista independiente. Y muy bueno. —Ensanchó su sonrisa—. Tiene usted fama de concienzudo y tenaz.

Miller guardaba silencio, esperando que su interlocutor entrara en materia.

—Unos amigos míos se han enterado de que está usted investigando acerca de unos hechos que ocurrieron..., digamos..., hace mucho tiempo, muchísimo tiempo.

Miller se envaró, y rápidamente empezó a pensar quiénes podían ser los «amigos» y cómo podían haberse enterado.

Entonces cayó en la cuenta de que había estado preguntando por Roschmann a todo lo largo y ancho del país.

—Una investigación sobre un tal Eduard Roschmann —dijo escuetamente—. ¿A eso se refiere?

—¡Ah, sí! Sobre el capitán Roschmann. Se me ocurre que yo puedo ayudarle. —El hombre apartó la mirada del río, para posarla en Miller con expresión bondadosa—. El capitán Roschmann murió.

—¿Que murió? —dijo Miller—. No lo sabía.

El doctor Schmidt parecía encantado.

—Claro que no. ¿Cómo iba a saberlo? Pero es verdad. Indudablemente, está usted perdiendo el tiempo.

Miller puso cara de decepción.

—¿Podría usted decirme cuándo murió? —preguntó al doctor.

—¿No ha averiguado las circunstancias de su muerte?

—No, la última referencia suya que tengo data de finales de abril de mil novecientos cuarenta y cinco, en que fue visto con vida.

—Ah, sí, naturalmente. —El doctor Schmidt parecía muy contento de poder colaborar—. Lo mataron poco después. Regresaba a su Austria natal, y murió luchando contra los americanos.

Su cadáver fue identificado por varias personas que lo habían conocido en

vida.

—Debió de ser un hombre extraordinario —comentó Miller.

El doctor Schmidt asintió.

—Bueno, algunos lo creían..., lo creíamos así.

—Extraordinario —repitió Miller, haciendo caso omiso del comentario del otro—, ya que desde Jesucristo él habrá sido el primer hombre que ha resucitado de entre los muertos. El veinte de diciembre de mil novecientos cuarenta y siete fue detenido, vivo, por los ingleses, en la ciudad de Graz, Austria.

La nieve que cubría la balaustrada de la terraza se reflejó en los ojos del doctor.

—Miller, eso que hace usted es una gran tontería. Una gran tontería. Siga usted el consejo de un hombre que es mucho más viejo que usted. Abandone esa investigación.

Miller le miró fijamente.

—Supongo que ahora tendré que darle las gracias —dijo, sin gratitud.

—Si sigue mi consejo, tal vez deba dárme las —dijo el doctor.

—Ya ha vuelto usted a confundirse —señaló Miller—. Roschmann seguía estando vivo, a fines de octubre de este año, en Hamburgo. Esta segunda aparición no estaba confirmada, pero ahora ya lo está. Acaba usted de hacerlo.

—Le repito que comete una tontería si no abandona esa investigación.

La mirada del doctor seguía siendo fría, pero ahora había en ella un matiz de perplejidad. En otros tiempos nadie discutía sus órdenes, y no acababa de acostumbrarse a la novedad.

Miller estaba enfadándose, sentía cómo el ardor de la indignación le subía lentamente por el cuello a la cara.

—Me dan ustedes asco, Herr doctor, usted y los de su calaña, hatajo repugnante. Tienen una fachada respetable, pero son basura que denigra a mi país. Sepa usted que voy a seguir investigando hasta que lo encuentre.

Dio media vuelta para marcharse, más el hombre lo cogió por el brazo.

Se miraron fijamente desde pocos centímetros de distancia.

—Miller, usted no es judío, es ario, es de los nuestros. ¿Qué le hemos hecho, dígame, por Dios, qué le hemos hecho?

Miller se desasíó.

—Si todavía no lo sabe, Herr doctor, nunca lo comprenderá.

—¡Bah! Ustedes los jóvenes son todos iguales. ¿Por qué no pueden hacer lo que se les manda?

—Porque somos así. Por lo menos, yo soy así.

El hombre le miró entornando los ojos.

—Usted no es un estúpido, Miller; pero se porta como si lo fuese. Como una de esas ridículas criaturas que se demuestran gobernadas por lo que llaman su conciencia. Pero estoy empezando a dudarlo. Parece que tenga usted un interés personal en el asunto.

Miller dio media vuelta para marcharse.

—Puede que lo tenga —dijo, y empezó a alejarse por el vestíbulo.

VIII

Miller no tuvo dificultad en encontrar la casa, situada en una tranquila calle residencial adyacente a la vía principal del municipio londinense de Wimbledon. Salió a abrir el propio Lord Russell, hombre de casi setenta años, con un *cárdigan* de punto y una corbata de lazo. Miller se presentó.

—Ayer almorcé con míster Anthony Cadbury en Bonn —dijo. Me dio una carta de presentación para usted. Quisiera que me permitiese hablar con usted, señor.

Lord Russell lo miró, con extrañeza, desde el umbral.

—¿Cadbury? ¿Anthony Cadbury? No recuerdo...

—Es un corresponsal de Prensa británico —dijo Miller—. Estaba en Alemania cuando terminó la guerra. Informaba acerca de los juicios por crímenes de guerra en los que usted actuó de juez auditor. Josef Kramer, y otros, de Belsen. ¿Recuerda esos juicios?

—Claro que los recuerdo. Sí, Cadbury, el periodista, ahora me acuerdo. Hace años que no lo veo. Bueno, no se quede ahí, hace frío y yo ya no soy joven. Pase, pase.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y cruzó el recibidor. Miller entró y cerró la puerta al viento helado del primer día de 1964. A una indicación de Lord Russell, colgó el abrigo en el recibidor y siguió al dueño de la casa hasta la sala de estar, donde ardía un buen fuego.

Miller le entregó la carta de Cadbury. Lord Russell la leyó rápidamente y arqueó las cejas.

—¡Hum...! Ayudarle a descubrir el paradero de un nazi. ¿Eso le trae hasta aquí? —Miró a Miller fijamente y, antes de que el alemán pudiera responder, continuó—: Bueno, siéntese, siéntese, no ganaremos nada quedándonos de pie.

Se sentaron en unas floreadas butacas, frente a la chimenea.

—¿Cómo es que un joven reportero alemán se dedica a perseguir nazis? —

preguntó Lord Russell sin preámbulos.

Miller quedó desconcertado ante tan brusca acometida.

—Será mejor que empiece por el principio —dijo.

—Sí, será lo mejor.

El inglés se inclinó y sacudió el resto de tabaco de la pipa en un rincón del hogar. Mientras Miller hablaba, él llenó la pipa, la encendió, y cuando el alemán terminó su relato, estaba lanzando bocanadas de humo, muy satisfecho.

—Espero que mi inglés resulte inteligible —dijo Miller, al ver que el antiguo letrado no hacía comentarios.

Lord Russell pareció salir de un ensueño.

—¡Oh, sí, sí! Mucho más que mi alemán, después de tantos años. Eso se olvida, ¿sabe?

—Respecto al asunto de Roschmann... —empezó Miller.

—Sí, interesante, muy interesante. Y usted quiere encontrarlo. ¿Por qué?

La pregunta estaba hecha a bocajarro. Miller vio que los ojos del anciano le miraban con perspicacia.

—Tengo mis razones —dijo fríamente—. Creo que debería comparecer ante los jueces.

—Eso creemos todos; pero, ¿se logrará?, ¿se logrará algún día?

Miller respondió con decisión:

—Si lo encuentro, será juzgado. Le doy mi palabra.

El Lord inglés no parecía impresionado. De la pipa se elevaban, en perfecta cadencia, ligeras nubes de humo. La pausa se prolongaba.

—Lo importante, Milord, es: ¿se acuerda usted de él?

Lord Russell pareció sobresaltarse.

—¿Que si me acuerdo? ¡Oh, sí! Me acuerdo de él. Por lo menos, del nombre. Ojalá me acordara también del rostro. Con los años va perdiendo uno la memoria, ¿sabe? Y por aquel entonces había tanta gente de ésa...

—Su Policía Militar lo detuvo en Graz el veinte de diciembre de mil novecientos cuarenta y siete.

Miller sacó del bolsillo interior las dos fotocopias de los retratos de Roschmann y las entregó a su interlocutor. Lord Russell examinó las dos fotos, la de frente y la de perfil, se levantó y se puso a pasear por la sala, pensativo.

—Sí —dijo al fin—. Ya lo tengo. Ahora lo recuerdo. La Seguridad Militar de Graz me envió el expediente a Hannover unos días después. De ahí, de nuestra oficina de Hanover, obtendría Cadbury la información. —Se detuvo y se volvió

hacia Miller—. ¿Dice usted que el tres de abril de mil novecientos cuarenta y cinco lo vio Tauber pasar por Magdeburgo en un coche con otros hombres?

—Eso dice en su Diario.

—¡Hum! Dos años y medio antes de que lo detuviéramos nosotros. ¿Sabe dónde estuvo durante todo ese tiempo?

—No.

—En un campo de prisioneros de guerra británico. ¡Qué cara! Sí, joven; procuraré ayudarle a llenar huecos.

El coche que llevaba a Eduard Roschmann y sus compañeros de la SS pasó por Magdeburgo, e inmediatamente viró hacia el Sur, en dirección a Baviera y Austria. Antes de finalizar el mes de abril, habían llegado a Munich, donde se separaron. Por aquellas fechas, Roschmann vestía uniforme de cabo del Ejército alemán. Su documentación estaba a su nombre pero en ella se le describía como miembro del Ejército.

Al sur de Munich, las columnas del Ejército norteamericano barrían Baviera. Su mayor preocupación no era la población civil, quebradero de cabeza puramente administrativo, sino el rumor de que la plana mayor nazi iba a atrincherarse en los Alpes bávaros, en torno a la casa que Hitler tenía en Berchtesgaden, y resistir hasta la muerte. Las columnas de Patton, que avanzaban por Baviera, apenas prestaban atención a los centenares de soldados alemanes que deambulaban sin armas por la región.

Marchando de noche a campo traviesa y escondiéndose de día en cabañas de leñadores y graneros, Roschmann cruzó la frontera de Austria, frontera que no había existido desde que en 1938 se anexionó Hitler a la nación austríaca, y se dirigió hacia el Sur, camino de Graz, su ciudad natal. Allí conocía a gente que le ayudaría a esconderse.

Al llegar a las afueras de Viena, dio un rodeo, rehuyendo la capital. Casi había conseguido su propósito cuando, el 6 de mayo, una patrulla británica le dio el alto. Él cometió la tontería de echar a correr. Cuando se metía entre los matorrales que crecían al borde de la carretera, una lluvia de balas cayó sobre los arbustos. Uno de los proyectiles le atravesó el pecho, perforándole un pulmón. Los soldados británicos, tras un rápido registro en la oscuridad, siguieron su camino, dejándolo herido en el bosque desde donde, arrastrándose, consiguió llegar hasta una granja situada a un kilómetro de distancia.

Dio al granjero el nombre de un médico de Graz, conocido, y el hombre sacó la bicicleta y se fue a buscarlo, en plena noche, desafiando el toque de queda. Roschmann tardó tres meses en curar, siendo atendido por sus amigos, primero en la granja, y después, en una casa del mismo Graz. Cuando se levantó de la cama, hacía tres meses que había terminado la guerra, y Austria estaba ocupada por las cuatro potencias aliadas. Graz se encontraba en el centro de la zona británica.

Todos los soldados alemanes debían permanecer dos años en un campo de prisioneros de guerra. Roschmann pensó que aquél sería el lugar más seguro para él, y se entregó. Durante dos años, desde agosto de 1945 hasta agosto de 1947, mientras se procedía a la busca de los peores asesinos SS reclamados por las autoridades, Roschmann permaneció tranquilamente en el campo de prisioneros. Al entregarse dio el nombre de un amigo que se enroló en el Ejército y murió en el norte de África.

Había tantos miles de soldados alemanes que carecían de documentos de identidad, que los aliados aceptaban como verdadero el nombre que daba cada cual. No disponían de tiempo ni de medios para comprobar la identidad de los cabos del Ejército. En el verano de 1947, Roschmann fue puesto en libertad. Le pareció que ya no había peligro en abandonar el refugio del campo. Se equivocaba.

Uno de los supervivientes del campo de Riga, un vienés, había jurado también vengarse de Roschmann. El hombre recorría las calles de Graz, en espera de que Roschmann regresara a casa de sus padres o a la de su esposa, Hella Roschmann con la que había contraído matrimonio en 1943, durante un permiso.

Al ser puesto en libertad, Roschmann se quedó trabajando de jornalero en las afueras de Graz. Hasta que, el 20 de diciembre de 1947, decidió ir a su casa para pasar la Navidad con su familia. El viejo estaba esperándole. Desde detrás de una columna, vio la figura alta y delgada, de pelo rubio y ojos azules y fríos, que se acercaba a la casa de Hella Roschmann, miraba varias veces a uno y otro lado, llamaba a la puerta y entraba.

Antes de una hora, dos corpulentos sargentos del Servicio de Seguridad Militar británico, conducidos por el antiguo recluso de Riga, llamaban a la puerta de la casa, entre desconcertados y escépticos. Durante un rápido registro, encontraron a Roschmann debajo de una cama. De haber reaccionado con entereza, invocando un error de identificación, acaso hubiera conseguido hacer

creer a los dos sargentos que el viejo se había confundido. Pero al esconderse debajo de la cama se delató. Fue conducido al cuartel general del Servicio de Seguridad, donde el comandante Hardy, tras un breve interrogatorio, lo mandó encerrar en un calabozo, al tiempo que solicitaba documentación a Berlín y a la oficina norteamericana en poder de la cual obraba el fichero de la SS.

La confirmación se recibió a las cuarenta y ocho horas, y se dio la campanada. Mientras se esperaba que las autoridades rusas con sede en Potsdam respondieran a la petición británica de ayuda para formular la acusación por lo sucedido en Riga, los norteamericanos solicitaron que Roschmann fuera trasladado temporalmente a Munich, para declarar en Dachau, donde los norteamericanos juzgaban a otros hombres de la SS que habían actuado en los campos establecidos en torno a Riga. Los ingleses accedieron a la petición.

A las seis de la mañana del 8 de enero de 1948, Roschmann, custodiado por un sargento de la Real Policía Militar y otro del Servicio de Seguridad Militar, subía en Graz a un tren con destino a Munich, vía Salzburgo.

Lord Russell dejó de pasear por la sala, se acercó a la chimenea y vació la pipa.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Miller.

—Que escapó —respondió Lord Russell.

—¿Cómo?

—Escapó. Saltando por la ventana del lavabo, con el tren en marcha. Durante el viaje, se quejó de que la comida de la prisión le había producido diarrea. Cuando sus guardianes forzaron la puerta, él ya había desaparecido en la nieve. No consiguieron encontrarlo. Se organizó la búsqueda, desde luego; pero él ya habría conseguido ponerse en contacto con alguno de los grupos que preparaban la fuga de los antiguos nazis. Dieciséis meses después, en mayo de mil novecientos cuarenta y nueve, fue fundada su nueva República, y nosotros traspasamos todos los expedientes a Bonn.

Miller acabó de escribir en su bloc.

—¿Y ahora, adónde puedo dirigirme?

Lord Russell resopló.

—Imagino que a sus autoridades. Conoce ya la vida de Roschmann desde que nació hasta el ocho de enero de mil novecientos cuarenta y ocho. El resto compete a las autoridades alemanas.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Miller, temiendo oír la respuesta.

—Tratándose de Riga, supongo que el caso cae dentro de la jurisdicción del

fiscal general de Hamburgo —dijo Lord Russell.

—Ya estuve allí.

—¿Y no fueron de gran ayuda?

—De ninguna ayuda.

—No me sorprende —sonrió Lord Russell—. ¿Ha probado en Ludwigsburg?

—Sí; se mostraron muy amables, pero tampoco pueden ayudarme. Va contra el reglamento.

—Bueno, pues ahí terminan las vías oficiales de investigación. Sólo queda un camino. ¿Ha oído hablar de Simón Wiesenthal?

—¿Wiesenthal? El nombre me suena, pero no acabo de precisar...

—Vive en Viena; es un judío oriundo de la Galitzia polaca, que pasó cuatro años en campos de concentración. Recorrió doce en total, y al terminar la guerra decidió dedicar su vida a buscar a los criminales nazis reclamados. Aunque, no vaya usted a creer, él nunca recurre a la violencia. Simplemente, va reuniendo toda la información que puede, y cuando está convencido de haber localizado a alguno —generalmente, aunque no siempre, bajo nombre supuesto—, avisa a la Policía. Si ésta no actúa, él convoca una conferencia de Prensa y expone el caso. Desde luego, Wiesenthal no es muy popular en los medios oficiales alemanes y austríacos. El hombre sostiene que no se castiga a los asesinos nazis con todo el rigor que merecen, ni se persigue a los emboscados con suficiente tesón. Los antiguos miembros de la SS lo aborrecen con toda su alma, y un par de veces han tratado de asesinarlo; los burócratas piensan que ojalá los dejara en paz, y un montón de gente le considera un gran hombre y procura ayudarle en todo lo que puede.

—Sí, ahora lo recuerdo. ¿No fue él quien identificó a Adolf Eichmann?

Lord Russell asintió.

—Lo identificó en la persona del supuesto Ricardo Klement, residente en Buenos Aires. Los israelíes hicieron el resto. Y ha descubierto a varios cientos más de criminales nazis. Si se conocen más datos acerca de su Eduard Roschmann, él los tendrá.

—¿Usted lo conoce? —preguntó Miller.

—Sí. Le daré una carta para él. Va a verle mucha gente, en busca de información. Será mejor que le lleve una carta.

Lord Russell se sentó ante su escritorio, tomó una hoja de papel blasonado, escribió rápidamente unas líneas, la metió en un sobre y lo cerró.

—Buena suerte —dijo, mientras acompañaba a Miller hasta la puerta—. Va a

necesitarla.

A la mañana siguiente, Miller regresó a Colonia en un avión de la «BEA», recogió su coche y, vía Stuttgart, Munich, Salzburgo y Linz, siguió viaje a Viena. Invirtió dos días en el recorrido.

Pernoctó en Munich. Tenía que conducir despacio; las autopistas estaban cubiertas de nieve helada, y en muchos tramos la calzada utilizable se había reducido a un solo carril, a pesar de que las quitanieves trabajaban sin descanso. Al día siguiente se puso en camino muy temprano, y hubiera llegado a Viena a la hora del almuerzo de no ser por la larga parada que tuvo que hacer en Bad Tolz, al sur de Munich.

En un tramo de autopista, que discurría entre grandes bosques de abetos, había varias señales de «Stop» que detenían el tránsito. En el arcén había un automóvil de la Policía, cuya luz azul giratoria advertía a los automovilistas de una anomalía. Dos policías con chaqueta blanca, situados en el centro de la calzada, mandaban parar a todos los coches. En el otro lado, se hacía lo mismo con el tránsito que se dirigía hacia el Norte. A derecha e izquierda de la autopista, una carretera de montaña surcaba el bosque, y en la intersección, dos soldados con traje de invierno, blandiendo sendos bastones iluminados con pilas, esperaban para hacer señales a algo que estaba oculto entre los árboles.

Miller se consumía de impaciencia. Al fin, bajó el cristal de la ventanilla y preguntó a uno de los policías.

—¿Qué sucede? ¿Por qué esta parada?

El policía se le acercó, cachazudo y sonriente.

—Es el Ejército —dijo—. Están de maniobras. Por aquí cruzará dentro de un momento una columna de tanques.

Quince minutos después apareció el primero, asomando entre los árboles su largo cañón como un paquidermo que olfateara el peligro en el aire. Luego, su cuerpo achatado salió a la carretera y se alejó entre ruidos metálicos y roncar de motores.

El sargento de primera Ulrich Frank era un hombre feliz. A los treinta años había realizado la ambición de su vida: mandar un tanque. Nunca olvidaría el día en que había concebido esta ambición: era el 10 de enero de 1945. Él tenía diez años, y alguien lo llevó al cine en su ciudad natal de Mannheim. Durante los noticiarios, llenaban la pantalla los tanques «King Tiger» de Hasso von

Manteuffel, que iban al encuentro de los norteamericanos y británicos.

Ulrich contemplaba con emoción las embozadas figuras de los comandantes con casco de acero y anteojos, que asomaban por la torreta. Aquello constituyó un hito en la vida de Ulrich Frank, el niño de diez años. Al salir del cine, había hecho un voto: el de que un día mandaría un tanque.

Tardó diecinueve años, pero lo logró. En aquellas maniobras de invierno que se realizaban en los bosques de Bad Tolz, el sargento de primera Ulrich Frank mandaba su primer tanque, un «Patton M-48» de fabricación norteamericana.

Aquellas serían las últimas maniobras del «Patton». En el campamento los esperaba una partida de relucientes «AMX-13» franceses, con los que se iba a equipar a la unidad. El «AMX», más rápido y mejor armado que el «Patton», sería suyo antes de una semana.

El sargento miró la cruz negra del nuevo Ejército alemán, pintada a un lado de la torreta, y el nombre del tanque grabado debajo, y sintió un poco de pena. Aunque sólo lo había mandado seis meses, siempre sería su primer tanque, su favorito. Le había puesto el nombre de *Drachenfels*, «La roca del dragón», como la peña que se alza a orillas del Rin donde Martín Lutero, mientras traducía la Biblia al alemán, vio al diablo y le arrojó el tintero a la cara. El sargento Frank suponía que el «Patton» sería destinado a chatarra.

Después de hacer una última parada al otro lado de la autopista, el «Patton» y su tripulación empezaron a subir la cuesta y desaparecieron en el bosque.

Miller llegó por fin a Viena a media tarde del 4 de enero. Sin detenerse a buscar alojamiento, se dirigió al centro de la ciudad y preguntó por dónde se iba a la Rudolf Platz.

No le costó mucho trabajo encontrar el número siete. Consultó la lista de inquilinos y, en el tercer piso, había un rótulo que decía: «Centro de Documentación». Subió y llamó a la puerta, pintada de color crema. Antes de recorrer el cerrojo, alguien lo observó por la mirilla. La puerta se abrió y en el umbral apareció una bonita muchacha rubia.

—¿Qué desea?

—Me llamo Miller, Peter Miller. Deseo hablar con Herr Wiesenthal. Traigo una carta de presentación.

Sacó la carta y la entregó a la muchacha. Ella la miró dubitativamente, sonrió y le dijo que aguardara un momento.

Varios minutos después reapareció la joven al extremo del pasillo al que daba acceso el pequeño recibidor y le hizo seña de que se acercara.

—Por aquí, haga el favor.

Miller cerró la puerta de la escalera y siguió a la muchacha por el pasillo, que formaba un ángulo, hasta el extremo del piso. A mano derecha había una puerta abierta. Cuando Miller entró, un hombre se levantó para saludarle.

—Pase, por favor —dijo Simón Wiesenthal.

Era más corpulento de lo que Miller esperaba; debía de medir más de uno noventa, y se mantenía ligeramente encorvado, como si constantemente estuviese buscando un papel extraviado. Vestía una gruesa chaqueta deportiva y tenía en la mano la carta de Lord Russell.

El despacho era muy pequeño, y en él parecía haber más cosas de las que podía contener con holgura. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de estanterías repletas de libros. La pared situada frente a la puerta ostentaba pergaminos y diplomas de más de una docena de asociaciones de antiguas víctimas de la SS. En la otra pared había un largo sofá, también lleno de libros, y a la izquierda de la puerta, una ventana que daba a un patio. El escritorio estaba a cierta distancia de la ventana. Miller tomó asiento frente a él, en la silla de las visitas. El cazador de nazis vienés se instaló detrás de su mesa y releyó la carta de Lord Russell.

Le abordó sin preámbulos:

—En su carta dice Lord Russell que busca usted a un asesino de la SS.

—Sí; eso es.

—¿Puedo saber su nombre?

—Roschmann, capitán Eduard Roschmann.

Simón Wiesenthal arqueó las cejas y silbó levemente.

—¿Ha oído hablar de él? —preguntó Miller.

—¿De *el Carnicero de Riga*? Es uno de los cincuenta primeros de mi lista de reclamados —dijo Wiesenthal—. ¿Puedo saber por qué está interesado por él?

Miller empezó a explicarle el caso brevemente.

—Creo que será preferible que empiece por el principio —dijo Wiesenthal—. ¿Qué Diario es éste?

Era la cuarta vez, después de sus entrevistas con el hombre de Ludwigsburg, con Cadbury y con Lord Russell, que Miller contaba la historia. Cada vez se alargaba ésta un poco, y él conocía una nueva etapa de la vida de Roschmann. Terminó su relato con el episodio que le había contado Lord Russell.

—Lo que ahora necesito saber es adónde fue cuando saltó del tren —concluyó.

Simón Wiesenthal miraba los copos de nieve que caían al patio del bloque de viviendas, situado tres pisos más abajo.

—¿Ha traído el Diario? —preguntó al fin. Miller se inclinó, lo sacó de la cartera de mano y lo puso encima de la mesa. Wiesenthal lo hojeó con interés—. Es fascinante —dijo. Miró a Miller y sonrió—. De acuerdo, acepto la historia.

—¿Dudaba de que fuera auténtica?

Simón Wiesenthal le miró fijamente.

—Siempre cabe una duda, Herr Miller. Esa historia es muy extraña. No me explico qué puede impulsarle a perseguir a Roschmann.

—Soy periodista —dijo Miller, encogiéndose de hombros—. Y ésa es una buena historia.

—Pero no una historia que pueda usted vender a la Prensa ni que vaya a compensarle de que invierta en ella todos sus ahorros. ¿Está seguro de que no existe un motivo personal?

Miller rehusó dar una respuesta concreta.

—Usted es la segunda persona que me lo pregunta. Hoffmann, del *Komet*, me dijo lo mismo. ¿Qué motivo puede existir? No tengo más que veintinueve años. Todo eso ocurrió antes de mi época.

—Tiene razón. —Wiesenthal miró su reloj y se levantó—. Ya son las cinco, y en invierno me gusta llegar pronto a casa para estar con mi mujer. ¿Me presta el Diario para leerlo esta noche?

—Desde luego.

—Muy bien. Entonces vuelva el lunes por la mañana. Veremos si puedo decirle algo nuevo sobre Roschmann.

Miller volvió a la casa de la Rudolf Platz a las diez de la mañana del lunes. Encontró a Simón Wiesenthal abriendo la correspondencia. Cuando el periodista entró en el despacho, Wiesenthal levantó la cabeza y, con un ademán le invitó a sentarse. Durante algún tiempo, ambos hombres guardaron silencio, mientras el cazador de nazis abría cuidadosamente los sobres.

—Guardo los sellos —explicó—. Por eso procuro no estropear el sobre.

Siguió trabajando durante varios minutos.

—Anoche, en casa, leí el Diario. Es un documento extraordinario.

—¿Le causó sorpresa? —preguntó Miller.

—¿Sorpresa? El contenido, no. Todos pasamos parecidas vicisitudes. Con ciertas variaciones, naturalmente. Pero es un relato tan preciso... Tauber hubiera sido el testigo perfecto. Lo observaba todo, incluso los menores detalles, y tomaba nota sobre la marcha. Eso es muy importante para obtener una sentencia condenatoria en un tribunal alemán o austríaco. Pero ha muerto.

Miller reflexionó un momento y levantó la mirada hacia su interlocutor.

—Herr Wiesenthal, que yo recuerde, usted es el primer judío que haya pasado por todo aquello, con el que yo he podido hablar detenidamente. En su Diario, Tauber escribió algo que me sorprendió. Dice que la culpa colectiva no existe. Y, sin embargo, a los alemanes, desde hace veinte años, se nos viene repitiendo que todos somos culpables ¿Usted lo cree así?

—No —negó terminantemente el cazador de nazis—. Tauber tenía razón.

—¿Cómo puede decir eso, si asesinamos a millones de personas?

—Porque usted no estuvo allí. Usted no mató a nadie. Como dice Tauber, lo desesperante es que los verdaderos asesinos no hayan sido llevados ante el tribunal.

—Entonces, ¿quién mató a toda esa gente?

Simón Wiesenthal lo miró de hito en hito.

—¿Sabe usted algo acerca de las distintas ramas de la SS? ¿Acerca de los departamentos de la SS que fueron responsables de la muerte de esos millones de personas? —preguntó.

—No.

—Pues voy a explicárselo. Usted habrá oído hablar de la Central de Administración Económica del Reich, la encargada de explotar a las víctimas antes de que fueran asesinadas, ¿no?

—Sí, he leído alguna cosa.

—Su labor era la parte central de la operación —dijo Herr Wiesenthal—. Además, estaba el trabajo de identificar a las víctimas entre el resto de la población, aprehenderlas, transportarlas y, una vez habían dejado de rendir económicamente, asesinarlas.

»Esto era tarea de la RSHA, Oficina Central de Seguridad del Reich, la que en realidad mató a esos millones de personas. El hecho de que en el nombre de esta Oficina aparezca la palabra “Seguridad” se debe a la estrambótica idea de los nazis de que las víctimas representaban una amenaza para el Reich y era preciso tomar medidas de seguridad contra ellas. Entraban también en las

funciones de la RSHA las tareas de detener, interrogar y recluir en campos de concentración a otros enemigos del Reich, como comunistas, socialdemócratas, liberales, cuáqueros, periodistas y sacerdotes que se expresaban imprudentemente, guerrilleros de los países ocupados y, finalmente, oficiales del Ejército, como el mariscal Erwin Rommel y el almirante Wilhelm Canaris, ambos asesinados por sospechosos de abrigar sentimientos antihitlerianos.

»La RSHA se dividía en seis departamentos, llamados Amts o secciones. La Sección Primera era la encargada de la administración y personal; la Sección Segunda, del equipo y contabilidad; la Sección Tercera era el temible Servicio de Seguridad, dirigido por Reinhard Heydrich, asesinado en Praga en mil novecientos cuarenta y dos y, posteriormente, por Ernst Kaltenbrunner, ahorcado por los aliados. Sus equipos proyectaban las torturas que se empleaban para hacer hablar a los sospechosos, tanto en el interior de Alemania como en los territorios ocupados.

»La Sección Cuarta era la Gestapo, dirigida por Heinrich Muller (que todavía no ha sido hallado), cuya Oficina de Asuntos Judíos, departamento B cuatro estaba dirigida por Adolf Eichmann, ejecutado por los israelíes en Jerusalén, tras haber sido raptado en la Argentina. La Sección Quinta era la Policía Criminal, y la Sección Sexta, el Servicio Exterior de Inteligencia.

»El jefe de la Sección Tercera, cargo que ostentaron sucesivamente Heydrich y Kaltenbrunner, era también el jefe superior de toda la RSHA, siendo su delegado el jefe de la Sección Primera. Este era Bruno Streckenbach, general de tres estrellas de la SS, que actualmente tiene un empleo muy remunerador en unos grandes almacenes de Hamburgo, y vive en Vogelweide.

»Por tanto, si buscamos responsabilidades, vemos que la mayor parte de la culpa recae en estos dos departamentos de la SS, y los hombres complicados son unos cuantos miles, no los millones que hoy componen la población de Alemania. La teoría de la culpa colectiva de sesenta millones de alemanes, entre los que se cuentan millones de niños, mujeres, jubilados, soldados, marinos y aviadores que nada tuvieron que ver con el holocausto, fue inventada por los aliados, pero luego los antiguos miembros de la SS se han beneficiado de ella. Es su mejor aliado, pues, a diferencia de la mayoría de los alemanes, ellos comprenden que mientras no se discuta, nadie se dedicará a buscar asesinos concretos o, por lo menos, no lo hará con ahínco. De modo que incluso actualmente los asesinos de la SS se escudan en la teoría de la culpa colectiva.

Miller meditó acerca de lo que había oído. La magnitud de las cifras le

aturdía. No conseguía imaginar a cuarenta millones de personas individualmente. Resultaba más fácil recordar a un muerto tendido en una camilla, en una calle de Hamburgo, bajo la lluvia.

—¿Cree usted que Tauber se suicidó por el motivo que imaginamos?

Herr Wiesenthal contemplaba dos magníficos sellos africanos pegados a uno de los sobres.

—Creo que tenía razón al pensar que nadie le creería si declaraba que había visto a Roschmann en la escalera de la Opera. Si en verdad pensaba eso, creo que estaba en lo cierto.

—Pero ni siquiera avisó a la Policía —objetó Miller.

Simón Wiesenthal rasgó otro sobre, examinó su contenido y, tras una pausa, respondió:

—No. Teóricamente, él debió denunciar el caso; pero no creo que hubiera servido de algo. Por lo menos, en Hamburgo.

—¿Qué hay de malo en Hamburgo?

—¿Estuvo usted en la Oficina del fiscal general de allí? —preguntó Wiesenthal suavemente.

—Sí; pero no se mostraron muy serviciales.

Wiesenthal le miró.

—Lamento decirle que en esta oficina el departamento del fiscal general de Hamburgo tiene cierta fama. Vamos a tomar, por ejemplo, el hombre del que le hablaba antes y al cual alude también Tauber en su Diario: el jefe de la gestapo y general de la SS, Bruno Streckenbach. ¿Recuerda el nombre?

—Desde luego. ¿Qué puede decirme de él?

Simón Wiesenthal hurgó en un montón de papeles que tenía encima de la mesa, extrajo una hoja y se quedó mirándola.

—Aquí está —dijo—. Conocido por la justicia de Alemania Occidental bajo la referencia de Documento ciento cuarenta y uno JS setecientos cuarenta y siete/sesenta y uno. ¿Quiere saber de él?

—Tengo tiempo —dijo Miller.

—Bien. Escuche: antes de la guerra, jefe de la Gestapo en Hamburgo. Después ascendió rápidamente hasta ocupar un alto cargo en la SD y la SP, respectivamente Servicio de Seguridad y Servicio de Policía de la RSHA. En mil novecientos treinta y nueve reclutaba brigadas de exterminadores en la Polonia ocupada. A fines de mil novecientos cuarenta era jefe de las secciones SD y SP de la SS en Polonia, el llamado Gobierno General, con sede en Cracovia.

Durante aquel período, las unidades de la SD y la SP exterminaron en Polonia a miles de personas, principalmente mediante la operación «AB».

»A principios de mil novecientos cuarenta y uno, Streckenbach fue ascendido a jefe de personal de la SD, y regresó a Berlín. Como ya le dije, el departamento de personal era la Sección Tercera de la RSHA. Su superior inmediato era Reinhard Heydrich. Poco antes de la invasión de Rusia, Streckenbach ayudó a organizar las brigadas de exterminio que seguían al Ejército. En su calidad de jefe de personal, él elegía a los hombres, todos los cuales pertenecían a la rama de la SD.

»Luego, fue ascendido nuevamente, esta vez a jefe de personal de las seis secciones de la RSHA, aunque siguió siendo subdirector general de la RSHA a las órdenes de Heydrich y, posteriormente, a las de Kaltenbrunner, cuando aquél fue asesinado por los guerrilleros checos en 1942, asesinato que dio ocasión a las represalias de Lidice. Desde este puesto, que ocupó hasta el final de la guerra, tenía las manos libres para elegir a los miembros que debían formar las fanáticas brigadas de exterminio y las unidades regulares de la SD, en todos los territorios orientales ocupados por los nazis.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Miller.

—Paseando tranquilamente por Hamburgo —respondió Wiesenthal.

Miller le miró, asombrado.

—Pero, ¿no lo han detenido?

—¿Quién quiere que lo haya detenido?

—La Policía de Hamburgo, naturalmente.

Simón Wiesenthal pidió a su secretaria una abultada carpeta titulada «Justicia - Hamburgo», de la que extrajo un papel, que dobló cuidadosamente por el centro, de arriba abajo, y puso delante de Miller de manera que sólo quedara visible la mitad de la izquierda.

—¿Conoce esos nombres? —preguntó.

Miller, frunciendo el ceño, leyó los diez nombres de la lista.

—Naturalmente. Hace varios años que soy reportero de sucesos en Hamburgo. Son importantes funcionarios de la Policía de Hamburgo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Desdoble la hoja —dijo Wiesenthal.

Miller lo hizo así. En el papel se leía:

Nom bre	N.º de afiliado al partido nazi	N.º de la SS	Grado	Fecha de ascenso
A.	---	455 336	Capitán	1- 3-42
B.	5 451 195	429 339	1º teniente	9-11-42
C.	---	353 004	1º teniente	1-11-41
D.	7 039 564	421 176	Capitán	21- 6-44
E.	---	421 445	1º teniente	9-11-42
F.	7 040 308	174 902	Comandante	21- 6-44
G.	---	426 553	Capitán	1- 9-42
H.	3 138 798	311 870	Capitán	30- 1-42
I.	1 867 976	424 361	1º teniente	20- 4-44
J.	5 063331	309 825	Comandante	9-11-43

—¡Caray! —exclamó Miller al terminar la lectura.

—¿Entiende ahora por qué un teniente general de la SS puede seguir paseándose tranquilamente por Hamburgo?

Miller miraba la lista con incredulidad.

—A eso debía referirse Brandt cuando me dijo que la Policía de Hamburgo no miraba con buenos ojos a los que se permitían hacer indagaciones acerca de la antigua SS.

—Probablemente. Y la Oficina del fiscal general tampoco se cuenta entre los centros más enérgicos de Alemania. Uno de los abogados trabaja con ahínco; pero ciertas partes interesadas han intentado varias veces echarlo a la calle.

La bonita secretaria se asomó a la puerta.

—¿Té o café? —preguntó.

Después del almuerzo, Miller volvió a la oficina de Wiesenthal.

Este había extendido varios papeles encima de la mesa, extraídos de su propio expediente sobre Roschmann. Miller se sentó frente a él, sacó su bloc de notas y esperó.

Simón Wiesenthal empezó a relatar las andanzas de Roschmann a partir del 8 de enero de 1948.

Ingleses y americanos habían acordado que, una vez hubiera prestado declaración en Dachau, Roschmann sería trasladado a la zona británica, probablemente Hannover, donde esperaría su propio juicio y su casi segura ejecución.

Pero él ya había comenzado a planear su fuga cuando aún estaba en la prisión de Graz.

Roschmann había conseguido ponerse en contacto con una organización

nazi, dedicada a facilitar evasiones, llamada «La estrella de seis puntas», que por cierto nada tenía que ver con el símbolo judío y cuyo nombre obedecía a que sus tentáculos abarcaban seis provincias de Austria.

A las seis de la mañana del día 8, Roschmann fue conducido al tren que esperaba en la estación de Graz. Una vez en el compartimento, se produjo una discusión entre el sargento de la Policía Militar, que pretendía que Roschmann conservara puestas las esposas durante todo el viaje, y el sargento del Servicio de Seguridad, que proponía que se las quitaran.

Roschmann influyó en el resultado de la discusión aduciendo que la comida de la cárcel le había producido diarrea y tenía que ir al lavabo. Lo acompañaron, le quitaron las esposas, y uno de los sargentos se quedó esperando en la puerta hasta que hubo terminado. Mientras el tren avanzaba por el nevado paisaje, Roschmann fue al lavabo tres veces.

Seguramente, durante estas visitas abrió varias veces la ventanilla, para conseguir que se deslizara con suavidad en las guías.

Roschmann comprendía que debía saltar antes de que los americanos se hicieran cargo de él en Salzburgo, pues la última parte del viaje, hasta la prisión de Munich, en la que sería custodiado por los norteamericanos, debía hacerse por carretera.

Pero las estaciones se sucedían, y el tren no aminoraba la marcha.

Paró en Hallein, y uno de los sargentos bajó al andén a comprar comida. Roschmann dijo que tenía que ir otra vez al lavabo, y el sargento del Servicio de Seguridad, el más benévolo de sus guardianes, lo acompañó hasta la puerta y le advirtió que no utilizara el water mientras el tren estuviera parado. Cuando el convoy salía de Hallein, a escasa velocidad, Roschmann saltó por la ventanilla sobre la gruesa capa de nieve. Los sargentos tardaron diez minutos en forzar la puerta, y cuando lo consiguieron, el tren corría cuesta abajo en dirección a Salzburgo.

La Policía consiguió averiguar que Roschmann había llegado hasta una pequeña casa de campo, donde se refugió.

Al día siguiente pasó de la Alta Austria a la provincia de Salzburgo, donde se puso en contacto con «La estrella de seis puntas». La organización lo colocó como simple obrero en una fábrica de ladrillos, mientras, por mediación de ODESSA, le conseguía un pasaje para el sur de Italia.

ODESSA estaba en estrecho contacto, por aquel entonces, con la oficina de reclutamiento de la Legión Extranjera francesa, en la cual se habían refugiado

docenas de antiguos soldados de la SS. A los cuatro días de establecido el contacto, un automóvil con matrícula francesa esperaba a la salida del pueblo de Ostermieting. A él subieron Roschmann y otros cinco fugitivos nazis.

El conductor, miembro de la Legión Extranjera, iba provisto de documentos que permitían a la expedición cruzar fronteras sin someterse a control, y llevó a los seis hombres de la SS hasta Merano, en Italia, donde el representante de ODESSA le hizo efectiva una fuerte suma por cada pasajero.

Desde Merano, Roschmann fue conducido a un campo de internamiento de Rimini, en cuyo hospital le fueron amputados los cinco dedos del pie derecho, que tenía congelados a consecuencia de la caminata que había tenido que hacer sobre la nieve cuando saltó del tren. Desde entonces usa una bota ortopédica.

En octubre de 1948 escribió, desde el campo de Rimini, a su esposa, a Graz.

Era la primera vez que usaba su nuevo nombre, Fritz Bernd Wegener.

Poco después fue trasladado a Roma, y cuando tuvo toda su documentación en regla, embarcó en Nápoles con rumbo a Buenos Aires.

Durante su estancia en la capital de Italia convivió con docenas de camaradas de la SS y del partido nazi.

Cuando llegó a la capital argentina, fue recibido por ODESSA, la cual lo alojó en casa de una familia alemana llamada Vidmar en la calle de Hipólito Irigoyen. Allí vivió varios meses en calidad de huésped. A principios de 1949 se le adelantó la suma de cincuenta mil dólares norteamericanos, procedentes de los fondos de Bormann, y montó un negocio de exportación de maderas sudamericanas para la construcción. La empresa se llamaba «Stemmler and Wegener», pues sus falsos documentos, obtenidos en Roma, acreditaban cumplidamente su identidad de Fritz Bernd Wegener, natural de la provincia italiana del sur del Tirol.

Contrató como secretaria a una joven alemana, Irmtraud Sigrid Muller, con la que contrajo matrimonio a principios de 1955, a pesar de que ya estaba casado y de que en Graz vivía aún Hella, su primera esposa. Pero Roschmann estaba poniéndose nervioso. En julio de 1952 Eva Perón, esposa del presidente argentino y eminencia gris, había muerto de cáncer. En 1955, el régimen de Perón tocó a su fin, y así lo intuyó Roschmann. Si Perón caía, sus sucesores tal vez retiraran la protección que éste había otorgado a los ex nazis. Así, Roschmann se trasladó a Egipto con su nueva esposa.

Allí pasó los tres meses del verano de 1955, y en el otoño volvió a Alemania Occidental. Nadie hubiera sospechado de él, a no ser por el despecho de una

mujer traicionada.

Durante aquel verano, Hella Roschmann, su primera esposa, le había escrito a Buenos Aires a casa de la familia Vidmar. Los Vidmar, que no conocían la nueva dirección de su antiguo huésped, abrieron la carta y contestaron a la señora Roschmann, de Graz, comunicándole que él había regresado a Alemania y que se había casado con su secretaria.

Hella reveló entonces a la Policía la verdadera identidad de Wegener, y se inició la búsqueda de Roschmann, acusado de bigamia.

Las señas del hombre que se hacía llamar Fritz Bernd Wegener circularon por toda Alemania Occidental.

—¿Y lo cogieron? —preguntó Miller.

Wiesenthal movió negativamente la cabeza.

—No; desapareció otra vez. Seguramente se esconde tras una nueva serie de documentos falsos y, con toda probabilidad, en Alemania.

»Sí, creo que Tauber pudo verlo. Ello concuerda con los hechos conocidos.

—¿Dónde está Hella Roschmann, su primera esposa? —preguntó Miller.

—Reside aún en Graz.

—¿Cree que pueda ser interesante hablar con ella?

Wiesenthal movió negativamente la cabeza.

—Lo dudo. Después del «soplo», no creo que Roschmann fuera a revelarles otra vez su paradero. Ni su nuevo nombre.

»Debió de encontrarse en una situación muy apurada cuando se descubrió que el supuesto Wegener era él. ¡La prisa que se daría en agenciarse nueva documentación!

—¿Quién pudo proporcionársela? —preguntó Miller.

—ODESSA seguramente.

—Pero, ¿qué es exactamente eso de ODESSA? Lo ha mencionado varias veces.

—¿Nunca ha oído hablar de ellos? —preguntó Wiesenthal.

—Nunca hasta hoy. —Simón Wiesenthal miró su reloj.

—Será mejor que vuelva mañana por la mañana. Entonces le hablaré detenidamente de ellos.

IX

A la mañana siguiente, Peter Miller volvió a la oficina de Simón Wiesenthal.

—Prometió usted hablarme de ODESSA —le dijo—. Ayer olvidé contarle cierto incidente; lo he recordado esta noche.

Le refirió la visita que el doctor Schmidt le hiciera al «Hotel Dreesen» para instarle a que abandonara la investigación sobre Roschmann.

Wiesenthal asintió, frunciendo los labios.

—Ya se ha tropezado usted con ellos —dijo—. No es propio de esa gente abordar de tal modo a un periodista, y mucho menos, apenas iniciada la investigación. Me pregunto qué puede Roschmann traerse entre manos que sea tan importante.

Durante dos horas, el cazador de nazis estuvo hablando de ODESSA; le dijo que en sus comienzos era una organización que se dedicaba a llevar a lugar seguro a los criminales de la SS reclamados por las autoridades, y que, posteriormente, se había convertido en una francmasonería de gran alcance para todos aquellos que un día llevaron el cuello negro y plateado, sus cómplices y sus encubridores.

Cuando, en 1945, entraron en Alemania los aliados y descubrieron los espantosos campos de concentración, se dirigieron, como era de esperar, a la población alemana para preguntar quién había cometido aquellas atrocidades. La respuesta fue: «La SS»; pero los hombres de la SS habían desaparecido.

¿Adónde habían ido? Unos estaban emboscados en Alemania y Austria, y otros habían huido al extranjero. Sin embargo, en ningún caso fue su desaparición resultado de una marcha improvisada. Y los aliados tardaron mucho tiempo en comprender que cada uno de aquellos hombres había preparado su fuga de antemano y con toda minuciosidad.

El peculiar patriotismo de los hombres de la SS queda reflejado en el afán demostrado por todos ellos —empezando por el propio Heinrich Himmler— en salvar la propia piel a costa de infligir los más duros sufrimientos al pueblo alemán. Heinrich Himmler, en noviembre de 1944, trató ya de agenciarse un salvoconducto mediante la gestión del conde Bernadotte, de la Cruz Roja sueca. Los aliados se negaron a dejarlo escapar. Los nazis y los SS arengaban a grito pelado al pueblo alemán para que siguiera luchando mientras llegaban las armas maravillosas que estaban prácticamente a la vuelta de la esquina; y entretanto, preparaban su marcha hacia un cómodo exilio. Ellos sabían que no había tales armas milagrosas y que la destrucción del Reich —y si dejaban hacer a Hitler, la de toda Alemania— era inevitable.

En el frente del Este se obligó al Ejército a luchar contra los rusos en condiciones inhumanas y a sufrir bajas increíbles no para ganar la victoria, sino tiempo, mientras los SS ultimaban sus planes de huida. Detrás del Ejército estaba la SS, que fusilaba y ahorcaba a todo soldado que diera un paso atrás, después de sufrir un castigo más terrible del que puede soportar un cuerpo humano. Miles de oficiales y soldados de la Wehrmacht murieron colgados de las sogas de la SS.

Los mandos de la SS desaparecieron en el último minuto antes del derrumbamiento final, demorado hasta seis meses después de que los jefes de la SS supieran que la derrota era inevitable. Abandonaron sus puestos en todo el país, se vistieron de paisano, metiéndose en el bolsillo sus falsos documentos, primorosamente elaborados —con sellos auténticos—, y se mezclaron con la caótica masa de gente que poblaba Alemania en mayo de 1945. Dejaron a los abuelos de la Milicia a las puertas de los campos de concentración, para que recibieran a los aliados; a la maltrecha Wehrmacht, camino de los campos de prisioneros de guerra, y a las mujeres y niños, desamparados, sin que importara si vivirían o morirían bajo el mando de los aliados en el crudo invierno siguiente.

Los que sabían que eran demasiado conocidos para pasar inadvertidos durante mucho tiempo, huyeron al extranjero. Y ahí empezaba a intervenir ODESSA, una organización constituida, poco antes del final de la guerra, cuya misión era ayudar a los SS a salir de Alemania y llevarlos a lugar seguro. ODESSA había establecido ya excelentes relaciones con la Argentina de Juan Perón, la cual había expedido varios cientos de pasaportes argentinos «en blanco», en los que el refugiado no tenía más que inscribir un nombre falso, pegar una fotografía, hacerla sellar por el complaciente cónsul argentino y embarcar para Buenos Aires o el Oriente Medio.

Miles de asesinos de la SS viajaban hacia el sur a través de Austria y de la provincia italiana del Tirol. Eran conducidos de refugio en refugio a lo largo de la ruta, la mayoría, al puerto de Génova, y otros, a Rimini y Roma. Ciertas organizaciones, algunas de ellas de índole caritativa —que teóricamente debían dedicar sus desvelos a los verdaderamente desamparados—, opinaban, ellas sabrían por qué, que los aliados perseguían a los refugiados de la SS con excesiva saña.

Entre los principales «Pimpinela Escarlata» de Roma que escamotearon a miles de perseguidos, figuraba un obispo alemán que se hallaba en la capital de Italia. Uno de los escondites más utilizados fue el enorme convento franciscano de Roma, donde se les ocultaba hasta que se disponía de los documentos y del pasaje para América del Sur. En algunas ocasiones, los SS viajaban con documentos de la Cruz Roja, y muchos de los pasajes fueron costeados por una entidad benéfica.

Esta fue la primera tarea de ODESSA, y puede considerarse un gran éxito. Nunca se sabrá cuántos miles de asesinos de la SS —que de haber sido apresados por los aliados hubieran pagado sus crímenes con la vida— pudieron llegar a lugar seguro gracias a la labor de ODESSA: sin duda alguna, más del ochenta por ciento de los que merecían la pena de muerte.

Después de establecerse confortablemente con el botín de sus asesinatos de masas remitido desde los Bancos suizos, ODESSA observó pacientemente cómo se enfriaban las relaciones entre los aliados de 1945. La idea primitiva de fundar rápidamente un IV Reich, fue abandonada por los jefes de ODESSA en América del Sur, que la consideraban impracticable; pero cuando en mayo de 1949, se fundó la nueva República de Alemania Occidental, los jefes de ODESSA se impusieron cinco nuevos objetivos.

El primero consistía en la infiltración de antiguos nazis en todos los organismos de la vida pública en la nueva Alemania. A partir de los últimos años cuarenta, antiguos miembros del partido nazi fueron introduciéndose en cada uno de los negociados del Estado —a todos los niveles—; en los bufetes de los abogados; en los estrados de los tribunales de justicia; en el cuerpo de Policía; en el Gobierno local, e incluso en los quirófanos. Desde estos puestos, por modestos que fueran, podían protegerse mutuamente del arresto y las investigaciones, ayudarse en la cuestión económica y, en general, procurar que la instrucción de los procesos de antiguos «camaradas» progresara lo menos posible, en el caso de no conseguir que se estancara de modo definitivo.

El segundo objetivo estribaba en penetrar en los mecanismos del poder político. Rehuyendo las altas esferas, los antiguos nazis se mezclaron en los organismos del partido gobernante, a nivel de barrio y de distrito. Ninguna ley impedía a un antiguo nazi unirse a un partido político. Tal vez sea coincidencia, pero ningún político conocido por su afán de exigir mayor energía en la investigación de los crímenes nazis, ha sido elegido por los cristianodemócratas ni por los socialistas, a nivel federal, ni siquiera al de los influyentes Parlamentos provinciales. Un político lo comentó en cierta ocasión, con acre simplicidad: «Es cuestión de matemáticas electorales. Seis millones de judíos muertos no votan. Cinco millones de antiguos nazis pueden votar, y votan en todas las elecciones».

El objetivo de este doble programa estaba claro. Consistía en demorar, si no en detener, la investigación y persecución de antiguos nazis. Para este esfuerzo, ODESSA contaba con un poderoso aliado: el convencimiento íntimo de cientos de miles de personas de haber contribuido —por poco que fuera— a lo que se había hecho, o de haber callado lo que sabían. Al cabo de los años, bien establecidos en sus profesiones y respetados en sus comunidades no podían acoger con simpatía la idea de que alguien hurgara en el pasado, y no digamos el peligro de que se mencionara su nombre ante un tribunal en que se juzgara a un antiguo nazi.

La tercera meta que ODESSA se propuso alcanzar en la nueva Alemania consistía en participar en la vida económica del país, el comercio y la industria. Con tal fin, hacia 1950, se estableció a determinados nazis en empresas propias, financiadas por los fondos bancarios de Zurich. Por poco que supiera administrarse, cualquier sociedad que en los primeros años cincuenta dispusiera de efectivo suficiente, podía beneficiarse plenamente del asombroso Milagro Económico de los años cincuenta y sesenta, y convertirse en negocio próspero y sólido. Con los beneficios obtenidos por estas compañías, se podía influir, mediante contratos de publicidad, en el enfoque periodístico de los crímenes nazis, financiar la propaganda de tendencia favorable a la SS, que circulaba en Alemania en forma de folletos, mantener en pie a ciertas editoriales ultraderechistas y brindar empleos a antiguos *Kameraden* que tuvieran apuros económicos.

El cuarto objetivo era, y sigue siendo, procurar la mejor defensa jurídica a todo nazi sometido a juicio. En los últimos años se desarrolló una técnica, que consistía en hacer que el acusado contratara a un abogado caro y brillante y,

después de varias sesiones, manifestara que no podía pagarle. Entonces, de acuerdo con lo establecido por las leyes de defensa jurídica, el tribunal podía nombrar asesor de la defensa al susodicho letrado. Pero en los años cincuenta, cuando volvieron de Rusia cientos de miles de prisioneros de guerra alemanes, los SS que no podían acogerse a la amnistía promulgada, eran conducidos al campo de Friadlan. Allí circulaban, entre ellos, unas muchachas que repartían tarjetas. En cada una de ellas figuraba el nombre del abogado que había sido asignado a cada cual.

El quinto objetivo era la propaganda. Esta podía tomar formas diversas, desde fomentar la distribución de folletos, hasta tratar oficiosamente de que fuera ratificado el Estatuto de Limitaciones, que eximía a los nazis de responsabilidad jurídica. En la actualidad se trata de llevar al ánimo de los alemanes de hoy que las cifras de muertos judíos, rusos, polacos y demás, son una minúscula fracción de las que dan los aliados —se afirma, por lo general, que los judíos muertos fueron cien mil—, y que la guerra fría entre Occidente y la Unión Soviética prueba que Hitler tenía razón.

Pero el fin primordial de la propaganda de ODESSA —fin que ha conseguido en muchas ocasiones— es convencer a los sesenta millones de alemanes actuales de que los SS eran unos patriotas, tanto como puedan serlo los soldados de la Wehrmacht, y que es preciso mantener la solidaridad entre antiguos camaradas. Esta es la más retorcida añagaza que podían emplear.

Durante la guerra, la Wehrmacht procuraba mantenerse a distancia de la SS, a la que miraba con repugnancia, y la SS, a su vez, trataba a la Wehrmacht con desprecio. Cuando se acercaba el fin, millones de jóvenes soldados de la Wehrmacht fueron a la muerte o al cautiverio en Rusia, para que los de la SS pudieran darse buena vida en otros países. Otros millares de hombres fueron ejecutados por la SS. Sólo en las represalias por el atentado de julio de 1944 contra Adolf Hitler, en el que los implicados no pasaban de cincuenta, murieron cinco mil.

Cómo los antiguos miembros del Ejército, de la Marina y de la Aviación pueden considerar a los SS dignos del título de *Kamerad*, de su protección y solidaridad, es un misterio. Y éste es el gran triunfo de ODESSA.

En general, ODESSA ha triunfado en su misión de contrarrestar el esfuerzo de la Alemania Occidental encaminado a descubrir y llevar a juicio a los asesinos de la SS. Y ha triunfado gracias a su inexorabilidad, volviéndose incluso contra aquellos de sus hombres que parecían dispuestos a confesar ante

las autoridades; gracias a los errores cometidos por los aliados entre 1945 y 1949; gracias a la guerra fría, y gracias a la proverbial cobardía de los alemanes ante un problema moral, que contrasta violentamente con su valor frente a una empresa de carácter militar o técnico, como la reconstrucción de Alemania.

Cuando Simón Wiesenthal acabó de hablar, Miller dejó el lápiz con el que había estado tomando abundantes notas y se recostó en el respaldo de la silla.

—No tenía ni la más remota idea —dijo.

—Son pocos los alemanes que la tienen —admitió Wiesenthal—. En realidad, muy poca gente sabe algo de ODESSA. Esa palabra apenas se menciona en Alemania. En Norteamérica, mucha gente del hampa niega rotundamente la existencia de la Mafia. Por análogo proceso, cualquier antiguo miembro de la SS negará la existencia de ODESSA. En realidad, esa palabra ya no se usa tanto como antes. Antes se dice la «Kameradschaft» esto es, la «Agrupación de camaradas», como tampoco la Mafia es ya la Mafia en América, sino «Cosa Nostra». Pero, ¿qué es un nombre? ODESSA sigue ahí, y seguirá mientras haya un criminal SS al que proteger.

—¿Y cree usted que tendré que enfrentarme con ellos? —preguntó Miller.

—Estoy absolutamente seguro. La advertencia que le hicieron en Bad Godesberg no podía venir de nadie más. Tenga cuidado: esos hombres son peligrosos.

Miller estaba pensando en otra cosa.

—Cuando Roschmann desapareció de nuevo en 1955, ¿dice usted que necesitaría otro pasaporte?

—Desde luego.

—¿Por qué precisamente el pasaporte?

Simón Wiesenthal se echó hacia atrás y movió afirmativamente la cabeza.

—Comprendo su extrañeza, y voy a explicárselo. Cuando terminó la guerra, en Alemania, y aquí, en Austria, había decenas de miles de personas que carecían de documentación. Algunas la habían perdido; otras, se desprendieron de ella por buenos motivos.

»Para obtener nuevos documentos, normalmente hubiera sido necesario presentar el certificado de nacimiento. Pero millones de personas habían huido de las antiguas provincias alemanas ocupadas por los rusos. ¿Quién iba a decir si un hombre nació o no en determinado pueblecito de la Prusia Oriental que había

quedado a varios kilómetros detrás del Telón de Acero? En otros casos, los edificios que albergaban los registros civiles fueron destruidos por las bombas.

»Así, pues, el proceso era sencillísimo. Lo único que se necesitaba era disponer de dos testigos que jurasen que uno era quien decía ser, y ya tenía su tarjeta de identidad. Muchos de los prisioneros de guerra carecían también de documentación. Al ponerlos en libertad, las autoridades británicas o norteamericanas del campo firmaban una nota en que se hacía constar que el cabo Johann Schumann había sido liberado del campo de prisioneros de guerra. El soldado presentaba esta nota a las autoridades civiles, las cuales expedían una tarjeta de identidad con el nombre que en ellas figuraba.

»Pero en muchos casos el soldado se limitaba a decir que se llamaba Johann Schumann. En realidad su nombre podía ser otro.

»Nadie lo comprobaba. Y de este modo cambiaba de identidad.

»Esto podía hacerse inmediatamente después de la guerra, época en que la mayoría de los criminales de la SS obtuvo su nueva identidad. Pero, ¿qué podía hacer el hombre que fue desenmascarado en 1955, como le ocurrió a Roschmann? No le era posible presentarse a las autoridades diciendo que perdió sus documentos durante la guerra. Le preguntarían cómo se las había arreglado durante los diez años transcurridos desde entonces. Por tanto, se imponía hacerse con un pasaporte.

—Hasta aquí está claro —admitió Miller—. Pero, ¿por qué precisamente un pasaporte y no un permiso de conducir o una tarjeta de identidad?

—Porque poco después de la constitución de la República Federal, las autoridades alemanas comprendieron que debía de haber cientos o miles de personas que vivían con nombre supuesto. Se necesitaba un documento bien controlado que pudiera servir de patrón para todos los demás. Y decidieron utilizar el pasaporte. En Alemania, para obtener el pasaporte hay que presentar el certificado de nacimiento, varias referencias y un sinfín de papeles, todos los cuales son comprobados minuciosamente antes de que se expida aquél.

»Por otra parte, una vez tiene usted el pasaporte, puede conseguir cualquier otro documento. Es la burocracia. A la vista del pasaporte, el funcionario deduce que, puesto que otros burócratas han tenido que comprobar la identidad del poseedor, no son necesarias más comprobaciones. Con un pasaporte nuevo, Roschmann no tendría dificultad en hacerse con el resto de los documentos — permiso de conducir, cuentas bancarias, cartas de crédito—. En la Alemania de hoy, el pasaporte es la piedra de toque para todos los documentos.

—¿Y quién podía proporcionárselo?

—ODESSA. Deben de contar con un falsificador que se los hace —opinó Herr Wiesenthal.

Miller reflexionó.

—Si diésemos con el falsificador de los pasaportes, tendríamos al hombre que hoy podría identificar a Roschmann, ¿no?

Wiesenthal se encogió de hombros.

—Tal vez sí. Pero sería difícil. Y para ello tendría uno que infiltrarse en ODESSA. Sólo alguien de la SS podría hacerlo.

—Entonces, ¿qué puedo hacer ahora? —preguntó Miller.

—Creo que lo mejor será que trate de ponerse en contacto con algún superviviente de Riga. No sé si podrían ayudarle, mas estoy seguro de que les gustaría hacerlo. Todos buscamos a Roschmann. Mire... —Abrió el Diario—. Aquí se menciona a una tal Olli Adler, de Munich, que estuvo con Roschmann durante la guerra. Tal vez consiguiera regresar a Munich.

Miller asintió.

—Si regresó, ¿dónde podrían darme razón?

—En el Centro de la comunidad judía. Aún existe. Posee un archivo de la comunidad judía de Munich, es decir, de lo que quedó de ella después de la guerra. Lo de antes se perdió. Yo, en su caso, probaría allí.

—¿Tiene usted la dirección?

Simón Wiesenthal consultó una libreta de direcciones.

—Reichenbach Strasse, veintisiete, Munich —dijo—. Supongo que querrá que le devuelva el Diario de Salomon Tauber, ¿verdad?

—Sí, lo siento.

—Lástima. Me hubiera gustado quedarme con él. Es un Diario excepcional.

Se levantó y acompañó más tarde a Miller hasta la puerta.

—Buena suerte —dijo—. Y téngame al corriente de sus progresos.

Miller, mientras cenaba aquella noche en la «Casa del dragón de oro», una cervecería y restaurante de la Steindelgasse, fundada en 1566, meditó acerca del consejo de Wiesenthal.

No tenía grandes esperanzas de encontrar en toda Alemania y Austria más que un puñado de supervivientes de Riga, y no creía que alguno de ellos pudiera ayudarle a averiguar el paradero de Roschmann.

Pero se podía intentar, era lo único que podía intentarse ya.

A la mañana siguiente salió para Munich.

X

Miller llegó a Munich a media mañana del 8 de enero y, con ayuda de un plano de la ciudad, que adquirió en un quiosco de periódicos de las afueras, se dirigió a la Reichenbach Strasse, 27. Después de estacionar el coche, contempló durante unos momentos el edificio del Centro de la comunidad judía. Se trataba de una casa de cinco pisos, sin balcones. La fachada de la planta baja era de piedra natural; el resto, de ladrillo y cemento. El quinto y último piso tenía una hilera de ventanas de buhardilla abiertas en el rojo tejado. En la puerta de entrada había una vidriera doble, y estaba situada en el extremo izquierdo del edificio.

La planta baja albergaba un restaurante *kosher*, el único de Munich. En el primer piso estaban las salas de descanso de la residencia de ancianos. Las oficinas y el archivo radicaban en el tercer piso, y en los dos últimos, estaban las habitaciones para invitados y los dormitorios de la residencia de ancianos. Al fondo había una sinagoga.

El edificio, por medio de bombas de gasolina arrojadas sobre el tejado, quedó destruido por completo la noche del viernes 15 de febrero de 1970. Siete personas murieron asfixiadas por el humo. En la sinagoga aparecieron poco después unas esvásticas pintadas.

Miller subió al tercer piso y entró en la oficina de Información. Mientras esperaba, miró a su alrededor. Había hileras de libros, todos nuevos, pues la biblioteca original fue incendiada por los nazis hacía ya mucho tiempo. Entre las estanterías había retratos de jefes de la comunidad judía, que se remontaban a varios siglos, maestros y rabinos de barba exuberante, que le hicieron pensar en los profetas de los libros de religión que hubo de estudiar en la escuela. Algunos llevaban filacterias alrededor de la frente, y todos se cubrían con sombrero.

Había una estantería de periódicos alemanes y hebreos. Supuso que estos últimos vendrían de Israel en avión. Un hombre bajo y moreno leía la primera página de uno de éstos.

—¿Qué desea?

Miller se dirigió al mostrador y vio tras él a una mujer de unos cuarenta y cinco años. Un mechón de pelo le caía sobre los ojos, y ella se lo echaba hacia atrás, con ademán nervioso, varias veces por minuto.

Miller hizo su pregunta: ¿Podían darle razón de Olli Adler que quizás hubiera regresado a Munich después de la guerra?

—¿De dónde tenía que regresar? —preguntó la mujer.

—De Magdeburgo, aunque anteriormente había estado en Stutthof, y antes, en Riga.

—¡Oh, Riga, madre mía! No creo que en las listas tengamos a nadie que haya estado en Riga. Desaparecieron todos, ¿comprende? De todos modos, voy a mirar.

La mujer entró en una dependencia contigua, y Miller la vio repasar un índice de nombres. No era muy largo. Al cabo de cinco minutos volvió a salir.

—Lo siento; aquí no se presentó nadie con ese nombre. Es un nombre corriente, pero en el registro no figura ninguna mujer que se llame así.

Miller asintió.

—Comprendo. Entonces no hay nada que hacer. Perdone la molestia.

—Podría probar en el «Servicio Internacional de Localización» —dijo la mujer—. Su trabajo consiste en buscar a las personas desaparecidas. Tienen listas de toda Alemania, mientras que nosotros sólo poseemos los nombres de los que regresaron a Munich.

—¿Dónde está ese Servicio? —preguntó Miller.

—En Arolsen-in-Waldeck, cerca de Hannover, en la Baja Sajonia. Depende de la Cruz Roja.

Miller reflexionó.

—¿Podría haber alguien más en Munich que hubiera estado en Riga? Yo busco al antiguo comandante del ghetto.

La sala estaba en silencio. Miller advirtió que un hombre que estaba junto a la estantería de los periódicos se volvía para mirarlo. La mujer parecía abatida.

—Tal vez quede en Munich algún superviviente de Riga. Antes de la guerra, los judíos de Munich eran 25 000. De ellos volvió una décima parte. Ahora somos ya unos 5 000; la mitad, aproximadamente, nacidos después de 1945. Tal vez pueda encontrar a alguien que haya estado en Riga; pero tendré que repasar toda la lista de supervivientes. Al lado del nombre figura el campo en que estuvo cada uno de ellos. ¿Podría usted volver mañana?

Miller lo pensó un momento, mientras se preguntaba si no sería mejor abandonarlo todo y volver a casa. Aquella persecución resultaba inútil.

—Sí —dijo—. Mañana volveré. Muchas gracias.

En la calle, cuando iba a sacar del bolsillo las llaves del coche, oyó unos pasos a su espalda.

—Perdone —dijo una voz. Miller se volvió. Era el hombre que leía el periódico—. ¿Busca usted información sobre Riga? ¿Acerca del comandante de Riga? ¿No será el capitán Roschmann?

—Sí, así es. ¿Por qué?

—Yo estuve en Riga —dijo el hombre—. Conocí a Roschmann. Tal vez pueda ayudarle.

Era un hombre bajo y huesudo, de unos cuarenta y cinco años, con ojos pardos y brillantes, y de aspecto maltrecho, de gorrión mojado.

—Me llamo Mordechai —dijo—; pero la gente me llama *Motti*. ¿Tomamos café mientras charlamos?

Entraron en un café cercano. Miller, un tanto más animado ante el aire vivaz y decidido de su interlocutor, le habló de su búsqueda, que iniciada en los barrios bajos de Altona le había llevado hasta el Centro de la comunidad judía de Munich. El hombre le escuchaba atentamente, asintiendo de vez en cuando.

—¡Hum...! Toda una peregrinación. ¿Por qué un alemán como usted persigue a Roschmann?

—¿Importa eso? Semejante pregunta me la han hecho tantas veces, que ya empiezo a cansarme de oírla. ¿Qué tiene de particular que un alemán se indigne por lo que entonces se hizo?

Motti se encogió de hombros.

—Nada —admitió—. Pero resulta extraño que, en 1955, tome una persona con tanto empeño el asunto de la desaparición de Roschmann. ¿Cree usted realmente que ODESSA le proporcionó su nuevo pasaporte?

—Así me lo han dicho —repuso Miller—. Y, al parecer, el único medio de encontrar al que lo falsificó es penetrar en ODESSA.

Motti examinó unos instantes al joven que tenía enfrente.

—¿En qué hotel se hospeda? —preguntó al fin.

Miller le dijo que, como aún no eran más que las primeras horas de la tarde, no se había alojado en ningún hotel. Pero seguramente iría a uno que conocía de otros viajes. A petición de *Motti* fue a llamar por teléfono, desde el café, para concertar la reserva.

Cuando volvió a la mesa, *Motti* ya no estaba. Había dejado una nota debajo de la taza. Decía así: «Tanto si encuentra habitación como si no, espéreme en el salón del hotel a las ocho».

Miller pagó los cafés y se fue.

Aquella misma tarde, en su bufete de abogado, el *Werwolf* leía otra vez el informe recibido de su colega de Bonn, el hombre que una semana antes abordara a Miller con el nombre de «doctor Schmidt».

El *Werwolf* estaba en posesión de aquel informe desde hacía cinco días; pero su natural cautela le había inducido a reflexionar antes de emprender una acción directa.

Las últimas palabras que le dirigió su superior, el general Gluecks, a últimos de noviembre, en Madrid, prácticamente le privaban de toda libertad de acción; pero, como la mayoría de los hombres de escritorio, se complacía en demorar lo inevitable. «Una solución permanente» era la fórmula empleada para expresar sus órdenes, y él sabía cuál era el significado. Por otra parte, la fraseología del «doctor Schmidt» no le dejaba margen para maniobrar.

«Es un joven obstinado, truculento, terco, movido por un intenso odio personal, para el que no parece haber explicación, hacia el *Kamerad* en cuestión, Eduard Roschmann. No atendería a razones ni a amenazas...».

El *Werwolf* releyó nuevamente el resumen del doctor, y suspiró. Extendió la mano hacia el teléfono y pidió a Hilda, su secretaria, una línea para llamar al exterior. Cuando oyó la señal, marcó un número de Dusseldorf.

Después de varios timbrazos, una voz contestó escuetamente:

—Sí.

—Deseo hablar con Herr Mackensen —dijo el *Werwolf*.

La voz preguntó desde el otro extremo:

—¿Quién lo llama?

En lugar de responder directamente a la pregunta, el *Werwolf* dio la primera parte de una contraseña:

—¿Quién fue más grande que Federico *el Grande*?

—Barbarroja —respondió la voz. Hizo una pausa, y después—: Al habla Mackensen.

—Aquí *Werwolf* —dijo el jefe de ODESSA—. Lo siento, pero se acabaron las vacaciones. Hay que trabajar. Venga a verme mañana por la mañana.

—¿A qué hora?

—A las diez. Diga a mi secretaria que su nombre es Keller. Yo me encargo de que figure en el libro de visitas con ese nombre.

El *Werwolf* colgó el teléfono. En Dusseldorf, Mackensen se levantó y se fue al cuarto de baño, con objeto de ducharse y afeitarse. Era un hombre fuerte y corpulento, un antiguo sargento de la división *Das Reich* de la SS, que aprendió su oficio en 1944, ahorcando a rehenes franceses en Tulle y Limoges.

Después de la guerra conducía un camión de ODESSA que transportaba cargamento humano de Alemania y Austria a Italia, pasando por la provincia italiana del sur del Tirol. En 1946, cuando una suspicaz patrulla norteamericana le dio el alto, asesinó a los cuatro ocupantes del jeep, a dos de ellos, sin más arma que sus propias manos. Desde entonces, también él estaba reclamado.

Más adelante fue empleado como guardaespaldas de los jefes de ODESSA y obsequiado con el apodo de *Mack el Navaja* aunque él, por extraño que pueda parecer, nunca usaba navaja, y prefería utilizar la fuerza de sus manos de carnicero para estrangular o desnucar a sus «encargos».

Poco a poco, Mackensen fue granjeándose el aprecio de sus superiores, y hacia el año 1955 era el verdugo de ODESSA, el hombre que, con discreción y prontitud, despachaba al que se acercaba demasiado a los peces gordos de la organización o al que trataba de traicionar a sus camaradas. En enero de 1964 había ya realizado doce encargos de esta clase.

La llamada se recibió a las ocho en punto. Contestó el conserje, el cual se dirigió a la puerta del salón, para avisar a Miller, que estaba viendo la televisión.

Este reconoció en seguida la voz que le hablaba desde el otro extremo del hilo.

—¿Herr Miller? Aquí *Motti*. Creo que vamos a poder ayudarle. Mejor dicho, unos amigos míos pueden hacerlo. ¿Le gustaría conocerlos?

—Me gustaría conocer a todo el que pudiera ayudarme —contestó Miller, intrigado por las maniobras.

—Bien. Salga del hotel y gire a la izquierda por la Schiller Strasse. En la misma acera, dos travesías más abajo, hay una granja llamada «Lindemann». Allí nos encontraremos.

—¿Cuándo? —preguntó Miller—. ¿Ahora mismo?

—Sí, ahora. Yo hubiera ido a verle al hotel, pero estoy con unos amigos.

Venga en seguida.

Y colgó el teléfono. Miller cogió su abrigo y salió a la calle. Torció a la izquierda, y aún no había recorrido media manzana cuando notó que alguien le ponía un objeto duro en las costillas, y vio que un coche paraba junto al bordillo.

—Suba al asiento trasero, Herr Miller —le dijo una voz al oído.

Se abrió la portezuela, y Miller, con otro puyazo en las costillas, subió al coche. En el asiento trasero había otro hombre, el cual se hizo a un lado para dejarle sitio. El que le había amenazado se sentó al otro lado de Miller y cerró la puerta. El coche arrancó.

A Miller le latía fuertemente el corazón. Miró a los tres hombres que iban con él, y no reconoció a ninguno. El primero en hablar fue el que estaba sentado a su derecha, el mismo que abriera la portezuela.

—Voy a vendarle los ojos —dijo simplemente—. No queremos que sepa adónde lo llevamos.

Miller notó que le ponían en la cabeza una especie de calcetín negro, que le llegaba hasta la nariz. Recordó los fríos ojos azules del hombre del «Hotel Dreesen» y las palabras del de Viena: «Tenga cuidado; los hombres de ODESSA pueden ser peligrosos». Luego pensó en *Motti* y se preguntó por qué uno de ellos iba al Centro judío a leer periódicos en hebreo.

El coche siguió circulando durante veinticinco minutos; luego aminoró la marcha y se detuvo. Miller oyó abrirse una verja; el coche arrancó nuevamente y luego se paró. Le ayudaron a salir, y lo condujeron a través de un patio. Durante un momento sintió en la cara el aire frío de la noche; poco después advirtió que estaba otra vez en un interior. Una puerta se cerró a su espalda, y lo hicieron bajar una escalera. Seguramente lo llevaban a la bodega; pero el aire era cálido, y la silla en que lo sentaron, bien mullida.

Oyó una voz que decía:

—Fuera la venda.

Le quitaron el calcetín que le cubría la cabeza, y Miller parpadeó, deslumbrado.

Evidentemente se hallaba en un sótano, pues no había ventanas, y en una de las paredes, cerca del techo, zumbaba un extractor; pero la habitación estaba bien amueblada, como una sala de reuniones; cerca de la pared del fondo había una mesa larga y, alrededor de ella, ocho sillas. Componían el resto del mobiliario cinco butacas y una mesa de centro situada sobre una alfombra redonda.

Motti, de pie junto a la mesa grande, sonreía ligeramente, casi con aire de

disculpa. Los dos hombres que habían raptado a Miller, ambos de mediana edad y buena figura, estaban uno a cada lado de él, apoyados en los brazos de las butacas. Frente a Miller, al otro lado de la mesa de centro, había un cuarto hombre. Miller supuso que el que conducía el coche se habría quedado arriba, para cerrar.

Evidentemente, el cuarto hombre era el jefe. Estaba bien arrellanado en su butaca, mientras los otros permanecían de pie o apoyados en los muebles. Miller le calculó unos sesenta años. Era delgado y huesudo, con las mejillas hundidas y la nariz aguileña. A Miller le inquietaban los ojos de aquel hombre. Los tenía hundidos, de color pardo y mirada viva y penetrante, ojos de fanático. Él fue el primero en hablar.

—Bienvenido, Herr Miller. Debo pedirle perdón por la extraña manera en que le han traído a mi casa. La razón que nos ha inducido a tomar tantas precauciones estriba en que si decide usted rechazar la proposición que voy a hacerle, podamos devolverlo a su hotel sin que sepa dónde ha estado.

»Dice mi amigo —señaló a *Motti*— que por motivos personales está buscando usted a un tal Eduard Roschmann y que, para acercarse a él, estaría dispuesto a intentar infiltrarse en ODESSA. Para eso necesita que le ayuden, y que le ayuden mucho. A nosotros tal vez nos convenga tenerle en ODESSA, y podríamos ayudarle. ¿Me sigue usted?

Miller lo miraba fijamente, asombrado.

—Aclaremos eso —dijo—. ¿Quiere decir que ustedes no pertenecen a ODESSA?

El hombre levantó las cejas.

—¡Santo cielo, qué descaminado va usted! —Se inclinó hacia delante y se subió la manga izquierda. En el antebrazo tenía tatuado un número en tinta azul—. Auschwitz. —Señaló a los que estaban a cada lado de Miller—. Buchenwald y Dachau. —Señaló a *Motti*.— Riga y Treblinka. —Se bajó la manga—. Herr Miller, hay quienes opinan que los que asesinaron a nuestro pueblo deben ser juzgados. Nosotros no estamos de acuerdo. Poco después de la guerra, un oficial inglés me dijo algo que desde entonces ha informado mi conducta. Me dijo: «Si hubiesen asesinado a seis millones de personas de mi pueblo, yo también levantaría un monumento de cráneos. Pero no serían cráneos de los que murieron en los campos de concentración, sino de quienes los llevaron allí». Lógica simple, Herr Miller, pero convincente. Los que formamos este grupo decidimos, en 1945, permanecer en Alemania sólo con un objetivo: la venganza, pura y

simple venganza. Nosotros no los arrestamos, Herr Miller; los matamos como a cerdos, que no son otra cosa. Me llamo León.

León estuvo interrogando a Miller durante cuatro horas antes de darse por satisfecho de su sinceridad. También a él le intrigaba el motivo que Miller pudiera tener, pero al fin hubo de admitir que era posible que le moviera la indignación por lo que la SS había hecho durante la guerra. Cuando terminó, León se recostó en el respaldo de su butaca y contempló detenidamente al joven.

—¿Se da usted cuenta de lo arriesgado que es tratar de penetrar en ODESSA, Herr Miller? —preguntó.

—Puedo imaginármelo. Uno de los principales inconvenientes es que soy demasiado joven.

León movió negativamente la cabeza.

—No hay ni que pensar en tratar de convencer a antiguos miembros de la SS de que es usted uno de ellos si no cambia de nombre. Ellos poseen las listas de todos los miembros de la SS, y Peter Miller no figura en ellas. Luego está lo de la edad. Tiene que aparentar por lo menos diez años más. Puede conseguirse, mas para ello hay que darle una nueva personalidad, y una personalidad real. Debería asumir la identidad de un hombre que hubiera existido y perteneciera a la SS. Esto solo requiere ya una gran labor de investigación y mucho tiempo y molestias.

—¿Creen poder encontrar al hombre que reúna esas condiciones? —preguntó Miller.

León se encogió de hombros.

—Tendría que ser un hombre cuya muerte no pudiera comprobarse —dijo—. Antes de aceptar a alguien, ODESSA hace toda clase de comprobaciones. Y usted deberá pasar todas las pruebas. Para ello tendrá que convivir durante cinco o seis semanas con un auténtico SS que pueda enseñarle todo el folklore, la terminología técnica, modismos y normas de conducta. Afortunadamente, disponemos de un hombre así.

Miller estaba asombrado.

—¿Y se avendría a ello?

—El hombre en que estoy pensando es un tipo extraño, un auténtico capitán de la SS que lamenta sinceramente las atrocidades pasadas y tiene remordimientos. Últimamente, ingresó en ODESSA y pasaba información a las

autoridades acerca de los nazis perseguidos. Aún seguiría haciéndolo, pero fue descubierto, y tuvo suerte en poder escapar con vida. Ahora vive con nombre supuesto en una casa de las afueras de Bayreuth.

—¿Qué más tendría que aprender?

—Todo lo que concierna a su nueva personalidad. Dónde nació, la fecha de su nacimiento, cómo ingresó en la SS, dónde recibió entrenamiento, dónde sirvió, en qué unidad, quién era su jefe, y toda su historia desde que terminó la guerra. También tendrá que presentar a alguien que lo avale. Y eso no será fácil. Habremos de dedicarle mucho tiempo y mucho trabajo, Herr Miller. Una vez se decida, no podrá volverse atrás.

—¿Y qué ganarían ustedes con ello? —preguntó Miller, con desconfianza.

León se puso en pie y empezó a pasear por la alfombra.

—Venganza —dijo simplemente—. Nosotros también queremos coger a Roschmann. Más que eso: los peores asesinos de la SS usan nombres falsos, y queremos tales nombres. Eso es lo que nosotros ganaríamos. Otra cosa: deseamos saber quién es el nuevo encargado de reclutar a los científicos alemanes que ODESSA manda a Egipto para proyectar los cohetes de Nasser. Brandner, el anterior, dimitió y desapareció el año pasado después de que nosotros nos encargáramos de su ayudante, Heinz Krug. Ahora han puesto a otro.

—Esa información sería útil, sobre todo, para el Servicio de Inteligencia israelí —dijo Miller.

León lo miró astutamente.

—Lo sería —dijo con sequedad—. A veces colaboramos con ellos, aunque no son nuestros amos.

—¿Nunca han intentado introducir a sus propios hombres en ODESSA? —preguntó Miller.

León asintió.

—Dos veces.

—¿Y qué pasó?

—Al primero lo encontraron flotando en un canal; le faltaban las uñas de las manos. El segundo desapareció sin dejar rastro. ¿Todavía desea seguir adelante?

Miller hizo como si no hubiese oído la pregunta.

—Si tan seguros son sus métodos, ¿cómo pudieron cogerlos?

—Los dos eran judíos —respondió, simplemente, León—. Tratamos de borrarles del brazo los tatuajes del campo de concentración; pero quedaron las

cicatrices. Además, ambos estaban circuncidados. Por eso, cuando *Motti* me habló de que un ario alemán deseaba hacer algo contra la SS, en seguida me interesó. A propósito: ¿está usted circuncidado?

—¿Importa eso? —preguntó Miller.

—Por supuesto. El hecho de que lo esté, no prueba que sea judío. También se circuncida a los alemanes. Pero el no estarlo demuestra, en cierto modo, que no es judío.

—No lo estoy —dijo Miller lacónicamente.

León suspiró.

—Esta vez me parece que lo conseguiremos —dijo. Miró su reloj. Eran más de las doce de la noche—. ¿Ha cenado? —preguntó.

El periodista movió negativamente la cabeza.

—*Motti*, creo que deberíamos ofrecer un poco de comida a nuestro invitado.

Motti asintió, sonriente, y subió a la cocina.

—Tendrá que pasar aquí la noche —dijo León a Miller—. Le bajaremos unas mantas. No intente marcharse, por favor. La puerta tiene tres cerraduras, y las tres estarán echadas por la parte de fuera. Deme las llaves de su coche y haré que lo traigan. Será mejor que durante varias semanas esté oculto. Pagaremos la cuenta del hotel, y traeremos aquí su equipaje. Mañana por la mañana escribirá sendas cartas a su madre y a su amiga, para decirles que no podrá facilitarles noticias hasta dentro de varias semanas o meses. ¿Comprendido?

Miller asintió y entregó las llaves del coche. León se las dio a uno de los otros dos hombres, que se marchó silenciosamente.

—Por la mañana, lo llevaremos a Bayreuth para que conozca a nuestro oficial de la SS. Se llama Alfred Oster. Tendrá que vivir con él. Yo lo dispondré todo. Y, ahora, discúlpeme; tengo que empezar a buscar nuevo nombre e identidad para usted.

Se levantó y se fue. *Motti* no tardó en bajar con una bandeja de comida y media docena de mantas. Mientras comía el pollo frío y la ensalada de patatas, Miller se preguntaba en qué lío se habría metido.

A muchos kilómetros de allí, en dirección al Norte, en el Hospital General de Bremen, un enfermero hacía su ronda de madrugada. En un extremo de la sala, una de las camas estaba aislada del resto por un biombo.

El enfermero, un hombre de mediana edad, llamado Hartstein, asomó la

cabeza por encima del biombo, para mirar al enfermo. Este yacía inmóvil. A la cabecera de su cama, una tenue luz permanecía encendida toda la noche. El enfermero se acercó y le tomó el pulso. Ya no latía.

Miró el rostro demacrado de aquella víctima del cáncer. Entonces recordó algo que aquel hombre había dicho tres días atrás, mientras deliraba, y le levantó el brazo izquierdo. En la axila había un número tatuado. Correspondía al grupo sanguíneo del muerto, y era la prueba de que éste había pertenecido a la SS. En el Reich se consideraba a los hombres de la SS más valiosos que los soldados corrientes, por lo que, cuando eran heridos, tenían preferencia para recibir el primer plasma disponible. Y, para evitar demoras, se les tatuaba la referencia del grupo sanguíneo.

El enfermero Hartstein cubrió el rostro del muerto y miró en el cajón de la mesita de noche. Sacó el permiso de conducir que alguien puso allí, junto con los demás efectos personales, cuando el paciente ingresó en el hospital después de desmayarse en la calle. La foto correspondía a un hombre de unos treinta y nueve años, nacido el 18 de junio de 1925 y llamado Rolf Gunther Kolb.

El enfermero se guardó el permiso de conducir en el bolsillo de su chaqueta blanca y salió para informar del fallecimiento al médico de guardia.

XI

Peter Miller, bajo la vigilante mirada de *Motti*, escribió a su madre y a Sigi, tarea que le tuvo ocupado hasta media mañana. Su equipaje había llegado, la cuenta del hotel estaba pagada, y poco antes de mediodía, ambos hombres, acompañados por el mismo conductor de la víspera, salían para Bayreuth.

Su instinto de periodista indujo a Miller a echar una rápida ojeada a la matrícula del «Opel» azul que había sustituido al «Mercedes» de la noche anterior. *Motti* advirtió la mirada y sonrió.

—No se moleste —dijo—. Es un coche de alquiler, contratado con nombre supuesto.

—¡Bueno! Da gusto sentirse entre profesionales —comentó Miller.

Motti se encogió de hombros.

—Hemos de serlo. Es el único modo de conservar la vida cuando tiene uno que habérselas con ODESSA.

En el garaje había sitio para dos coches, y Miller observó que en el otro compartimento estaba ya su «Jaguar». Al derretirse la nieve caída durante la noche, había formado unos charcos bajo las ruedas, y la negra carrocería brillaba a la luz eléctrica.

Una vez instalados en la parte trasera del «Opel», su acompañante le puso otra vez el capuchón negro y lo obligó a agacharse, mientras el coche salía del garaje, franqueaba la verja del patio y empezaba a circular por la calle. *Motti* no le quitó el capuchón hasta que hubieron salido de Munich y, por la Autobahn E 6, caminaban hacia Nuremberg y Bayreuth.

Cuando, por fin, pudo abrir los ojos, observó Miller que aquella noche había caído otra fuerte nevada. El ondulado y boscoso paisaje de Baviera y Franconia estaba cubierto por una gruesa capa de nieve virgen, la cual reseguía las ramas sin hojas de las hayas que crecían a uno y otro lado de la autopista, redondeando su contorno. El chófer conducía despacio y con prudencia, mientras el

limpiaparabrisas funcionaba sin cesar, para quitar los copos de nieve y las salpicaduras de barro que arrojaban los camiones a que adelantaban.

Almorzaron en un parador de Ingolstadt, pasaron junto a Nuremberg, que dejaron al Este, y una hora después llegaban a Bayreuth.

La pequeña ciudad de Bayreuth, situada en el corazón de una de las regiones más hermosas de Alemania, a la que se ha dado el nombre de la Suiza bávara, es célebre por su festival anual de música wagneriana. En otros tiempos, la ciudad recibía con orgullo a casi todos los jefes nazis que acudían a ella dando escolta a Adolf Hitler, gran entusiasta del compositor que inmortalizara a los héroes de la mitología nórdica.

Mas, en enero, Bayreuth es una ciudad tranquila y nevada. Pocos días antes, las coronas de acebo adornaban los picaportes de sus pulcras y bien cuidadas casas. El chalet de Alfred Oster estaba situado en un tranquilo camino vecinal, a kilómetro y medio de la ciudad. Cuando el automóvil llegó a la puerta principal, no se veía ningún otro coche por aquellos contornos.

El antiguo oficial de la SS los esperaba. Era un hombre corpulento y rudo, de ojos azules, con una pelusa rojiza esparcida sobre el cráneo. A pesar de la estación, tenía la tez bronceada de quien pasa la mayor parte del tiempo en la montaña, al aire y al sol.

Motti hizo las presentaciones y entregó a Oster una carta de León. El bávaro la leyó, asintió y miró atentamente a Miller.

—Bueno, podemos probar —dijo—. ¿Cuánto tiempo voy a tenerlo conmigo?

—No lo sabemos todavía —respondió *Motti*—. Desde luego, hasta que esté preparado. Además, hay que fabricarle una nueva identidad. Le tendremos al corriente.

Pocos minutos después, se despidió y se fue.

Oster llevó a Miller a la sala y, antes de encender la luz, corrió las cortinas ante la débil claridad del atardecer.

—De manera que quiere usted pasar por un antiguo soldado de la SS.

Miller movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es.

Oster se volvió hacia él.

—Bien: ante todo, vamos a aclarar varios puntos. No sé dónde hizo usted su servicio militar, pero supongo que sería en ese democrático Cafarnaum de mozalbetes indisciplinados que se autodenomina nuevo Ejército alemán. Primero: el nuevo Ejército alemán hubiera durado exactamente diez segundos

frente a cualquier regimiento escogido de ingleses, rusos o americanos de la última guerra, mientras que, hombre a hombre, los Waffen-SS les daban sopas con honda a todos los aliados.

»Segundo punto: los Waffen-SS eran los soldados más briosos, disciplinados, entrenados, hábiles y valientes que hayan podido existir en toda la historia de este planeta. Nada de lo que hayan hecho puede desmentirlo. De modo que, ¡atención, Miller! Mientras viva en mi casa, ésta será la norma.

»Cuando yo entre en una habitación, usted, de un brinco, en posición de firmes. Y he dicho de un brinco. Cuando pase por su lado, usted juntará los talones y permanecerá firmes hasta que yo esté cinco pasos más allá. Cuando le diga algo que requiera respuesta, usted responderá: «*Jawohl, Herr Hauptsturmführer*». Cuando yo le dé una orden o una norma, la respuesta será: «*Zu Befehl Herr Hauptsturmführer*». ¿Comprendido?

Miller asintió, estupefacto.

—¡Los talones juntos! —bramó Oster—. Quiero oír chascar la piel. Y como no tendremos mucho tiempo, empezaremos esta misma noche. Antes de la cena estudiaremos los grados, desde cabo hasta general. Aprenderá usted título, tratamiento e insignias de cada clase de SS que haya existido. Luego pasaremos a los distintos tipos de uniformes usados, estudiaremos todas las ramas de la SS con sus correspondientes insignias y veremos en qué ocasiones debía usarse uniforme de gala, de ceremonia, de paseo, de combate y de faena.

»Después le daré todo el curso politicoideológico que hubiera seguido en el campo de entrenamiento de Dachau. A continuación, aprenderá las marchas, las canciones de cantina y los himnos de cada unidad.

»Puedo enseñarle todo lo que hubiera sabido al salir del campo de entrenamiento con su primer destino. Después, León tendrá que decirme a qué supuesta unidad lo destinaron, dónde prestó servicios, bajo el mando de qué oficial, qué le ocurrió al terminar la guerra y cómo ha vivido desde 1945. De todos modos, la primera parte del entrenamiento nos llevará de dos a tres semanas. Y eso, trabajando a toda marcha.

»A propósito: no lo tome a broma. Una vez esté dentro de ODESSA y sepa quiénes son los jefes, el menor desliz puede hacerle acabar en un canal. Créame: yo no soy una malva. Pues bien, después de traicionarlos incluso yo les temo. Por eso me escondo con un nombre supuesto.

Miller, por primera vez desde que había emprendido su solitaria búsqueda de Eduard Roschmann, se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

A las diez en punto, Mackensen se presentó en el despacho del *Werwolf*. Una vez cerrada la puerta del despacho de Hilda, el *Werwolf* instaló al verdugo en el sillón de los clientes, frente a su escritorio, y encendió un cigarro.

—Cierta periodista está haciendo indagaciones acerca del paradero y nueva identidad de uno de nuestros camaradas —dijo, a modo de preámbulo. El ejecutor asintió con gesto de comprensión. Ya había oído palabras semejantes en otras ocasiones, cuando empezaban a hablarle de algún trabajito—. En circunstancias normales, nos abstendríamos de intervenir, convencidos de que el periodista se cansaría al ver que no adelantaba nada, o bien porque el hombre objeto de su interés no merecía que nos expusiéramos a gastos y peligros para salvarle.

—¿Y esta vez es diferente? —preguntó Mackensen, con suavidad.

El *Werwolf* asintió con un gesto de pesar que parecía auténtico.

—Por desgracia, así es. Desgracia para ambas partes; para nosotros, por las molestias que nos acarreará; para él, porque le costará la vida. Tal vez, sin proponérselo, ha tocado un punto neurálgico. El hombre al que está buscando es para nosotros de importancia absolutamente vital. Y, por otra parte, el periodista parece ser un personaje inquietante: hábil, inteligente, tenaz y, al parecer, está firmemente decidido a tomar una especie de venganza personal del *Kamerad*.

—¿Tiene algún motivo? —preguntó Mackensen.

El *Werwolf* frunció el ceño con evidente perplejidad. Antes de responder, sacudió la ceniza del cigarro.

—No parece lógico; pero sin duda lo tiene —murmuró—. El hombre al que está buscando tiene un pasado que podría suscitar el rencor de los judíos y sus simpatizantes. Mandaba un ghetto en Ostland. Hay personas, sobre todo los extranjeros, que se niegan a aceptar nuestra justificación por lo que allí se hizo. Lo curioso es que este reportero no es extranjero, ni judío, ni de tendencias izquierdistas, ni uno de esos *cowboys* generosos y justicieros que generalmente no pasan de las palabras.

»No; éste es diferente. Es un joven alemán, ario, hijo de un héroe de guerra, sin nada en su pasado que justifique ese odio contra nosotros ni su obsesión por perseguir a uno de nuestros camaradas, a pesar de nuestra advertencia de que abandone el asunto. Me causa cierto pesar ordenar su muerte, pero no hay alternativa. Tengo que hacerlo.

—¿Matarlo?

—Sí, matarlo —confirmó el *Werwolf*.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro. —El *Werwolf* pasó a su interlocutor dos folios mecanografiados —. Este es el hombre: Peter Miller, reportero e investigador. Fue visto por última vez en el «Hotel Dreesen» de Bad Godesberg. Ya no está allí, desde luego; pero no es mal lugar para iniciar la búsqueda. También se podría preguntar en su domicilio. Allí está su amiga. Podría usted decir que lo envía una de las grandes revistas para las que él trabaja. Así, si sabe su paradero, tal vez ella se lo revele. Miller tiene un coche muy llamativo. Aquí encontrará todos los detalles.

—Necesitaré dinero —dijo Mackensen. El *Werwolf*, que había previsto la petición, le alargó un fajo de diez mil marcos—. ¿Y las órdenes? —preguntó el asesino.

—Localizar y liquidar —dijo el *Werwolf*.

El 13 de enero recibía León, en Munich, la noticia de la muerte de Rolf Gunther Kolb, acaecida, cinco días antes, en Bremen. Con la carta de su agente del norte de Alemania se acompañaba el permiso de conducir del difunto.

León buscó el número y graduación del individuo en su lista de antiguos miembros de la SS reclamados por la justicia, y comprobó que Kolb no figuraba en ella; luego estuvo un buen rato contemplando la fotografía del permiso de conducir, y tomó una decisión.

Llamó a *Motti*, que estaba de servicio en la centralita telefónica de su lugar de trabajo. Cuando terminó su turno, el ayudante se presentó a él. León le mostró el permiso de conducir de Kolb.

—Ese es nuestro hombre —dijo—. Era sargento a los diecinueve años; fue ascendido poco antes de que terminara la guerra. Seguramente andaban ya muy escasos de gente. Kolb y Miller no se parecen en nada. Ni siquiera maquillando a Miller podríamos conseguir un ligero parecido. De todos modos, es un recurso que no me gusta. De cerca, siempre se nota. Sin embargo, la estatura y peso se ajustan a los de Miller. Así, pues, necesitaremos una nueva foto. Eso puede esperar. Para estampillar la foto, nos hará falta una réplica del sello del Departamento de la Policía de Tráfico de Bremen. Encárgate de ello.

Cuando *Motti* hubo salido, León marcó un número de Bremen y dio más instrucciones.

—Muy bien —dijo Alfred Oster a su discípulo—. Ahora empezaremos con las canciones. ¿Sabes la de *Horst Wessel*?

—Sí —dijo Miller—. Era la marcha de los nazis.

Oster tarareó las primeras notas.

—Sí, ahora la recuerdo. Pero no sé la letra.

—Bueno —dijo Oster—. Tendré que enseñarte una docena de canciones, por si te preguntan. Pero ésta es la más importante. Es posible que cuando estés con los *Kameraden* tengas que corearla. Ignorarla, supondría la sentencia de muerte. Vamos, repite:

*Las banderas están izadas,
las filas, apretadas...*

Era el 18 de enero.

Mackensen saboreaba su cóctel en el bar del «Hotel Schweizer Hof» de Munich, mientras cavilaba acerca de la causa de sus quebraderos de cabeza: Miller, el periodista cuyo rostro y señas personales llevaba grabados en la mente. Mackensen, hombre minucioso, incluso se había puesto en contacto con los principales agentes de «Jaguar» en Alemania Occidental y obtenido folletos de propaganda del «Jaguar XK 150» deportivo, de modo que ya sabía lo que buscaba. Lo malo era que no podía encontrarlo.

La pista que había empezado a seguir en Bad Godesberg lo llevó al aeropuerto de Colonia, donde pudo averiguar que Miller había hecho una visita de treinta y seis horas a Londres en Año Nuevo. Después, él y su coche desaparecieron.

Acudió a su piso, y tuvo ocasión de hablar con la simpática y bonita compañera de Miller, la cual sólo pudo mostrarle una carta, fechada en Munich, en la que a la informaba de que estaría allí unos cuantos días.

Mackensen llevaba una semana en Munich, sin haber podido averiguar nada más. Había preguntado en todos los hoteles, aparcamientos públicos y privados, talleres de servicio y surtidores de gasolina. Nada. El hombre al que estaba buscando había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

Al terminar su copa, Mackensen bajó de su banqueta y fue al teléfono para

dar su informe al *Werwolf*. Aquél no lo sabía, pero se encontraba a mil doscientos metros del «Jaguar» negro de la raya amarilla, guardado en el garaje de la casa en que León tenía su tiendecita de antigüedades y dirigía su pequeña organización de fanáticos.

En la oficina de registro del Hospital General de Bremen entró un hombre vestido con chaqueta blanca. Llevaba un estetoscopio al cuello, lo cual podía considerarse emblema del interno recién llegado.

—Tengo que ver la ficha médica de un paciente: Rolf Gunther Kolb —dijo a la recepcionista y encargada del archivo.

La mujer no conocía al interno; pero ello no significaba nada. Había docenas de ellos en el hospital. Fue recorriendo los nombres del archivador, hasta encontrar la carpeta en cuya pestaña se leía el nombre de Kolb. La sacó del cajón y la entregó al interno. En aquel momento sonó el teléfono, y la mujer fue a contestar.

El interno se sentó en una de las sillas y hojeó la carpeta. De su contenido se deducía que Kolb sufrió un desmayo en la calle, y una ambulancia lo condujo al hospital. Tras el primer reconocimiento, se diagnosticó cáncer de estómago en fase avanzada y virulenta. Con posterioridad, se decidió no intervenir. Se había aplicado al paciente un tratamiento a base de drogas y, más tarde, calmantes. La última hoja de la carpeta decía simplemente:

«El paciente falleció la noche del 8 al 9 de enero. Causas de la muerte: carcinoma del intestino grueso. Sin personas allegadas. *Corpus delicti* entregado al cementerio municipal el 10 de enero».

Estaba firmado por el médico encargado del caso.

El interno sacó la última hoja de la carpeta y puso en su lugar una que llevaba preparada. Esta decía:

«A pesar del grave estado en que llegó el paciente, el carcinoma respondió a la quimioterapia. El 16 de enero pudo ser trasladado. Por su propia voluntad se le llevó, en ambulancia, a la clínica “Arcadia” de Delmenhorst, para convalecencia».

La firma era un garabato ilegible.

El interno devolvió la carpeta a la empleada, le dio las gracias con una sonrisa y se fue. Era el 22 de enero.

Tres días después, León recibía un informe que constituía la última pieza de un particular rompecabezas. Un empleado de una agencia de viajes del norte de Alemania le comunicó que cierto panadero de Bremerhaven acababa de confirmar reserva de plazas en un crucero de invierno, para él y su esposa. El matrimonio navegaría por el Caribe durante cuatro semanas y zarpaba de Bremerhaven el 16 de febrero. León sabía que, durante la guerra, aquel hombre había sido coronel de la SS, y después, miembro de ODESSA. Pidió a *Motti* que saliera a comprar un manual de panadería.

El *Werwolf* estaba perplejo. Hacía casi tres semanas que sus agentes en las principales ciudades de Alemania buscaban a un hombre llamado Miller y un «Jaguar» negro deportivo. Se vigilaba el piso y el garaje de Hamburgo, y se había visitado a una señora de Osdorf, que sólo había podido decirles que no sabía dónde estaba su hijo. Se hicieron varias llamadas telefónicas a una muchacha llamada Sigi, en nombre de una importante revista ilustrada que deseaba encargar a Miller un trabajo urgente y remunerador; pero la muchacha tampoco pudo decirles dónde se encontraba su amigo.

También se había preguntado en el Banco de Hamburgo; pero Miller no había cobrado ningún cheque desde el mes de noviembre. En resumidas cuentas, que había desaparecido. Era ya 28 de enero y, muy a su pesar, el *Werwolf* decidió hacer una llamada telefónica. Cogió el auricular y marcó un número.

Media hora después, lejos de allí, en un lugar de alta montaña, un hombre colgó su teléfono y estuvo varios minutos jurando entre dientes. Era la última hora de la tarde del viernes, y acababa de llegar a su residencia de los fines de semana cuando recibió la llamada.

El hombre se acercó a la ventana de su elegante estudio y miró afuera. La luz del interior iluminaba la gruesa capa de nieve que cubría el prado y los primeros abetos del bosque, que se extendía por la mayor parte de la finca.

Siempre había deseado vivir así, en una hermosa casa de las montañas, desde que, siendo niño, durante las vacaciones de Navidad, veía las casas de los ricos en las montañas de los alrededores de Graz. Ahora la había conseguido y le gustaba.

Era mejor que la casa del maestro cervecero en la que se había criado; mejor que la casa que ocupara en Riga durante cuatro años; mejor que la casa de huéspedes de Buenos Aires y mejor que el hotel de El Cairo. Era lo que siempre había querido.

Aquella llamada lo alarmó. No, no había visto a nadie rondar la casa ni la fábrica, y nadie había preguntado por él. ¿Miller? ¿Quién diablos sería Miller? Las seguridades que le habían dado por teléfono, en el sentido de que cierta persona se encargaría del periodista, no acababan de tranquilizarlo. La preocupación de sus colegas ante la amenaza que representaba Miller se manifestaba claramente en su decisión de enviarle un guardaespaldas que le hiciera de chófer y viviera con él hasta nuevo aviso.

Corrió las cortinas del estudio frente a aquel paisaje de invierno. La puerta tapizada impedía que penetraran en la habitación los ruidos de la casa. Sólo se oía el chisporroteo de los troncos de pino en el hogar. El vivo fulgor de las llamas estaba enmarcado por una gran chimenea de hierro con verja en forma de hojas de parra y volutas, uno de los accesorios que había conservado cuando compró y modernizó la casa.

Se abrió la puerta, y su mujer asomó la cabeza.

—La cena está lista —dijo.

—Ya voy, cariño —respondió Eduard Roschmann.

A la mañana siguiente, sábado, la llegada de un grupo procedente de Munich interrumpió el trabajo de Oster y Miller. En el coche venían León, *Motti*, el chófer y otro hombre que llevaba una maleta negra.

Cuando entraron en la sala, León dijo al de la maleta:

—Sube al cuarto de baño y empieza a preparar tu equipo.

El hombre asintió y se dirigió hacia la escalera. El chófer se había quedado en el coche.

León se sentó a la mesa e invitó a Oster y a Miller a que tomaran asiento frente a él. *Motti* estaba junto a la puerta, con una cámara provista de flash en la mano.

León pasó el permiso de conducir a Miller. El lugar correspondiente a la fotografía estaba en blanco.

—Este es el hombre en el que va usted a convertirse —dijo León—. Rolf Gunther Kolb, nacido el 18 de junio de 1925. Esto significa que cuando terminó la guerra tenía usted diecinueve o veinte años. Y que ahora tiene treinta y ocho. Nació y se crió en Bremen. En 1935, a los diez años de edad, ingresó en las Juventudes Hitlerianas y, en enero de 1944, a los dieciocho, en la SS. Sus padres murieron en Bremen, en 1944, durante un bombardeo.

Miller miraba el permiso de conducir.

—¿Y qué hizo en la SS? —preguntó Oster—. En estos momentos, no sé qué más puedo enseñarle.

—¿Cómo va? —preguntó León, como si Miller no existiera.

—Bastante bien —dijo Oster—. Ayer lo sometí a un interrogatorio de dos horas, y salió airoso. Lo malo es si alguien empieza a hacerle preguntas concretas acerca de su carrera. De eso no sabe nada.

León asintió y estudió unos papeles que había sacado de su cartera.

—No sabemos nada de la carrera de Kolb en la SS —dijo—. No debió ser extraordinaria, ya que no figura en ninguna lista de reclamados, y nadie ha oído hablar de él. En cierto modo, es mejor así, ya que en tal caso es posible que ODESSA tampoco sepa nada. Pero lo malo es que, al no estar perseguido, no tiene motivo para buscar la protección de ODESSA. Por ello hemos tenido que inventarle una carrera. Aquí está.

Pasó las hojas a Oster. Este las leyó y movió la cabeza afirmativamente.

—Está bien —dijo—. Todo se ajusta a los hechos que se conocen. Y sería suficiente para que lo arrestaran si fuese descubierto.

León emitió un gruñido de satisfacción.

—Eso es lo que debe usted enseñarle. A propósito: hemos encontrado a un fiador. Un antiguo coronel de la SS que reside en Bremerhaven embarca para un crucero el 16 de febrero. Ahora es propietario de una panadería. Cuando Miller se presente, que será después del 16 de febrero, llevará una carta firmada por este hombre, en la que se hará constar que Kolb, su empleado, es un auténtico SS y que se encuentra en verdadero peligro. Para entonces, el dueño de la panadería estará en alta mar y no podrá establecerse contacto con él. A propósito —se volvió hacia Miller y le alargó el libro—: Tendrá que aprender el oficio de panadero. Eso ha sido usted desde 1945: oficial panadero.

Omitió decir que el dueño de la panadería sólo estaría ausente cuatro semanas y que, a partir de entonces, la vida de Miller pendería de un hilo.

—Ahora mi amigo el barbero le cambiará ligeramente de aspecto —dijo León—. Después le haremos una fotografía para el permiso de conducir.

En el cuarto de baño, el barbero hizo a Miller uno de los cortes de pelo más decisivos de su vida. Cuando terminó, el cuero cabelludo se le transparentaba casi hasta la coronilla. Ahora tenía un aspecto mucho más cuidado, y parecía mayor. Le marcó una raya al lado izquierdo y le depiló las cejas casi por completo.

—Las cejas depiladas —dijo el barbero— no envejecen su rostro, pero impiden calcular la edad con exactitud, en un margen de seis o siete años. Otra cosa: tendrá que dejarse bigote. Un bigote fino, del mismo ancho de la boca. Eso pone años. ¿Podrá conseguirlo en tres semanas?

—Desde luego —respondió Miller, que sabía cómo le crecía la barba.

Se miró al espejo. Aparentaba unos treinta y cinco años. El bigote le añadiría otros cuatro.

Cuando bajaron a la sala, Miller tuvo que situarse ante una sábana que sostenían Oster y León, y *Motti* le hizo varias fotografías de frente.

—Ya es suficiente —dijo—. El permiso de conducir estará listo dentro de tres días.

El grupo regresó a Munich, y Oster se volvió hacia Miller.

—Bueno, Kolb —le dijo. Ya no le llamaba de otro modo—: fue usted entrenado en Dachau, en el campo de entrenamiento de la SS, y en julio de 1944, destinado al campo de concentración de Flossenburg. En abril de 1945 mandó el pelotón que ejecutó al almirante Canaris, jefe de la Abwehr. También ayudó a liquidar a otros oficiales del Ejército, sospechosos de haber participado en el atentado perpetrado contra Hitler en julio de 1944. No es de extrañar que las autoridades deseen arrestarlo. El almirante Canaris y sus hombres no eran judíos. Hay que tenerlo muy en cuenta. Bueno: manos a la obra, sargento.

La reunión semanal del Mossad iba a terminar cuando el general Amit dijo, levantando una mano:

—Queda una última cosa, aunque no la considero de gran importancia. León me ha informado de que, desde hace algún tiempo, están entrenando a un alemán ario, que odia a la SS por algún motivo personal, para infiltrarlo en ODESSA.

—¿Y cuál puede ser ese motivo? —preguntó, con suspicacia, uno de los presentes.

El general Amit se encogió de hombros.

—Un motivo puramente personal, por el cual quiere encontrar a cierto capitán de la SS llamado Roschmann.

El jefe de la Oficina de los Países de Persecución, un judío oriundo de Polonia, levantó la cabeza.

—¿Eduard Roschmann? ¿El Carnicero de Riga?

—El mismo.

—¡Ah, si consiguiéramos atraparlo, podríamos saldar una antigua cuenta!
El general Amit movió negativamente la cabeza.

—Ya te he dicho otras veces que Israel no busca ya retribución. Las órdenes que tengo son categóricas. Aun en el caso de que ese hombre encontrara a Roschmann, no podría haber asesinato. Después del caso Ben Gal, sería la última gota en el vaso de Adenauer. Lo malo ahora es que si muere en Alemania cualquier nazi, cargan con la culpa los agentes de Israel.

—¿Y qué más se sabe de ese joven alemán? —preguntó el jefe del Shabak.

—Me gustaría utilizarlo para identificar a cualesquiera otros científicos nazis que puedan enviarse este año a El Cairo. Esto es lo primordial para nosotros. Voy a enviar a Alemania a un agente sólo para que vigile al muchacho y me informe personalmente. Podrá pasar por alemán; es un *yekke* procedente de Karlsruhe.

—¿Y León? —preguntó otro—. ¿No tratará de ajustar cuentas por propia iniciativa?

—León hará lo que se le ordene —sentenció el general Amit ásperamente—. Ya no debe haber más ajustes de cuentas.

Aquella mañana, en Bayreuth, Alfred Oster sometía a Miller a otro de sus interrogatorios.

—Bien. ¿Cuáles son las palabras grabadas en la hoja del puñal de la SS?

—«Mi honor es la fidelidad» —respondió Miller.

—Bien. ¿Cuándo le entregan el puñal al SS?

—Durante la revista, al final del período de entrenamiento.

—Exacto. Repítame el juramento de lealtad a la persona de Adolf Hitler.

Miller lo pronunció palabra por palabra.

—Ahora el juramento de sangre de la SS.

Miller obedeció.

—¿Qué significado tiene el emblema de la calavera?

Miller cerró los ojos y repitió lo aprendido:

—El signo de la calavera está inspirado en la antigua mitología germánica. Es el emblema de los grupos de guerreros teutones que han jurado fidelidad a su jefe y camaradas, hasta la tumba y más allá, en el Valhalla. El cráneo y las tibias representa el mundo de ultratumba.

—Bien. ¿Se convertían automáticamente todos los SS en miembros de las unidades de la calavera?

—No. Pero el juramento era el mismo.

Oster se puso en pie y se desperezó.

—No está mal —admitió—. En términos generales, no sé qué más podrían preguntarle. Pasemos ahora a lo concreto. Esto es lo que ha de saber sobre el campo de concentración de Flossenburg, su primero y único destino...

El pasajero del vuelo Atenas-Munich que ocupaba el asiento de la ventanilla, parecía tranquilo y reservado.

Su compañero, un industrial alemán, hizo varios intentos para entablar conversación; pero al fin desistió y se concentró en la lectura del *Playboy*.

El de la ventanilla contemplaba el Egeo y las soleadas costas del Mediterráneo oriental que el avión dejaba atrás, en su ruta hacia las nevadas cumbres de los Dolomitas y los Alpes bávaros.

El industrial había conseguido averiguar, al menos, una cosa de su compañero: que era alemán, pues hablaba el idioma a la perfección y parecía conocer bien el país. El industrial, que regresaba a su patria de un viaje de negocios a la capital griega, no tenía la menor duda de que estaba sentado al lado de un compatriota.

En realidad no se equivocaba. Su vecino había nacido en Alemania treinta y tres años atrás, y se le había impuesto el nombre de Josef Kaplan. Era hijo de un sastre judío de Karlsruhe. Tenía tres años cuando Hitler llegó al poder; siete, cuando se llevaron a sus padres en un furgón negro y a él lo escondieron en una buhardilla hasta que, tres años después, en 1940, cuando él ya había cumplido los diez, fue descubierto y metido a su vez en un furgón.

Pasó su segunda infancia tratando de sobrevivir en una serie de campos de concentración hasta que, en 1945, con toda la suspicacia de una bestia salvaje en la mirada, arrancó un palo dulce de la mano que le tendía un hombre que hablaba, con acento nasal, una lengua extranjera, y fue a esconderse en un rincón del campo para comérselo antes de que se lo quitaran.

Dos años después, con unos kilos más, diecisiete años, más hambre que una rata y desconfiando de todo y de todos, llegó, a bordo de un barco llamado *Presidente Warfield*, alias *Exodus*, a las costas de un país situado a muchas millas de Karlsruhe y de Dachau.

Los años suavizaron su carácter, maduraron su criterio y enseñaron muchas cosas; le dieron esposa, dos hijos, y un destino en el Ejército, pero no habían borrado el odio que sentía por el país hacia el que ahora se dirigía. Había

accedido a ir, a disimular sus sentimientos y adoptar nuevamente, como hiciera ya otras dos veces en los últimos diez años, el aire despreocupado y amable de un joven alemán.

Los otros requisitos los había aportado el Servicio: pasaporte, cartas, tarjetas y demás documentos del ciudadano de un país de la Europa occidental; ropa interior, zapatos, trajes, y el equipaje de un viajante alemán de artículos textiles.

Cuando el avión penetró en la densa y fría masa nubosa que cubría Europa, Josef repasó la misión para la cual había sido preparado durante varios días y noches por el impávido coronel de aquel *kibbutz* que producía muy poca fruta y muchos agentes israelíes. Seguir al hombre, un alemán cuatro años más joven que él, y vigilarlo constantemente, mientras trataba de hacer algo que otros habían intentado sin éxito: infiltrarse en ODESSA. Observarle y calibrar los resultados de su labor; tomar nota de las personas con las cuales se ponía en contacto; comprobar sus averiguaciones; descubrir si el alemán conseguía dar con el encargado de reclutar al nuevo grupo de científicos que iban a ser enviados a Egipto para trabajar en los cohetes. Por ningún concepto debía darse a conocer ni tomar iniciativas.

Tenia orden de regresar e informar antes de que el alemán fuera delatado o descubierto, lo cual era inevitable. Así lo haría; no tenía por qué gustarle hacerlo. Nadie lo obligaba a disfrutar con ello. Afortunadamente, no era necesario que le gustara volver a ser alemán. Tampoco se le pedía que estuviera contento de convivir con ellos, hablar con ellos y bromear con ellos. Si se lo hubiesen exigido así, habría renunciado a la misión. Porque los aborrecía a todos, incluido el periodista aquel al que le ordenaban seguir.

Y estaba seguro de que nada podría cambiar sus sentimientos.

A la mañana siguiente, Oster y Miller recibieron la última visita de León. Con León y *Motti* llegó otro hombre, mucho más joven, bronceado y atlético. Miller le calculó unos treinta y cinco años. Se lo presentaron, simplemente, como Josef.

Este último no pronunció una sola palabra durante toda la entrevista.

—A propósito —dijo *Motti* a Miller—, le he traído el coche. Lo he dejado en un aparcamiento de la ciudad, cerca de la plaza del mercado. —Le arrojó las llaves—. No lo use cuando vaya a ver a los de ODESSA. Es un coche caro que llama la atención, y se supone que usted es un panadero que trata de esconderse después de haber sido identificado como antiguo guardián de un campo de concentración. Un hombre en esas circunstancias no conduciría un «Jaguar».

Cuando vaya, viaje en tren. —Miller asintió, aunque lamentaba tener que seguir separado de su adorado «Jaguar»—. Bien. Aquí está su permiso de conducir, con la fotografía. Si le preguntan, puede decir que tiene un «Volkswagen», pero que lo ha dejado en Bremen, por temor de que la Policía pudiera identificarlo por la matrícula.

Miller contempló el permiso de conducir. En la fotografía aparecía con el cabello corto, mas sin el bigote, el cual se había dejado crecer durante los últimos días y que podía atribuirse a medida de precaución adoptada para despistar a posibles perseguidores.

—El hombre que, inconscientemente, va a hacer de fiador suyo, zarpó de Bremerhaven esta mañana, para un crucero. Se trata de un antiguo coronel de la SS que ahora es dueño de la panadería en que usted trabajaba. Se llama Joachim Eberhardt. Aquí hay una carta suya dirigida al hombre al que debe usted presentarse. El papel es auténtico, de su propio despacho; la firma, una perfecta falsificación.

»La carta dice que es usted un buen y leal SS, que actualmente se encuentra en dificultades tras haber sido reconocido y pide que le ayuden a obtener nueva documentación e identidad.

León tendió la carta a Miller. Este la leyó y volvió a meterla en el sobre.

—Ciérrelo —le dijo León.

Miller así lo hizo.

—¿A quién tengo que presentarme? —preguntó.

León tomó una hoja de papel en la que había escrito un nombre y una dirección.

—Este es el hombre —dijo—. Vive en Nuremberg. No sabemos con exactitud qué era durante la guerra, pues con toda seguridad vive con otro nombre. Ocupa un alto cargo en ODESSA. Tal vez conozca a Eberhardt, que es un pez gordo en la zona norte de Alemania. Aquí tiene una fotografía de Eberhardt, el panadero. Mírela bien, por si le piden que se lo describa. ¿Visto?

Miller miró la fotografía de Eberhardt y asintió.

—Cuando lo tenga todo dispuesto, sugiero que espere unos días, hasta que el barco de Eberhardt esté fuera del alcance de la radio de tierra. No queremos que hablen por teléfono con Eberhardt mientras el buque esté cerca de la costa alemana. Esperaremos hasta que se halle en pleno Atlántico. Creo que podría presentarse el próximo jueves por la mañana.

Miller asintió.

—De acuerdo. El jueves.

—Dos cosas más —dijo León—. Además de descubrir a Roschmann, que es lo que usted desea, también nos gustaría que nos facilitara cierta información. Queremos saber quién se encarga de reclutar a los científicos que van a ir a Egipto para trabajar en los cohetes de Nasser. ODESSA los contrata aquí en Alemania. Tenemos que averiguar quién es el nuevo agente de reclutamiento. Segunda: manténgase en contacto. Utilice teléfonos públicos y llame a este número.

Pasó un pedazo de papel a Miller.

—Siempre habrá alguien esperando su llamada, aunque yo no esté. Cada vez que consiga algo, infórmenos.

Veinte minutos después, el grupo se había ido.

En el asiento posterior del coche que los llevaba de regreso a Munich viajaban León y Josef. El agente israelí iba encogido en su rincón, con gesto taciturno. Cuando dejaron atrás las luces de Bayreuth, León le dio un leve codazo.

—¿Por qué tan serio? —le preguntó—. Todo está saliendo a pedir de boca.

Josef le lanzó una rápida mirada.

—¿Es de fiar ese Miller? —preguntó.

—¿De fiar? Es la mejor oportunidad que hemos tenido nunca para penetrar en ODESSA. Ya ha oído a Oster. Si no pierde la cabeza, Miller puede pasar ante cualquiera por un antiguo SS.

Josef tenía sus dudas.

—Mis instrucciones consisten en vigilarlo constantemente —refunfuñó—. Debería ir pegado a sus talones, sin perderlo de vista, para informar con respecto a los hombres a quienes sea presentado, y acerca de su posición en ODESSA. Ahora quisiera no haber accedido a dejarlo ir solo y esperar a que llame por teléfono cuando le parezca bien. ¿Y si no llama?

León apenas podía dominar su irritación. Evidentemente, no era la primera vez que discutían acerca del particular.

—Por favor, escuche una vez más. Ese hombre fue descubierto por mí. El infiltrarlo en ODESSA fue idea mía. Es agente mío. He esperado años para poner a alguien donde está él ahora; alguien que no fuera judío. No quiero que lo descubran por llevar a alguien pegado a sus talones.

—Él es un aficionado, y yo, un profesional —gruñó el agente.

—También es ario —replicó León—. Cuando haya dejado de sernos útil, supongo que ya nos habrá dado los nombres de los diez hombres más importantes de ODESSA en Alemania. Luego, nosotros los trabajaremos uno a uno.

»Entre ellos estará el encargado de contratar a los científicos. No se preocupe: lo encontraremos y averiguaremos el nombre de los científicos que piensa mandar a El Cairo.

En Bayreuth, Miller miraba por la ventana la nieve que iba cayendo. No tenía la menor intención de llamar por teléfono ni de buscar a hombres de ciencia especializados en cohetes. Seguía teniendo un solo objetivo: Eduard Roschmann.

XII

Hasta la tarde del miércoles, 19 de febrero, no se despidió Peter Miller de Alfred Oster, en su casa de las afueras de Bayreuth. En la puerta, el antiguo oficial de la SS le estrechó la mano.

—Buena suerte, Kolb. Le he enseñado todo lo que sé. Un último consejo: ignoro cuánto pueda durar esa identidad. Probablemente, no mucho. Si alguna vez le parece que alguien le ha descubierto, no se entretenga en discutir. Escape y recupere su verdadero nombre.

Mientras el periodista se alejaba por el sendero del jardín, Oster murmuró entre dientes:

—La idea más absurda que he tenido en mi vida.

Luego cerró la puerta y volvió junto al fuego.

Miller recorrió a pie el kilómetro y medio que había hasta la estación, siempre cuesta abajo. Poco antes de llegar, pasó por delante del aparcamiento público. En la pequeña estación, de estilo típicamente bávaro, con grandes aleros y vigas, sacó billete para Nuremberg. Pero cuando iba a salir al andén, barrido por el viento, el empleado le advirtió:

—Va a tener que esperar mucho rato, señor. El tren de Nuremberg lleva mucho retraso.

Miller le miró, sorprendido. Los ferrocarriles alemanes hacen de la puntualidad una cuestión de honor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

El hombre movió la cabeza en dirección a las montañas, por las que desaparecían los raíles, y al valle cubierto por una capa de nieve reciente.

—La vía ha quedado cortada por la nieve. Ahora nos han comunicado que iba la máquina quitanieves. Los técnicos están trabajando para abrir paso.

Sus años de periodista habían creado en Miller una profunda aversión a las salas de espera. Hubo de pasar en ellas tantas horas de frío, cansancio e

incomodidad... Mientras tomaba café en la pequeña cantina de la estación, contempló su billete. Ya estaba perforado. Luego pensó en su coche, que estaba en el aparcamiento.

Con dejarlo en el otro extremo de Nuremberg, a varios kilómetros de distancia de las señas que le habían dado... Y si, después de la entrevista, lo enviaban a algún nuevo sitio y tenía que utilizar otro medio de transporte, siempre podría dejar el «Jaguar» en Munich. Incluso podría meterlo en algún garaje, fuera de la vista. Nadie lo encontraría. Por lo menos, antes de que él terminara su trabajo. Además —reflexionó—, no estaría de más disponer de un medio rápido para marcharse, si la ocasión lo requiriera. No tenía por qué imaginar que hubiera alguien en Baviera que hubiera oído hablar de él ni de su coche.

Recordó la advertencia de *Motti*, en el sentido de que era un coche demasiado llamativo; pero también recordó lo que dijera Oster hacía apenas una hora acerca de la necesidad de tener que huir a toda prisa. Era peligroso llevárselo, pero también lo era quedar varado sin un medio de transporte. Lo pensó durante cinco minutos más. Luego salió del café y de la estación y empezó a subir la cuesta.

Diez minutos después, salía de la ciudad, sentado tras el volante de su «Jaguar».

El viaje hasta Nuremberg era corto. Miller se inscribió en un pequeño hotel situado cerca de la estación central, dejó el coche en un callejón lateral dos manzanas más abajo y, por la Puerta del Rey, entró en la antigua ciudad medieval amurallada, cuna de Alberto Durero.

Ya era de noche; pero las luces de la calle iluminaban los inclinados tejados y los aleros pintados de las casas. Casi podía uno imaginarse en la Edad Media, cuando los reyes de Franconia gobernaban Nuremberg, una de las más ricas ciudades mercantiles de los Estados germánicos. Costaba trabajo recordar que casi hasta el último ladrillo de aquellas casas se había colocado después de 1945, en una minuciosa reconstrucción llevada a cabo de acuerdo con los planos originales de la ciudad, arrasada en 1943 por las bombas aliadas.

Encontró la casa que buscaba dos calles más allá de la plaza del Mercado, casi debajo de las dos torres gemelas de San Sebald. El nombre del rótulo de la puerta coincidía con el mecanografiado en el sobre que contenía la falsa carta de presentación supuestamente firmada por el antiguo coronel de la SS Joachim Eberhardt, de Bremen. Como Miller no conocía a Eberhardt, no podía menos de

desear que tampoco lo conociera el dueño de aquella casa de Nuremberg.

Volvió a la plaza del Mercado, en busca de un lugar donde cenar. Después de pasar por delante de dos o tres restaurantes típicos de Franconia, vio salir humo por la chimenea de la pequeña salchichería de la esquina, situada frente a la puerta de San Sebald. Era un lugar muy pintoresco, de tejado rojo, con una terraza bordeada de macetas de brezo, que el cuidadoso hostelero había limpiado de la nieve caída durante la mañana.

Al entrar, el calor y la animación le envolvieron en un abrazo. El local estaba lleno; pero de una mesa situada en un rincón acababa de levantarse una pareja. Miller se fue hacia ella, saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza al hombre y a la mujer, quienes, a su vez, le desearon buen provecho, y se sentó. Pidió la especialidad de la casa: las salchichas de Nuremberg, pequeñas y picantes, de las que le sirvieron una docena. Las acompañó con una botella de vino de la región.

Después de la cena, Miller saboreó lentamente su café y dos «Asbachs». No tenía ganas de acostarse; se estaba bien allí, viendo arder los leños en la chimenea y escuchando al grupo del rincón, que cantaba una canción franconia de taberna, meciéndose con los brazos enlazados y levantando los vasos al final de cada estrofa.

Miller se preguntaba por qué había de arriesgar la vida en la búsqueda de un hombre que cometió sus crímenes veinte años atrás. Pensó en abandonar el asunto, afeitarse el bigote, dejarse crecer el pelo y regresar a Hamburgo y a la cama que Sigi le calentaba. El camarero se acercó a su mesa, le hizo una reverencia y le presentó la cuenta con un alegre *Bitte schon*.

Miller metió la mano en el bolsillo, en busca del billetero, y sus dedos tropezaron con una fotografía. La sacó y contempló aquel rostro de ojos descoloridos y boca de ratonera que asomaba por un cuello ribeteado de negro con los rayos de plata. Después murmuró: «¡Cerdo!», arrimó el papel a la llama de la vela que ardía sobre la mesa y aplastó las cenizas en el platillo de cobre. Ya no le hacía falta. Reconocería aquel rostro en cuanto lo viera.

Peter Miller pagó el importe de su cena, se abrochó el chaquetón y volvió a su hotel.

Aproximadamente a la misma hora, Mackensen tenía que enfrentarse con un indignado y desconcertado *Werwolf*.

—¿Cómo puede haber desaparecido? —decía ásperamente el jefe de ODESSA—. No puede habérselo tragado la tierra. Su coche debe de ser uno de los más vistosos de Alemania, visible a más de un kilómetro. Seis semanas de búsqueda, y lo único que sabe usted decirme es que no ha sido visto...

Mackensen esperó a que el otro acabara de descargar su acceso de mal humor.

—Sin embargo, es la verdad —dijo al fin—. He hecho vigilar su piso de Hamburgo; he mandado a supuestos amigos suyos a hablar con su madre y su amiga, he preguntado a sus colegas. Nadie sabe nada. Durante todo este tiempo, el coche debe de haber estado en algún garaje. Tiene que haberse escondido. Desde que salió del aparcamiento del aeropuerto de Colonia (a su regreso de Londres) y se fue en dirección al Sur, nadie ha vuelto a verle.

—Hay que encontrarlo —repitió el *Werwolf*—. No debe acercarse a ese camarada. Sería desastroso.

—Tiene que aparecer —dijo Mackensen, con convicción—. Tarde o temprano, aparecerá. Y entonces lo atraparemos.

El *Werwolf* advirtió en esta respuesta la paciencia y la lógica del cazador profesional. Asintió con lentitud.

—Está bien. Pero quédese usted cerca de mí. Instálese en un hotel de esta ciudad y mantengámonos a la expectativa. Quiero que esté usted a mano por si le necesito con urgencia.

—Bien, señor. Le llamaré para decirle en qué hotel me hospedo. Allí me tendrá a su disposición a cualquier hora.

Dio las buenas noches a su superior y se fue.

A la mañana siguiente, poco antes de las nueve, Miller se presentó en la casa y oprimió el reluciente timbre. Quería hablar con el hombre antes de que se marchara a su trabajo. Le abrió la puerta una criada, la cual lo introdujo en la sala y se fue a buscar a su señor.

El hombre que entró al cabo de diez minutos aparentaba unos cincuenta y cinco años, tenía el cabello castaño con mechones grises en las sienes y un aire de superioridad y elegancia. El mobiliario de la sala denotaba también buen gusto y sanos ingresos. Miró a su inesperado visitante sin curiosidad, observando inmediatamente el corte vulgar del pantalón y la americana, propios de un individuo de la clase trabajadora.

—¿Qué desea? —preguntó sosegadamente.

Era evidente que su visitante se sentía cohibido en el suntuoso marco de la sala.

—Verá, Herr Doktor, yo esperaba que usted pudiera ayudarme.

—Vamos, hombre, usted debe de saber que mi despacho no está lejos de aquí. Será mejor que hable con mi secretaria, para concertar una entrevista.

—Es que no se trata de ayuda profesional —dijo Miller. Recurrió al dialecto de la región de Hamburgo y Bremen, en el cual solía hablar la gente trabajadora. Estaba violento. No encontraba las palabras, y sacó una carta del bolsillo interior de la chaqueta y la tendió a su interlocutor—. Le traigo una carta de presentación que me dio la persona que me aconsejó venir a verle.

El hombre de ODESSA tomó la carta sin decir palabra, rasgó el sobre y leyó con rapidez. Se irguió ligeramente y miró a Miller con atención.

—Comprendo, Herr Kolb. Siéntese.

Le indicó una silla, y él se instaló en una butaca. Se quedó mirando a su visitante durante varios minutos, con el ceño fruncido. Bruscamente preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Kolb, señor.

—¿El nombre de pila?

—Rolf Gunther, señor.

—¿Tiene algún documento?

Miller le miró, atónito.

—Sólo el permiso de conducir.

—Enséñemelo, por favor.

El abogado, pues ésta era su profesión, alargó una mano, con lo que obligó a Miller a levantarse de la silla para entregarle el permiso de conducir. El otro lo examinó. Comparó la fotografía con la cara de Miller. Coincidían.

—¿Fecha de nacimiento? —le espetó de pronto.

—¿El día que nació? Pues... el 18 de junio, señor.

—El año, Kolb.

—Mil novecientos veinticinco.

El abogado siguió mirando el permiso de conducir.

—Espere aquí —dijo, y salió de la habitación.

Se dirigió a la parte posterior de la casa, donde tenía su despacho, al cual entraban los clientes por la calle de atrás. Abrió la caja fuerte empotrada y sacó un grueso libro.

Conocía de oídas a Joachim Eberhardt, pero nunca lo había visto. No estaba seguro de cuál era el grado que tenía Eberhardt en la SS. El libro confirmó lo que había leído en la carta. Joachim Eberhardt, ascendió a coronel de la Waffen-SS el 10 de enero de 1945. Pasó varias páginas y buscó el nombre de Kolb. Había siete Kolb, pero sólo un Rolf Gunther. Nombrado sargento en abril de 1945. Fecha de nacimiento, 18.6.25. Guardó el libro en la caja fuerte, y la cerró. Luego volvió a la sala. Su visitante seguía sentado en su silla, un tanto cohibido.

—Tal vez no me sea posible ayudarle; ¿lo comprendería usted?

Miller se mordió los labios y asintió.

—No tengo a nadie más a quien acudir. Cuando empezaron a buscarme, hablé con Herr Eberhardt, y él me dio esa carta y me dijo que viniera a hablar con usted. Me dijo que si usted no podía ayudarme, nadie podría hacerlo.

El abogado se recostó en su butaca y miró al techo.

—Me gustaría saber por qué no me llamó por teléfono si deseaba hablar conmigo.

Era evidente que esperaba una respuesta.

—Tal vez no quisiera usar el teléfono para una cosa así —apuntó Miller.

El abogado le miró desdeñosamente.

—Es posible —dijo con frialdad—. Será mejor que empiece usted por contarme cómo se ha metido en ese lío.

—¡Oh, sí, señor! Verá: ese hombre me reconoció, y entonces ellos me dijeron que iban a detenerme. De modo que me largué, ¿no?, quiero decir que tenía que marcharme.

El abogado suspiró.

—Empiece por el principio —dijo, con acento de cansancio—. ¿Quién le reconoció y por qué?

Miller respiró profundamente.

—Pues, yo estaba en Bremen. Vivo allí y trabajo..., bueno, trabajaba hasta que ocurrió esto, para Herr Eberhardt, en la panadería. Un día, hace cuatro meses, mientras iba por la calle, empecé a notar algo raro. Me sentí muy enfermo, con fuertes dolores de estómago. Debí de desmayarme y caí al suelo. Me llevaron al hospital.

—¿A qué hospital?

—Al Hospital General de Bremen. Me hicieron unos análisis y me dijeron que tenía un cáncer. De estómago. Yo pensé que ya estaba listo, ¿comprende?

—Así suele ocurrir —observó el abogado secamente.

—Bueno: pues por lo visto lo cogieron a tiempo. En lugar de operarme, me trataron con medicamentos y, al cabo de cierto tiempo, el cáncer empezó a ceder.

—Pues tuvo usted mucha suerte. ¿Y qué es eso de que lo reconocieron?

—Sí, señor. Fue un enfermero del hospital. Era judío, y me miraba de un modo muy raro. Cuando estaba de guardia, no hacía más que mirarme. Y me ponía nervioso. Parecía querer decirme: «Yo sé quién eres tú». Yo no lo había visto nunca, pero tenía la impresión de que me conocía.

—Continúe.

El abogado iba interesándose por momentos.

—Hará cosa de un mes me dijeron que ya estaba en condiciones de ser trasladado. Me llevaron a una clínica de convalecencia. Pagaba los gastos el Seguro de Enfermedad que teníamos en la panadería. Y antes de salir de Bremen me acordé de él, del judío. Tardé semanas, mas al fin lo recordé. Lo había visto en Flossenburg.

El abogado se irguió de un brinco.

—¿Estuvo usted en Flossenburg?

—Pues sí, a eso iba. Quiero decir que allí había visto a aquel enfermero del hospital. Pregunté cómo se llamaba. En Flossenburg estaba con el grupo de judíos que utilizamos para incinerar los cadáveres del almirante Canaris y los demás oficiales que fusilamos con motivo de su intervención en el atentado contra el Fuhrer.

El abogado lo miraba fijamente.

—¿Es usted uno de los que ejecutaron a Canaris y a los otros? —preguntó.

Miller se encogió de hombros.

—Yo mandaba el pelotón de ejecución —dijo simplemente—. Eran unos traidores, ¿no? Trataron de asesinar al Fuhrer.

El abogado sonrió.

—Amigo mío, yo no le reprocho nada. Claro que eran traidores. Canaris, incluso llegó a pasar información a los aliados. Esos cerdos del Ejército eran traidores todos, empezando por los generales. Nunca creí que conocería al hombre que los mató.

Miller sonrió débilmente.

—El caso es que ahora quieren detenerme por eso. Verá, liquidar judíos es una cosa; pero ahora hay muchos que dicen que Canaris y esa pandilla eran una especie de héroes.

El abogado asintió.

—Desde luego, eso le pondría en un aprieto con las actuales autoridades de Alemania. Siga contando.

—Pues me trasladaron a esa clínica que le he dicho, y no volví a ver al enfermero. Pero el viernes me llamaron por teléfono. Creí que era de la panadería, pero el que llamaba no quiso dar su nombre. Dijo que estaba en situación de saber lo que ocurría, y que cierta persona había ido a decir a esos cerdos de Ludwigsburg quién era yo, y que se iba a cursar una orden de arresto contra mí. Yo no sé quién era el que hablaba, pero me pareció que sabía lo que decía. Su tono sonaba a oficial. No sé si usted me entiende...

El abogado movió la cabeza afirmativamente.

—Seguramente era algún amigo de la Policía de Bremen. ¿Y qué hizo usted? Miller le miró, con aire de sorpresa.

—Pues marcharme, ¿qué podía hacer? Me di de alta yo mismo. No sabía qué hacer. No fui a casa, por si estaban esperándome allí. Ni siquiera me atreví a coger mi «Volkswagen», que estaba aparcado delante de mi casa. El viernes dormí de mala manera, y el sábado tuve una idea. Fui a ver al jefe, al señor Eberhardt, a su casa. Está en la guía de teléfonos. Se portó admirablemente. Dijo que, al día siguiente, él y su esposa se iban de viaje, en un crucero de invierno, pero que procuraría ayudarme. Me dio esa carta, y me dijo que viniera a hablar con usted.

—¿Qué le hizo suponer que Herr Eberhardt le ayudaría?

—¡Ah, sí! Verá: yo no sabía lo que él había sido durante la guerra. Pero en la panadería siempre se portó muy bien conmigo. Hace dos años celebramos una comida de hermandad. Todos nos emborrachamos un poco. Yo fui al lavabo, y allí encontré a Herr Eberhardt, que estaba lavándose las manos. Cantaba una canción: la de *Horst Wessel*. Yo me puse a cantarla también. La cantamos a coro, en el lavabo. Luego, él me dio una palmada en el hombro y me dijo: «Ni una palabra, Kolb», y salió. Yo no me acordé más de aquello hasta que me vi en apuros. Entonces se me ocurrió pensar que él podía haber estado en la SS, como yo. Y acudí a él.

—¿Y él me lo ha mandado a mí?

Miller asintió.

—¿Cómo se llama ese enfermero judío?

—Hartstein, señor.

—¿Y la clínica?

—La clínica «Arcadia». Está en Delmenhorst, en las afueras de Bremen.

El abogado asintió, anotó unas palabras en una hoja de papel que tomó de un escritorio y se puso en pie.

—Quédese aquí —dijo, y salió de la habitación.

Cruzó el corredor y entró en su estudio. Pidió al servicio de Información de la Compañía Telefónica el número de la panadería «Eberhardt», el del Hospital General de Bremen y el de la clínica «Arcadia», de Delmenhorst. En primer lugar llamó a la panadería.

La empleada de Eberhardt se mostró muy amable.

—Lo lamento; el señor Eberhardt está de vacaciones. No, no se le puede llamar. Él y su esposa están haciendo su acostumbrado crucero de invierno por el Caribe. Regresarán dentro de cuatro semanas. ¿Puedo servirle en algo?

El abogado le aseguró que no y colgó el aparato.

A continuación marcó el número del Hospital General de Bremen y pidió que le pusieran con Administración, departamento de personal.

—Aquí el departamento de la Seguridad Social, sección Pensiones —dijo con desenvoltura—. Quisiera que me confirmasen si figura entre su personal un enfermero llamado Hartstein.

Hubo una pausa, mientras la muchacha miraba el fichero de personal.

—Sí, aquí está —dijo—. David Hartstein.

—Gracias —dijo el abogado de Nuremberg, y colgó el teléfono. A continuación volvió a marcar el mismo número y solicitó comunicar con el Registro.

—Habla el secretario de la «Compañía Panificadora Eberhardt» —dijo—. Deseo preguntar por el estado de uno de nuestros empleados que está en ese hospital, a causa de un tumor de estómago. ¿Puede decirme cómo se encuentra? Se llama Rolf Gunther Kolb.

Otra pausa. La muchacha encargada del archivo sacó la carpeta de Rolf Gunther Kolb y miró la última hoja.

—Ya fue dado de alta. Su estado mejoró y pudo ser trasladado a una clínica de convalecencia.

—Magnífico —dijo el abogado—. Acabo de regresar de mis vacaciones de invierno, por lo que todavía no estaba al corriente. ¿Puede decirme en qué clínica se halla?

—En la «Arcadia» de Delmenhorst —respondió la joven.

El abogado llamó a continuación a la clínica «Arcadia». Contestó una voz femenina. Después de escuchar la pregunta, la muchacha se volvió hacia un

médico que estaba a su lado y cubrió el micro con la mano.

—Preguntan por ese hombre de quien usted me habló —dijo—: Kolb.

El médico cogió el teléfono.

—Sí —dijo—, aquí el médico-jefe de la clínica. Soy el doctor Braun. ¿Deseaba usted...?

Al oír el nombre de Braun, la secretaria miró a su jefe con extrañeza. Él, sin pestañear, escuchó la voz que le hablaba desde Nuremberg y respondió con naturalidad:

—Lamento decirle que Herr Kolb se dio a sí mismo de alta el viernes por la tarde. Totalmente irregular, pero no pude evitarlo. Sí, nos lo mandaron del Hospital General de Bremen. Un tumor de estómago en proceso de curación. — Escuchó unos momentos y dijo—: De nada. Celebro haber podido serle útil.

El médico, cuyo verdadero nombre era Rosemayer, colgó el aparato y marcó un número de Munich. Cuando le contestaron, dijo, sin preámbulos:

—Alguien llamó por teléfono preguntando por Kolb. Han empezado las comprobaciones.

En Nuremberg, el abogado colgó el auricular y volvió a la sala.

—Bueno, Kolb. Evidentemente, es usted quien dice ser.

Miller le miró con ojos de asombro.

—No obstante, quisiera hacerle unas cuantas preguntas. ¿Tiene algún inconveniente?

Su visitante movió negativamente la cabeza, todavía un tanto aturdido.

—Ninguno, señor.

—Bien. ¿Está circuncidado?

Miller abrió mucho los ojos.

—No, no lo estoy —respondió con extrañeza.

—Déjeme verlo —dijo el abogado tranquilamente.

Miller lo miraba pasmado.

—¿Me ha oído, sargento? —gritó el otro.

Miller saltó de la silla y se cuadró.

—*Zu Befehl!*

Se mantuvo en posición de firmes, con los pulgares paralelos a las costuras del pantalón, durante tres segundos y luego bajó el cierre de cremallera. El abogado lo miró brevemente y le hizo una seña con la cabeza, para indicarle que volviera a abrocharse.

—Bueno, por lo menos no es judío —dijo con afabilidad.

Miller, que había vuelto a sentarse, lo miró boquiabierto.

—¿Pues claro que no soy judío! —exclamó.

—Sin embargo, se han dado casos de judíos que han tratado de pasar por camaradas nuestros. Pero no han durado mucho. Ahora vamos a ver su historial. Voy a hacerle unas preguntas. Para comprobación, ¿comprende? ¿Dónde nació?

—En Bremen, señor.

—Bien. Su lugar de nacimiento figura en el registro de la SS. Acabo de verificarlo. ¿Pertenebió a las Juventudes Hitlerianas?

—Sí, señor. Ingresé en mil novecientos treinta y cinco, a los diez años.

—¿Sus padres eran nacionalsocialistas?

—Sí, señor, los dos.

—¿Qué ha sido de ellos?

—Murieron en el gran bombardeo de Bremen.

—¿Cuándo ingresó usted en la SS?

—En la primavera de mil novecientos cuarenta y cuatro, señor, a los dieciocho.

—¿Dónde recibió la instrucción?

—En el campo de entrenamiento de Dachau, señor.

—¿Le tatuaron el grupo sanguíneo en la axila derecha?

—No, señor. Aunque, de habérmelo tatuado, habría sido en la izquierda.

—¿Por qué no se lo tatuaron?

—Teníamos que salir del campo de entrenamiento en agosto de mil novecientos cuarenta y cuatro. Nuestro primer destino era una unidad de la Waffen-SS. Pero, en julio, un grupo numeroso de oficiales del Ejército complicados en el atentado contra el Führer fue enviado al campo de Flossenbürg. Flossenbürg solicitó entonces a Dachau el envío inmediato de efectivos, para incrementar su personal. Nos eligieron a mí y a una docena más, por considerarnos especialmente aptos, salimos inmediatamente para nuestro destino, por lo que nos perdimos el tatuaje y la última revista de nuestra promoción. Dijo el comandante que no era necesario tatuar el grupo sanguíneo, ya que no nos mandarían al frente, señor.

El abogado asintió. Seguramente, en julio de 1944 el comandante comprendía también que, estando los aliados avanzando por Francia, la guerra no podía durar.

—¿Le entregaron su puñal?

—Sí, señor. Me lo entregó el comandante.

—¿Como reza la inscripción?

—«Mi honor es la fidelidad», señor.

—¿Qué clase de entrenamiento recibió en Dachau?

—Instrucción militar completa e instrucción politicoideológica complementaria de la recibida con anterioridad en las Juventudes Hitlerianas.

—¿Aprendió las canciones?

—Sí, señor.

—¿A qué libro de marchas corresponde la canción de *Horst Wessel*?

—Al álbum *Tiempos de lucha por la patria*, señor.

—¿Dónde estaba situado el campo de entrenamiento de Dachau?

—A quince kilómetros al norte de Munich, señor. Y a cinco del campo de concentración del mismo nombre.

—¿Cómo era el uniforme?

—Guerrera y pantalón verde gris, botas de montar, solapas con vueltas negras, insignia del grado a la izquierda, cinturón de piel negra y hebilla pavonada.

—¿Qué lema llevaba la hebilla?

—Una esvástica en el centro, y alrededor, la frase: «Mi honor es la fidelidad», señor.

El abogado se puso en pie y se despezó. Encendió un cigarro y se acercó a la ventana.

—Ahora, sargento Kolb, hábleme del campo de Flossenburg. ¿Dónde estaba situado?

—En el límite entre Baviera y Turingia, señor.

—¿Cuándo fue abierto?

—En mil novecientos treinta y cuatro, señor. Fue uno de los primeros lugares adonde se llevaba a los cerdos que se oponían al Führer, señor.

—¿Qué dimensiones tenía?

—Cuando yo estaba allí, trescientos metros por trescientos. Estaba rodeado por diecinueve torres de vigilancia con ametralladoras pesadas y ligeras. La plaza donde se pasaba lista tenía ciento veinte por ciento cuarenta metros. ¡Lo que nos divertíamos allí a costa de los judíos...!

—Sin divagar —atajó el abogado—. ¿Y los alojamientos?

—Veinticuatro barracones, una cocina para los reclusos, baños, enfermería y varios talleres.

—¿Y para los guardianes?

—Dos barracones, una tienda y un burdel.

—¿Qué se hacía con el cuerpo de los que morían?

—Había un pequeño crematorio fuera de la alambrada. Se llegaba hasta él por un pasadizo subterráneo.

—¿Cuál era el trabajo principal?

—Sacar piedra de una cantera, señor. La cantera también quedaba fuera de la alambrada. Tenía su propia alambrada, y torres de vigilancia.

—¿Qué población había a fines de mil novecientos cuarenta y cuatro?

—Unos dieciséis mil internados, señor.

—¿Dónde estaba la oficina del comandante?

—Fuera de la alambrada, señor, a la mitad de una ladera que dominaba el campo.

—¿Quiénes fueron los sucesivos comandantes?

—Hubo dos antes de que yo llegara. El primero, el comandante Karl Kunstler de la SS. Su sucesor fue el capitán Karl Fritsch de la SS. El último, el teniente coronel de la SS Max Koegel.

—¿Qué número tenía el departamento político?

—Departamento número Dos, señor.

—¿Dónde estaba?

—En el bloque del comandante.

—¿Cuál era su cometido?

—Cuidar de que se cumplieran las órdenes de Berlín, acerca de dar un trato especial a determinados prisioneros.

—¿Canaris y los otros conspiradores tenían que recibir ese trato especial?

—Sí, señor. Todos ellos.

—¿Cuándo se cumplieron las órdenes?

—El veinte de abril de mil novecientos cuarenta y cinco, señor. Los norteamericanos avanzaban desde el sur, por Baviera, y llegó la orden de eliminarlos. Unos cuantos de nosotros fuimos designados para ejecutarla. Yo acababa de ser ascendido a sargento, a pesar de que cuando llegué al campo era soldado raso. Yo mandaba el pelotón que fusiló a Canaris y a otros cinco. Los enterró una brigada de judíos. Hartstein, ¡maldita sea su estampa!, era uno de ellos. Después quemamos los documentos del campo. A los dos días se nos ordenó marchar hacia el norte con todos los prisioneros. Por el camino nos enteramos de que el Fuhrer se había suicidado. Bueno, señor: entonces los oficiales nos dejaron. Los prisioneros empezaron a escapar hacia los bosques.

Nosotros, los sargentos, matamos a unos cuantos; mas comprendimos que no tenía sentido seguir adelante. Quiero decir que los yanquis andaban por todas partes.

—Una última pregunta sobre el campo, sargento. Desde cualquier lugar del campo, ¿qué se veía cuando levantaba uno la cabeza?

Miller le miró, perplejo.

—El cielo —contestó.

—¡Idiota! Quiero decir ¿qué dominaba el horizonte?

—Ah, ¿se refiere a la colina en cuya cumbre hay un castillo en ruinas?

El abogado asintió sonriendo.

—Siglo catorce —dijo—. Bien, Kolb: usted estuvo en Flossenburg. Dígame ahora cómo consiguió escapar.

—Verá, señor: fue durante la marcha. Nos dispersamos. Me topé con un soldado del Ejército, le di en la cabeza y me puse su uniforme. Los yanquis me cogieron dos días después. Estuve dos años en un campo de prisioneros de guerra, pero les dije que era un simple soldado. Ya sabe lo que ocurría, señor: corrían rumores de que los yanquis andaban fusilando a los de la SS. Por eso les dije que estaba en el Ejército.

El abogado exhaló una bocanada de humo.

—No fue usted el único. ¿Se cambió el nombre?

—No, señor. Sólo destruí mis papeles, porque me identificaban como SS. Pero no se me ocurrió cambiar de nombre. No creí que nadie buscara a un simple sargento. Por aquel entonces no parecía importante el asunto de Canaris. Fue mucho después, cuando la gente empezó a armar jaleo por aquellos oficiales y convirtió en una especie de santuario el lugar de Berlín en que fueron colgados los cabecillas. Pero por aquel entonces yo tenía ya mi documentación, expedida por la República Federal, a nombre de Kolb. En todo caso, de no haberme reconocido ese enfermero, nada hubiera sucedido, ni habría importado cuál fuera mi nombre.

—Cierto. Bueno: pasemos ahora a las cosas que le enseñaron. Empiece por repetirme el juramento de fidelidad al Führer —dijo el abogado.

La sesión se prolongó durante tres horas más. Miller estaba sudando, pero pudo achacarlo a que había salido del hospital prematuramente y a que no había comido durante todo el día. Era más de la hora del almuerzo cuando el abogado se dio por satisfecho.

—¿Qué es lo que quiere exactamente? —preguntó a Miller.

—El caso es que, con toda esa gente buscándome, voy a necesitar documentos que demuestren que no soy Rolf Gunther Kolb. Puedo cambiar de aspecto, dejarme crecer el pelo, esperar que el bigote sea más tupido y buscar trabajo en Baviera o en algún otro sitio. Yo soy un buen panadero, y la gente necesita pan, ¿no?

Por primera vez durante toda la entrevista, el abogado soltó una carcajada.

—Sí, mi buen Kolb, la gente necesita pan. Preste atención. Por lo general, las personas de su condición social no merecen que se pierda con ellos un tiempo valioso; pero como es evidente que no tiene usted la culpa de lo que le ocurre y es un alemán bueno y leal, voy a hacer cuanto pueda. De nada serviría que se limitara usted a obtener un nuevo permiso de conducir. Con eso no podría conseguir una tarjeta de la Seguridad Social. Necesita el certificado de nacimiento, y no lo tiene. Sin embargo, un pasaporte nuevo le permitiría obtener todo lo demás. ¿Tiene dinero?

—No, señor. Estoy limpio. Vine haciendo autostop, y he tardado tres días en llegar.

El abogado le dio un billete de cien marcos.

—No puede quedarse aquí, y su nuevo pasaporte tardará por lo menos una semana en estar listo. Le mandaré a casa de un amigo mío, que le tramitará el pasaporte. Vive en Stuttgart. Inscríbase en un hotel de viajeros, y vaya a verle. Yo le avisaré de su llegada, y él estará esperándole. —El abogado escribió unas líneas en un papel—. Se llama Franz Bayer. Aquí está su dirección. Tome el tren para Stuttgart, busque un hotel y preséntese en su casa. Si necesita más dinero, él le ayudará. Pero no vaya a empezar a derrochar. Manténgase escondido y a la expectativa hasta que Bayer le consiga el pasaporte. Luego le buscaremos un empleo en el sur de Alemania, y nadie podrá dar con usted.

Miller, con grandes muestras de agradecimiento, tomó los cien marcos y la dirección de Bayer.

—Muchísimas gracias, Herr Doktor; es usted un gran señor.

La criada lo acompañó hasta la puerta, y él regresó a la estación, a su hotel y al lugar en que había dejado el coche. Una hora después viajaba hacia Stuttgart, mientras el abogado llamaba por teléfono a Bayer a fin de anunciarle la llegada de Rolf Gunther Kolb, fugitivo de la Policía, para última hora de la tarde.

Por aquel entonces no había aún autopista entre Nuremberg y Stuttgart, y en un día de sol la carretera que discurría por la ubérrima llanura de Franconia y los montes y valles de Württemberg era, sin duda, muy pintoresca. Pero en una

cruda tarde de febrero, con escarcha en la carretera y niebla en los valles, la cinta de asfalto que serpenteaba entre Ansbach y Crailsheim, era mortífera. Dos veces estuvo el «Jaguar» a punto de caer en la cuneta, y dos veces hubo de decirse Miller que no había prisa. Bayer, el hombre que sabía cómo obtener los pasaportes falsos, no se iba a marchar.

Miller llegó a Stuttgart después del anochecer, y se instaló en un pequeño hotel de las afueras que, a pesar de su modestia, tenía portero nocturno y un garaje en la parte posterior. El conserje le dio un plano de la ciudad, en el que Miller localizó el suburbio de Ostheim, donde vivía Bayer, una hermosa zona residencial próxima a «Villa Berg», en cuyos jardines los príncipes de Württemberg y sus damas solían antaño celebrar sus saraos en las noches de verano.

Con el mapa a la vista, Miller condujo su coche hacia el anfiteatro de colinas que enmarca el centro de Stuttgart, por cuyas laderas trepan los viñedos como en pleno campo, y dejó el coche a unos cuatrocientos metros de la casa de Bayer. Mientras estaba cerrando la portezuela del conductor, no reparó en una señora de mediana edad que regresaba a su casa después de asistir a la reunión semanal del «Comité de Visita del Hospital».

A las ocho de la noche, el abogado de Nuremberg decidió llamar por teléfono a Bayer para asegurarse de que Kolb había llegado sano y salvo. Contestó la señora Bayer.

—Sí, ese joven ya llegó. Mi marido y él han ido a cenar por ahí.

—Sólo llamaba para asegurarme de que había llegado bien —dijo el abogado.

—Es un joven muy simpático —comentó alegremente la señora Bayer—. Pasé por su lado en la calle, mientras cerraba el coche. Yo volvía de la reunión del hospital. Pero estaba muy lejos de la casa. Seguramente se había extraviado. Eso es fácil en Stuttgart, con tantas calles de sentido único...

—Tiene que haber un error, Frau Bayer —atajó el abogado—. ¿No llegó en tren? Creí que no viajaba en su «Volkswagen».

—¡Oh, no! —dijo la señora Bayer, contenta de poder demostrar que estaba mejor enterada—. Vino en coche. Es un chico muy elegante y tiene un automóvil precioso. Estoy segura de que tiene mucho éxito con las chicas...

—Escúcheme bien, Frau Bayer. ¿Podría describir ese coche?

—No conozco la marca, desde luego; pero es un coche deportivo, negro, con una franja amarilla en un costado...

El abogado colgó violentamente el teléfono, y a continuación marcó un número de Nuremberg. Sudaba ligeramente. Le contestaron de un hotel, y pidió un número interior. Al poco rato, una voz conocida contestó:

—Diga.

—Mackensen —gritó el *Werwolf*—, venga inmediatamente. Hemos encontrado a Miller.

XIII

Franz Bayer era tan rollizo y orondo como su mujer. El *Werwolf* le había avisado de la llegada del fugitivo de la justicia, y cuando, poco después de las ocho, Miller llamó a la puerta, él salió personalmente a darle la bienvenida.

En el mismo recibidor fue presentado Miller a la señora Bayer, la cual se alejó apresuradamente hacia la cocina.

—¿Es su primera visita a Württemberg, amigo Kolb? —dijo entonces Bayer.

—Pues, sí, la primera.

—¡Ah! Nosotros nos ufamamos de nuestra hospitalidad. Seguramente tendrá usted apetito. ¿Ha cenado ya?

Miller le dijo que no había comido en todo el día, y que se había pasado la tarde en el tren. Bayer se mostró afligido.

—¡Dios mío, pobre hombre! Tiene usted que tomar algo. Ya verá: nos iremos a cenar a la ciudad. Nada, nada; es lo menos que puedo hacer por usted.

Se fue hacia la parte posterior de la casa, para advertir a su esposa de que se llevaba a su huésped a cenar a la ciudad, y diez minutos después se dirigían ambos hacia el centro de Stuttgart en el automóvil de Bayer.

Para ir de Nuremberg a Stuttgart por la antigua carretera E 12, se tarda por lo menos dos horas, aunque se viaje a marchas forzadas. Y así viajaba Mackensen aquella noche. Media hora después de recibir la llamada del *Werwolf*, estaba ya en la carretera, provisto de las oportunas instrucciones y de las señas de Bayer. Llegó a las diez y media, y fue directamente a casa de Bayer.

La señora Bayer, que había recibido otra llamada del *Werwolf*, en la cual le había advertido éste de que el hombre que se hacía llamar Kolb no era lo que parecía sino que, posiblemente, fuera un confidente de la Policía, recibió a Mackensen temblando de miedo. La actitud de éste no era la más apropiada para

tranquilizarla.

—¿Cuándo se fueron?

—A las ocho y cuarto —balbució la mujer.

—¿Le indicaron adónde iban?

—No. Franz dijo que el chico no había comido en todo el día y lo llevaba a cenar a un restaurante de la ciudad. Yo le dije que podía preparar algo, pero a Franz le gusta mucho comer en el restaurante. Cualquier pretexto le sirve...

—Dijo usted que vio a Kolb aparcando el coche. ¿Dónde lo vio?

Ella le indicó dónde estaba la calle y cómo llegar a ella desde la casa. Mackensen reflexionó un momento.

—¿No tiene idea de a qué restaurante puede haberlo llevado? —preguntó.

La mujer tardó unos momentos en contestar.

—Bueno: su favorito es «Los Tres Moros», de la Friedrich Strasse —dijo—. Generalmente, primero prueba si hay sitio allí.

Mackensen salió de la casa y se dirigió a la calle en que estaba el «Jaguar». Lo examinó atentamente, para asegurarse de que lo reconocería si volviera a verlo. Se preguntó si no sería preferible quedarse esperando a Miller. Pero las órdenes que le había dado el *Werwolf* eran seguir a Miller y a Bayer, advertir al de ODESSA y mandarlo a casa, y después, encargarse de Miller. Por ello no había llamado por teléfono a «Los Tres Moros». Advertir a Bayer equivaldría a poner a Miller sobre aviso de que había sido descubierto y darle la oportunidad de volver a desaparecer.

Mackensen miró su reloj. Eran las once menos diez. Volvió a subir a su «Mercedes» y se dirigió al centro de la ciudad.

En un hotel modesto y oscuro de los barrios bajos de Munich, Josef estaba tendido en su cama, despierto, cuando el conserje lo llamó para decirle que se había recibido un cable para él. Josef bajó a recogerlo y lo subió a su habitación.

Sentado ante una desvencijada mesa abrió el sobre y examinó el texto. Decía así:

A continuación indicamos los precios que podríamos aceptar para los artículos por los que se interesa el cliente:

Apio: 381 marcos, 53 pfennigs.

Melones: 362 marcos, 17 pfennigs.

Naranjas: 627 marcos, 24 pfennigs.

Piña: 313 marcos, 88 pfennigs...

La lista de frutas y verduras era larga, pero todos los artículos que en ella figuraban eran de exportación habitual en Israel, y el cable parecía la respuesta a una demanda formulada por un representante en Alemania de una compañía exportadora. No era seguro utilizar la red internacional de cables; mas son tantos los cables comerciales que se transmiten diariamente por Europa occidental, que para comprobarlos todos se necesitaría un ejército.

Josef, haciendo caso omiso del texto, fue entresacando los números y los escribió uno al lado del otro, formando una larga hilera. Desaparecieron los números de cinco cifras en que se dividían las cantidades de marcos y pfennigs. Cuando los tuvo todos en hilera, los dividió en grupos de seis cifras de cada grupo de seis, restó la fecha, 20 de febrero de 1964 escrita así: 20264. En cada caso, el resultado era otro número de seis cifras.

El código era sencillo. Estaba basado en la edición rústica del *New World Dictionary* de Webster, publicado por la «Popular Library» de Nueva York. Las tres primeras cifras del grupo se referían a la página del diccionario; la cuarta cifra podía ser cualquier número del 1 al 9. Un número impar significaba columna primera, y un número par, columna segunda. Las dos últimas cifras indicaban el número de palabras que contar de arriba abajo. Estuvo trabajando sin parar durante media hora. Luego leyó el mensaje y, lentamente, apoyó la cabeza en las manos.

Treinta minutos después, estaba con León en casa de éste. El jefe del grupo de vengadores leyó el mensaje y profirió un juramento.

—Lo lamento —dijo al fin—. ¿Cómo iba a saberlo?

Durante los últimos seis días, el Mossad había recibido, por distinto conducto, tres informes. Uno procedía del agente israelí en Buenos Aires, y decía que había sido autorizado el pago de una cantidad equivalente a un millón de marcos alemanes a un tal *Vulkan* «para permitirle completar la fase siguiente de su investigación».

El segundo era de un empleado judío en un Banco suizo, entidad que solía efectuar transferencias de fondos secretos nazis para pagar a los hombres de ODESSA en Europa occidental; según él, un millón de marcos había sido transferido al Banco desde Beirut, y retirado en efectivo por un individuo con una cuenta en el mismo desde hacía diez años a nombre de Fritz Wegener.

El tercero era de un coronel egipcio que ocupaba un alto cargo en el servicio de seguridad de la «Fábrica 333» y que, a cambio de una suma considerable que le serviría para ayudarlo a proporcionarse un cómodo retiro, había conversado durante varias horas con un hombre del Mossad en un hotel de Roma. Y éste había dicho que el proyecto de los cohetes sólo estaba pendiente de que se lo dotara de un sistema seguro de teledirección, el cual se estudiaba en una fábrica de Alemania Occidental y estaba costando a ODESSA millones de marcos.

Estos tres informes, junto con varios miles más, fueron procesados en las computadoras del profesor Youvel Neeman, el genio israelí que fue el primero en aplicar la cibernética al análisis de los informes de Inteligencia, y más adelante sería el padre de la bomba atómica israelí. Donde la memoria humana hubiera podido fallar, los microcircuitos de la computadora relacionaron los tres informes, recordaron que hasta 1955 —en que fue delatado por su esposa— Roschmann había usado el nombre de Fritz Wegener, e informaron debidamente.

En el cuartel general subterráneo, Josef se volvió hacia León.

—Yo no me muevo de aquí. Voy a quedarme cerca de ese teléfono. Proporcióname una moto potente y ropa adecuada. Inmediatamente. Cuando Miller llame, si llama, quiero reunirme con él a toda prisa.

—Si lo descubren, no creo que pueda llegar a tiempo —dijo León—. No es de extrañar que quisieran apartarlo. Si se acerca a su hombre, lo matarán.

Cuando León salió del sótano, Josef volvió a leer el cable de Tel Aviv, que decía así:

ALERTA ROJA NUEVA INFORMACIÓN INDICA INDUSTRIAL
ALEMÁN OPERANDO ESE PAÍS VITAL ÉXITO PROYECTO
COHETES STOP NOMBRE CIFRADO VULKAN STOP
PROBABLEMENTE MISMA IDENTIDAD ROSCHMANN STOP
UTILICE MILLER INMEDIATAMENTE STOP BUSCAR Y
ELIMINAR STOP CORMORANT.

Josef se sentó a la mesa y, minuciosamente, se puso a limpiar y armar su automática «Walther PPK». De vez en cuando echaba una mirada al silencioso teléfono.

Durante la cena, Bayer se mostró un anfitrión jovial y, entre grandes carcajadas, contó su repertorio de chistes. En varias ocasiones trató Miller de llevar la conversación hacia el tema del nuevo pasaporte que debían proporcionarle; pero, cada vez, Bayer le daba una fuerte palmada en la espalda, le decía que no se preocupara y terminaba:

—Déjame a mí, chico. Franz Bayer se encargará de eso.

Se golpeaba con el índice la aleta derecha de la nariz, guiñaba un ojo y se reía estrepitosamente.

Una de las facultades que Miller había adquirido durante sus ocho años de reportero era la de resistir el alcohol. Pero no estaba acostumbrado a aquel vino blanco con el que se regaba copiosamente la cena. De todos modos, cuando uno quiere emborrachar a otro, el vino blanco tiene una gran ventaja. Y es que lo sirven en unos cubos con hielo, y Miller pudo vaciar tres veces su copa en el cubo, mientras Bayer miraba hacia otro lado.

Cuando llegó el postre, habían despachado dos botellas de un excelente *hock*, y Bayer, embutido en su ajustada chaqueta sudaba a chorros. Ello aumentaba su sed, por lo que pidió una tercera botella.

Miller se fingía preocupado y aseguraba que no podría obtener un nuevo pasaporte, y que sería arrestado por lo ocurrido en Flossenburg en 1945.

—Necesitarán fotografías, ¿verdad? —preguntó, apesadumbrado.

Bayer se echó a reír.

—Sí, un par de ellas. Pero no habrá problemas. Puedes hacértelas en las casetas automáticas de la estación. Espera a tener el pelo un poco más largo y el bigote algo más tupido, y nadie sospechará quién eres.

—¿Y después? —dijo Miller, en tono apremiante.

Bayer se inclinó y le rodeó los hombros con su grueso brazo. Miller sintió en la cara su aliento, que apestaba a vino.

—Después las mandaré a un amigo mío —le susurró al oído—, y al cabo de una semana ya tendremos tu pasaporte. Con éste sacaremos el permiso de conducir (tendrás que examinarte, naturalmente) y la tarjeta de la Seguridad Social. A las autoridades les diremos que acabas de volver a la patria después de pasar quince años en el extranjero. No te preocupes más, chico, que no hay problema.

Aunque estaba ya borracho, Bayer todavía dominaba su lengua. No quiso

decir más, y Miller prefirió no insistir, para que el otro no sospechara.

Miller estaba deseando tomar café, pero no se atrevió a pedirlo, por si el café serenaba a Franz Bayer. Su anfitrión pagó la cena con unos billetes que sacó de su abultada cartera, y los dos hombres se dirigieron al guardarropa. Eran las diez y media.

—Ha sido una velada espléndida. Muchísimas gracias. Herr Bayer.

—Franz, Franz... —jadeó Bayer, fatigosamente, mientras batallaba con el abrigo.

—Supongo que esto será todo lo que Stuttgart puede ofrecer, por lo que a vida nocturna se refiere —observó Miller al ponerse el suyo.

—No seas bobo; ésta es una pequeña gran ciudad. Hay su media docena de buenos cabarets. ¿Te gustaría ir a alguno?

—¿Cabarets con *striptease* y todo eso? —preguntó Miller, abriendo mucho los ojos.

Bayer resopló de satisfacción.

—¡Y tanto! No me parecería mal ir ahora a ver cómo las niñas esas se quitan la ropa.

Bayer dio una buena propina a la chica del vestuario y salió a la calle contoneándose.

—¿Cuántos clubes nocturnos hay en Stuttgart? —preguntó Miller inocentemente.

—Vamos a ver... Está el «Moulin Rouge», el «Balzac», el «Imperial» y el «Sayonara». Luego está el «Madeleine», en la Eberhardt Strasse...

—¿Eberhardt? ¡Qué coincidencia! Así se llama mi patrón de Bremen, el que me ayudó a salir de apuros y me dio las señas del abogado de Nuremberg.

—Muy bien, muy bien. Pues vamos a ése —concluyó Bayer, y echó a andar hacia el coche.

Mackensen llegó a «Los Tres Moros» a las once y cuarto. Preguntó al *maitre*, que estaba viendo salir a los últimos clientes.

—¿El señor Bayer? Sí, esta noche ha estado aquí. Se fue hace una media hora.

—¿Ha venido con un invitado? Un hombre alto, con bigote y el pelo muy corto.

Mackensen, sin la menor dificultad, puso un billete de veinte marcos en la mano del hombre.

—Sí, lo recuerdo. Se han sentado en la mesa del rincón.

—Tengo que encontrarlos urgentemente. Es una emergencia. Su esposa ha sufrido un colapso...

El *maitre* adoptó un aire compungido.

—¡Qué desgracia!

—¿Sabe usted adónde fueron al salir de aquí?

—Lo lamento, no lo sé. —Llamó a uno de los mozos de comedor—. Hans, tú atendías la mesa del señor Bayer. ¿Oíste si hablaban de ir a algún otro sitio?

—No —respondió Hans—; no oí nada.

—Podría preguntar a la empleada del guardarropa —sugirió el *maitre*—. Tal vez ella oyera algo.

Mackensen preguntó a la muchacha, y luego pidió una guía turística de los espectáculos de Stuttgart. En la sección de cabarets había media docena de nombres. En las páginas centrales aparecía un plano del centro de la ciudad. Mackensen volvió a su coche y se dirigió al cabaret que figuraba en el primer lugar de la lista.

Miller y Bayer estaban en el «Madeleine», sentados a una mesa para dos. Bayer, que iba ya por su segundo whisky, miraba con ojos muy abiertos a una joven de opulentas formas que movía las caderas en el centro de la pista mientras se soltaba los corchetes del sostén. Cuando cayó, al fin, la prenda, Bayer dio un codazo a Miller.

—Vaya un par, ¿eh, chico? ¡Vaya un par! —comentó con una risa ahogada.

Eran más de las doce y estaba francamente borracho.

—Herr Bayer, lo siento, pero no estoy tranquilo —susurró Miller—. Quiero decir que el fugitivo soy yo. ¿Cuándo tendrá mi pasaporte?

Bayer dejó caer el brazo sobre los hombros de Miller.

—Vamos, Rolf, ya te he dicho que no tienes que preocuparte. Deja que Franz se encargue de todo. —Le guiñó un ojo—. De todos modos, los pasaportes no los hago yo. Yo me limito a mandar las fotografías, y al cabo de una semana lo tenemos aquí. No hay ningún problema. Ahora toma otro traguito con el viejo Franz.

Agitó su gruesa mano en el aire.

—Camarero, ¡otra ronda!

Miller se recostó en la silla y quedó pensativo. Si para hacerse las fotografías tenía que esperar a que le creciera el pelo, tardaría varias semanas. Tampoco iba

a conseguir con engaños que Bayer le diera el nombre y la dirección del falsificador. Estaba borracho, pero no tanto como para delatar a su contacto en el asunto de las falsificaciones.

No consiguió llevarse del club al mastodonte de ODESSA hasta el final del primer *show*. Cuando, al fin, salieron nuevamente al aire frío de la noche, era más de la una. Bayer, que se tambaleaba, apoyó el brazo en los hombros de Miller. La brusca acometida del frío le puso peor.

—Será mejor que le lleve a su casa —dijo Miller, cuando se acercaban al coche.

Tomó las llaves del bolsillo de Bayer y lo instaló en el asiento del pasajero. Cerró la puerta y subió al coche por el lado del conductor. En aquel momento, un «Mercedes» gris doblaba la esquina y se detenía a unos quince metros detrás de ellos.

Mackensen, que había recorrido ya cinco locales nocturnos, divisó la matrícula del automóvil que en aquel momento se ponía en marcha delante del «Madeleine». Era el número que Frau Bayer le había dado: el del coche de su marido. Mackensen se fue tras él.

Miller conducía con prudencia, tratando de dominar su propia embriaguez, no fuera a detenerle algún coche patrulla y le hicieran la prueba del alcohol. No se dirigía a casa de Bayer, sino a su hotel. Bayer dormitaba con el cuello doblado hacia delante y la papada aplastada sobre la corbata.

Cuando llegaron al hotel, Miller lo sacudió para despertarle.

—Anda, Franz, vamos a tomar un último trago.

El hombre miró alrededor.

—Tengo que ir a casa —murmuró—; mi mujer me espera.

—Sólo una copita para rematar la noche. Podríamos subir a mi cuarto y charlar sobre los viejos tiempos.

Bayer le miró con una sonrisa de borracho.

—Los viejos tiempos. Buenos tiempos, ¿eh, Rolf?

Miller bajó del coche y se acercó a la portezuela del otro lado para ayudar al corpulento Bayer a saltar a la acera.

—Muy buenos tiempos —dijo, mientras conducía a su compañero hacia la puerta—. Ahora hablaremos de ellos.

En la calle, unos metros más abajo, el «Mercedes», que había apagado sus faros, se diluía en una sombra gris en la penumbra.

Miller tenía la llave de su habitación en el bolsillo. Detrás de su mostrador, el

portero nocturno descabezaba un sueño. Bayer empezó a murmurar.

—Ssss, silencio... —dijo Miller.

—Silencio —repitió Bayer, andando de puntillas hacia la escalera con movimientos de elefante. Ahogó la risa, divertido por su pantomima. Afortunadamente para Miller, la habitación estaba en el primer piso. Bayer no hubiera podido subir más. Miller abrió la puerta, encendió la luz y sentó a Bayer en el único sillón que había en la pieza, un mueble de respaldo vertical y brazos de madera.

En la calle, Mackensen miraba la oscura fachada del hotel. A las dos de la madrugada no había luces encendidas. Cuando se encendió la de Miller, Mackensen advirtió que estaba en el primer piso, a mano derecha.

Se preguntaba si no sería lo mejor subir y acabar de una vez con Miller. Dos cosas le hicieron desistir. A través de la puerta vidriera veía al portero que, desvelado por las pisadas de Bayer, trasteaba por el vestíbulo. Seguramente se fijaría en una persona extraña que entrara en el hotel a aquellas horas, y podría dar una buena descripción a la Policía. El otro factor que contribuyó a disuadirle era el estado de Bayer. Había observado que le costaba trabajo mantenerse en pie, y comprendió que no podría sacarlo rápidamente del hotel después de matar a Miller. Si la Policía arrestaba a Bayer, él tendría dificultades con el *Werwolf*. A pesar de su aspecto jovial y campechano, Bayer era un hombre importante dentro de ODESSA, y estaba reclamado por la Policía.

Mackensen decidió que lo mejor sería disparar por las ventanas. Frente al hotel había un edificio en construcción. Ya estaban terminados los pisos, y una escalera de hormigón conducía hasta el segundo. Podría esperar allí. Miller no volvería a salir. Fue, pues, a su coche, y sacó el rifle de caza que llevaba en el portaequipajes.

El golpe pilló a Bayer totalmente desprevenido. Embotado por el alcohol, no pudo reaccionar a tiempo. Miller fingía buscar su botella de whisky en el armario, pero en realidad buscaba su corbata de repuesto. La otra la llevaba puesta, y se la quitó.

No había tenido ocasión de utilizar los golpes que le enseñaron diez años antes en el campo de entrenamiento militar, por lo que no estaba seguro de su eficacia. El considerable volumen del cuello de Bayer, que seguía musitando: «Qué tiempos aquéllos», lo indujo a golpear con todas sus fuerzas.

Ni siquiera fue un golpe de los que dejan sin sentido, pues el canto de su mano estaba blando por la falta de práctica, y la grasa protegía bien la nuca de

Bayer. Pero fue suficiente. Cuando el de ODESSA salió de su aturdimiento, tenía las muñecas firmemente atadas a los brazos del sillón.

—¿Qué diablos...? —masculló con torpe lengua, mientras sacudía la cabeza para despejarse.

Su propia corbata sirvió para atarle el tobillo izquierdo a la pata de la silla, y el cordón del teléfono le sujetó el derecho.

Miró a Miller con ojos de mochuelo, mientras en su cerebro empezaban a aclararse las ideas. Como todos los de su calaña, Bayer tenía una pesadilla constante.

—No podrá sacarme de aquí —dijo—. No puede llevarme a Tel Aviv. No puede probar nada. Yo nunca hice daño a su gente...

Un par de calcetines enrollados y metidos en la boca le cortaron el habla. Para mantenerlos en su sitio, Miller utilizó una bufanda que le había confeccionado su solícita madre. Los ojos de Bayer le miraban, con desconuelo, por encima de la prenda de punto de colores.

Miller arrimó la otra silla y se sentó a horcajadas, con la cara a dos palmos de la de su prisionero.

—Oye bien lo que voy a decirte, cerdo: ni yo soy un agente israelí, ni tú vas a ninguna parte. Te quedarás aquí y hablarás aquí, ¿me has entendido?

Por toda respuesta, Ludwig Bayer le miró fijamente. Sus ojos ya no chispeaban a causa de la alegría, sino que los tenía enrojecidos por la rabia, como los de un jabalí enfurecido.

—Lo que quiero saber, y voy a saber esta misma noche, es el nombre y la dirección del hombre que hace los pasaportes para ODESSA.

Miró alrededor, descubrió la lámpara de la mesita de noche, desconectó el enchufe de la pared y la acercó a Bayer.

—Ahora, Bayer, o como te llames, voy a quitarte la mordaza y tú vas a hablar. Si gritas, te pego con esto en la cabeza. En realidad no me importaría partirte el cráneo. ¿Entendido?

Miller no era sincero. Nunca había matado a nadie, y no tenía el menor deseo de hacerlo ahora.

Aflojó lentamente la bufanda y sacó los calcetines de la boca de Bayer, mientras con la mano derecha sostenía la lámpara sobre la cabeza de su prisionero.

—¡Bandido! —jadeó Bayer—. Eres un espía, pero no sacarás nada de mí.

Apenas acabó de decirlo ya tenía otra vez los calcetines en la boca sujetos

por la bufanda.

—¿No? —dijo Miller—. Ya lo veremos. Voy a empezar por los dedos, a ver qué te parece.

Tomó el meñique y el anular de la mano derecha de Bayer y los dobló hacia atrás hasta ponerlos casi verticales. Bayer se revolvió en el sillón violentamente y poco faltó para que lo volcara. Miller lo sujetó, y aflojó la presión de los dedos.

Volvió a quitarle la mordaza.

—Puedo romperte todos los dedos, Bayer —susurró—; después sacaré la bombilla, conectaré la lámpara y meteré tú pene por el casquillo.

Bayer cerró los ojos. Chorros de sudor le resbalaban por la cara.

—Los electrodos no, los electrodos no —murmuró—. Ahí no.

—Sabes de qué te hablo, ¿verdad? —dijo Miller, acercando la boca a la oreja del otro.

Bayer cerró los ojos y gimió levemente. Sabía de qué le hablaba. Él era uno de los que, veinte años atrás, torturaron a *Conejo Blanco*, el comandante de escuadrilla Yeo-Thomas, en los calabozos de la prisión de Fresnes, de París, hasta dejarlo convertido en una masa sanguinolenta. Conocía bien el tema, pero no lo había sentido en la propia carne.

—¡Habla! —siseó Miller—. Nombre y señas del falsificador... Bayer movió lentamente la cabeza.

—No puedo decirlo. Me matarían.

Miller volvió a ponerle la mordaza. Cogió el dedo meñique de Bayer, cerró los ojos y tiró hacia atrás. El nudillo crujió. Bayer se revolvió en su asiento y vomitó.

Miller le quitó la mordaza antes de que se asfixiara. El hombre inclinó la cabeza, y aquella cena tan cara, el vino blanco y los numerosos whiskys dobles consumidos en el cabaret fueron a parar a la alfombra.

—Habla —insistió Miller—. Aún te quedan más dedos.

Con los ojos cerrados, Bayer tragó saliva.

—Winzer —dijo.

—¿Cómo?

—Winzer, Klaus Winzer es el que hace los pasaportes.

—¿Es un falsificador profesional?

—Es impresor.

—¿Dónde vive?

—Me matarán.

—O te mataré yo. ¿Dónde vive?

—En Osnabrück —susurró Bayer.

Miller volvió a amordazar a Bayer y se quedó pensativo. Klaus Winzer, impresor de Osnabrück. Se acercó a su cartera, donde llevaba el Diario de Salomon Tauber y varios mapas, y sacó un plano de carreteras de Alemania.

La autopista que conducía hasta Osnabrück, en el norte de Renania/Westfalia, pasaba por Mannheim, Frankfurt, Dortmund y Munster. Era un viaje de cuatro o cinco horas, según el estado de la carretera. Ya eran casi las tres de la madrugada del 21 de febrero.

Al otro lado de la calle, Mackensen estaba tiritando en su escondrijo del segundo piso del edificio en construcción. En la habitación de Miller estaba aún encendida la luz. Sus ojos iban continuamente de la ventana a la puerta del hotel. Si por lo menos se marchara Bayer y él pudiera encontrar a Miller a solas..., pensaba. O si saliese Miller y él pudiera atraparlo en la calle... O bien, que alguien abriera la ventana para respirar un poco de aire puro. Mackensen se estremeció y apretó el pesado rifle «Remington 300». Con un arma como aquélla, y a veinte metros, no fallaría. Mackensen podía esperar; era hombre paciente.

Miller guardaba sus cosas en la cartera. Necesitaba que Bayer permaneciera quieto durante seis horas por lo menos. Tal vez el miedo le impidiera informar a sus jefes de que había descubierto al falsificador; pero no podía contarse con ello.

Miller pasó unos minutos apretando las ligaduras que mantenían a Bayer quieto y callado. Luego tumbó la silla de lado, para que su prisionero no pudiera llamar la atención de los residentes del hotel volcándola estrepitosamente. El hilo del teléfono ya estaba arrancado. Miller, tras echar un último vistazo a la habitación, salió y cerró la puerta.

En lo alto de la escalera, se detuvo a reflexionar. Tal vez el portero los hubiera visto subir. En tal caso, ¿qué pensaría si sólo bajaba uno de los dos, pagaba su cuenta y se marchaba? Miller se dirigió hacia la parte trasera del hotel. Al final del pasillo había una ventana que daba a la escalera de incendios. Segundos después, estaba en el patio de atrás, donde se encontraba el garaje. Por una puertecita se salía a un callejón.

Dos minutos más, y Miller caminaba rápidamente hacia el lugar donde había dejado su «Jaguar», a cinco kilómetros del hotel y a unos centenares de metros

de la casa de Bayer. Los efectos de la bebida y de las actividades de la noche le hacían sentir un enorme cansancio. Necesitaba dormir, pero comprendía que tenía que llegar a casa de Winzer antes de que se diera la alarma.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando subió al «Jaguar»; a las cuatro y media salía a la autopista del Norte y tomaba la dirección de Heilbronn y Mannheim.

En cuanto Miller se hubo marchado, Bayer, que ya estaba totalmente sereno, empezó a hacer esfuerzos por liberarse. Adelantaba la cabeza, con objeto de aflojar con los dientes los nudos de las ligaduras de sus muñecas. Pero su obesidad le impedía flexionarse lo suficiente, y el calcetín que tenía dentro de la boca le mantenía las mandíbulas separadas. De vez en cuando, debía hacer una pausa para respirar por la nariz.

Tiró de las ligaduras de sus tobillos, más éstas no cedieron. Finalmente, a pesar del dolor y la hinchazón de su fracturado meñique, trató de soltarse las muñecas escurriendo las manos entre las ligaduras.

Cuando tampoco esto dio resultado, reparó en la lámpara, que había quedado en el suelo. La bombilla todavía estaba puesta, y pensó que con un pedazo de bombilla podía cortar la tela de una corbata.

Tardó una hora en arrastrarse, centímetro a centímetro, hasta donde estaba la lámpara, y romper la bombilla.

No es tan fácil cortar unas ligaduras con un trozo de cristal. Se tardan horas en cortar un solo hilo. El sudor que le chorreaba por las muñecas humedecía la tela y apretaba todavía más los nudos. A las siete de la mañana, cuando el cielo palidecía ya sobre los tejados de la ciudad, empezaron a rasgarse las fibras de la corbata que aprisionaba su mano izquierda.

Eran casi las ocho cuando Bayer consiguió soltar aquella mano.

En aquellos momentos, el «Jaguar» de Miller avanzaba por la carretera del cinturón de Colonia. Le faltaban ciento cincuenta kilómetros para llegar a Osnabrück. Había empezado a llover. Una cortina de lluvia, mezclada con un fino granizo, se precipitaba sobre la resbaladiza autopista.

El movimiento de los limpiaparabrisas casi le hacía dormir.

Miller aminoró la marcha y puso el coche a cien kilómetros por hora, para evitar el peligro de salirse de la calzada e ir a parar a los barrizales que se extendían a uno y otro lado.

Bayer, cuando hubo soltado su mano izquierda, no tardó más que unos minutos en quitarse la mordaza. Aspiró varias bocanadas de aire.

El olor que había en la habitación era espantoso, mezcla de sudor, vómito y whisky.

Con una mueca de dolor, a causa del dedo dislocado, deshizo los nudos de su muñeca derecha, y luego se soltó los pies.

Trató de abrir la puerta mas estaba cerrada con llave.

Tambaleándose sobre unos pies insensibles, se acercó al teléfono, y después, a la ventana. Descorrió las cortinas y abrió los batientes.

En su puesto de tiro del otro lado de la calle, Mackensen, a pesar del frío, casi dormitaba cuando advirtió que alguien descorría las cortinas de la habitación de Miller.

Apuntó el «Remington», esperó a que la figura abriera la ventana y disparó.

La bala alcanzó a Bayer en la yugular. Antes de que su corpachón cayera al suelo, ya estaba muerto. La detonación podía achacarse momentáneamente a una explosión del motor de un coche; pero la gente no tardaría en indagar.

Incluso a aquella hora de la mañana, antes de un minuto alguien saldría a investigar. Mackensen estaba seguro de ello.

Sin detenerse a echar una segunda ojeada al interior de la habitación, Mackensen empezó a bajar la escalera. Salió por la parte posterior del edificio, sorteando dos hormigoneras y un montón de grava. Antes de que hubieran transcurrido sesenta segundos desde el disparo, ya estaba junto a su coche, guardaba el rifle en el portaequipajes y arrancaba.

Mientras hacía girar la llave del contacto. Mackensen sabía ya que algo había fallado. Sospechaba que se había equivocado.

El hombre que el *Werwolf* le había encargado matar era alto y delgado, y la silueta que había aparecido en la ventana era la de un hombre grueso. Ya estaba casi convencido de que había matado a Bayer.

Pero ello no suponía un grave contratiempo. Al ver a Bayer tendido en la alfombra, Miller echaría a correr a toda prisa, y regresaría al «Jaguar», que había dejado aparcado a cinco kilómetros de allí. Pero al llegar a la tranquila calle residencial y ver que entre el «Opel» y la furgoneta, en el lugar donde la noche antes estaba el «Jaguar», no había nada ahora, Mackensen empezó a preocuparse seriamente.

Si hubiese sido asustadizo, ODESSA no le habría confiado el cargo de ejecutor principal. Mackensen ya se había visto en apuros antes de entonces.

Se quedó sentado tras el volante, reflexionando, y llegó a la conclusión de que Miller podía estar ya a cientos de kilómetros.

Si Miller había dejado a Bayer con vida —pensó—, tanto podía ser por no haber sacado nada de él, como por haber obtenido algo. En el primer caso, nada se habría perdido; podría encargarse de Miller más adelante. No había prisa.

Pero si Miller había sacado algo de Bayer, ese algo sólo podía ser información. Únicamente el *Werwolf* sabría qué clase de información buscaba Miller y qué podía obtener de Bayer.

Por tanto, a pesar de que temía las iras del *Werwolf*, tendría que llamarle.

Tardó veinte minutos en encontrar un teléfono público. Siempre llevaba encima un puñado de monedas de un marco, por si tenía que llamar a otra ciudad.

Cuando el *Werwolf* se enteró de la noticia, montó en cólera y comenzó a insultar violentamente a su sicario. Tardó bastante tiempo en calmarse.

—Será mejor que lo encuentre cuanto antes, ¡estúpido! Cualquiera sabe adónde habrá ido.

Mackensen dijo a su jefe que necesitaba saber qué clase de información podía haber dado Bayer a Miller.

El *Werwolf* reflexionó.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡El falsificador! Ya tiene el nombre del falsificador.

—¿Qué falsificador, jefe? —preguntó Mackensen.

El *Werwolf* se dominó.

—Yo me pondré al habla con él para advertirle —dijo secamente—. Hacia allá va ahora Miller. —Dictó a Mackensen una dirección y añadió—: Y ahora, como un rayo, saldrá usted para Osnabrück. Encontrará a Miller en esa dirección, o por la ciudad. Si no está en la casa, busque el «Jaguar».

»Y esta vez no pierda de vista el coche. Es el único lugar al que siempre vuelve.

Colgó violentamente el teléfono y volvió a cogerlo en seguida para llamar al servicio de Información. Cuando tuvo el número, llamó a Osnabrück.

En Stuttgart, Mackensen se quedó contemplando el teléfono, que le zumbaba en la mano. Luego se encogió de hombros, colgó y regresó a su coche. Le esperaba un largo y fatigoso viaje, y otro «trabajo». Estaba casi tan cansado como Miller, el cual, a aquellas horas, se encontraba a treinta kilómetros de Osnabrück.

Ninguno de los dos había dormido desde hacía veinticuatro horas, y Mackensen ni siquiera comió desde el almuerzo del día anterior.

Tras haber pasado la noche en vela, casi a la intemperie, helado hasta los huesos y suspirando por un buen café caliente y una copa de «Steinhager», subió al «Mercedes» y tomó la dirección del Norte, por la carretera de Westfalia.

XIV

Al verle, nadie hubiera dicho que Klaus Winzer había pertenecido a la SS. No sólo no alcanzaba la talla obligatoria de un metro ochenta, sino que, además, era corto de vista. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, pálido, regordete, rubio, con el pelo rizado y gesto apocado.

En realidad, la suya fue una de las más curiosas carreras que pudiera haber hecho un hombre en la SS. Había nacido en 1924. Su padre, Johann Winzer, era un chacinero de Wiesbaden, hombre corpulento e impetuoso, que desde los primeros años veinte fue un fiel seguidor de Adolf Hitler y del partido nazi. Desde su más temprana edad, Klaus recordaba a su padre cuando llegaba a casa después de librar batallas callejeras contra comunistas y socialistas.

Klaus salió a su madre y, para disgusto de su padre, se crió escuchimizado, enclenque, miope y pacífico. Odiaba la violencia, el deporte y el pertenecer a las Juventudes Hitlerianas. Sólo en una cosa se distinguía: siendo todavía un adolescente se aficionó al arte de la caligrafía y a la confección de pergaminos, actividad que su desesperado padre consideraba propia de señoritas.

El chacinero prosperó con la subida de los nazis al poder, y, en recompensa de sus anteriores servicios al Partido, se le otorgó la exclusiva del abastecimiento de carnes a los cuarteles de la SS de su ciudad. El hombre admiraba fervientemente a los gallardos jóvenes de la SS, y deseaba con todas sus fuerzas poder ver un día a su hijo lucir el distintivo negro y plata de la Schutz Staffel.

Pero Klaus, que no mostraba tales inclinaciones, prefería pasar las horas inclinado sobre sus manuscritos, ejercitándose en el uso de las tintas de colores y en el trazo de volutas y arabescos.

Estalló la guerra, y en la primavera de 1942 cumplió Klaus dieciocho años, la edad de incorporarse a filas. A diferencia de su padre, corpulento, pendenciero y antisemita, él era bajito, pálido y tímido. Ni siquiera consiguió pasar el examen médico que entonces estaba prescrito incluso para el trabajo de oficinas, y la

junta de reclutamiento lo envió otra vez a su casa. Aquello fue la última gota para el padre.

Johann Winzer tomó el tren y se fue a Berlín, a ver a un antiguo camarada de los tiempos de las algaradas callejeras —que había prosperado mucho en la SS—, para pedirle que intercediera por el muchacho, a fin de que fuera admitido en alguna rama del servicio del Reich. Su amigo se mostró todo lo complaciente que pudo, que no era mucho, y preguntó si el joven Klaus tenía alguna aptitud especial. Abochornado, el padre confesó que el muchacho hacía pergaminos.

El hombre prometió hacer cuanto estuviera en su mano y, para empezar, propuso que Klaus confeccionara un pergamino, que sería ofrecido a un tal comandante Fritz Suhren, de la SS.

En Wiesbaden, el joven Klaus hizo lo que se le pedía, y en el curso de una ceremonia, que se celebró en Berlín una semana después, el pergamino dibujado por él fue ofrecido a Suhren por sus compañeros. Éste, que era comandante del campo de concentración de Sachsenhausen, acababa de ser destinado al aún más infausto Ravensbruck.

Suhren fue ejecutado por los franceses en el año 1945.

En la ceremonia de la entrega, celebrada en el cuartel general de la RSHA en Berlín, el primor con que había sido ejecutado el pergamino causó la admiración de todos, y muy especialmente la de un tal Alfred Naujocks, teniente de la SS. Éste fue el que, en agosto de 1939, dirigió el falso ataque contra la emisora de radio de Gleiwitz, en la frontera germano-polaca, y dejó los cadáveres de varios prisioneros de los campos de concentración, vestidos con uniforme alemán, en «prueba» de la agresión polaca contra Alemania, pretexto de que se valió Hitler para invadir Polonia a la semana siguiente.

Naujocks preguntó quién había hecho aquel pergamino, y pidió que el joven Klaus fuera enviado a Berlín.

Casi sin darse cuenta, Klaus Winzer ingresó en la SS. Sin ser sometido al período normal de instrucción, se le tomó el juramento de fidelidad, otro de silencio, y se le anunció que sería destinado a un proyecto secreto del Reich. El tocinerero de Wiesbaden, atónito, se sentía en el séptimo cielo.

El proyecto de referencia se desarrollaba bajo los auspicios de la RSHA, Negociado Seis, Sección F, en unos talleres de la Dellbruck Strasse, de Berlín. En síntesis, era sencillísimo. La SS proyectaba la falsificación de cientos de miles de billetes ingleses de cinco libras, y americanos, de cien dólares. El papel se elaboraba en la fábrica de papel moneda del Reich, situada en Spechthausen,

en las afueras de Berlín, y la labor realizada en los talleres de la Dellbruck Strasse consistía en tratar de obtener la marca al agua de las monedas inglesa y americana. En semejante trabajo podían ser de gran utilidad los conocimientos que poseía Klaus Winzer acerca de papeles y tintas.

El plan era inundar a Gran Bretaña y Estados Unidos de billetes falsos, con objeto de destruir la economía de ambas naciones. A principios de 1943, cuando al fin se consiguió la marca de agua de los billetes de cinco libras esterlinas, se encargó la confección de las planchas al Bloque 19 del campo de concentración de Sachsenhausen, donde grabadores y calígrafos judíos y no judíos trabajaban a las órdenes de la SS. La labor de Winzer consistía en comprobar la calidad, ya que la SS temía que sus prisioneros cometiesen deliberadamente errores.

Al cabo de dos años, Klaus Winzer aprendió de sus prisioneros todo lo que éstos sabían, que era suficiente para convertirlo en un falsificador excepcional. Hacia fines de 1944, en el Bloque 19 se confeccionaban también falsos documentos de identidad, que usarían los oficiales de la SS después de la caída de Alemania.

A principios de 1945 tocaba a su fin aquel pequeño mundo, que era feliz a su manera, si lo comparamos con la devastación que por aquel entonces reinaba en Alemania.

El grupo encargado de la operación, dirigido en aquel momento por el capitán Bernhard Krueger, se trasladó de Sachsenhausen a las lejanas montañas de Austria, donde debía continuar su obra. En caravana motorizada emprendieron el camino del sur, y se instalaron en las naves de una cervecería abandonada de RedlZipf, en la Alta Austria. Pocos días antes de que terminara la guerra, Klaus Winzer, con el corazón destrozado y lágrimas en los ojos, observaba, desde la orilla de un lago, cómo eran arrojados al agua millones de libras esterlinas y millares de millones de preciosos dólares, falsificados por él con todo mimo.

Regresó a su casa de Wiesbaden. Como a él, en la SS, nunca le faltó comida, le causó gran asombro descubrir, en aquel verano de 1945, que la población civil de Alemania pasaba hambre. Wiesbaden estaba ocupado por los norteamericanos, y aunque éstos tenían comida en abundancia, los alemanes roían mendrugos. Su padre, ahora un antinazi de toda la vida, estaba arruinado. En su establecimiento, antaño bien provisto de jamones, no había más que una ristra de salchichas colgada de uno de los relucientes ganchos que se alineaban en largas hileras.

Su madre explicó a Klaus que la comida había que adquirirla con tarjetas de racionamiento que expedían los norteamericanos. Klaus examinó, con asombro, aquellas tarjetas, observó que estaban hechas en una imprenta de la ciudad, en un papel más bien barato, tomó unas cuantas y se retiró a su habitación. Al cabo de unos días entregaba a su asombrada madre láminas enteras de tarjetas norteamericanas que les permitirían alimentarse durante seis meses.

—Pero, ¡son falsas! —exclamó su madre.

Klaus, con gran paciencia, le expuso lo que por aquel entonces era ya su firme creencia: las tarjetas no eran falsas; sólo habían sido impresas en otra máquina. Su padre apoyaba a Klaus.

—¿Insinúas que las tarjetas de racionamiento de nuestro hijo son inferiores a las yanquis, insensata?

El argumento era irrefutable, especialmente cuando aquella noche la familia se regaló con una cena compuesta de cuatro platos.

Al cabo de un mes, Klaus Winzer conoció a Otto Klops, un sujeto jactancioso y autosuficiente, que era el rey del mercado negro de Wiesbaden, y entre ambos montaron un negocio. Winzer producía cantidades ingentes de tarjetas de racionamiento; cupones para gasolina; salvoconductos; permisos de conducir; pases militares estadounidenses y tarjetas PX; Klops las utilizaba para comprar alimentos; gasolina; neumáticos de camión; medias de nailon; jabón, cosméticos y ropas. Utilizaban una parte del botín para vivir bien, y el resto lo vendían en el mercado negro. Al cabo de dos años y medio, en el verano de 1948, Klaus Winzer era rico. Tenía en su cuenta bancaria cinco millones de Reichsmarks.

A su horrorizada madre trataba de explicar así su simple filosofía:

—Un documento, en sí, no es auténtico ni falso; sólo es eficaz o ineficaz. Si un salvoconducto es un papel que debe servirte para pasar un punto de control y, efectivamente, te permite hacerlo, entonces el salvoconducto es bueno.

En octubre de 1948, Klaus Winzer fue víctima, por segunda vez, de una mala pasada. Las autoridades modificaron la moneda y sustituyeron el antiguo Reichsmark por el nuevo Deutschmark. Pero en lugar de cambiarlos a la par, se limitaron a invalidar el Reichsmark y a dar a cada ciudadano la suma redonda de mil marcos nuevos. Klaus estaba en la ruina. Nuevamente su fortuna era papel mojado.

La plebe, que no necesitaba ya el mercado negro ahora que había venta libre de todos los artículos, denunció a Klops, y Winzer tuvo que huir. Utilizando uno

de sus propios salvoconductos interzonales, se dirigió al cuartel general de la Zona británica, en Hannover, y solicitó un empleo en la oficina de pasaportes del Gobierno Militar inglés.

Las referencias que presentó, procedentes de las autoridades estadounidenses de Wiesbaden, firmadas por todo un coronel de la USAF, eran inmejorables. Podían serlo, puesto que las había escrito él mismo. El comandante inglés que le interrogaba, dejó su taza de té encima de la mesa y dijo al aspirante:

—Espero comprenda usted la importancia de que la gente esté provista en todo momento de la documentación correspondiente.

Con toda sinceridad, Winzer aseguró al comandante que él lo comprendía. Dos meses después, tuvo su golpe de suerte. Estaba en una cervecería, y entró en conversación con otro cliente. El hombre se llamaba Herbert Molders. Confesó a Winzer que los ingleses lo buscaban por crímenes de guerra, y que tenía que salir de Alemania cuanto antes. Pero los ingleses eran los únicos que podían expedir pasaportes, y él no se atrevía a solicitarlo. Winzer murmuró que aquello podría arreglarse, pero que costaría dinero.

Entonces vio con asombro cómo Molders sacaba del bolsillo un collar de brillantes. El hombre le explicó que había prestado servicio en un campo de concentración, y que uno de los reclusos trató de comprar su libertad a cambio de las joyas de la familia. Molders tomó las joyas, procuró que el judío figurase en una de las primeras partidas destinadas a las cámaras de gas y, contraviniendo las órdenes, se quedó con el botín.

Una semana después, provisto de una fotografía de Molders, Winzer extendió el pasaporte. Ni siquiera tuvo que falsificarlo. No hacía falta.

El sistema que se seguía en la oficina de pasaportes era muy simple. En la Sección Primera, los solicitantes presentaban toda su documentación y cumplimentaban un formulario. Luego se marchaban, dejando allí la documentación para su estudio. La Sección Segunda comprobaba la autenticidad de los certificados de nacimiento, tarjetas de identidad, permisos de conducir, etcétera, consultaba las listas de criminales de guerra reclamados y, si la solicitud era admitida, pasaba los documentos, acompañados de una autorización firmada por el jefe del Departamento, a la Sección Tercera. La Sección Tercera, al recibir la autorización de la Sección Segunda, sacaba de la caja fuerte un pasaporte en blanco, lo cumplimentaba con los datos correspondientes, pegaba la fotografía del solicitante y lo entregaba a éste cuando se presentaba a recogerlo a la semana siguiente.

Winzer solicitó el traslado a la Sección Tercera. Y, sencillamente, relleno un formulario de solicitud para Molders con nombre supuesto, sustrajo un formulario de «autorización» de la Sección Segunda y falsificó al pie la firma del jefe del Departamento.

Luego recogió en la Sección Segunda las diecinueve solicitudes aprobadas, con sus correspondientes autorizaciones, unió a ellas la solicitud y la autorización de Molders, y las llevó al comandante Johnstone. Este contó veinte autorizaciones, se fue a la caja fuerte, sacó veinte pasaportes en blanco y los entregó a Winzer. Winzer los relleno, los timbró con el sello oficial y entregó diecinueve a los afortunados diecinueve solicitantes. El vigésimo se lo guardó en el bolsillo. Al archivo pasaron veinte solicitudes, que correspondían a los veinte pasaportes expedidos.

Aquella noche, Winzer entregó a Molders su nuevo pasaporte, y recibió el collar de brillantes. Había encontrado un nuevo oficio.

En mayo de 1949 se fundaba la República Federal alemana, y la oficina de pasaportes era trasladada al Gobierno del Estado de la Baja Sajonia, con capital en Hannover. Winzer permaneció en el cargo. No tenía más clientes. Pero no los necesitaba. Cada semana, provisto de un retrato de un desconocido adquirido en cualquier estudio fotográfico, Winzer rellena cuidadosamente un formulario de solicitud de pasaporte, le unía la fotografía, falsificaba el volante de autorización con la firma del jefe de la Sección Segunda —a la sazón un alemán— y presentaba al jefe de la Sección Tercera una serie de formularios de solicitud con sus correspondientes volantes de autorización. Y cada semana recibía un número de pasaportes en blanco igual al de autorizaciones. Todos menos uno iban a parar a manos de los solicitantes. El último pasaba a su bolsillo. Lo único que él necesitaba, además del pasaporte, era el sello oficial. Robarlo hubiera podido despertar sospechas. Así, pues, una noche se lo llevó a su casa, y a la mañana siguiente tenía el molde del sello de la Oficina de Pasaportes del Gobierno del Estado de la Baja Sajonia.

Al cabo de sesenta semanas había reunido sesenta pasaportes. Entonces presentó la dimisión, recibió, ruboroso, la felicitación de sus superiores por la minuciosidad y rectitud de que había dado pruebas en el desempeño de su cometido, salió de Hannover, vendió el collar de brillantes en Amberes y fundó una bonita imprenta en Osnabrück, en un momento en que con oro y dólares podía comprarse cualquier cosa a mitad de precio.

Winzer nunca habría tenido tratos con ODESSA si Molders hubiese

mantenido la boca cerrada. Pero, una vez en Madrid y entre amigos, Molders empezó a jactarse de que conocía a un hombre que podía proporcionar pasaportes alemanes auténticos, con nombre falso, a todo el que se lo pidiera.

A fines de 1950, un «amigo» fue a ver a Winzer, que acababa de abrir su imprenta en Osnabrück. Y Winzer no tuvo más remedio que acceder a lo que le pedían. A partir de entonces, cada vez que un hombre de ODESSA estaba en apuros, Winzer le facilitaba un pasaporte nuevo.

El sistema era totalmente seguro. Lo único que Winzer necesitaba era una fotografía, y la edad. Conservaba copia de las señas personales que constaban en cada solicitud formulada con nombre supuesto y archivada en Hannover. Hacía constar en el pasaporte las señas personales que figuraban en una de las solicitudes extendidas en 1949. El nombre solía ser corriente; el lugar de nacimiento, alguna localidad situada detrás del Telón de Acero, donde nadie iría a hacer averiguaciones; la fecha de nacimiento casi siempre correspondía a la edad del solicitante de la SS. Luego lo sellaba con la estampilla de la Baja Sajonia. Y el destinatario no tenía más que firmar el pasaporte, de su puño y letra, con su nuevo nombre.

Las renovaciones no ofrecían dificultad. Al cabo de cinco años, el antiguo fugitivo solicitaba la renovación en la capital de cualquier Estado que no fuera la Baja Sajonia. El funcionario de Baviera, por ejemplo, llamaba a Hannover para hacer la comprobación pertinente: «¿Extendió esa oficina en 1950 el pasaporte número tantos a nombre de Walter Schumann, nacido en tal sitio y en tal fecha?». El funcionario de Hannover consultaba el archivo y contestaba: «Sí». El de Baviera, satisfecho por la seguridad que le daba su colega de Hannover de que el pasaporte original era auténtico, extendía nuevo pasaporte, sellado por Baviera.

No podía haber la menor dificultad, mientras no se cotejara la fotografía unida a la solicitud que se guardaba en Hannover con la del pasaporte presentado en Munich. Y las fotografías nunca se comprobaban. Los funcionarios vigilan que en los formularios no falte ningún dato, que figure la autorización y que cuadren los números, no las caras.

A partir de 1955, cuando ya se habían cumplido los cinco años desde la fecha de expedición del pasaporte original, el titular de un pasaporte Winzer debía solicitar inmediatamente su renovación. Y una vez el pasaporte en su poder, el fugitivo podía solicitar un nuevo permiso de conducir, tarjeta de la Seguridad Social, la apertura de una cuenta bancaria, tarjeta de crédito, en suma, una nueva

identidad completa.

En la primavera de 1964, Winzer había facilitado cuarenta y dos pasaportes de sus existencias de sesenta.

Pero el pequeño Winzer, que era hombre astuto, había tomado precauciones. Se le ocurrió pensar que ODESSA podía decidir en cualquier momento prescindir de sus servicios y de él. Por tanto, resolvió llevar un registro. Él no sabía el verdadero nombre de sus clientes; no se necesitaba para hacer un pasaporte. El dato era superfluo. Sacaba copia de todas las fotografías que se le enviaban, pegaba el original al pasaporte y se quedaba con la copia, que pegaba en una hoja de papel de embalar. A su lado indicaba el nuevo nombre, la dirección —en los pasaportes alemanes figura la dirección— y el número del pasaporte.

Estas hojas estaban en una carpeta. La carpeta era su seguro de vida. Tenía una en su casa, y un duplicado en el despacho de un abogado de Zurich. Si los de ODESSA llegaban a amenazarle, él les contaría lo de la carpeta y les advertiría que si llegaba a ocurrirle algo, el abogado de Zurich enviaría el duplicado a las autoridades alemanas.

Las autoridades de la República Federal, a la vista de las fotografías, las cotejarían con las de sus ficheros de nazis reclamados. Sólo el número del pasaporte, comprobado en la capital de cada uno de los dieciséis Estados, les revelaría el domicilio del poseedor. No se tardaría más de una semana en desenmascararlos. Era un medio infalible para asegurar que Klaus Winzer siguiera vivo y disfrutando de buena salud.

Éste, pues, era el hombre que saboreaba tranquilamente su tostada con mermelada y su café a las ocho y media de aquel sábado por la mañana, mientras repasaba la primera página del *Osnabrück Zeitung*, cuando sonó el teléfono. La voz del otro extremo del hilo le habló al principio en tono perentorio, y después se suavizó y se hizo más tranquilizadora.

—No es que tengamos la menor queja de usted —le aseguró el *Werwolf*—; se trata de ese maldito reportero. Creemos que ahora se dirige hacia su casa. No se preocupe; uno de los nuestros va tras él, y el asunto quedará arreglado hoy mismo. Pero usted debe marcharse antes de diez minutos. Esto es lo que quiero que haga...

Treinta minutos después, Klaus Winzer, muy azorado, con la maleta preparada, miraba indeciso hacia el lugar en que estaba la caja fuerte que contenía la carpeta. Se dijo que no la necesitaría. A Bárbara, su criada, le indicó

que aquella mañana no iría a la imprenta, pues había decidido tomarse unas cortas vacaciones y marcharse a los Alpes austríacos. Nada como el aire puro para ponerse a tono.

Bárbara se quedó en el umbral de la puerta, mirando, boquiabierta, el «Kadett» de Winzer, que salía por el sendero del jardín marcha atrás, viraba en la tranquila calle y se alejaba. A las nueve y diez llegaba al trébol situado a seis kilómetros al oeste de la ciudad, y subía a la autopista. Cuando el «Kadett» entraba en ella, un «Jaguar» negro salía por el otro lado, en dirección a Osnabrück.

Miller encontró una estación de servicio en la Saar Platz, en la entrada oeste de la ciudad. Se detuvo junto a los surtidores y salió del coche pesadamente. Tenía los miembros entumecidos, y la nuca, rígida. El vino que bebiera la noche anterior le había dejado un amargo sabor en la boca.

—Llénelo —dijo al mozo—. Super. ¿Tienen teléfono público?

—En la esquina —respondió el muchacho.

Por el camino, Miller vio un puesto automático de café, y se llevó a la cabina un vaso del humeante líquido. Hojeó la guía telefónica de Osnabrück. Había varios Winzer, pero sólo un Klaus. El nombre aparecía dos veces; la primera, con la indicación de «Imprenta». Junto a la segunda se leía «dom.», de «domicilio». Eran las 9.20. Hora de trabajo. Llamó a la imprenta.

El que contestó parecía el encargado.

—No, todavía no ha llegado —dijo—. Suele estar aquí a las nueve en punto. Ya no puede tardar. Llame otra vez dentro de media hora.

Miller le dio las gracias y se preguntó si sería conveniente llamar a su casa. Decidió que no. Si estaba en casa, Miller tenía que hablar con él personalmente. Tomó nota de la dirección, y salió de la cabina.

—¿Dónde está Westerberg? —preguntó al empleado del surtidor al pagar la gasolina.

Advirtió que de sus ahorros no le quedaban más que quinientos marcos. El muchacho, con un movimiento de cabeza, señaló hacia el norte.

—Por ahí. Es un sitio de postín. El barrio de los ricos.

Miller compró el plano de la ciudad, y localizó la calle. Estaba a menos de diez minutos de allí.

Evidentemente, era una buena casa; todo el sector parecía habitado por gente

acomodada. Miller dejó el «Jaguar» delante de la verja, y se acercó a la puerta principal.

La criada no parecía tener más de veinte años, y era muy bonita. Le sonrió amablemente.

—Buenos días. ¿Está el señor Winzer?

—¡Oh! Se marchó, señor. Hace apenas veinte minutos.

Miller trató de no alarmarse. Seguramente iría camino de la imprenta, y algo le habría detenido.

—Lástima. Me hubiera gustado hablar con él antes de que saliera para el trabajo.

—No ha ido al trabajo, señor. Se fue de vacaciones —aclaró la muchacha.

Miller luchaba con una creciente sensación de pánico.

—¿De vacaciones en esta época del año? Es extraño. Además —inventó rápidamente—, me había citado para esta mañana. Me pidió que viniese a verle aquí.

—¡Qué descuido! —La muchacha estaba sinceramente apenada—. Y se ha ido tan precipitadamente... Recibió una llamada telefónica en la biblioteca, se fue escaleras arriba y me dijo: «Bárbara (porque yo me llamo Bárbara, ¿sabe?), Bárbara, me voy de vacaciones a Austria. Estaré fuera una semana». Yo no tenía la menor idea de que pensara irse de vacaciones. Luego me dijo que llamara a la imprenta para decirles que no iría en una semana, y se marchó. No va con su manera de ser. Herr Winzer es un señor muy reposado.

Miller iba perdiendo las últimas esperanzas.

—¿No le ha dicho adónde iba? —preguntó.

—No; sólo que marchaba a los Alpes austríacos.

—¿Ni le ha dejado unas señas para recados? ¿No hay forma de ponerse en contacto con él?

—Ninguna. Y eso es lo más raro. Porque, ¿qué harán en la imprenta? Hablé con ellos antes de que llegara usted. Se quedaron muy sorprendidos, con todos los encargos pendientes.

Miller hizo un rápido cálculo. Winzer le llevaba media hora de ventaja. A 100 kilómetros por hora, ya habría recorrido cincuenta. Miller podía viajar a una media de ciento veinticinco, por lo que necesitaría dos horas para darle alcance. Era demasiado. En dos horas, Winzer ya podía haber llegado a su destino. Además, ni siquiera estaba seguro de que se dirigiera a Austria.

—¿Podría hablar entonces con Frau Winzer, por favor? —preguntó.

Bárbara soltó una risita y le miró con picardía.

—Herr Winzer no está casado. ¿Es que no lo conoce?

—No, nunca lo he visto.

—No es de los que se casan. Es muy bueno, eso sí; pero las mujeres no le interesan. No sé si me entiende...

—Entonces, ¿vive solo?

—Sí, aunque yo duermo en la casa. Claro que no hay ningún peligro en ese aspecto... —ahogó una risita.

—Comprendo. Muchas gracias.

Miller dio media vuelta para marcharse.

—No hay de qué.

La muchacha le observó mientras bajaba por el sendero del jardín y subía al «Jaguar», que ya antes le había llamado la atención. Se preguntaba si estando ausente Herr Winzer no podría ella invitar a pasar la noche allí a un joven simpático y atractivo. Vio cómo el «Jaguar» se alejaba rugiendo, suspiró por la ocasión perdida y cerró la puerta.

Miller sentía cómo el cansancio se apoderaba de él; un cansancio acentuado por este último desengaño, que él consideraba definitivo. Suponía que Bayer habría conseguido soltarse y utilizado el teléfono del hotel de Stuttgart para avisar a Winzer. Había estado a punto de conseguir su objetivo; sólo le faltaron quince minutos. Ahora no deseaba más que una cosa: dormir.

Franqueó la muralla medieval de la ciudad vieja; guiándose por el plano, se dirigió a la Theodor Heuss Platz, aparcó el «Jaguar» frente a la estación y tomó habitación en el «Hotel Hohenzollem», al lado de la plaza.

Tuvo suerte; había habitación disponible, de manera que subió, se desnudó y se acostó. Algo seguía dándole vueltas en la cabeza, un cabo suelto, una pregunta que no había formulado. Cuando se quedó dormido, la pregunta seguía sin respuesta.

Mackensen llegó al centro de Osnabrück a la una y media. Al entrar en la ciudad, pasó por la casa de Westerberg, pero no vio el «Jaguar». Antes de preguntar en la casa, quería volver a llamar al *Werwolf*, por si había novedad.

La central de Correos de Osnabrück está en un lado de la Theodor Heuss Platz; la estación del ferrocarril ocupa otro de los lados de la plaza, y en el tercero se halla situado el «Hotel Hohenzollern». Cuando Mackensen detuvo el

coche delante de Correos, sonrió ampliamente. Acababa de ver el «Jaguar» frente al principal hotel de la ciudad.

El *Werwolf* estaba de mejor talante.

—Bien: por el momento, pasó el pánico —dijo al asesino—. He podido avisar al falsificador, y éste se ha marchado de la ciudad. Hace poco he vuelto a llamar a su casa. Me ha contestado la criada. Dice que Winzer se marchó un cuarto de hora antes de que un joven, que iba en un coche deportivo negro, preguntara por él.

—Yo también tengo noticias —anunció Mackensen—. El «Jaguar» está en la plaza, delante de mí. Seguramente, el hombre estará durmiendo en el hotel. Puedo encargarme de él en la habitación. Usaré el silenciador.

—Un momento; no nos precipitemos —dijo el *Werwolf*—. He estado reflexionando. Es preferible que no le ocurra nada en Osnabrück. La criada se acordaría de él y de su coche. Probablemente lo diría a la Policía, y eso podría hacer que quisieran interrogar al falsificador, que, por cierto, es bastante asustadizo. No quiero que se vea complicado en el caso. El testimonio de la criada le haría aparecer muy sospechoso. Recibe una llamada, y en seguida sale precipitadamente de su casa y desaparece. Después, un joven pregunta por él, y al poco rato el joven es asesinado en el hotel. Sería muy sospechoso.

Mackensen tenía el ceño fruncido.

—Tiene razón —admitió al fin—. Tendré que esperar a que se marche de aquí.

—Probablemente se quedará unas horas, buscando una pista que le permita dar con el falsificador. Pero no la encontrará. Otra cosa: ¿lleva Miller alguna cartera de mano?

—Sí —respondió Mackensen—. Anoche la llevaba al salir del cabaret, y subió con ella a su cuarto del hotel.

—¿Por qué no la dejaría en el portaequipajes del coche? ¿O en el hotel? Seguramente, porque contiene algo muy importante. ¿Sabe adónde quiero ir a parar?

—Sí —dijo Mackensen.

—Él me ha visto, y sabe cómo me llamo y dónde vivo. Sabe que estaba en contacto con Bayer y con el falsificador. Y los periodistas todo lo escriben. Esa cartera tiene ahora una gran importancia. Cuando Miller muera, la cartera no debe caer en manos de la Policía.

—Ya sé: quiere usted la cartera.

—Por lo menos, quiero tener la seguridad de que ha sido destruida —dijo la voz que hablaba desde Nuremberg.

Mackensen meditó un momento.

—Lo más práctico sería poner una bomba en el coche. Una bomba conectada a la suspensión, que explote cuando, a gran velocidad, tropiece con algún desnivel del pavimento de la autopista.

—Magnífico —reconoció el *Werwolf*—. ¿La cartera quedaría destruida?

—Con una bomba como la que pienso emplear, la cartera, Miller y el coche arderían como la yesca. Además, con el coche lanzado a gran velocidad, parecerá un accidente. Los testigos dirán que se incendió el depósito de la gasolina. Una lástima.

—¿Podrá hacerlo? —preguntó el *Werwolf*.

Mackensen sonrió. El maletín que llevaba en el coche era el sueño del asesino. Contenía, entre otras cosas, casi una libra de explosivos de plástico y dos detonadores eléctricos.

—Por supuesto —gruñó—. No habrá dificultad. Pero tendré que esperar a que oscurezca para acercarme al coche. —Se interrumpió, miró por la ventana hacia la plaza y dijo apresuradamente—: Luego le llamaré.

Volvió a llamar al cabo de cinco minutos.

—Lo siento; pero vi a Miller subir al coche con su cartera en la mano. De todos modos, volverá al hotel. Acabo de ir a informarme. Ha dejado la maleta. De modo que no hay que preocuparse. Prepararé la bomba, y esta noche la colocaré.

Miller se despertó poco antes de la una. Se sentía descansado y un tanto eufórico. Mientras dormía, descubrió qué era lo que poco antes le produjera aquella leve desazón. Volvió a la casa de Winzer. La criada se alegró mucho al verlo.

—Hola, ¿usted otra vez?

—Pasaba por ahí delante, de vuelta a mi casa y pensé... ¿cuánto hace que trabaja usted aquí?

—Pues... unos diez meses. ¿Por qué?

—Si Herr Winzer es soltero y usted tan joven, ¿quién le atendía antes de que usted llegara?

—Ah, ya comprendo. Su ama de llaves, Fraulein Wendel.

—¿Y qué ha sido de ella?

—¡Ay! Está en el hospital, señor. Cáncer en un pecho, ¿sabe? Es horrible. Y ésa es otra de las cosas por las cuales parece extraño que Herr Winzer se haya ido así tan de repente. Él solía ir a visitarla todos los días. La quiere mucho. No es que ellos... bueno, usted ya me entiende, hayan *sido* algo. Pero ella estaba en la casa desde 1950, y Herr Winzer la aprecia mucho. Siempre está diciéndome: «Fraulein Wendel hacía eso así, y lo otro, asá...».

—¿En qué hospital está? —preguntó Miller.

—Ahora no recuerdo... Espere un momento. Está anotado en el bloc del teléfono.

La muchacha volvió al cabo de dos minutos y le dio el nombre de la clínica, un lujoso sanatorio particular situado en las afueras de la ciudad.

Guiándose por el mapa, Miller se presentó en la clínica poco después de las tres de la tarde.

Mackensen pasó las primeras horas de la tarde comprando los materiales que necesitaba para su bomba. Su instructor le había dicho en cierta ocasión: «El secreto del sabotaje consiste en utilizar siempre cosas sencillas, que puedan comprarse en cualquier tienda».

En una ferretería adquirió un soldador y una varilla de estaño; un rollo de cinta adhesiva negra; un metro de alambre y unos alicates; una hoja de sierra de treinta centímetros y un tubo de pegamento instantáneo. En una lampistería compró una batería de transistores de nueve voltios, una bombillita de dos centímetros y medio de diámetro y dos pedazos de hilo de cobre de 5 amperios, forrados de plástico, uno rojo y el otro azul. Él era un operario muy cuidadoso, y le gustaba distinguir el positivo y el negativo. En una papelería compró cinco gomas de borrar grandes, de dos centímetros y medio de ancho por cinco de largo, y uno y medio de espesor. En una farmacia adquirió dos paquetes de preservativos, cada uno de los cuales contenía tres fundas de caucho, y en una charcutería de lujo compró una lata del mejor té. Era una lata de cuarto de kilo, que cerraba herméticamente. Era hombre minucioso en su trabajo, y no quería que se le mojaran los explosivos. Las latas de té tienen una tapa para impedir que penetre la humedad.

Una vez hechas sus compras, tomó en el «Hotel Hohenzollern» una habitación con vista a la plaza, para poder vigilar, mientras trabajaba, la zona de

estacionamiento a la que forzosamente tenía que volver Miller.

Antes de entrar en el hotel, sacó del portaequipajes de su coche media libra de explosivo de plástico, blando y moldeable como la plastilina, y uno de los detonadores eléctricos.

Se sentó ante la mesa, al lado de la ventana, desde donde podía vigilar la plaza, y, provisto de una jarra de café bien cargado para combatir el cansancio, puso manos a la obra.

La bomba que fabricó era muy sencilla. Ante todo vació la lata de té en el lavabo. En la tapadera hizo un orificio con el mango de los alicates. Del trozo de tres metros de hilo rojo cortó veinticinco centímetros.

Soldó un extremo del hilo rojo corto al terminal positivo de la batería. Al terminal negativo soldó un extremo del hilo largo azul. Para evitar que los hilos se tocaran, los tendió uno a cada lado de la batería y los fijó en su lugar con cinta adhesiva.

El otro extremo del hilo rojo corto lo enrolló en torno a la punta de contacto del detonador. A la misma punta de contacto fijó un extremo del otro pedazo de cable rojo, el más largo.

Colocó la batería y los hilos en la base de la lata cuadrada de té, incrustó el detonador profundamente en el explosivo de plástico, e introdujo éste en la lata, encima de la batería, hasta llenarla.

El circuito estaba casi completo. Uno de los hilos iba de la batería al detonador, y otro, partiendo del detonador, dejaba un extremo colgando. De la batería partía otro hilo, cuyo otro extremo también quedaba al aire. Pero cuando los dos extremos libres, uno del hilo largo rojo y el otro del azul, hicieran contacto, el circuito se cerraría. La carga de la batería accionaría el detonador, que explotaría con un fuerte estampido. Pero el estampido quedaría ahogado por el estruendo del plástico, cuya potencia sería suficiente para demoler dos o tres habitaciones del hotel.

Faltaba ahora preparar el mecanismo del disparador. Se envolvió las manos en pañuelos y dobló la hoja de sierra hasta que ésta se partió por la mitad, en dos cuchillas de unos quince centímetros cada una, perforadas en un extremo por el orificio que sirve para fijar la hoja de la sierra al marco.

Reunió las gomas de borrar en un solo bloque, que utilizó para separar las dos hojas de sierra. Las ató por un extremo, una encima y otra debajo del bloque de goma, de manera que diez centímetros de las hojas asomaban en paralelo, a una distancia de tres centímetros entre sí. El conjunto recordaba la forma de una

cabeza de cocodrilo, con la boca abierta, vista de perfil. Para impedir que las hojas se tocaran con excesiva facilidad, Mackensen puso entre ambas la bombilla, y la fijó en su lugar con una generosa dosis de pegamento. El vidrio no es conductor de la electricidad.

Casi había terminado. Introdujo los dos hilos, el rojo y el azul, que asomaban de la lata del explosivo, por el agujero de la tapa, y colocó ésta en su sitio. Después soldó uno de los extremos del cable a la sierra de la parte superior, y el otro, a la de la parte inferior. La bomba estaba ya activada.

Si el disparador era sometido a una brusca presión, la bombilla reventaría, las dos hojas de sierra harían contacto, y el circuito eléctrico de la batería quedaría cerrado. Una última precaución: para impedir que las sierras tocaran simultáneamente la misma pieza de metal, lo cual también cerraría el circuito, puso los seis preservativos, uno encima del otro, en el disparador, de manera que el dispositivo quedó protegido por seis capas de fina goma aislante. Ello impedirla que el artefacto estallara antes de tiempo. Una vez armada la bomba, la guardó en el armario, junto con el alambre, los alicates y el resto de la cinta adhesiva que necesitaría para sujetarla al coche de Miller. Luego pidió más café, a fin de mantenerse despierto, y se instaló detrás de los cristales de la ventana, en espera de que Miller regresara al aparcamiento del centro de la plaza.

No sabía adónde habla ido Miller, ni le importaba. El *Werwolf* le había asegurado que no podría encontrar ninguna pista del paradero del falsificador, y esto le bastaba. Mackensen, como buen especialista, se conformaba con hacer su trabajo, y dejaba el resto a los demás. Se armó de paciencia. Sabía que, tarde o temprano, Miller habría de regresar.

XV

El médico miró con desagrado al visitante. Miller, que no era partidario de cuellos ni de corbatas, y prescindía de ellos en cuanto podía, llevaba un suéter de nailon blanco, con cuello alto, un pullover negro y una chaqueta del mismo color. La expresión del médico decía bien a las claras que, para ir de visita a un hospital, lo más apropiado era usar camisa y corbata.

—¿Su sobrino? —preguntó, sorprendido—. Es raro, no sabía que Fraulein Wendel tuviera un sobrino.

—Creo que soy el único pariente que le queda —dijo Miller—. Desde luego, de saber cuál era su estado hubiera venido antes; pero Herr Winzer no me llamó hasta esta mañana.

—Herr Winzer suele venir a esta hora —observó el doctor.

—Tengo entendido que ha tenido que ausentarse —dijo Miller suavemente—. Por lo menos, eso me ha dicho por teléfono. Al parecer, estará fuera varios días, y me ha pedido que viniera a verla en su lugar.

—¿Dice que se ha marchado? ¡Qué raro! —El médico hizo una pausa y luego añadió—: ¿Me disculpa un momento?

Miller le vio entrar en un despachito situado a un lado del vestíbulo en que habían estado hablando. Por la puerta entreabierta oyó fragmentos de la conversación que el médico sostenía con el domicilio de Winzer.

—Así, ¿se ha marchado? ¿Esta mañana? ¿Para varios días? ¡Oh, no! Gracias, Fraulein; sólo quería informarme de que no vendrá esta tarde.

El doctor colgó el teléfono y salió nuevamente al vestíbulo.

—¡Esto es muy raro! —murmuró—. Herr Winzer ha estado viniendo puntualmente todos los días desde que trajeron a Fraulein Wendel. Desde luego, debe de tenerle un gran aprecio. Bueno: habrá de regresar pronto si quiere volver a verla. Esto se acaba, ¿comprende?

Miller puso cara de pena.

—Así me lo dijo él por teléfono. ¡Pobre tía!

—Siendo de la familia, puede usted entrar a verla un momento. Pero le advierto que está inconsciente, y le ruego que sea breve. Sígame, por favor.

El médico condujo a Miller por los pasillos de la clínica, que en otros tiempos debió de ser una gran residencia particular, y se detuvo ante una puerta.

—Está aquí —dijo.

Cuando el visitante hubo entrado en la habitación, el médico volvió a cerrar la puerta. Miller le oyó alejarse por el corredor.

La habitación estaba casi a oscuras, y Miller tardó algún tiempo en descubrir, a la débil claridad de la tarde, que se filtraba por la rendija de las cortinas, la ajada figura que yacía en la cama. La mujer se hallaba incorporada sobre varias almohadas, y su rostro estaba tan blanco, que casi se confundía con las sábanas y el camisón. Tenía los ojos cerrados, y Miller pensó que no iba a ser fácil conseguir que le facilitara algún indicio acerca del lugar en que pudiera haberse escondido el falsificador.

—Fraulein Wendel —susurró.

Los párpados de la mujer temblaron y se abrieron.

Le miró inexpresivamente, y Miller se preguntó si lo vería siquiera. Ella volvió a cerrar los ojos y empezó a murmurar palabras incoherentes. Miller se inclinó, a fin de captar las frases que en monótona retahíla salían de aquellos labios grisáceos.

Apenas tenían significado. Hablaban de Rosenheim, un pueblecito de Baviera, seguramente el lugar en el que ella había nacido. Decía también: «Todas vestidas de blanco, ¡qué bonitas!». Y otras cosas ininteligibles.

Miller se acercó un poco más.

—Fraulein Wendel, ¿puede usted oírme?

La mujer seguía murmurando. Miller oyó:

—... con su devocionario y su ramito de flores... Tan blancas, tan inocentes...

Miller frunció el ceño. Tardó algún tiempo en comprender. En su delirio, la moribunda recordaba su Primera Comunión. Era católica, como él.

—¿Me oye, Fraulein Wendel? —insistió, sin confiar en que sus palabras pudieran llegar hasta ella.

La mujer abrió los ojos y le miró fijamente. Vio la franja blanca que le rodeaba el cuello, la chaqueta negra y la pechera también negra. Miller advirtió, sorprendido, que ella volvía a cerrar los ojos y que su pecho liso se arqueaba en

un espasmo. Estaba asustado. Pensó que lo mejor sería llamar al médico. Entonces vio que por las ajadas mejillas de la mujer corrían dos lágrimas. Lloraba. Una de sus manos se deslizó lentamente sobre la colcha, hasta cogerle la muñeca, que él tenía apoyada en la cama, y se la oprimió con una fuerza insospechada, o acaso simplemente con desesperación. Miller iba a desasirse y a salir de la habitación, convencido de que la enferma no podría decirle nada acerca de Klaus Winzer, cuando la oyó exclamar con voz clara:

—¡Padre, bendígame, he pecado!

Miller tardó varios segundos en comprender lo que ocurría. Luego, al mirar sus oscuras ropas, se explicó la confusión de la mujer. Durante unos instantes, vaciló entre dejarla y regresar a Hamburgo inmediatamente, o poner en peligro su alma y hacer una última tentativa para localizar a Eduard Roschmann a través del falsificador. Se inclinó hacia ella.

—Hija mía, he venido a oír tu confesión.

Ella empezó a hablar. Con voz monótona y cansada, le contó toda su vida. De niña se crió entre los campos y bosques de Baviera. Había nacido en 1910, y recordaba el día en que su padre se fue a la primera guerra, y aquel en que regresó, al cabo de tres años, tras el Armisticio de 1918, indignado contra los hombres de Berlín, que habían capitulado.

Recordaba la vorágine política de los primeros años veinte, y la tentativa de *putsch* realizada en la cercana Munich por un puñado de hombres capitaneados por un charlatán callejero llamado Adolf Hitler, para derribar al Gobierno. Más adelante, su padre se había unido al partido de aquel hombre, y cuando ella cumplió veintitrés años, el charlatán y sus secuaces se habían convertido en el Gobierno de Alemania. Le habló de las excursiones veraniegas con la «Unión de Muchachas Alemanas», de su trabajo de secretaria con el gauleiter de Baviera y de los bailes con los apuestos y rubios muchachos del uniforme negro.

Pero ella era fea, larga y huesuda, con cara de caballo y bigote. Llevaba su pelo de rata recogido en un moño, trajes gruesos y zapatos de tacón bajo. Antes de cumplir los treinta años comprendió que el matrimonio no era para ella. En 1939, amargada y henchida de odio, fue nombrada celadora de un campo llamado Ravensbruck.

Con lágrimas en los ojos, y sin soltarle la muñeca, por temor de que él, asqueado, la dejara antes de que pudiera contárselo todo, le habló de las personas a las que había golpeado, de los días de poder y crueldad en aquel campo de Brandeburgo.

—¿Y qué hizo después de la guerra? —preguntó Miller, con suavidad.

Pasó varios años deambulando de un lado al otro, abandonada por la SS, perseguida por los aliados, fregando platos y durmiendo en asilos. En 1950 conoció a Winzer, el cual, mientras buscaba casa, se hospedaba en un hotel de Osnabrück, en el que ella trabajaba de camarera. Cuando aquél, que era una persona excelente y un perfecto caballero, tuvo la casa, le propuso que fuera su ama de llaves.

—¿Eso es todo? —preguntó Miller, cuando ella acabó de hablar.

—Sí, padre.

—Hija, no puedo darte la absolución a menos que confieses todas tus faltas.

—Eso es todo, padre.

Miller suspiró.

—¿Y los pasaportes falsos? Esos que se entregaban a los antiguos SS fugitivos...

Ella guardó silencio, y Miller temió que se hubiera desmayado.

—¿Está enterado de eso, padre?

—Lo estoy.

—Yo no los hacía —dijo ella.

—Pero tú sabías lo que hacía Klaus Winzer, ¿verdad?

—Sí —susurró.

—Y ahora él se ha marchado.

—No, no puede ser. Klaus no me abandonaría. Volverá.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No, padre.

—¿Estás segura? Piénsalo, hija. Lo han obligado a huir. ¿Adónde puede haber ido?

El demacrado rostro de la mujer se movió a derecha e izquierda.

—No lo sé, padre. Pero si le amenazan, utilizará la carpeta. Él me lo dijo.

Miller se sobresaltó. Miró a la mujer, que ahora tenía los ojos cerrados, como si durmiese.

—¿Qué carpeta, hija?

Siguieron hablando durante cinco minutos más. Luego se oyó un suave golpecito en la puerta. Miller se desasíó de la mano de la mujer y se levantó para marcharse.

—Padre...

La voz era quejumbrosa, implorante. Él se volvió. La mujer le miraba

fijamente con los ojos muy abiertos.

—Padre, la absolución.

Miller suspiró. Aquello era pecado mortal; pensó que alguien, en algún lugar, lo comprendería. Levantó la mano derecha e hizo la señal de la cruz.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Ego te absolvo a peccatis tuis.*

La mujer suspiró, cerró los ojos y perdió el conocimiento.

Fuera, en el pasillo, le esperaba el médico.

—Creo que no debería quedarse más tiempo —dijo.

Miller asintió.

—Sí, ahora duerme —dijo.

Después de asomarse un momento a la habitación, el médico lo acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Cuánto cree que puede durar? —preguntó Miller.

—Es difícil precisarlo. Pero no creo que sean más de dos o tres días. Lo lamento.

—Sí. En fin: muchas gracias por haberme permitido verla. —El médico le abrió la puerta—. ¡Oh! Una cosa más, doctor. En nuestra familia todos somos católicos. Me ha pedido un sacerdote, para los últimos sacramentos, ¿comprende?

—Desde luego.

—¿Podrá usted encargarse de avisarlo?

—Por supuesto. No lo sabía. Esta misma tarde lo llamaré. Gracias por advertirme. Adiós.

Cuando Miller llegó a la Theodor Heuss Platz y aparcó su «Jaguar» a veinte metros del hotel, empezaba a anochecer. Desde el segundo piso, Mackensen observó su llegada. Puso la bomba en su bolsa de mano, bajó con ella al vestíbulo, pagó la cuenta, aduciendo que debería salir muy pronto al día siguiente, y se dirigió hacia su coche. Lo situó en un lugar desde el que podía vigilar la puerta del hotel y el «Jaguar», y de nuevo se dispuso a esperar.

Había aún mucha gente en la zona para que pudiera ponerse a trabajar en el «Jaguar». Además, Miller podía volver a salir en cualquier momento. Si se marchaba antes de que colocara la bomba, Mackensen lo despacharía en la autopista, a unos cuantos kilómetros de Osnabrück, y se llevaría el maletín. Si se quedaba a dormir en el hotel, Mackensen pondría la bomba de madrugada, cuando no hubiera nadie en los alrededores.

En su habitación, Miller se devanaba los sesos tratando de recordar un

nombre. Aún le parecía ver la cara de aquel hombre; pero el nombre se le escapaba.

Fue poco antes de la Navidad de 1961. Miller se encontraba en los bancos de la Prensa de la Audiencia Provincial de Hamburgo, esperando la vista de una causa en que estaba interesado. Cuando llegó, iba a fallarse el caso anterior. En el banquillo había un hombre pequeño, con cara de hurón. El abogado defensor pedía clemencia y alegaba que se acercaba la Navidad y que su defendido tenía esposa y cinco hijos.

Miller, al dirigir la mirada hacia la Sala, se había fijado en el rostro cansado y descompuesto de la esposa del acusado. Ella, con gesto de desesperación, lo escondió entre las manos al oír las palabras del magistrado que decía que la sentencia debía ser más dura, pero que, en atención a la petición de clemencia formulada por el defensor, imponía al acusado la pena de dieciocho meses de prisión. En su informe, el fiscal había dicho del prisionero que era uno de los más hábiles ladrones de cajas fuertes de Hamburgo.

Quince días después, Miller se hallaba en un bar situado a menos de doscientos pasos del Reeperbahn tomando unas copas de Navidad con uno de sus contactos de los bajos fondos. Aquel día había cobrado un gran reportaje gráfico, y disponía de bastante dinero. En un extremo del bar vio a una mujer fregando el suelo. En seguida reconoció el rostro entristecido de la esposa del especialista en cajas de caudales condenado dos semanas antes. En un arranque de generosidad, que después le pesó, puso un billete de cien marcos en el bolsillo del delantal de la mujer, y se marchó.

En el mes de enero recibió Miller una carta del penal de Hamburgo. La redacción era primitiva. Seguramente la mujer preguntó al barman el nombre de su benefactor, y se lo dijo a su marido. La carta fue enviada a una revista para la que él solía trabajar, y de allí había sido reexpedida a su domicilio.

Querido señor Miller: Mi mujer me ha escrito lo que hizo usted esta Navidad. Yo no le conozco, y no sé por qué lo ha hecho; pero quiero decirle que se lo agradezco mucho. Es usted todo un señor. El dinero ayudó a Doris y a los chicos a pasar buena Navidad y Año Nuevo. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, no tiene más que decírmelo. Suyo, con todo respeto...

Pero, ¿cuál era el nombre estampado al pie de la carta? Koppel. Sí, Viktor Koppel. Confiando que el hombre no hubiera ido a parar nuevamente a la cárcel, Miller sacó su libreta de direcciones, se puso el teléfono encima de las rodillas y empezó a llamar a sus amigos de los bajos fondos de Hamburgo.

Dio con Koppel a las siete y media. Como era viernes por la noche, estaba con unos amigos en un bar. Por el teléfono, Miller oía la música de una gramola automática. Estaba tocando *I want to hold your hand*, de los Beatles, que aquel invierno hacía furor.

Koppel no tardó en acordarse de él y del obsequio hecho a Doris dos años antes. Era evidente que Koppel había bebido unas cuantas copas.

—Fue un espléndido rasgo, Herr Miller, espléndido.

—¿Se acuerda de la carta que me escribió desde la cárcel, para decirme que si alguna vez necesitaba un favor podía acudir a usted?

El tono de Koppel era cauto.

—Sí, lo recuerdo.

—Necesito su ayuda. No es mucho. ¿Puedo contar con usted?

El de Hamburgo recelaba.

—El caso es que no ando muy sobrado de dinero, Herr Miller.

—No quiero un préstamo —dijo Miller—. Se trata de pagarle para que me haga un trabajo. Un pequeño trabajo.

La voz de Koppel denotaba un gran alivio.

—Comprendido. Claro que sí. ¿Dónde está?

Miller le dio las instrucciones.

—Vaya a la estación de Hamburgo y tome el primer tren para Osnabrück. Le esperaré en la estación. Una cosa más, tráigase sus herramientas.

—Un momento, Herr Miller. Yo nunca trabajo fuera de mi zona. De Osnabrück no sé nada.

Miller le habló en el argot de Hamburgo.

—Es un simple paseo, Koppel. El lugar está vacío, el dueño, de viaje, y dentro, un montón de género. No habrá pegas: lo tengo todo estudiado. Puede estar de nuevo en Hamburgo a la hora del desayuno, con la bolsa llena, y nadie le hará preguntas. El hombre tardará una semana en volver; de modo que tiene usted tiempo de deshacerse de todo antes de su regreso, y la poli de aquí creerá que es obra de alguien de la ciudad.

—¿Y lo del billete del tren? —preguntó Koppel.

—Yo se lo pagaré. A las nueve sale un tren de Hamburgo. Tiene una hora.

No se entretenga.

Koppel suspiró.

—De acuerdo. Tomaré ese tren.

Miller colgó el teléfono, pidió a la telefonista que lo despertara a las once de la noche, y se echó a dormir.

Fuera, Mackensen proseguía su solitaria vigilancia. Había decidido empezar a trabajar en el «Jaguar» a las doce, si Miller no aparecía.

Pero a las once y cuarto salió Miller del hotel, cruzó la plaza y entró en la estación. Mackensen estaba sorprendido. Salió del «Mercedes» y se acercó a la estación, mirando a través del vestíbulo. Miller estaba en el andén, esperando un tren.

—¿Adónde va el tren que para en este andén? —preguntó a un mozo.

—Es el de las once treinta y tres, con destino a Munster —respondió el hombre.

Mackensen no se explicaba por qué Miller tomaba el tren si tenía coche. Todavía perplejo, volvió a su automóvil y siguió esperando.

A las once treinta y cinco se despejó la incógnita. Miller salía de la estación, acompañado por un hombrecito raído que llevaba una bolsa de cuero negro. Ambos charlaban animadamente. Mackensen juró entre dientes. No le convenía que Miller llevara a un pasajero en el «Jaguar». Esto complicaría su trabajo. Afortunadamente, los dos hombres subieron a un taxi y se fueron. Mackensen decidió esperar veinte minutos y ponerse luego a trabajar en el «Jaguar», que seguía aparcado a veinte metros de distancia.

A medianoche la plaza estaba casi vacía. Mackensen salió de su coche llevando en la mano una pequeña linterna tubular y tres herramientas; se acercó al «Jaguar», miró en derredor y se deslizó entre las ruedas.

El hombre sabía que en pocos segundos su traje quedaría empapado y sucio del barro y de la nieve a medio derretir que cubría la plaza. Pero esto era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos. Con ayuda de la linterna localizó, bajo la parte delantera del coche, el dispositivo de cierre del capó. Tardó veinte minutos en soltarlo. Cuando quitó el cierre, el capó se levantó un par de centímetros. Al terminar, no tenía más que empujar desde arriba para volver a cerrarlo. Así no hacía falta forzar la cerradura para abrir el capó desde el interior.

Fue al «Mercedes» a recoger la bomba. Un hombre que manipula bajo el capó de un coche apenas llama la atención. Con ayuda del alambre y los alicates, colocó el explosivo en el compartimento del motor, sujetándolo a la plancha

frente al asiento del conductor. Explotaría a menos de un metro del pecho de Miller. Luego, por entre las piezas del coche, bajó hasta el suelo el disparador, que estaba conectado a la carga por dos hilos de dos metros de largo.

Se metió debajo del coche y, a la luz de la linterna, examinó la suspensión delantera. Antes de cinco minutos descubrió el lugar que necesitaba y sujetó fuertemente la parte trasera del disparador a una barra del armazón. Los dos tentáculos del disparador, envueltos en las fundas de goma y separados por la bombilla, los insertó entre dos de las espirales del tensado muelle de la parte delantera izquierda de la suspensión.

Cuando el disparador estuvo bien sujeto, sin peligro de que pudiera desprenderse por el traqueteo normal, Mackensen salió de entre las ruedas. Suponía que cuando el coche tropezara con un reborde o un bache a gran velocidad, la suspensión de la rueda delantera izquierda se contraería y uniría los tentáculos del mecanismo disparador, aplastando el delgado vidrio que los separaba y estableciendo contacto entre las dos hojas de sierra provistas de carga eléctrica. Cuando sucediera esto, Miller y sus comprometedores documentos volarían hechos pedazos.

Por último, Mackensen recogió el sobrante de los hilos que conectaban la carga con el disparador, los enrolló cuidadosamente y los pegó con cinta adhesiva a un lado de la plancha, por la parte interior del compartimento del motor, para que no se arrastraran por el suelo ni se desgastaran por el roce con la superficie de la carretera. A continuación, cerró el capó, se dirigió a su «Mercedes», tumbóse en el asiento posterior, doblando las rodillas, y cerró los ojos. Consideraba que había aprovechado bien la noche.

Miller dijo al taxista que los llevara a la Saar Platz. Una vez allí, pagó y despidió al coche. Koppel había demostrado poseer la suficiente discreción para no hablar durante el trayecto. Y no lo hizo hasta que el taxi se alejaba, en dirección al centro.

—Espero que sepa usted lo que está haciendo, Herr Miller. Quiero decir, que me parece raro verle metido en estos líos, siendo usted un reportero y demás.

—Koppel, no tiene usted de qué preocuparse. Lo que yo busco es un paquete de documentos que hay en la caja fuerte. Yo me llevo los papeles, y usted, lo que encuentre. ¿De acuerdo?

—Bueno, tratándose de usted, de acuerdo. Vamos.

—Otra cosa. En la casa hay una criada —dijo Miller.

—Usted dijo que estaba vacía —protestó Koppel—. Si ella aparece, yo me las piro. No quiero violencias.

—Esperaremos hasta las dos. Para entonces seguro que estará dormida.

Recorrieron el kilómetro y medio que faltaba para llegar a casa de Winzer, echaron una ojeada a uno y otro lado de la calle y se introdujeron rápidamente por la verja del jardín. Para no pisar la gravilla, caminaron sobre la hierba que bordeaba el sendero, cruzaron el césped y se escondieron entre unos macizos de rododendros situados frente a las ventanas de lo que parecía ser el estudio.

Koppel, moviéndose entre los arbustos como un pequeño felino, dio la vuelta a la casa, mientras Miller se quedaba vigilando las herramientas.

Al volver, dijo:

—La chica todavía tiene la luz encendida. Su ventana está al otro lado, bajo el alero.

Esperaron durante una hora, sin atreverse a fumar, tiritando entre el denso follaje perenne de los arbustos. A la una, Koppel hizo otra ronda e informó que la luz del dormitorio de la muchacha estaba apagada.

Aguardaron otros noventa minutos. Al fin, Koppel apretó la muñeca de Miller, tomó la bolsa y cruzó el césped, iluminado por la luna, en dirección a las ventanas del estudio. En la calle ladró un perro, y a lo lejos rechinó el neumático de un coche que regresaba a casa.

Afortunadamente, la zona situada al pie de las ventanas del estudio quedaba en sombras, pues la luna aún no iluminaba aquel lado de la casa. Koppel encendió una linterna de bolsillo, resiguió el marco de la ventana y, finalmente, el listón que separaba los dos cristales. El cierre era de seguridad, pero sin sistema de alarma. Buscó en su bolsa, y sacó un rollo de cinta adhesiva, una ventosa con mango, un cortavidrios con punta de diamante en forma de pluma estilográfica y un martillo de caucho.

Con gran habilidad, Koppel trazó, con el cortavidrios, un círculo en el cristal, debajo de la falleba. Para mayor seguridad, pegó dos pedazos de cinta sobre el disco, con los extremos adheridos a la parte del cristal grande. Aplicó la ventosa entre las dos cintas, de manera que quedara visible a cada lado un trozo de cristal.

Sujetando el mango de la ventosa con la mano izquierda, golpeó con el martillo de goma la parte del cristal cortado que quedaba a la vista.

Al segundo golpe se oyó un chasquido, y el disco cedió. Ambos hombres

permanecieron sin moverse, escuchando. Pero no se produjo ninguna reacción. Nadie había oído el sonido. Sin soltar el mango de la ventosa, a la que por la parte interior de la ventana seguía adherido el disco de vidrio, Koppel retiró las tiras de cinta adhesiva. A través del cristal distinguió una gruesa alfombra, a metro y medio de distancia, y con un movimiento de la muñeca arrojó la ventosa y el vidrio, que cayeron sobre ella, sin hacer ruido.

A continuación, Koppel introdujo la mano por el orificio del cristal, desmontó el cierre de seguridad y subió la ventana. Entró con la ligereza de una mosca. Miller le siguió con más cautela. La habitación estaba muy oscura, en contraste con el claro de luna que iluminaba el jardín, pero Koppel parecía ver perfectamente.

—Quédese quieto —susurró a Miller, que le obedeció en el acto.

Entretanto, el ladrón cerró suavemente la ventana y corrió las cortinas. Luego cruzó la habitación, sorteando instintivamente los muebles, y cerró la puerta que conducía al corredor. Hasta aquel momento no encendió la linterna.

Recorrió con el haz de luz toda la habitación, iluminando una mesa, un teléfono, una librería, una butaca y, finalmente, una bonita chimenea orlada de ladrillo rojo. Koppel se materializó de pronto al lado de Miller.

—Esto debe de ser el despacho, jefe. No puede haber dos habitaciones como ésta, con chimenea de ladrillo rojo, en una misma casa. ¿Dónde está el resorte que abre la pared de ladrillo?

—No lo sé —respondió Miller, imitando el tenue murmullo del ladrón, el cual aprendió a buen precio que un murmullo se oye menos que un cuchicheo—. Tendrá usted que buscarlo.

—¡Atiza! Quédese ahí sentado. Podría tardar un siglo.

Indicó a Miller que se sentara en un sillón, advirtiéndole que conservara puestos los guantes de conducir. Luego cogió la bolsa, se acercó a la chimenea, se ató una banda alrededor de la cabeza e insertó la linterna en una abrazadera, de modo que apuntara hacia delante. Luego fue palpando uno a uno todos los ladrillos, buscando protuberancias, rebordes, muescas o huecos. Cuando los hubo recorrido todos, volvió a empezar, ahora con un cuchillo de hoja ancha, en busca de una rendija. La encontró a las tres y media.

La hoja del cuchillo se introdujo por una rendija entre dos ladrillos, y se oyó un leve chasquido. Un bloque de ladrillo, de medio metro de lado, salió un par de centímetros hacia fuera. El bloque encajaba a la perfección, y a simple vista era imposible distinguir el borde del cuadrado.

Koppel abrió la puerta, que giró silenciosamente sobre unos goznes de acero. Los ladrillos estaban montados en un soporte de acero que formaba la puerta. Detrás de ésta apareció, a la luz de la linterna de Koppel, una pequeña caja fuerte empotrada en la pared.

El hombre se ajustó a ambos oídos los auriculares de un estetoscopio. Pasó cinco minutos examinando los cuatro discos del cierre; luego colocó el extremo del estetoscopio en el lugar en que creía debían estar los tambores y empezó a hacer girar el primer disco.

Miller, sentado a tres metros de distancia, miraba, con creciente nerviosismo, cómo trabajaba. Koppel, por el contrario, estaba completamente tranquilo, absorto en su tarea. Sabía que mientras estuvieran quietos en el despacho, nadie acudiría a investigar. Los momentos de peligro eran el de la entrada, el del registro y el de la salida.

Al cabo de veinte minutos había saltado el último tambor. Koppel abrió lentamente la puerta de la caja y se volvió hacia Miller. El haz luminoso de la linterna se deslizó sobre una mesa en la que había una pareja de candelabros de plata y una tabaquera antigua.

Miller se acercó silenciosamente a la caja. Cogió la linterna que Koppel se había fijado a la cabeza e iluminó el interior. Había varios fajos de billetes de Banco, que puso en manos de su agradecido acompañante, el cual emitió un leve silbido, audible sólo a unos pasos de distancia.

En el estante superior de la caja sólo había una cosa: una carpeta amarilla. Miller la sacó y se puso a hojearla. Contenía alrededor de cuarenta hojas. En cada una de ellas había una fotografía y varias líneas de texto. Cuando llegó a la número dieciocho, se detuvo y exclamó:

—¡Por fin!

—¡Silencio! —musitó Koppel, con vehemencia.

Miller cerró la carpeta, devolvió la linterna a Koppel y le dijo:

—Ya puede cerrarla.

Koppel cerró la puerta e hizo girar el disco no sólo hasta que el mecanismo quedó engarzado, sino hasta que los números quedaron en el mismo orden en que los había encontrado. Cuando terminó, volvió a colocar la cubierta de ladrillo y la oprimió hasta que quedó firmemente encajada. Se oyó otro chasquido al cerrarse el resorte.

Ya se había guardado en los bolsillos todos los billetes, que eran el producto de los cuatro últimos pasaportes suministrados por Winzer, y sólo se entretuvo el

tiempo necesario para guardar en su bolsa de cuero negro los candelabros y la tabaquera.

Apagó la linterna, tomó a Miller del brazo y lo condujo hasta la ventana. Descorrió las cortinas y miró atentamente a derecha e izquierda. El césped estaba desierto, y la luna quedaba oculta por una nube. Koppel subió el cristal, saltó afuera y esperó a Miller. Luego cerró la ventana y se dirigió hacia los arbustos, seguido por el reportero, que se había guardado la carpeta debajo del jersey.

Fueron siguiendo los arbustos hasta la verja, y salieron a la calle. Miller sentía deseos de echar a correr.

—Despacio —dijo Koppel, con voz normal—. Hay que andar y hablar con toda normalidad, como si saliésemos de alguna fiesta.

Había más de siete kilómetros hasta la estación, y cuando llegaron eran casi las cinco. A pesar de que era sábado, las calles no estaban desiertas, pues el alemán es muy madrugador. Llegaron a la estación sin incidentes.

Hasta las siete no había tren para Hamburgo, pero Koppel dijo que esperaría en el bar, tomando café y una copa de aguardiente para calentarse.

—Ha sido un trabajo muy bonito, Herr Miller —dijo—. Espero que haya encontrado lo que buscaba.

—¡Oh, sí! Lo encontré —dijo Miller.

—Bien: pues punto en boca. Adiós, Herr Miller.

El hombrecito le saludó con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia el café de la estación. Miller dio media vuelta y cruzó la plaza en dirección al hotel, sin sospechar que desde un «Mercedes» le observaban un par de ojos enrojecidos.

Era temprano para iniciar las indagaciones que Miller tenía que hacer, por lo que se concedió tres horas de descanso y pidió que lo despertaran a las nueve y media.

El teléfono sonó puntualmente, y Miller encargó café y bollos, que llegaron cuando él acababa de darse una tonificante ducha caliente. Mientras tomaba el café, examinó la carpeta. Reconoció media docena de rostros, pero no los nombres. Los nombres —se dijo entonces— carecían de significado.

Volvió a la hoja número dieciocho. El hombre era más viejo, llevaba el pelo más largo, y ahora tenía bigote. Pero las orejas no habían cambiado. Las orejas son la parte del rostro más característica de la persona y, sin embargo, rara vez se repara en ellas. La misma nariz afilada, el mismo porte de la cabeza, los mismos

ojos claros.

El nombre era corriente. Lo que más llamó la atención a Miller fue su dirección. A juzgar por el distrito postal, estaba en el centro de la ciudad, y esto hacía presumir que se trataba de un bloque de apartamentos.

Alrededor de las diez llamó al departamento de Información del servicio telefónico de la ciudad indicada en la hoja de papel. Pidió el número del encargado del bloque de viviendas de las señas citadas. Fue un tiro al azar; pero resultó. Efectivamente: era un bloque de viviendas. Y viviendas caras.

Llamó al encargado del bloque, que en realidad era un portero ascendido a jefe de servicios a causa de esa afición de los alemanes por los títulos, y le dijo que desde hacía mucho rato estaba llamando a uno de los inquilinos, pero que no le contestaba, lo cual era muy raro, ya que habían acordado que llamaría a aquella hora. ¿Podía decirle si el teléfono estaba averiado?

El hombre se mostró muy servicial. Probablemente, Herr *direktor* estaba en la fábrica, o quizás en su casa de campo.

¿En qué fábrica? La suya, naturalmente. La fábrica de radios. «Pues es verdad, ¡qué distraído!», dijo Miller, y colgó. El servicio de Información le dio el número de la fábrica. La telefonista le puso con la secretaria, la cual le informó de que el Herr *direktor* había ido a pasar el fin de semana a su casa de campo. No; no podían darle el número particular. Por discreción. Miller dio las gracias y colgó.

El que por fin le dio el número y la dirección del dueño de la fábrica de radios era un antiguo conocido de Miller, encargado de la sección de Economía en un gran periódico de Hamburgo. Lo sacó de su agenda particular.

Miller contempló la foto de Roschmann, su nuevo nombre, y la dirección anotada en su libreta. Ahora recordaba haber oído hablar de aquel hombre, un industrial del Ruhr. Y había visto aquellas radios en las tiendas. Sacó el mapa de Alemania y localizó la región en que estaba situada la casa de campo.

Eran más de las doce cuando Miller hizo la maleta, bajó al vestíbulo y pagó la cuenta. Estaba desfallecido de hambre, por lo que, llevando consigo sólo la cartera, entró en el comedor y pidió un bistec.

Mientras comía, resolvió hacer el viaje aquella tarde y enfrentarse con su presa al día siguiente. Aún tenía el papelito en que el abogado de la Comisión Z de Ludwigsburg le había anotado su número de teléfono particular. Podía haberle llamado en aquel momento, pero estaba decidido a hablar antes con Roschmann. Temía que, si iba a verle aquella noche, el abogado no estuviera en casa cuando

él llamara con objeto de pedirle una brigada de policías para antes de media hora. El domingo por la mañana sería el mejor momento.

Eran casi las dos cuando, al fin, salió del hotel, puso la maleta en el portaequipajes del «Jaguar», dejó la cartera en el asiento de al lado del conductor y se instaló tras el volante.

Miller no se fijó en el «Mercedes» que le seguía hasta las afueras de Osnabrück, salía tras él a la autopista principal y, cuando el «Jaguar» aceleró por la calzada que conducía hacia el Sur, dejaba la vía principal y regresaba a la ciudad.

Desde una cabina situada junto a la carretera, Mackensen llamó al *Werwolf* a Nuremberg.

—Ya se ha marchado —dijo a su superior—. Le he dejado corriendo hacia el Sur como alma que lleva el diablo.

—¿El artefacto va con él?

Mackensen sonrió satisfecho.

—Va con él. Lo puse en la suspensión delantera izquierda. Antes de que haya recorrido ochenta kilómetros, volará hecho pedazos que nadie podrá identificar.

—Excelente —murmuró el de Nuremberg—. Debe de estar cansado, *Kamerad*. Vuelva a la ciudad y duerma unas horas.

Mackensen no se lo hizo repetir. No había dormido una noche completa desde el miércoles.

Miller hizo los ochenta kilómetros, y ciento sesenta más. Y es que a Mackensen se le había pasado por alto una cosa. La bomba habría explotado en seguida si la hubiese colocado en el sistema de suspensión con amortiguadores de un turismo de fabricación continental. Pero el «Jaguar» era un coche deportivo fabricado en Gran Bretaña, con la suspensión mucho más dura. Mientras corría por la autopista en dirección a Frankfurt, el traqueteo hacía que los grandes muelles de las ruedas delanteras se contrajeran un poco. La bombilla colocada entre los tentáculos del disparador se había roto, pero las tiras de metal electrificadas no llegaron a hacer contacto. Cuando la sacudida era fuerte, quedaban a un milímetro una de otra, pero volvían a separarse.

Ajeno al peligro en que se hallaba, Miller hizo el viaje hasta Frankfurt por Munster, Dortmund, Wetzlar y Bad Homburg en menos de tres horas. Luego viró hacia Königstein y los agrestes y nevados bosques de los montes Taunus.

XVI

Ya había oscurecido cuando el «Jaguar» entró en la pequeña ciudad balnearia situada al pie de las estribaciones orientales del macizo. A Miller le bastó echar una ojeada al mapa para comprobar que se encontraba a menos de treinta kilómetros de la finca.

Decidió no seguir adelante, y buscar un hotel en que esperar hasta la mañana siguiente.

Al Norte estaban las montañas, surcadas por la carretera de Limburgo y cubiertas por una gruesa capa de nieve que ocultaba las peñas y envolvía los grandes bosques de abetos. En la calle principal de la pequeña ciudad parpadeaban las luces, y su resplandor iluminaba las ruinas del castillo que en tiempos albergara a los señores de Falkenstein. El cielo estaba despejado, pero soplaba un viento helado que presagiaba más nieve para aquella misma noche.

Encontró un hotel en la esquina de la Haupt Strasse y la Frankfurt Strasse, y pidió habitación. En una ciudad balnearia, la cura de agua fría tiene menos alicientes en el mes de febrero que en verano. Sobraban habitaciones.

El conserje le dijo que dejara el coche en el patio trasero, rodeado de árboles y arbustos. Miller tomó un baño y salió a cenar. Entre la docena de rústicos restaurantes de vigas de madera que ofrecía la ciudad, escogió la hostería «Grune Baum», de la Haupt Strasse.

Durante la cena comenzó Miller a ponerse nervioso. Al levantar la copa, observó que le temblaba la mano. Su estado podía achacarse al cansancio, a la falta de descanso de los últimos cuatro días, en que había ido descabezando sueños cortos de una o dos horas.

También podía atribuirse a una reacción como consecuencia de la tensión sufrida durante el asalto perpetrado con Koppel, y al asombro por la buena suerte que había recompensado la corazonada que lo indujo a volver a casa de Winzer para preguntar a la criada quién había cuidado al solterón en años anteriores.

Pero la causa principal de aquel temblor era la certidumbre de que la caza tocaba a su fin, de que pronto se vería cara a cara con el hombre odiado, al cual había buscado por tantos vericuetos, y al temor de que algo pudiera torcerse aún.

Pensó en el desconocido que en el hotel de Bad Godesberg le había advertido que se mantuviera apartado de los *Kameraden*, y en el judío de Viena, perseguidor de nazis, que le dijo: «Tenga cuidado; esos hombres pueden ser peligrosos». Se preguntaba por qué no le habrían atacado todavía. Ellos sabían que se llamaba Miller, y preguntaron por él en el «Hotel Dreesen»; sabían también que se había hecho pasar por Kolb, pues lo que hizo a Bayer en Stuttgart lo había descubierto. Y, sin embargo, no había visto a nadie. Pero estaba seguro de que no imaginaban que hubiera llegado tan lejos. Quizá le habían perdido de vista o, convencidos de que, si no encontraba al falsificador no iría a ninguna parte, habrían resuelto dejarle en paz.

Y, a pesar de todo, él había encontrado la carpeta, aquel explosivo secreto de Winzer que le depararía el mayor reportaje publicado en los diez últimos años en Alemania occidental. Se sonrió, y la camarera que en aquel momento pasaba por su lado pensó que la sonrisa era para ella. Cuando volvió a pasar junto a él, se contoneó. Esto le hizo recordar a Sigi. No había hablado con ella desde que salió de Viena, y desde su última carta, escrita a primeros de enero, habían transcurrido seis semanas. En aquel momento la echaba de menos como nunca.

Pensó que los hombres necesitan más a las mujeres cuando están asustados. Porque reconocía que estaba asustado. Lo estaba de lo que había hecho, y también del asesino que, ajeno a lo que le esperaba, se encontraba disfrutando de la paz de las montañas.

Sacudió la cabeza para salir de aquel estado de ánimo, y pidió otra media botella de vino. No era el momento de ponerse melancólico. Iba a dar la mayor campanada periodística de su carrera, y además estaba a punto de saldar una cuenta.

Repasó el plan mientras bebía su segunda ración de vino. Un simple careo, una llamada a Ludwigsburg y, media hora después, el coche de la Policía se llevaría al hombre para someterlo a juicio y condenarlo a cadena perpetua. De haber sido más duro, Miller habría deseado matar por su propia mano al de la SS.

Mientras reflexionaba, reparó en que estaba desarmado. ¿Y si Roschmann tenía un guardaespaldas? ¿Estaría solo, confiando en que su nuevo nombre le deparaba suficiente protección, o tendría a alguien a su lado por si surgían

dificultades?

Durante su época de soldado, uno de sus amigos, que había tenido que pasar una noche en el cuarto de guardia por haber llegado tarde una noche al campo, robó a la policía militar unas esposas. Después, temiendo que pudieran encontrarlas entre sus cosas, se las dio a Miller. El periodista las guardó como trofeo de una trastada de soldado. Las tenía en su piso de Hamburgo, en el fondo de un baúl.

También poseía una pistola, una pequeña «Sauer» automática, adquirida legalmente en 1960, cuando escribía un reportaje acerca de la explotación del vicio en Hamburgo y la banda del *Pequeño Pauli* le amenazó. Ahora estaba en un cajón de su escritorio, también en Hamburgo.

Un tanto mareado a causa de los efectos del vino, un coñac doble y el cansancio, se levantó, pagó la cuenta y volvió al hotel. Ya iba a entrar, cuando, al lado de la puerta, vio dos cabinas. Sería más seguro llamar desde allí.

Eran casi las diez, y encontró a Sigi en el club en que trabajaba. Tal era el volumen de la música orquestal, que tuvo que gritarle para hacerse oír.

Miller atajó sus innumerables preguntas acerca de dónde había estado, por qué no la había llamado y dónde estaba ahora, y le explicó lo que quería. Ella empezó a decir que le era imposible marcharse, pero notó algo en la voz de Peter que la obligó a interrumpirse:

—¿Estás bien? —le gritó.

—Sí, muy bien; pero necesito que me ayudes. Cariño, esta noche tienes que ayudarme.

Una pausa, y ella respondió simplemente:

—Ahora mismo voy. Diré que es un caso urgente. Un familiar, o algo así.

—¿Tienes para alquilar un coche?

—Creo que sí. En todo caso, podría pedir prestado a alguna de las chicas.

Miller le dio la dirección de un servicio de alquiler de coches que no cerraba en toda la noche, y le recomendó que dijera al dueño que iba de su parte.

—¿A qué distancia está?

—A quinientos kilómetros de Hamburgo. Puedes hacer el viaje en cinco horas, pongamos seis a partir de este momento. Llegarás a eso de las cinco de la madrugada. No te olvides de traer esas cosas.

—De acuerdo; espérame a esa hora. —Una pausa, y—: Peter, mi vida...

—¿Sí?

—¿Tienes miedo de algo?

Empezaron a oírse los pitidos telefónicos y Miller no tenía más monedas de un marco.

—Si —dijo.

Y colgó el teléfono en el momento en que se cortaba la comunicación.

Miller preguntó al portero de noche si tenía un sobre grande. Después de revolver en el mostrador, el hombre sacó una bolsa de grueso papel marrón, lo bastante grande para que cupiera en ella una hoja de tamaño folio. Miller compró, además, sellos suficientes para enviar el sobre por correo urgente, con bastante peso. El portero agotó sus existencias de sellos, que generalmente, sólo se utilizaban cuando algún cliente deseaba enviar una postal.

Una vez en su habitación, Miller abrió la cartera que había llevado consigo durante toda la noche, y sacó el Diario de Salomon Tauber, los papeles que encontró en la caja fuerte de Winzer, y dos fotografías. Volvió a leer las dos páginas del Diario que le indujeron a emprender la búsqueda de un hombre del que nunca había oído hablar, y examinó las fotografías.

Luego escribió en una hoja de papel una explicación clara y concisa de lo que eran los documentos que acompañaba. Metió en el sobre la nota, la carpeta de Winzer y una de las fotografías, escribió la dirección y pegó todos los sellos que había comprado.

Guardó la otra fotografía en el bolsillo del pecho de la americana, y el sobre y el Diario, en la cartera, que echó debajo de la cama.

En la maleta llevaba una botellita de coñac, y se sirvió una dosis en el vaso para los clientes. Le temblaban las manos, pero el licor lo reanimó. Se tumbó en la cama, un poco mareado, y se quedó dormido.

En el sótano de Munich, Josef, furioso e impaciente, se paseaba de un lado a otro. León y *Motti*, sentados ante la mesa, se miraban las manos. Hacía cuarenta y ocho horas que había llegado el cable de Tel Aviv.

Sus tentativas para localizar a Miller resultaron vanas. Pidieron por teléfono a Alfred Oster que comprobara si el coche seguía en el aparcamiento de Bayreuth. Al poco rato llamaba Oster para decirles que el «Jaguar» había desaparecido.

—Si ven el coche, sabrán que no se trata de un panadero de Bremen —gruñó Josef al oír la noticia—. Eso si no saben ya que el dueño del coche es Peter Miller.

Después, un amigo de Stuttgart informó a León de que la Policía buscaba a un joven en relación con el asesinato de un ciudadano llamado Bayer, perpetrado en la habitación de un hotel. La descripción se ajustaba perfectamente a Miller en su caracterización de Kolb; pero, afortunadamente, el nombre con el que se inscribió en el hotel no era el de Kolb ni Miller, y no se aludía a ningún coche deportivo negro.

—Por lo menos, tuvo la buena ocurrencia de inscribirse con nombre supuesto —dijo León.

—Eso sería muy propio de Kolb —terció *Motti*—. Se suponía que estaba huyendo de la Policía de Bremen, la cual lo perseguía por crímenes de guerra.

Pero era un flaco alivio. Si la Policía de Stuttgart no podía encontrar a Miller, tampoco podía dar con él, el grupo de León, y éstos temían que ODESSA estuviera ya más cerca de él que nadie.

—Después de matar a Bayer debió de comprender que se había descubierto y, por tanto, volvió al nombre de Miller —razonó León—. Así es que tiene que dejar de buscar a Roschmann, a no ser que obtuviera de Bayer alguna pista que lo llevara hasta aquél.

—Entonces, ¿por qué diablos no ha llamado? —estalló Josef—. ¿O acaso imagina, el muy idiota, que va a poder con Roschmann él solo?

Motti tosió suavemente.

—Él no imagina que Roschmann pueda tener importancia para ODESSA.

—Pues ya lo sabrá si se acerca a él —dijo León.

—Y entonces será hombre muerto, y nosotros volveremos al punto de partida —gruñó Josef—. ¿Por qué no llama ese idiota?

Aquella noche, sin embargo, ciertos teléfonos estaban en actividad. Klaus Winzer llamó al *Werwolf* desde un pequeño chalet de montaña situado en la región de Regensburg. Las noticias que recibió eran tranquilizadoras.

—Sí, parece que ya no hay peligro en que regrese a casa —le respondió el jefe de ODESSA—. A estas horas, el hombre que fue a interrogarle está ya servido.

El falsificador le dio las gracias, pagó la cuenta y, en plena noche, se puso en camino hacia el Norte, en busca de la comodidad familiar, de la gran cama de su casa de Westerberg, en Osnabrück. Esperaba llegar a la hora del desayuno, darse un buen baño y dormir varias horas. El lunes por la mañana ya estaría otra vez

en la imprenta, al frente del negocio.

Despertaron a Miller unos golpecitos en la puerta. Él parpadeó, observando que había dejado la luz encendida, y fue a abrir. Era el portero nocturno. Detrás de él estaba Sigi.

Miller aplacó los temores del hombre, explicándole que la señora era su esposa, que había ido a llevarle unos documentos importantes que necesitaba para una reunión a la cual debía asistir al día siguiente. El portero, un mozo de la región de Hesse, que hablaba un dialecto indescifrable, tomó la propina y se fue.

Sigi se abrazó a Peter y cerró la puerta con el pie.

—¿Dónde has estado? ¿Qué haces aquí?

Él atajó sus preguntas por el medio más expeditivo, y cuando se separaron, las frías mejillas de Sigi estaban coloradas y ardiendo, y Miller se sentía como un gallo de pelea.

Colgó el abrigo de la mujer en una percha detrás de la puerta. Sigi empezó de nuevo a hacer preguntas.

—Ante todo, vamos a lo primero —dijo él, echándola sobre la cama, que bajo el grueso edredón en que él había dormido, aún estaba tibia.

Ella se echó a reír entre dientes.

—No has cambiado.

Sigi llevaba todavía su traje de noche, y un ligero sostén. Él bajó la cremallera de la espalda y soltó los finos tirantes.

—¿Has cambiado tú? —preguntó, con suavidad.

Ella suspiró y se tendió de espaldas, mientras él se inclinaba.

—No —sonrió—; en absoluto. Ya sabes lo que me gusta.

—Y tú, lo que me gusta a mí —musitó Miller, con voz ahogada.

Ella dio un grito.

—Primero yo. Te he echado más de menos que tú a mí.

No hubo respuesta. Sólo se oían los suspiros y jadeos de Sigi.

Transcurrió una hora antes de que hicieran un alto, cansados y felices. Miller llenó el vaso para los clientes con coñac y agua. Sigi bebió un sorbo nada más, pues, a pesar de su oficio, no bebía mucho, y Miller apuró el resto.

—Muy bien —dijo Sigi con sorna—, una vez atendido a lo primero...

—Por el momento... —intercaló Miller.

Ella se echó a reír.

—... por el momento, ¿te importaría explicarme el porqué de la misteriosa carta, de las seis semanas de ausencia, de ese espantoso corte de pelo y de tu insistencia en hacerme venir a este hotelucho de Hesse?

Miller se puso serio. Luego se levantó, cruzó la habitación y, desnudo aún, volvió con la cartera y se sentó en el borde de la cama.

—Pronto te enterarías de lo que he estado haciendo —dijo—; de modo que vale más que te lo cuente ahora.

Estuvo hablando durante casi una hora, empezando por el hallazgo del Diario, que le mostró, y terminando con el asalto a la casa del falsificador. A medida que el hombre hablaba, Sigi se horrorizaba más y más.

—Estás loco —le dijo, cuando hubo terminado—; loco de remate. Podías haber hecho que te mataran, que te metieran en la cárcel o qué sé yo.

—Tenía que hacerlo —insistió él, incapaz de explicar cosas que ahora le parecían una locura.

—¿Y todo por un asqueroso nazi? ¡Tú no estás en tus cabales! Todo eso ya acabó, Peter; ya acabó. ¿Por qué perder el tiempo con ellos?

Lo miraba, asombrada.

—Bueno: perdido está —replicó él, con impaciencia.

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

—Está bien —dijo—. Ahora ya has averiguado quién es y dónde vive. Ya está. Regresa a Hamburgo, coge el teléfono y llama a la Policía. Ellos harán el resto. Para eso les pagan.

Miller no sabía qué contestarle.

—No es tan sencillo —dijo al fin—. Esta mañana pienso subir.

—¿Subir... adónde?

Él señaló hacia las montañas con el pulgar.

—A su casa.

—¿A su casa? ¿Para qué? —Sigi lo miraba horrorizada—. No pensarás ir a verlo, ¿verdad?

—Sí, eso pienso. Y no me preguntes por qué. —Miller fumaba un cigarrillo con gesto nervioso, recostado en la almohada—. Tengo que hacerlo, y basta.

La reacción de Sigi le sorprendió. La joven se incorporó de un salto y, quedándose de rodillas en la cama, le gritó:

—Para eso querías la pistola, para matarlo... —La indignación le hacía temblar el pecho al respirar.

—No pienso matarlo...

—Entonces te matará él a ti. Tú solo, con una pistola, frente a él y toda su pandilla. ¡Eres un desgraciado, un estúpido, un pobre idiota...!

Miller la miraba, asombrado.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Eso es por Roschmann?

—¡Me importa un rábano ese maldito nazi! Estoy hablando de mí. De mí y de ti, ¡bestia!, ¡bruto! Te expones a que te maten con tal de demostrar una idiotez y conseguir un reportaje para tus malditos lectores. Ni siquiera se te ha ocurrido pensar en mí.

Estaba llorando, y las lágrimas, al deslizarse, le dejaban en las mejillas unos surcos negros a causa del rímel.

—¡Mírame bien, animal! ¿Por quién me has tomado, por un buen plan? ¿Has creído que voy a estar dispuesta a darme todas las noches a un reportero de tres al cuarto para que se sienta satisfecho de sí mismo cada vez que sale a hacer un estúpido reportaje que puede costarle la vida? ¿De verdad te lo has creído? Mira, estúpido: yo quiero casarme, quiero ser la señora Miller y quiero hijos. Y tú buscas que te maten... ¡Ay, Dios...!

Saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño. Cerró la puerta violentamente y corrió el cerrojo.

Miller seguía echado en la cama, con la boca abierta, mientras el cigarrillo se le consumía entre los dedos. Nunca la había visto tan furiosa. Estaba consternado. Mientras oía correr el agua en el baño, pensó en lo que le había dicho.

Luego aplastó el cigarrillo y se acercó a la puerta.

—¡Sigi!

No recibió respuesta.

—¡Sigi!

Ella cerró el grifo.

—Déjame.

—Sigi, abre la puerta, haz el favor. Quiero hablar contigo.

Una pausa. Ella descorrió el cerrojo. Allí estaba, desnuda y con el gesto huraño. Se había lavado la cara.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Vamos a la cama, quiero hablar contigo. Aquí nos quedaremos helados.

—No, lo que tú quieres es volver a empezar.

—Te prometo que no. Sólo deseo hablar contigo.

La tomó de la mano y la llevó a la cama. Ella le miraba, recelosa.

—¿De qué quieres hablarme? —preguntó.

Él se echó a su lado y le arrimó la boca al oído.

—Sigrid Rahn, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. En verdad, nunca se me había ocurrido. Pero es que nunca te habías enfadado tanto.

—Pues entonces tendré que enfadarme más a menudo.

—¿Vas a darme una respuesta?

—¡Oh, sí, Peter! Me casaré contigo. Lo pasaremos tan bien los dos juntos...

Empezó a acariciarla otra vez, y también a excitarse.

—Me has dicho que no volverías a las andadas —le reconvino ella.

—Sólo una vez. Te prometo que después te dejaré en paz.

Sigi le pasó el muslo por encima y puso las caderas sobre el vientre de él. Bajando la mirada hacia Peter, le dijo:

—Peter Miller, no te atreverás...

Miller alargó el brazo y tiró de la cadenilla del interruptor. La luz se apagó en el momento en que ella le abrazaba.

Fuera empezaba a clarear. Si Miller hubiese mirado el reloj, habría visto que eran las siete menos diez del domingo 23 de febrero. Pero ya se había dormido.

Media hora después, Klaus Winzer entraba en la senda del jardín de su casa, paraba el coche delante de la puerta del garaje y se apeaba. Se sentía cansado, y tenía los miembros entumecidos; pero estaba contento de verse en casa.

Barbara no se había levantado aún, pues estando su señor ausente no tenía por qué madrugar. Cuando, por fin, bajó, al oír la voz de Winzer que la llamaba desde el recibidor, llevaba un camisón que a cualquier otro hombre le hubiera dado vértigo. Pero Winzer se limitó a pedirle huevos fritos, tostadas, mermelada y café. No llegó a tomar nada de ello.

La muchacha se puso a hablarle de la sorpresa que se llevó el sábado por la mañana cuando, al entrar en el despacho para hacer la limpieza, vio que el cristal de la ventana estaba roto, y echó de menos los objetos de plata. En seguida llamó a la Policía, y ellos le habían asegurado que aquel orificio tan bien hecho era obra de un ladrón profesional. Ella había tenido que decirles que el dueño de la casa estaba ausente, a lo que los agentes respondieron que les avisara de su

regreso, para hacerle unas preguntas de rutina acerca de los objetos robados.

Winzer, muy pálido, escuchaba a la muchacha sin moverse. En la sien le latía una vena acompasadamente. La mandó a la cocina a preparar el café y él entró en el estudio y cerró la puerta. Tardó treinta segundos en comprobar la desaparición de la carpeta que contenía las fichas de los cuarenta criminales de ODESSA.

Cuando se volvía de espaldas a la caja fuerte, sonó el teléfono. Era el médico de la clínica, que llamaba para comunicarle el fallecimiento de Fraulein Wendel, ocurrido aquella noche.

Winzer permaneció dos horas sentado ante la chimenea apagada, sin reparar en el frío que penetraba por el agujero del cristal, a pesar de la bola de papel de periódico que lo tapaba, pendiente sólo de aquellos fríos dedos que parecían estrujarlo interiormente, mientras trataba de pensar en lo que debía hacer. Las reiteradas llamadas de Barbara anunciándole que el desayuno estaba servido, no obtuvieron respuesta. A través del ojo de la cerradura, ella le oía murmurar de vez en cuando:

—No ha sido culpa mía..., no ha sido culpa mía...

Miller se había olvidado de anular la orden de que lo despertaran, orden que dio la víspera, antes de llamar a Sigi a Hamburgo. Así, a las nueve en punto sonó el teléfono de la mesita de noche. Con los ojos enrojecidos, contestó, dio las gracias y saltó de la cama. Sabía que si no se levantaba inmediatamente, volvería a quedarse dormido. Sigi, fatigada por el viaje, las efusiones del encuentro y la emoción de saberse prometida al fin, dormía profundamente.

Miller se duchó, permaneciendo unos minutos bajo el chorro de agua fría, se frotó enérgicamente con una toalla que había dejado toda la noche encima del radiador, y se sintió como nuevo. La depresión y la ansiedad de la víspera habían desaparecido. Ahora estaba tranquilo y henchido de confianza.

Se calzó unas botas de media caña, se puso un pantalón de franela, un jersey de cuello alto y un tabardo azul cruzado, con profundos bolsillos laterales en los que cabían perfectamente las esposas y la pistola, y un bolsillo interior en el que puso la fotografía. Sacó las esposas del bolso de Sigi y las examinó atentamente. No tenía la llave, y las manillas se cerraban automáticamente, por lo que sólo podría utilizarlas una vez para inmovilizar a un hombre, al que después sólo podría liberar la Policía o una sierra.

Abrió la pistola. Nunca la había disparado, y aún tenía en su interior la grasa con que había sido untada en la fábrica. El cargador estaba completo, y así lo dejó. Para familiarizarse con su manejo, hizo funcionar el cierre varias veces y se aseguró de que sabía dónde debía estar el fiador del seguro en la posición de «Fuego» y en la de «Cierre»; metió el cargador en la culata, colocó una bala en la recámara y puso el seguro en «Cierre». En el bolsillo del pantalón se guardó el número telefónico del abogado de Ludwigsburg.

Sacó la cartera de debajo de la cama y escribió a Sigi una nota que decía así:

Amor mío: Me voy a ver al hombre al que he estado persiguiendo. Tengo buenos motivos para desear hablar con él cara a cara y estar presente cuando la Policía se lo lleve esposado. Esta tarde podré explicártelo todo. Pero si algo sale mal, esto es lo que tienes que hacer...

Las instrucciones eran claras y terminantes. Escribió el número de teléfono de Munich al que ella debería llamar, y el recado que tenía que dar al hombre. La nota terminaba: «Por ningún concepto debes seguirme a la montaña. Cualquiera que fuere la situación, no harías sino empeorarla. De manera que si a mediodía no he vuelto ni te he llamado por teléfono, haz esa llamada, paga el hotel, echa el sobre en cualquier buzón de Frankfurt y regresa a Hamburgo. Entretanto, procura no comprometerte con nadie. Con todo mi amor, Peter».

Dejó la nota en la mesita de noche, al lado del teléfono, junto con el sobre que contenía la carpeta de ODESSA y tres billetes de cincuenta marcos. Con el Diario de Salomon Tauber bajo el brazo, Miller salió sigilosamente de la habitación y bajó al vestíbulo. Al pasar por recepción, dijo al conserje que llamara otra vez a su habitación a las once y media.

Cuando Peter Miller salió del hotel, eran las nueve y media. Le sorprendió descubrir la cantidad de nieve que había caído durante la noche. Se dirigió a la parte trasera del hotel, subió al «Jaguar», dio todo el gas y cerró el aire. El motor tardó varios minutos en arrancar. Mientras se calentaba, Miller cogió un cepillo del maletero y limpió la gruesa capa de nieve que cubría el capó, el techo y el parabrisas.

Se sentó nuevamente al volante, puso la primera y salió a la calle. La nieve, que todo lo cubría, actuaba de almohadón, crujiendo bajo las ruedas. Tras una ojeada al mapa que había comprado la víspera, poco antes de que cerraran las

tiendas, tomó la dirección de Limburgo.

XVII

La mañana se había puesto gris, después de un amanecer radiante que Miller no había llegado a ver. La nieve relucía bajo los árboles, y de la montaña llegaba un viento helado.

La carretera serpenteaba por la ladera. Nada más salir de la ciudad, se perdía en el mar de pinos de los bosques de Romberg. La nieve que la cubría estaba casi intacta; sólo se veían los trazos paralelos marcados por un turista madrugador que una hora antes había pasado por allí, camino de la iglesia.

Miller tomó por el desvío de Glashutten, rodeó la falda del monte Feldberg y entró en una carretera que, según el indicador, conducía al pueblo de Schmitten. El viento ululaba entre los pinos de la ladera, con voz aguda, casi con un alarido, al filtrarse entre los arbustos cubiertos de nieve.

Aunque esto a Miller le tenía sin cuidado, de océanos de abetos y hayas como aquél habían salido antaño las tribus germánicas que César contuvo en el Rin. Más adelante, convertidas al cristianismo, durante el día se mostraban sumisas al Príncipe de la Paz, y por la noche soñaban con sus antiguos dioses de fuerza, conquista y poder. Y este atavismo, este culto secreto de unos dioses propios que moraban en inmensos bosques de árboles que parecían gemir al ser agitados por el viento, se inflamaría con el toque mágico de Hitler.

Al cabo de veinte minutos de conducir con prudencia, Miller volvió a consultar su mapa. Esperaba encontrar pronto la entrada de una finca particular. Y así sucedió: era una portilla sujeta con un pasador de hierro. A un lado había un letrero que decía: «Propiedad particular. Prohibido el paso».

Sin parar el motor, Miller se apeó del coche y empujó la puerta.

El «Jaguar» avanzó por el sendero de nieve virgen. Miller mantenía la primera, ya que debajo de la nieve no había sino arena helada.

A doscientos metros de la entrada, bajo el peso de media tonelada de nieve, se había desprendido una rama de un gran roble, arrastrando en la caída un poste

negro que había quedado atravesado en el camino.

En lugar de bajar y apartarlo, Miller pasó por encima, con precaución, y sintió una doble sacudida cuando las ruedas franquearon el obstáculo.

Después siguió avanzando hacia la casa, y fue a salir en un claro en el que se levantaba el chalet, rodeado de jardín, con una plazoleta de grava ante la puerta. Detuvo el coche ante la puerta principal, se apeó y pulsó el timbre.

Mientras Miller se apeaba del coche, Klaus Winzer adoptó la decisión de llamar al *Werwolf*. El jefe de ODESSA contestó con brusquedad. Estaba nervioso porque todavía no se había dado la noticia de que en la autopista del Sur de Osnabrück se hubiera incendiado un coche deportivo, aparentemente a causa de la explosión del depósito de la gasolina. Mientras escuchaba lo que le decía desde el otro extremo de la línea, su boca se crispaba.

—¿Que usted había hecho qué...? Pero, ¿cómo pudo ser tan imbécil? ¿Y sabe lo que va a ocurrirle si no recuperamos esa carpeta?

En su despacho de Osnabrück, después de oír las últimas frases del *Werwolf*, Klaus Winzer colgó el teléfono y se acercó a su escritorio. Estaba completamente tranquilo. Ya otras dos veces le había causado la vida grandes amarguras: la primera, cuando el fruto de su trabajo de guerra fue arrojado al lago; después, cuando la reforma monetaria de 1948 le hizo perder su fortuna. Y ahora, esto. Sacó del último cajón una «Lüger» antigua pero en buen uso, se la introdujo en la boca y disparó. La bala que le atravesó la cabeza no era falsificada.

El *Werwolf* miraba con horror el silencioso teléfono. Pensaba en los hombres que habían obtenido pasaportes de Winzer. Todos estaban reclamados por la justicia. Aquella carpeta daría ocasión a un cúmulo de persecuciones y juicios que sacarían al público de su apatía con respecto a la cuestión de la SS, y galvanizaría de nuevo a las agencias dedicadas a la persecución de los reclamados... La perspectiva era aterradora.

Pero, ahora, lo más importante era proteger a Roschmann, pues sabía que éste figuraba en la carpeta de Winzer. Tres veces marcó el prefijo de la zona de Frankfurt, y a continuación el número particular de la casa de la montaña, y tres veces oyó la señal de «ocupado». Probó luego a través de la central, y la

telefonista le dijo que la línea debía de estar cortada.

Llamó entonces al «Hotel Hohenzollern», de Osnabrück, y consiguió hablar con Mackensen, que ya iba a marcharse. En pocas palabras puso al sicario al corriente del último desastre, y le dijo dónde vivía Roschmann.

—Su bomba no parece haber funcionado. Diríjase hacia allí lo más aprisa que pueda. Esconda el coche, y quédese cerca de Roschmann. Allí encontrará también a un guardaespaldas llamado Oskar. Si Miller acude a la Policía con todo lo que tiene, estamos perdidos. Pero si va a ver a Roschmann, cójalo vivo y hágale hablar. Antes de que muera, hemos de saber lo que ha hecho con esos papeles.

Mackensen abrió su mapa de carreteras en el interior de la cabina telefónica y calculó la distancia.

—Estaré allí a la una —dijo.

Al segundo timbrado se abrió la puerta, y una bocanada de aire caliente salió del recibidor. El hombre había salido del estudio, cuya puerta veía Miller abierta al otro lado del recibidor.

Los años de buena vida habían hecho aumentar de peso al antaño flaco oficial de la SS. Tenía la cara colorada, ya fuera por la bebida o por el aire de la montaña, y el pelo gris en las sienes. Era el prototipo del hombre de mediana edad, próspero y con buena salud. Pero, aunque los detalles habían variado, aquel rostro seguía siendo el que Tauber describió. Miró a Miller con indiferencia.

—¿Qué desea?

Miller tardó otros diez segundos en poder hablar. La frase que llevaba preparada se le olvidó.

—Mi nombre es Miller —dijo—, y el suyo, Eduard Roschmann.

Al oír estos nombres, algo tremoló en los ojos de aquel hombre; pero los músculos de su rostro permanecieron inmutables.

—Eso es ridículo —dijo—. Jamás oí hablar de ese hombre.

El antiguo SS, pese a su aparente pasividad, estaba pensando con gran rapidez. Gracias a esa facultad suya de poder pensar con rapidez en los momentos de crisis, había podido sobrevivir desde 1945. Se acordaba perfectamente del nombre de Miller, y de lo que el *Werwolf* le había dicho semanas atrás. Su primer impulso fue cerrar la puerta, pero lo dominó.

—¿Está solo? —preguntó Miller.

—Si —respondió Roschmann.

Era verdad.

—Entremos en el estudio —dijo simplemente Miller.

Roschmann no se opuso. Comprendía que debía mantener a Miller en la casa y tratar de ganar tiempo hasta que...

Dio media vuelta y cruzó el recibidor. Miller cerró la puerta y entró en el estudio pisándole los talones. El estudio era una habitación confortable, con la puerta tapizada, que Miller cerró tras de si, y una gran chimenea.

En el centro de la habitación, Roschmann se detuvo y se volvió hacia Miller.

—¿Está su esposa? —preguntó éste.

Roschmann movió negativamente la cabeza.

—Se fue a casa de unos parientes.

También era verdad. Llamada de improviso, había salido en su propio coche. El grande estaba, desgraciadamente, en el taller. Ella regresaría por la noche.

Lo que Roschmann no dijo —y en aquellos momentos ocupaba su ágil cerebro— es que Oskar, su corpulento chófer-guardaespaldas, había ido al pueblo en bicicleta, hacia media hora, para avisar de la avería del teléfono. Había que entretener a Miller hasta que él regresara.

Cuando se volvió hacia Miller, éste le apuntaba al vientre con una automática que empuñaba con la mano derecha. Roschmann estaba asustado, pero lo disimuló, fingiendo indignación.

—¿Me amenaza con una pistola en mi propia casa?

—¿Por qué no llama a la Policía? —dijo Miller, señalando el teléfono con un movimiento de cabeza. Roschmann no hizo ademán de cogerlo—. He observado que todavía cojea un poco —continuó Miller—. La bota ortopédica lo disimula bastante, pero no del todo. Esos dedos que le amputaron en Rimini, congelados tras la larga marcha a través de los campos nevados de Austria...

Roschmann entornó los ojos sin responder.

—Si viene la Policía, lo identificará con facilidad, Herr *direktor*. La cara es aún la misma; la herida de bala en el pecho; la cicatriz de la axila izquierda, donde estaba tatuado su grupo sanguíneo... ¿En verdad desea llamar a la Policía?

Roschmann exhaló un largo suspiro.

—¿Qué quiere, Miller?

—Siéntese —dijo el periodista—. No, detrás de la mesa no; ahí, en el sillón,

donde yo pueda vigilarlo. Y mantenga las manos donde yo pueda verlas. No me dé motivo para disparar. Créame que me gustaría hacerlo.

Roschmann se sentó en el sillón, con la mirada puesta en la pistola. Miller se situó frente a él, encaramado en el borde del escritorio.

—Ahora vamos a hablar.

—¿De qué quiere que hablemos?

—De Riga. De las ochenta mil personas que asesinó usted allí.

Al ver que Miller no pensaba utilizar la pistola, Roschmann empezó a recobrar la confianza en sí mismo. Su mirada buscó ahora la cara del joven.

—Eso es mentira. En Riga no se liquidó a ochenta mil personas.

—¿Fueron setenta mil? ¿Sesenta? —preguntó Miller—. ¿Cree usted que importa a cuántos miles asesinó?

—Ahí está —dijo Roschmann con vehemencia—. No importa ahora, ni importaba entonces. Mire, joven: yo no sé por qué me persigue usted, pero creo que puedo imaginármelo. Alguien habrá estado llenándole la cabeza de monsergas sentimentales de crímenes de guerra y demás. Todo eso son tonterías. Nada más que tonterías. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintinueve.

—Entonces, ¿ya ha hecho su servicio militar en el Ejército?

—Sí. Fui uno de los primeros reclutas del nuevo Ejército alemán. Dos años de servicio.

—Pues entonces ya sabe lo que es el Ejército. Uno recibe órdenes y tiene que obedecerlas, sin preguntarse si son buenas o malas. Eso lo sabe tan bien como yo. Lo único que yo hice fue obedecer órdenes.

—En primer lugar, usted nunca ha sido soldado —dijo Miller suavemente—; usted era un verdugo o, sin eufemismos, un asesino, asesino de masas. Por tanto, no se las dé de soldado.

—Tonterías —replicó Roschmann, con convicción—; todo eso son tonterías. Nosotros éramos tan soldados como cualquiera. Obedecíamos órdenes como los demás. Ustedes, los jóvenes, son todos iguales. Ustedes no quieren comprender cómo eran las cosas.

—Cuénteme: ¿cómo eran?

Roschmann, que se había inclinado hacia delante, se recostó ahora en el respaldo de su sillón, casi tranquilo ya, al comprender que no corría peligro inmediato.

—Aquello era como gobernar el mundo. Porque nosotros, los alemanes,

éramos los amos. Habíamos derrotado a todos los ejércitos que pudieran ponérsenos enfrente. A nosotros, los pobres alemanes, nos pisotearon durante muchos años, y entonces les demostramos que éramos un gran pueblo. Ustedes, los jóvenes de hoy, no saben lo que significa sentirse orgulloso de ser alemán.

»Es algo que te inflama por dentro. Los tambores redoblaban, las bandas tocaban, las banderas ondeaban al viento, y toda la nación estaba unida tras un solo hombre. Hubiéramos podido llegar hasta los confines del mundo. Eso es la grandeza, Miller; una grandeza que los de su generación no han conocido ni conocerán nunca. Y nosotros, los de la SS, éramos la élite, y seguimos siéndolo. Si, ahora nos acosan; primero los aliados, y después, esas viejas beatas de Bonn; quieren aplastarnos, porque quieren aplastar la grandeza de Alemania, una grandeza que nosotros representábamos y seguimos representando.

»Se dicen un montón de estupideces acerca de lo que ocurrió en unos cuantos campos de concentración, que un mundo con sentido común hubiera debido olvidar hace tiempo. Todos se escandalizan porque tuvimos que limpiar a Europa de esa chusma judía que contaminaba todas las facetas de la vida alemana y nos mantenía a todos en el lodo, a su misma altura. Teníamos que hacerlo, créame. Aquello no era más que una operación accesorio en el plan de conseguir una Alemania y un pueblo alemán sano de ideas y de sangre, que gobernara el mundo por derecho propio. Porque es nuestro *derecho*, Miller, y nuestro destino. Y lo habríamos logrado si los condenados ingleses y los estúpidos americanos no hubieran metido la nariz. Porque no sirve darle vueltas: usted puede echarme eso en cara, pero los dos estamos en el mismo lado, joven; media entre los dos una generación, pero estamos en el mismo lado. Los dos somos alemanes, el pueblo más grande del mundo. ¿Y va usted a permitir que su enjuiciamiento de todo esto, de la grandeza que Alemania conoció y que recobrará, y de la unidad esencial de todos nosotros, los alemanes, va usted a permitir que su enjuiciamiento de todo esto se vea afectado por lo que ocurrió a unos cuantos judíos miserables? ¿Es que no se da cuenta, pobre inocente, de que ambos estamos en el mismo lado, de que usted y yo pertenecemos a un mismo pueblo, con un mismo destino?

A pesar de la pistola, se levantó del sillón y se puso a pasear por la alfombra, de la mesa a la ventana.

—¿Quiere una prueba de nuestra grandeza? Mire a la Alemania de hoy. En 1945 estaba reducida a escombros, completamente destruida y a merced de los bárbaros del Este y de los tontos del Oeste. ¿Y ahora? Ahora Alemania vuelve a

levantarse, lentamente, pero con firmeza; aún le falta aquella disciplina esencial que nosotros podíamos darle, pero año tras año va aumentando su poderío industrial y económico. Sí, y también el militar, algún día, cuando hayamos podido sacudirnos los últimos vestigios de la influencia de los aliados de 1945. Y entonces volveremos a ser tan poderosos como antes. Se necesitará tiempo; tiempo, y un nuevo jefe, pero los ideales serán los mismos. Y también la gloria. Sí; también la gloria será la misma.

»¿Sabe cómo se consigue esto? Yo se lo diré. Sí, yo se lo diré, joven. Esto se consigue con disciplina y organización. Una disciplina férrea, cuanto más férrea mejor, y *organización*; nuestras dotes de organización son, después del valor, nuestra más brillante cualidad. Porque hemos demostrado que sabemos organizarnos. Mire a su alrededor: esta casa, la finca, la fábrica del Ruhr, la mía y miles como ella, cientos de miles que producen día tras día más fuerza y poderío para Alemania.

»¿Y quién cree que ha hecho todo eso? ¿Lo han hecho esos desgraciados que pierden el tiempo lamentándose por la suerte de un puñado de judíos miserables? ¿Cree que lo han hecho esos cobardes traidores que se dedican a perseguir a los buenos soldados alemanes, honrados y patriotas? Lo hemos hecho *nosotros*, nosotros hemos devuelto a Alemania su prosperidad, los hombres que teníamos veinte años en 1933.

Se volvió hacia Miller con los ojos brillantes. Pero también medía la distancia que había entre el punto más alejado de su paseo y el pesado atizador de la chimenea. Miller advirtió la mirada.

—Y, ahora, usted, un representante de la nueva generación idealista y caritativa, entra en mi casa y me apunta con una pistola. ¿Por qué no guarda su idealismo para Alemania y los alemanes, que son su tierra y su gente? ¿Cree usted que al perseguirme a mí actúa en representación del pueblo? ¿Cree usted que el pueblo de Alemania quiere eso?

Miller movió negativamente la cabeza.

—No; no lo creo.

—Ya lo ve. Si avisa a la Policía y me entrega, quizá me sometan a juicio, y digo «quizá» porque ni siquiera eso es seguro, después de tanto tiempo y desaparecidos o muertos los testigos. De modo que guarde esa pistola y váyase a su casa. Váyase a su casa y dedíquese a leer la verdadera historia de aquella época; entérese de que Alemania debe su grandeza de entonces y su prosperidad de hoy a los alemanes patriotas como yo.

Miller había permanecido callado durante toda aquella perorata, observando con perplejidad y creciente repugnancia al hombre que paseaba por la alfombra delante de él tratando de convertirlo a la antigua ideología. Deseaba decir mil cosas acerca de la gente que él conocía y de otros millones de personas que no veían la necesidad de comprar la gloria al precio de la vida de millones de otros seres humanos. Pero no encontraba las palabras. Uno nunca las encuentra cuando las necesita. Y permaneció callado, hasta que Roschmann terminó de hablar.

Después de unos segundos de silencio, Miller preguntó:

—¿Conoce usted a un hombre llamado Tauber?

—¿Cómo?

—Salomon Tauber. También era alemán. Judío. Estuvo en Riga desde el principio hasta el fin.

Roschmann se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. De eso hace tanto tiempo... ¿Quién era?

—Siéntese —dijo Miller—. Y quédese sentado.

Con un gesto de impaciencia, Roschmann volvió a su sillón. Ya estaba seguro de que Miller no dispararía, y ahora más le preocupaba mantenerlo allí entretenido para poder atraparlo, que conocer la historia de un judío que debía de haber muerto muchos años atrás.

—Tauber murió en Hamburgo el 22 de noviembre del año pasado. Se suicidó con gas. ¿Me escucha?

—Sí, si no hay más remedio.

—Dejó un Diario. En él narra su historia; cuenta lo que usted y otros hicieron con él en Riga y en otros sitios. Pero, sobre todo, en Riga. Consiguió sobrevivir y regresó a Hamburgo. Allí vivió dieciocho años más, hasta que se mató, porque estaba convencido de que usted vivía y nunca sería juzgado. Yo me hice con el Diario. Fue el punto de partida de la búsqueda que hoy me ha traído hasta aquí y me ha permitido encontrarlo bajo su nuevo nombre.

—El Diario de un muerto no constituye una prueba fehaciente —gruñó Roschmann.

—Ante un tribunal de justicia, no; pero a mí me basta.

—¿Y ha venido hasta aquí para hablarme del Diario de un judío muerto?

—No; de ningún modo. En ese Diario hay una página que quiero que lea.

Miller abrió el Diario por una página determinada y lo puso sobre las rodillas de Roschmann.

—Saque esa página y léala —le dijo—. En voz alta.

Roschmann extrajo la hoja y empezó a leer. Era el pasaje en que Tauber describía cómo Roschmann había asesinado al oficial alemán que llevaba la Cruz de Caballero con Hojas de Roble.

Al llegar al final del pasaje, Roschmann alzó la mirada.

—¿Y bien? —preguntó con extrañeza—. Él me pegó. Desobedecía órdenes. Yo tenía derecho a requisar el barco para traer a Alemania a los prisioneros.

Miller le arrojó una fotografía.

—¿Es ése el hombre al que usted mató?

Roschmann miró la foto y se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Han transcurrido veinte años.

Se oyó un chasquido cuando Miller levantó el percutor y apuntó con la pistola a la cara de Roschmann.

—¿Es ése?

Roschmann volvió a mirar la fotografía.

—Está bien, ése era el hombre, ¿y qué?

—Era mi padre —dijo Miller.

Roschmann se puso blanco y miró, desenchajado, el cañón de la pistola, que estaba a medio metro de su cara, y la mano que la sostenía con firmeza.

—¡Ay, Dios...! No ha venido por los judíos...

—No. Me dan mucha pena, pero no hasta ese extremo.

—Pero, ¿cómo pudo saber, por lo que dice el Diario, que aquel hombre era su padre? Yo no sabía su nombre, ni lo sabía el judío que escribió el Diario. ¿Cómo lo supo usted?

—Mi padre murió en Ostland el 11 de octubre de 1944 —dijo Miller—. Durante veinte años, eso es lo único que supe. Luego leí el Diario. Coincidían la fecha, el lugar y el grado. Y, sobre todo, el detalle de la Cruz de Caballero con Hojas de Roble, la más alta recompensa al valor en el campo de batalla. No se concedían muchas cruces de éstas y, mucho menos, a simples capitanes. Era prácticamente imposible que dos oficiales en idénticas circunstancias murieran el mismo día y en la misma zona.

Roschmann comprendió que se hallaba ante un hombre que no atendería a razones. Miraba la pistola como hipnotizado...

—Va a matarme, pero no debe hacerlo. A sangre fría, no. Miller, no lo haga. Por favor, Miller, no quiero morir.

Miller se inclinó hacia delante y empezó a hablar.

—Escúcheme, inmunda basura. He estado soportando sus despropósitos hasta quedar harto. Ahora va a escucharme usted a mí, mientras yo decido si le mato ahora mismo, o dejo que se pudra en la cárcel por el resto de sus días.

»Tiene usted la desfachatez de decirme que es un patriota. Yo le diré lo que es. Usted y los de su calaña son la peor escoria que haya salido jamás de las cloacas de este país. Consiguieron encaramarse al poder y, con su inmundicia, mancharon esta tierra como nunca lo hubo sido en toda su historia.

»Lo que ustedes hicieron llenó de indignación y de asco a todo el mundo civilizado, y dejó a los de mi generación una herencia de vergüenza, que durará mientras vivamos. Ustedes se pasaron la vida escupiendo a Alemania. Se aprovecharon de Alemania y de los alemanes hasta no poder más, y luego desaparecieron. El daño que nos causaron hubiera sido inconcebible antes de que llegara su cuadrilla. Y no me refiero únicamente al daño de los bombardeos.

»Ni siquiera eran valientes. Eran los peores cobardes que hayan nacido en Alemania y Austria. Asesinaron a millones de personas para su beneficio personal y para satisfacer sus ansias de poder, y luego se largaron, dejándonos a los demás en el fregado. Querían huir de los rusos, y ahorcaban y fusilaban a los soldados para que siguieran luchando. Luego desaparecieron, y me dejaron a mí para dar la cara.

»Aunque llegara a olvidarse lo que hicieron con los judíos y demás, nunca se olvidará que ustedes se escondieron como perros que son. Hablan de patriotismo, y ni siquiera saben lo que quiere decir esa palabra. Y ese atrevimiento de llamar *Kamerad* a los soldados y a los que lucharon de verdad por Alemania me parece una obscenidad.

»Le diré algo más, en mi condición de miembro de la joven generación alemana a la que tanto desprecia: esta prosperidad nuestra de hoy no tiene nada que ver con ustedes. En cambio, tiene mucho que ver con millones de personas que trabajan de firme y que nunca asesinaron a nadie. Y por lo que respecta a los asesinos como usted que puedan quedar entre nosotros, preferiríamos menos prosperidad con tal de vernos libres de esa chusma. Y de usted vamos a librarnos pronto.

—Va a matarme —murmuró Roschmann.

—No, no lo haré.

Miller buscó el teléfono a su espalda y se lo acercó. Mantenía la mirada fija en Roschmann, al que no dejaba de apuntar con la pistola. Levantó el auricular, lo dejó sobre la mesa y marcó un número. Cuando hubo terminado, volvió a

coger el auricular.

—En Ludwigsburg vive un hombre, al cual le encantará charlar con usted — dijo.

Se llevó el teléfono al oído. No se oyó la señal.

Colgó, levantó otra vez el auricular y esperó de nuevo. No había línea.

—¿Lo ha cortado? —preguntó.

Roschmann movió negativamente la cabeza.

—Atienda: si lo ha desconectado, lo dejo seco aquí mismo.

—Le digo que no. No me he acercado al teléfono en toda la mañana. ¡Se lo juro!

Miller recordó entonces la rama desgajada del roble y el poste cruzado en el camino. Juró entre dientes. Roschmann sonrió.

—Seguramente está cortada la línea —dijo—. Tendrá que ir al pueblo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Meterle una bala en el cuerpo a menos que haga lo que yo le diga — replicó Miller ásperamente. Sacó las esposas, que pensaba utilizar para inmovilizar a un posible guardaespaldas.

Las arrojó a Roschmann.

—Acérquese a la chimenea —le ordenó, y echó a andar tras su prisionero.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a atarle a esa chimenea, y luego me iré al pueblo a llamar por teléfono.

Miller estaba inspeccionando la verja de hierro forjado que rodeaba la chimenea cuando Roschmann dejó caer las esposas. El antiguo SS se agachó, pero, en lugar de recoger las esposas, agarró un pesado atizador e intentó golpear las rodillas de Miller. Este pudo retroceder a tiempo; el hierro ni siquiera le rozó, y Roschmann perdió el equilibrio. Miller se inclinó sobre él, lo golpeó en la cabeza con el cañón de la pistola y dio un paso atrás.

—Si vuelve a intentarlo, lo mato.

Roschmann, con una mueca de dolor, se puso en pie.

—Póngase una de las manillas en la muñeca derecha —ordenó Miller. Roschmann obedeció—. ¿Ve ese adorno en forma de hoja de parra que está a la altura de su cabeza? A su lado hay una rama que forma un aro. Enganche ahí la otra manilla.

Cuando Roschmann hubo cerrado el resorte, Miller, de un puntapié, apartó las tenazas y el atizador. Apoyando el cañón del arma en la chaqueta de su

prisionero, lo cacheó y puso fuera de su alcance todos los objetos que pudiera arrojar contra la ventana.

Por el sendero venía Oskar, el guardaespaldas, pedaleando en su bicicleta, una vez cumplido el encargo de avisar de la avería del teléfono a la central del pueblo. Frenó, sorprendido, al ver el «Jaguar», pues su patrón le había dicho que no esperaba visitas.

Dejó la bicicleta apoyada en la pared de la casa, abrió la puerta sin hacer ruido y entró. Una vez en el recibidor, se detuvo, indeciso. No se oía nada. La puerta del estudio estaba tapizada y aislaba el sonido. Tampoco los de dentro le habían oído a él.

Miller echó una última ojeada a su alrededor, y se dio por satisfecho.

—A propósito —dijo a Roschmann, que lo miraba furioso—: de nada le hubiera servido dejarme fuera de combate. Mi cómplice tiene en su poder todo el conjunto de pruebas contra usted, y lo depositará en Correos, dirigido a las autoridades, si no he vuelto ni he llamado por teléfono a las doce. Y ya son casi las once. Desde el pueblo lo llamaré, y dentro de veinte minutos estaré aquí otra vez. En ese tiempo usted no podría soltarse ni con una sierra. Cuando regrese, la Policía no tardará más de media hora en presentarse.

Roschmann iba perdiendo las esperanzas. Sólo le quedaba una oportunidad: que Oskar regresara a tiempo de coger vivo a Miller y obligarlo a que llamara desde un teléfono del pueblo, para impedir que los documentos fueran depositados en Correos. Miró el reloj que estaba en la repisa de la chimenea, a pocos centímetros de su cabeza. Señalaba las once menos veinte.

Miller abrió la puerta y salió. A la altura de sus ojos vio el cuello de un pullover que llevaba un hombretón un palmo más alto que él. Roschmann, al ver a Oskar, gritó:

—¡Deténlo!

Miller dio un paso atrás y alzó la pistola, que iba a guardarse en el bolsillo. Demasiado tarde. Con un revés de izquierda, Oskar hizo saltar de su mano la automática, que fue a caer al otro extremo de la habitación, mientras descargaba la derecha en la mandíbula de Miller. El periodista pesaba ochenta y cinco kilos; pero el golpe lo levantó del suelo y lo proyectó hacia atrás. Sus pies tropezaron con un revistero, y la cabeza, con el canto de una librería de caoba. Miller cayó al suelo como un pelele y quedó tendido de lado.

Hubo varios segundos de silencio, mientras Oskar miraba a su patrón atado a la chimenea y Roschmann contemplaba la figura inerte de Miller que empezaba

a sangrar por la cabeza.

—¡Idiota! —chilló Roschmann al comprender lo que había ocurrido; Oskar le miró, atónito—. ¡Ven aquí!

El gigante se acercó cachazudamente y se quedó esperando órdenes. Roschmann pensaba con rapidez.

—Trata de quitarme estas esposas —le ordenó—. Emplea los útiles de la chimenea.

Pero la chimenea había sido construida en una época en que los artesanos trabajaban a conciencia, y los esfuerzos de Oskar no sirvieron sino para doblar el atizador y retorcer las tenazas.

—Tráelo —dijo Roschmann al fin. Oskar acercó a Miller, y Roschmann le levantó los párpados y le tomó el pulso—. Vive, pero tiene una fuerte conmoción. Necesitaremos a un médico si queremos que vuelva en sí antes de una hora. Tráeme lápiz y papel.

Con la mano izquierda, anotó dos números de teléfono, mientras Oskar iba a la caja de las herramientas, debajo de la escalera, en busca de una sierra. Cuando volvió donde estaba Roschmann, éste le dio el papel.

—Ve al pueblo rápidamente, llama a este número de Nuremberg y al que te conteste le explicas lo que ha ocurrido. Luego llamas a este otro número, que es del pueblo, y le dices al médico que suba inmediatamente, que se trata de un caso urgente. ¿Lo has entendido? Date prisa.

Cuando Oskar salió de la habitación, Roschmann volvió a mirar el reloj. Las once menos diez. Si Oskar llegaba al pueblo a las once y podía estar de vuelta con el médico a las once y cuarto, tal vez consiguieran reanimar a Miller a tiempo de obligarlo a llamar a su cómplice y detener el envío, aunque para ello hubiera que amenazar al médico con la pistola. Roschmann se puso a serrar frenéticamente.

Oskar, por su parte, cogió la bicicleta; pero en seguida se detuvo y contempló el «Jaguar». Por la ventanilla vio que la llave estaba puesta en el contacto. Su patrón le había dicho que debía darse prisa; de modo que soltó la bicicleta, subió al coche, lo puso en marcha y, levantando con las ruedas una rociada de grava, viró en redondo y salió al camino.

Iba ya en tercera, y bajaba por la resbaladiza pendiente todo lo aprisa que podía, cuando las ruedas tropezaron con el poste atravesado en el camino.

Roschmann seguía serrando la cadena que unía las dos manillas, cuando oyó el estampido. Echándose hacia un lado y alargando el cuello, miró por la

puertaventana. Aunque desde allí no se divisaba el camino, el penacho de humo que se elevaba de los árboles le hizo comprender que el coche había sido destruido por una explosión. Recordó que sus amigos le habían prometido que Miller moriría a causa de una explosión. Pero Miller estaba tendido en la alfombra, a unos pocos pasos; el que había muerto, pues, era su guardaespaldas, y el tiempo transcurría ineluctablemente. Apoyó la cabeza en el helado hierro de la chimenea y cerró los ojos.

—Todo acabó —murmuró para sí. Al cabo de unos minutos, siguió serrando. Transcurrió más de una hora antes de que la sierra, ya mellada, llegara a cortar el duro acero de las esposas. Cuando Roschmann consiguió liberarse, el reloj daba las doce.

De haber tenido tiempo, habría dado un puntapié al caído; pero tenía mucha prisa. De la caja fuerte empotrada en la pared sacó un pasaporte y varios gruesos fajos de billetes nuevos. Veinte minutos después, con aquello y unas cuantas prendas de vestir en una bolsa de mano, bajaba en bicicleta por el sendero, rodeaba el esqueleto del «Jaguar» y el cadáver todavía humeante tendido boca abajo en la nieve, y pasaba ante unos abetos chamuscados, camino del pueblo.

Desde allí pidió un taxi, al que ordenó que lo llevara al aeropuerto internacional de Frankfurt. Se acercó al mostrador de Información y preguntó:

—¿A qué hora sale el primer avión para la Argentina? Si hay alguno antes de sesenta minutos. De no ser así...

XVIII

Era la una y diez cuando el «Mercedes» de Mackensen entraba en la finca. A la mitad del camino encontró el paso cortado.

Evidentemente, el «Jaguar» había sido volado desde el interior; pero sus cuatro ruedas seguían sobre el suelo. Había quedado atravesado en el sendero. Las partes delantera y trasera todavía eran reconocibles, y se mantenían unidas por el robusto armazón del chasis; pero la parte central, incluso los asientos delanteros, habían desaparecido. Se veían pequeños pedazos de carrocería esparcidos alrededor.

Mackensen examinó el esqueleto con una leve sonrisa y se acercó al fardo de ropas chamuscadas, que se encontraba a seis metros de distancia. Le llamó la atención el tamaño del cadáver, y se quedó contemplándolo durante unos minutos. Luego echó a correr ágilmente hacia la casa.

No llamó, sino que empujó la puerta. Esta se abrió, y Mackensen entró en el recibidor. Se quedó varios segundos escuchando inmóvil, acechando como una fiera carnívora junto a una charca. No se oía nada. De la funda que llevaba bajo la axila izquierda sacó una «Lüger» automática de cañón largo, quitó el seguro y empezó a abrir puertas.

La primera era la del comedor; la segunda, la del estudio. Aunque inmediatamente vio el cuerpo que estaba tendido en la alfombra, no se movió de la puerta hasta haber reconocido el resto de la habitación. Sabía de dos hombres que se habían dejado engañar por el truco: un señuelo bien a la vista, y el enemigo emboscado. Antes de entrar miró por la rendija de la puerta, para asegurarse de que no había nadie tras ella.

Miller estaba tendido de espaldas, con la cabeza ladeada. Mackensen se quedó varios segundos mirando aquel rostro blanco como la tiza, y luego se agachó para escuchar la débil respiración del caído. El coágulo de sangre que tenía detrás de la oreja le permitió deducir lo sucedido.

Pasó los siguientes diez minutos registrando la casa. Observó que en el dormitorio principal había varios cajones abiertos y que en el cuarto de baño faltaba la máquina de afeitar. Luego volvió al estudio, examinó la vacía caja de caudales, se sentó ante la mesa y cogió el teléfono.

Permaneció varios segundos escuchando, luego masculló entre dientes un juramento y colgó. No tuvo la menor dificultad en encontrar la caja de las herramientas, pues la puerta del armario situado debajo de la escalera estaba aún abierta. Sacó todo lo necesario y salió de la casa por la puertaventana del estudio, para asegurarse, al pasar, de que Miller seguía inconsciente.

Tardó casi una hora en encontrar los hilos del teléfono, desenredarlos de la maleza y empalmarlos. Terminado el trabajo, volvió a la casa, se sentó a la mesa y probó el teléfono. Al oír la señal, marcó el número de su jefe en Nuremberg.

Esperaba que el *Werwolf* estaría deseando saber de él, pero su voz sonaba fatigada y casi indiferente. Como un buen sargento, Mackensen le informó de todo: la destrucción del coche; la muerte del guardaespaldas; la manilla que aún pendía de la chimenea; la sierra mellada y tirada en la alfombra, y el cuerpo inconsciente de Miller tendido en el suelo. Para terminar, le habló de la marcha del dueño de la casa.

—No se ha llevado casi nada, jefe. Sólo una bolsa de mano y, seguramente, dinero, pues la caja está abierta. Yo arreglo esto en seguida. Si quiere, puede volver.

—No; no volverá —dijo el *Werwolf*—. Cuando usted llamó, acababa yo de colgar el teléfono. Estuve hablando con él; me llamó desde el aeropuerto de Frankfurt. Dentro de diez minutos sale en avión para Madrid, donde esta noche enlazará para Buenos Aires...

—Pero, ¡si no hace falta! —protestó Mackensen—. Yo puedo hacer hablar a Miller; encontraremos los papeles. Entre las ruinas del coche no había rastro de la cartera, y él no lleva nada encima, sólo una especie de Diario que está en el suelo del estudio. Lo demás debe de estar escondido por aquí cerca.

—No tan cerca. Está en un buzón de Correos.

El *Werwolf*, con voz cansada, dijo a Mackensen qué era lo que Miller había robado al falsificador y lo que Roschmann acababa de comunicarle desde Frankfurt.

—Esos papeles estarán en manos de las autoridades mañana por la mañana; el martes, a lo sumo. A partir de entonces, todos los que figuremos en los documentos de la carpeta estaremos en peligro. Y en la lista está Roschmann, el

dueño de esa casa, y estoy yo. He pasado toda la mañana intentando avisar a todos de que deben salir del país antes de veinticuatro horas.

—¿Y qué hago yo?

—Usted escabúllase —respondió el jefe—. Usted no está en la lista. Yo sí; por eso tengo que marcharme. Vuelva a su casa y espere a que mi sucesor se ponga en contacto con usted. Lo demás está liquidado. *Vulkan* ha huido y no piensa volver. Con su marcha, toda la operación se vendrá abajo, a no ser que otro pueda hacerse cargo del proyecto.

—¿Qué *Vulkan*? ¿Qué proyecto?

—Puesto que todo se ha perdido, ya no importa que se sepa. *Vulkan* era el nombre clave de Roschmann, el hombre a quien usted debía proteger de Miller...

En unas cuantas frases, el *Werwolf* explicó al asesino por qué era Roschmann tan importante, por qué era insustituible y por qué el proyecto no podría ya llevarse a cabo. Cuando terminó, Mackensen lanzó un leve silbido y miró la figura yacente de Peter Miller.

—Bien ha fastidiado las cosas el chico —dijo.

Pareció que el *Werwolf* recobraba un poco de su antigua energía y, en tono autoritario, dijo:

—Es preciso que deje la casa en orden, *Kamerad*. ¿Se acuerda de la brigada de limpieza que utilizó una vez?

—Sí, sé cómo avisarles. No están lejos de aquí.

—Llámelos, y que dejen la casa en perfecto orden, sin el menor rastro de lo sucedido. La esposa de Roschmann regresa esta noche, y no debe enterarse de nada, ¿comprendido?

—Así se hará.

—Después, desaparezca. Otra cosa: antes de irse, acabe de una vez con el dichoso Miller.

Mackensen, entornando los ojos, miró al reportero.

—Con mucho gusto —dijo.

—Entonces, adiós, y buena suerte.

Mackensen colgó el teléfono, sacó una libreta de direcciones, la hojeó y marcó un número. Se dio a conocer y recordó a su interlocutor el favor que había hecho anteriormente a los camaradas. Le dijo adónde debía ir, y lo que encontraría.

—El coche, con el cadáver, deben ir a parar a algún barranco; los rocían bien

con gasolina, y les prenden fuego. Que no quede en los bolsillos del hombre nada que sirva para identificarlo. Quítenselo todo; incluso el reloj.

—De acuerdo —dijo la voz—. Llevaré un remolque y una grúa.

—Otra cosa: en el estudio encontrarán otro fiambre y una alfombra manchada de sangre. Desháganse de todo; pero no vayan a dejarlo en el coche, con el otro. A ése lo echan a un lago bien profundo, con un buen lastre. ¿De acuerdo?

—No hay inconveniente. Llegaremos a las cinco, y a las siete habremos desaparecido. No me gusta transportar esa clase de carga a la luz del día.

—Bien. Yo me habré marchado antes de que ustedes lleguen; pero lo encontrarán tal como les he dicho.

Colgó el teléfono, se levantó de la mesa y se acercó a Miller. Sacó la «Lüger» y, automáticamente, inspeccionó la recámara, a pesar de que sabía que estaba cargada.

—¡Mequetrefe...! —gruñó, apuntándole a la frente con el brazo extendido.

Los años vividos como un animal predador proporcionaron a Mackensen sentidos de leopardo, que le permitieron salir con vida de trances en que otros, víctimas y colegas, habían sucumbido. No vio la sombra que desde la puertaventana se proyectó en la alfombra: la presintió, y giró rápidamente sobre sus talones, dispuesto a hacer fuego. Pero aquel hombre estaba desarmado.

—¿Quién diablos es usted? —refunfuñó Mackensen, sin dejar de apuntarle.

El hombre que estaba en la puertaventana vestía de motorista: cazadora y pantalón de cuero. En la mano izquierda, a la altura del estómago, sostenía el casco, sujeto por el barboquejo. Miró el cuerpo tendido a los pies de Mackensen y la pistola que éste empuñaba.

—Me han llamado —dijo inocentemente.

—¿Quién? —preguntó Mackensen.

—*Vulkan* —respondió el hombre—, el camarada Roschmann.

Mackensen dio un gruñido y bajó la pistola.

—Pues se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Sí; se ha largado a América del Sur. Todo el proyecto se ha ido al diablo.

Y gracias a este maldito periodista.

Señaló a Miller con el cañón del arma.

—¿Va a liquidarlo? —preguntó el hombre.

—Naturalmente. Ha desbaratado todo el proyecto. Ha identificado a

Roschmann y ha enviado un montón de cosas a la Policía; toda una carpeta repleta de documentos. Si figuras en ella, será mejor que te largues también tú.

—¿Qué carpeta?

—La de ODESSA.

—No; no figuro en ella.

—Ni yo tampoco. Pero el *Werwolf* sí, y me ha dado orden de terminar con éste antes de largarnos.

—¿El *Werwolf*?

Mackensen empezó a sospechar. Acababan de decirle que en Alemania nadie estaba enterado del proyecto *Vulkan*, aparte el *Werwolf* y él mismo. Los demás estaban en América del Sur. Supuso que el recién llegado procedía de allí. Pero en tal caso tenía que conocer al *Werwolf*. Entornó ligeramente los ojos.

—¿Has venido de Buenos Aires? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿de dónde vienes?

—De Jerusalén.

Mackensen tardó medio segundo en captar el significado de la palabra. Luego levantó la «Lüger» para hacer fuego. Pero medio segundo es mucho tiempo. En medio segundo se puede morir.

El forro de caucho del casco quedó chamuscado cuando se disparó la «Walther». Pero el proyectil de 9 milímetros atravesó la fibra de vidrio sin perder velocidad y alcanzó a Mackensen en el tórax con la fuerza de una coz. El casco cayó al suelo, dejando al descubierto la mano derecha del agente. Entre la nube de humo azulado, la automática volvió a disparar.

Mackensen era un hombre fuerte y corpulento. Incluso con una bala en el pecho podía haber disparado; pero el segundo proyectil, que penetró en su cabeza dos dedos por encima de la ceja derecha, le estropeó la puntería. Y, además, lo mató.

Miller volvió en sí el lunes por la tarde, en una habitación particular del Hospital General de Frankfurt. Durante la primera media hora sólo pudo darse cuenta de que tenía la cabeza vendada y ocupada por dos activas piezas de artillería. Descubrió un pulsador y lo oprimió. Entonces entró una enfermera y le dijo que no se moviera, porque padecía una fuerte conmoción.

De modo que permaneció quieto, y poco a poco fue recordando lo sucedido el día antes hasta media mañana. Después, nada. Se quedó dormido. Cuando despertó, era de noche. Junto a su cama había un hombre.

—No sé quién es usted —dijo.

—Yo sí sé quién es usted —respondió el visitante.

Miller reflexionó.

—Le he visto antes de ahora —dijo—. Usted fue a casa de Oster con León y *Motti*.

—Exacto. ¿Qué más recuerda?

—Casi todo. Va volviendo a mi memoria.

—¿Roschmann?

—Sí. Hablé con él. Yo iba a llamar a la Policía.

—Roschmann se ha ido. Ha huido otra vez a América del Sur. El asunto ha terminado. Todo acabó, ¿comprende?

Miller movió lentamente la cabeza a derecha e izquierda.

—Del todo no. Tengo una historia sensacional, y voy a escribirla.

La sonrisa de su visitante se esfuminó. El hombre se inclinó sobre Miller.

—Oiga, Miller, es usted un pobre aficionado, y tiene suerte de estar vivo. No escribirá nada. En primer lugar, no tiene nada que escribir. El Diario de Tauber lo tengo yo, y pienso llevármelo a mi tierra, donde debe estar. Anoche lo leí. En el bolsillo de su chaqueta estaba la fotografía de un capitán del Ejército. ¿Su padre?

Miller asintió.

—Conque ése era el motivo, ¿eh? —preguntó el agente.

—Sí.

—Lo siento. Quiero decir, que lamento lo de su padre. Nunca creí que le diría esto a un alemán. Hábleme de la carpeta. ¿Qué había en ella?

Miller se lo dijo.

—¿Y por qué no nos la entregó a nosotros? Es usted un desagradecido. Después de todo lo que hicimos para que pudiera entrar en ODESSA, cuando consigue algo, lo pasa a los suyos. Nosotros hubiéramos hecho mejor uso de esa información.

—Tenía que enviarla a través de Sigi. Por tanto, debía hacerlo por correo. Son ustedes tan precavidos, que no consintieron que me enterase de la dirección de León.

Josef asintió.

—Tiene razón. De todos modos, no va a escribir nada. No tiene pruebas. El Diario ha desaparecido, y la carpeta, también. No le queda más que su palabra. Si insiste en hablar, nadie le creerá, excepto ODESSA, y ellos vendrán a

liquidarlo. O atacarán a Sigi, o a su madre. No olvide que pegan fuerte.

Miller se quedó pensativo.

—¿Y mi coche?

—Es verdad; ya no me acordaba de que usted no lo sabe.

Josef le contó lo de la bomba, y cómo había explotado.

—Ya le he dicho que pegan fuerte. El coche ha sido encontrado incendiado en el fondo de un barranco. El cadáver que había dentro no ha sido identificado; pero no es el suyo. La versión oficial es que un tipo que hacía autostop le golpeó con una barra de hierro y se llevó el coche. El hospital confirmará que a usted lo trajo un motorista que lo había encontrado en la carretera y llamó a una ambulancia. Como yo llevaba casco y anteojos, no me reconocerán. No debe usted cambiar nada de esa versión. Para asegurarme, hace dos horas llamé a la Agencia de Prensa alemana, fingiendo ser del hospital, y les di la noticia. La versión oficial es que usted fue víctima de un maleante que huyó en su automóvil y se estrelló.

Josef se levantó para marcharse.

—Es usted un tío con suerte —dijo a Miller—, aunque, al parecer, aún no se ha enterado. Recibí el mensaje que me transmitió su amiga ayer a mediodía, y corriendo como un condenado fui a Munich a la casa de la montaña en dos horas y media. Cuando llegué, usted estaba casi muerto. Había allí uno que iba a matarlo. Yo conseguí impedirlo—. Con la mano en el picaporte, se volvió otra vez hacia Miller. —Acepte un buen consejo: cobre el seguro del coche, cómprese un «Volkswagen», regrese a Hamburgo, cácese con Sigi, tengan hijos y continúe con el periodismo. No vuelva a meterse con profesionales.

Media hora después de que Josef se fuera, entró la enfermera.

—Le llaman por teléfono.

Era Sigi, que reía y lloraba a la vez. Acababa de enterarse, por una llamada anónima, de que Peter estaba en el Hospital General de Frankfurt.

—Ahora mismo voy hacia ahí —le dijo, y colgó.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Miller? Aquí Hoffmann. He leído su caso en las noticias de la agencia. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien, Herr Hoffmann.

—¡Magnífico! ¿Cuándo estará dispuesto a trabajar?

—Dentro de pocos días. ¿Por qué?

—Tengo una historia que entra en su especialidad. Hijas de papá que se van a

esquiar a las montañas y son seducidas por apuestos monitores. En Baviera hay una clínica que después las saca del atolladero a cambio de una buena prima, y así papaíto no se entera de nada. Al parecer, algunos de los galanes cobran comisión de la clínica. Una historia muy jugosa. Sexo en la nieve. Orgías de alta montaña. ¿Cuándo podrá comenzar?

Miller lo pensó durante unos momentos.

—Dentro de una semana.

—Magnífico. A propósito: sobre esa otra historia de los nazis, ¿consiguió encontrar al hombre? ¿Hay reportaje?

—No, Herr Hoffmann —respondió Miller lentamente—, no hay reportaje.

—Lo que yo imaginaba. Que se alivie pronto. Nos veremos en Hamburgo.

El avión de Frankfurt en que viajaba Josef, aterrizó en el aeropuerto de Lod, Tel Aviv, al anochecer del martes. En un automóvil le esperaban dos hombres, que lo llevaron al cuartel general para informar al coronel que había enviado el cable cifrado con la firma «Cormorant». Estuvieron hablando hasta casi las dos de la madrugada. Un taquígrafo tomó nota de todo. Cuando Josef terminó su informe, el coronel se recostó en el respaldo del sillón y, sonriendo satisfecho, ofreció un cigarrillo a su agente.

—Buen trabajo —dijo simplemente—. Hemos hecho indagaciones en la fábrica e informado a las autoridades. Anónimamente, desde luego. La sección de investigación será desmantelada. Si las autoridades alemanas no se encargan de ello, lo haremos nosotros. Pero estoy seguro de que lo harán. Al parecer, los técnicos no sabían para quiénes trabajaban. Hablaremos con cada uno de ellos particularmente, y estoy seguro de que casi todos se avendrán a destruir sus notas. Saben que si el caso trasciende, hoy la opinión pública alemana es favorable a Israel. Buscarán otros empleos y mantendrán la boca cerrada. Igual que Bonn y que nosotros. ¿Y Miller?

—Él tampoco hablará. ¿Qué ocurrirá con los cohetes?

El coronel exhaló una bocanada de humo y contempló las estrellas a través de la ventana del despacho.

—Tengo la impresión de que ya no volarán. Nasser tiene que estar preparado para el verano de 1967, lo más tarde. Si se destruyen los datos reunidos en la fábrica de *Vulkan*, no les queda tiempo para montar otra operación que les permita disponer de los sistemas de teledirección para el verano aludido.

—Entonces ha pasado el peligro —dijo el agente.

—El peligro nunca pasa —sonrió el coronel—. Sólo cambia de forma. Este peligro puede que haya pasado, pero el mayor de todos persiste. Vamos a tener que luchar otra vez, y quizás otra, antes de que haya pasado del todo. Pero estará usted cansado. Váyase a su casa.

De un cajón sacó una bolsa llena de efectos personales, mientras el agente depositaba encima de la mesa su falso pasaporte alemán, dinero, la cartera y unas llaves. En una habitación contigua se cambió de ropa. Las prendas de vestir alemanas se quedaban allí.

En la puerta, el coronel le miró de arriba abajo y, satisfecho, le estrechó la mano.

—Bienvenido a casa, comandante Uri Ben Shaul.

El agente se sentía más a gusto en su verdadera identidad, la que adoptó en 1947 cuando llegó a Israel y se alistó en el Palmach.

Tomó un taxi y se hizo llevar a su casa de los suburbios. Una vez allí, abrió la puerta con la llave que acababa de serle devuelta, junto con sus otros efectos.

En el dormitorio distinguió la figura de Rivka, su esposa. La manta que la cubría se movía lentamente, al ritmo de su respiración. Se asomó al cuarto de los niños y contempló durante unos instantes a sus dos hijos, Shlomo, de seis años, y el pequeño Dov, de dos.

De buena gana se hubiera acostado al lado de su esposa, para dormir varios días de un tirón; pero aún le quedaba una cosa por hacer. Dejó la maleta en el suelo y, sin hacer ruido, se cambió por completo, incluso ropa interior y calcetines que sacó de la cómoda, mientras Rivka seguía durmiendo.

En el armario estaban los pantalones del uniforme, limpios y planchados. Así los encontraba siempre al volver a casa. Se calzó las brillantes botas negras. Sus camisas y corbatas caqui estaban en su sitio, con los pliegues de la plancha perfectamente marcados.

Encima se puso la guerrera, cuyo único adorno eran las alas de acero de oficial paracaidista y las cinco cintas con las condecoraciones a que se hizo acreedor en el Sinaí y en choques fronterizos.

Completaba su atuendo la boina roja. Cuando estuvo vestido, metió varios objetos en una bolsa.

Por el Este empezaba a insinuarse un leve resplandor cuando el oficial salió a la calle y subió a su pequeño coche, que seguía donde él lo dejara un mes antes.

Aunque no era más que 26 de febrero y faltaban aún tres días para que

terminara el último mes del invierno, el aire ya estaba tibio y presagiaba una radiante primavera.

Salió de Tel Aviv por la carretera del Este, en dirección a Jerusalén. Le gustaba la quietud del amanecer; aquella paz y aquella pureza lo llenaban de admiración. En sus patrullas por el desierto había visto muchos amaneceres, frescos y hermosos, luego llegaba el calor sofocante y, algunas veces, combates y muerte. Era la mejor hora del día.

La carretera discurría por la fértil llanura litoral hacia las ocre colinas de Judea. Pasó por el pueblo de Ramleh, que empezaba a despertar. En aquellos tiempos, después de Ramleh había que dar un rodeo de unos ocho kilómetros por Latrun, para evitar las posiciones avanzadas de las fuerzas jordanas. A la izquierda se divisaban las finas columnas de humo azul que despedían las fogatas del desayuno de la Legión árabe.

En el pueblo de Abu Gosh comenzaban a circular algunos árabes. Cuando subía las últimas cuestas antes de llegar a Jerusalén, el sol asomaba ya por el horizonte e iluminaba la Cúpula de la Roca, que se alzaba en el sector árabe de la ciudad dividida.

Dejó el coche a medio kilómetro de su punto de destino, el mausoleo de Yad Vashem, y recorrió a pie la última parte del camino, a lo largo de la avenida bordeada de árboles plantados en memoria de los cristianos que habían cooperado, y hacia las grandes puertas de bronce que guardan la capilla dedicada a los seis millones de judíos muertos en el holocausto.

El anciano portero le dijo que todavía no estaba abierta; él le explicó entonces lo que deseaba, y el hombre lo dejó pasar. Entró en la sala de los recuerdos, y miró en derredor. Había estado allí otras veces, para orar por su familia; pero los grandes bloques de granito que formaban sus paredes seguían impresionándole.

Se acercó a la baranda y contempló los nombres escritos en caracteres negros, hebreos y romanos. En el sepulcro no había más luz que la de la llama perenne que ardía en el gran vaso negro.

A su resplandor, fue leyendo los nombres escritos en el suelo, docenas y docenas de ellos: Auschwitz, Treblinka, Belsen, Ravensbruck, Buchenwald... Eran demasiados para contarlos; pero al fin encontró el que buscaba: Riga.

No necesitaba cubrirse con la *yarmulka*: le bastaba la boina roja. Sacó de la bolsa un *tallith*, una prenda con flecos como la que Miller viera entre los efectos del viejo de Altona sin saber para qué servía, y se la puso sobre los hombros.

Sacó después un libro de oraciones y lo abrió. Se adelantó hasta la baranda de latón que dividía la nave, apoyóse en ella con una mano y contempló la llama. Como no era hombre muy religioso, tenía que consultar el libro con frecuencia, mientras recitaba la oración que tenía ya cinco mil años de existencia.

*Yisgaddal,
Veyiskaddash,
Shemay rabbah...*

Y así, veintiún años después de que Salomon Tauber se extinguiera, en espíritu, en Riga, un comandante del cuerpo de paracaidistas del Ejército de Israel rezaba el *kaddish* por su alma en una colina de la Tierra Prometida.

Sería muy cómodo si en este mundo terminaran siempre las cosas con todos los cabos bien atados. Pero ello no suele ocurrir. La vida sigue, y cada cual vive y muere en el lugar y momento señalados. Por lo que ha podido averiguarse, esto es lo que ocurrió a los principales personajes de esta historia.

Peter Miller regresó a su casa, se casó y se dedicó a escribir las cosas que a la gente le gusta leer mientras se desayuna o está en la peluquería. En el verano de 1970, Sigi estaba encinta de su tercer hijo.

Los hombres de ODESSA se dispersaron. La esposa de Eduard Roschmann regresó a su casa, y al poco tiempo recibió un cable de su marido, en el que éste le comunicaba que se había establecido en la Argentina. Ella se negó a seguirle. En el verano de 1965, escribió a Roschmann a sus antiguas señas de «Villa Jermal», para pedirle el divorcio antes los tribunales de la Argentina.

La carta fue reexpedida a la nueva dirección. Al poco tiempo, la mujer recibía respuesta. Roschmann accedía a su petición, pero el divorcio debía ser tramitado ante los tribunales alemanes. Estos lo concedieron en 1966. Ella sigue viviendo en Alemania, pero ahora usa su nombre de soltera, Muller, que en su país es muy corriente. Hella, la primera esposa de Roschmann, sigue viviendo en Austria.

El *Werwolf* consiguió al fin hacer las paces con sus enfurecidos superiores de la Argentina, y se instaló en una pequeña propiedad que, con el producto de la venta de sus efectos, adquirió en la isla de Formentera.

La fábrica de radios fue liquidada. Todos los científicos que trabajaban en los sistemas de teledirección de los cohetes de Helwan encontraron empleos en la industria o en el mundo académico. Pero el proyecto en que involuntariamente habían estado trabajando a las órdenes de Roschmann, se hundió.

Los cohetes de Helwan no llegaron a despegar. Los fuselajes estaban terminados, y el combustible preparado. Las cabezas nucleares estaban en proceso de fabricación. Si alguien duda de la autenticidad de estas cabezas nucleares, puede consultar la declaración prestada por el profesor Otto Yoklek en la vista de la causa contra Yossef Ben Gal celebrada del 10 al 26 de junio de 1963 en la Audiencia Provincial de Basilea (Suiza). Los cuarenta cohetes, inservibles por falta de los sistemas electrónicos necesarios para guiarlos a los blancos situados en territorio de Israel, seguían en la desierta fábrica de Helwan cuando fueron destruidos por los bombarderos durante la Guerra de los Seis Días. Para entonces, los científicos alemanes, muy compungidos, habían regresado ya a su país.

El envío de la carpeta de Klaus Winzer a las autoridades alemanas causó graves perjuicios a ODESSA. Aquel año, que tan bien empezara, acabó de un modo desastroso; tanto, que, años después, un abogado e investigador de la Comisión Z de Ludwigsburg decía: «1964 fue para nosotros un buen año; sí, muy bueno».

A fines de 1964, el canciller Erhard, impresionado por las revelaciones, hizo un llamamiento a escala internacional a fin de que quienes tuvieran conocimiento del paradero de criminales de la SS reclamados por la justicia informaran de ello a las autoridades. La respuesta fue considerable, y la labor de los hombres de Ludwigsburg recibió un gran estímulo, que se prolongó durante varios años.

Por lo que se refiere a los estadistas que firmaron el convenio sobre armamento entre Alemania e Israel, el canciller de Alemania, Adenauer, siguió viviendo en su casa de Rhondorf cerca de Bonn, a orillas de su adorado Rhin, hasta su muerte acaecida el 19 de abril de 1967. El primer ministro israelí, David Ben Gurion, siguió siendo miembro del Knesset (Parlamento) hasta 1970, en que se retiró al *kibbutz* de Sede Boker, en el corazón de las pardas colinas del Negev, en la carretera de Beer Sheba a Eilat. Le gustaba recibir visitas allí, y hablaba animadamente acerca de muchas cosas, pero no sobre los cohetes de Helwan ni de la campaña de represalias desencadenada contra los científicos alemanes que trabajaban en ellos.

De los hombres del servicio secreto que figuran en esta historia, el general Amit siguió ejerciendo el cargo de director hasta septiembre de 1968, y sobre él recayó la gran responsabilidad de proveer a su país de información exacta y minuciosa con anterioridad a la Guerra de los Seis Días. Ha quedado demostrado que lo consiguió plenamente.

Al retirarse, fue nombrado presidente y director general de las «Industrias Koor» de Israel, propiedad de los trabajadores. Vive muy modestamente y su esposa, la encantadora Yona, no quiere criada y prefiere hacer ella misma el trabajo de la casa.

El sucesor de Amit, que todavía ostenta el cargo, es el general Zvi Zamir.

El comandante Uri Ben Shaul murió el miércoles 7 de junio de 1967, al frente de una compañía de paracaidistas, al penetrar en el casco antiguo de Jerusalén. Recibió en la cabeza una bala disparada por un legionario árabe, y cayó a trescientos metros al este de la Puerta Mandelbaum.

Simón Wiesenthal vive aún, y trabaja en Viena, recopilando acá un indicio, y allá una confidencia que le ayude a descubrir el paradero de asesinos de la SS. Y mes tras mes y año tras año, sigue cosechando éxitos.

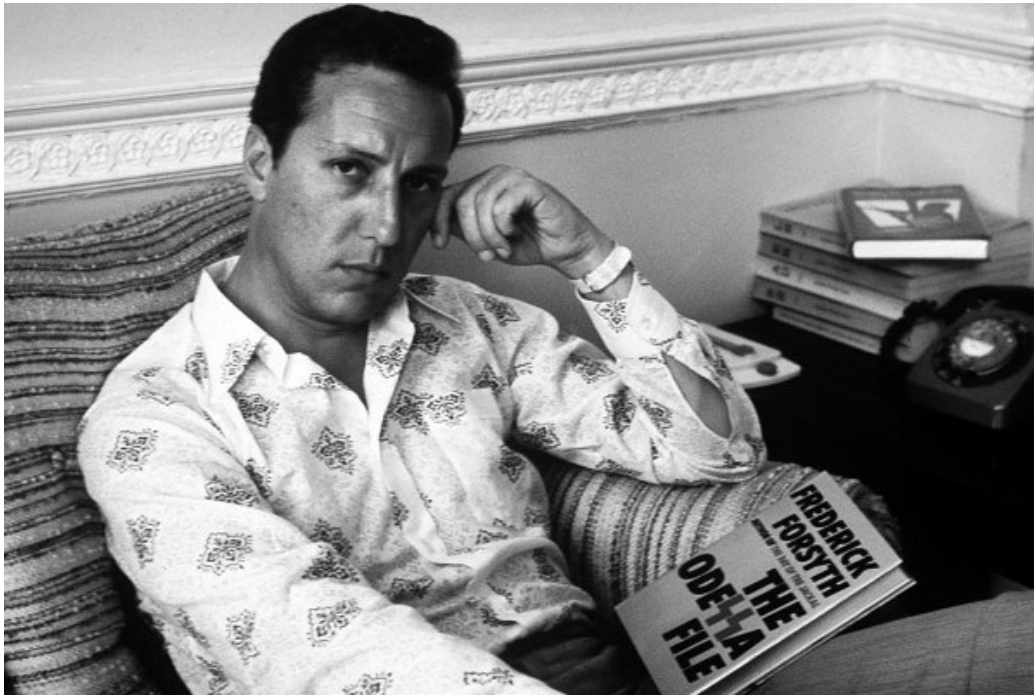
León murió en Munich en 1968. Después de su muerte, el grupo de hombres que acaudillaba en aquella cruzada particular de venganza, perdió el ánimo y se dispersó.

Y por último, el sargento de primera Ulrich Frank, el comandante del tanque que cruzó por delante de Miller cuando éste se dirigía a Viena. El sargento se equivocaba al pensar que su tanque, *La roca del dragón*, iba a convertirse en chatarra. Se lo llevó un barco de carga, y ya no volvió a verlo. Cuarenta meses después, no lo hubiera reconocido.

Su plancha gris acero había sido pintada de color arena, para que se confundiera con el paisaje del desierto. La cruz negra del Ejército alemán que ostentara en la torreta fue sustituida por una estrella de David azul celeste. Asimismo le cambiaron el nombre, y se llamó *Espíritu de Masada*.

También lo mandó un sargento de primera, un hombre de barba negra y nariz aguileña llamado Nathan Levy. El 5 de junio de 1967, el «M-48» inició su primera y única semana de combate desde que, diez años antes, saliera de los talleres de Detroit (Michigan). Era uno de los tanques que el general Israel Tal lanzó a la batalla de Mitla dos días después; y a mediodía del sábado 10 de junio, cubierto de polvo y gasoil, acribillado por las balas, con las orugas convertidas en obleas por las rocas del Sinaí, el viejo «Patton» se detuvo para siempre en la

orilla oriental del Canal de Suez.



FREDERICK FORSYTH nació en 1938 en Ashford, lugar del condado de Kent. Su familia vivía de la agricultura y de la explotación de dos tiendas que regentaban sus padres. Desde muy joven recorrió media Europa, pues sus padres querían que el pequeño Frely viera y conociera todo aquello que ellos no pudieron ver y conocer; de manera que a los trece años hablaba correctamente francés; viajó por España y Alemania, y aprendió ruso. Supo desde los doce años que quería ser periodista. Tras unos comienzos poco prometedores como meritorio en una insignificante revista de provincias, saltó a Londres con la idea fija de trabajar en la «City». Consiguió colocarse en la agencia Reuter, con la nada despreciable recomendación de hablar cinco idiomas, y pronto se le envió a París como corresponsal.

Así comenzó una vida de viajes, aventura y poca seguridad económica. De cualquier modo aquella época en París (1963) fue de las más rentables de su existencia pues de allí salieron las dos novelas que no sólo le harían famoso, sino también millonario.

Todo lo que vio, todo lo que intuyó y todo lo que vivió en aquella época peligrosa de Francia, constituyó luego el núcleo de sus dos novelas *Chacal* —en la que relata el desarrollo de un atentado contra De Gaulle— y *Odessa*.

Ambas se han vendido de tal manera que han hecho de su autor uno de los escritores contemporáneos más vendidos. Las dos se han llevado a la pantalla, y han sido vendidos ya los derechos para la versión cinematográfica de su tercera novela *Los perros de la guerra*, que aún no ha sido editada.

Forsyth vive actualmente en España, en la costa alicantina, con su reciente esposa, y piensa dedicarse por completo al periodismo. La novela, según él, no es su fuerte. Ha nacido para recorrer países, conocer gentes y contar lo que ve, cada día. Pero de momento F. Forsyth es un millonario en lectores, y uno de los periodistas más solicitados del mundo.

Notas

[1] Este procedimiento servía para quemar los cadáveres, pero no destruía los huesos. Los rusos descubrirían después aquellos ochenta mil esqueletos. <<

[2] La ofensiva rusa de la primavera de 1944 llevó el frente hacia el Oeste, y las tropas soviéticas llegaron al mar Báltico, pasando por el sur de los Países Bálticos, que quedaron aislados del Reich, lo cual fue motivo de una enconada disputa entre Hitler y sus generales, quienes previendo la situación, abogaban por la retirada de las cuarenta y cinco divisiones que se hallaban dentro del enclave. Pero él se negó, repitiendo su sonsonete de loro de «Victoria o Muerte», Y muerte fue lo que deparó a los 500 000 soldados que quedaron en el enclave. Las líneas de abastecimiento estaban cortadas, y ellos siguieron peleando, para retrasar lo inevitable, hasta que se acabaron las municiones. Luego, se rindieron. La mayoría fueron hechos prisioneros y llevados a Rusia en el invierno de 1944/45. Diez años después, sólo unos cuantos regresarían a Alemania. <<